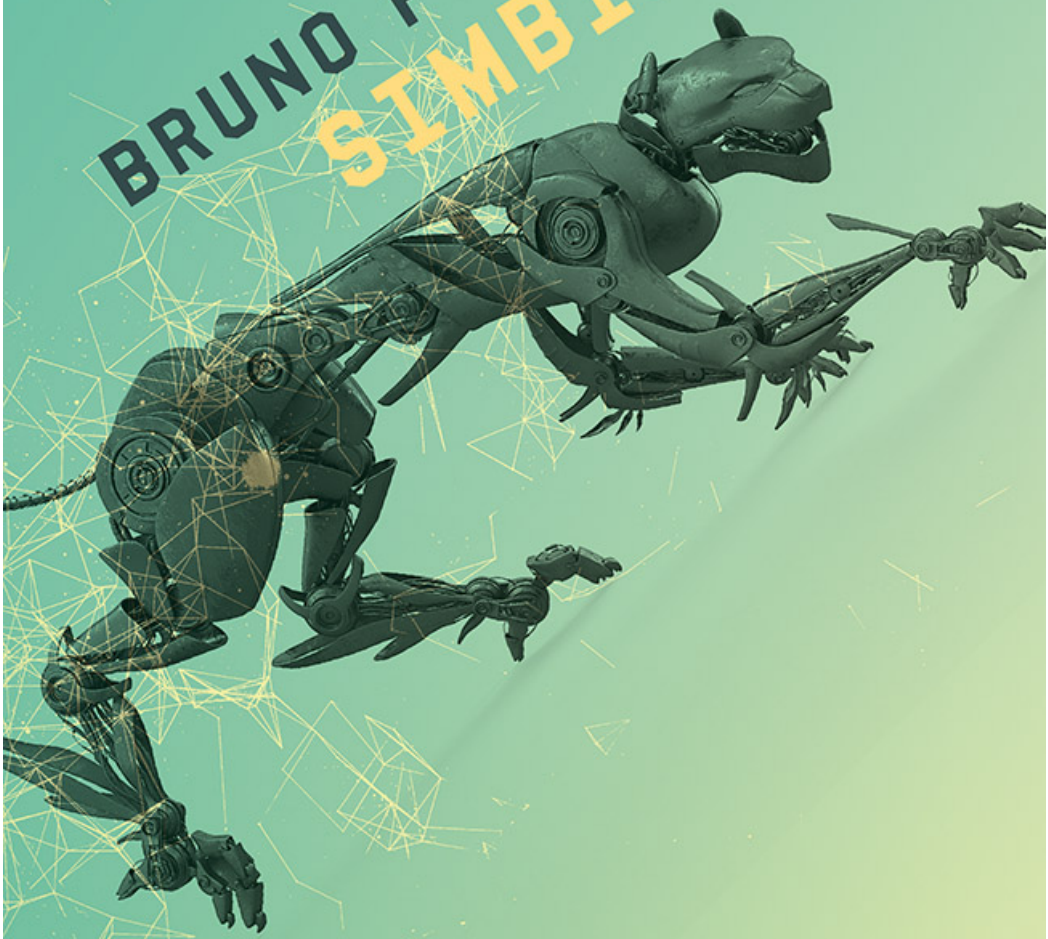
BRUNO PUELLES

SIMBIOSIS



minotauro LABERINTO

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
MISIÓN EN EL PLANETA ROJO
LAS NAVES QUE DESAPARECEN EN MARTE
LA CATÁSTROFE UNIVERSAL DEL CAMBIO DE MILENIO
CONTACTO ALIENÍGENA
VIDA EN MARTE
REUNIÓN INTERPLANETARIA
VIENEN PARA QUEDARSE
JUAN PABLO II
LA NAVE CUNA EN LA TIERRA
PROGRAMACIÓN INFANTIL
EVALUACIÓN DE LOS PROGRESOS REALIZADOS
ENERGÍA NUCLEAR
CONTRACUMBRE DE PRAGA
TECNOLOGÍA
INTELIGENCIA ARTIFICIAL
HUÉSPEDES Y ANFITRIONES
SIMBIOSIS ENTRE ILIN Y HUMANOS
CONSPIRACIONES DE ACTUALIDAD
LLEGA LA GENERACIÓN SIMBIONTE
REALIDAD AUMENTADA ALLÁ A DONDE VAYAS
SE ACTUALIZAN LAS REDES
MODIFICACIÓN DEL CÓDIGO CIVIL
MIGRACIÓN INTERPLANETARIA
JUAN PABLO II
MEDIOAMBIENTE
ESCÁNDALO EN LA RED
CARTAS AL DIRECTOR
LA IGLESIA SIMBIONTE
PROTECCIÓN A LA INFANCIA Y ADOLESCENCIA
MENORES NO SIMBIONTES EN SITUACIÓN DE

RIESGO
MUNDO SIMBIONTE
RADIOGRAFÍA DE LA GENERACIÓN SIMBIONTE
MARKETING
SATÉLITES ILIN EN ÓRBITA TERRESTRE
COLONIAS Y LANZADERAS
INVASIÓN ALIENÍGENA
MIND y MEEND
ENTREVISTA
REBELIÓN CONTRA LOS ALIENÍGENAS
POLÍTICA
DEBATE ILIN
POLÍTICA
SOCIEDAD
INVASIÓN ILIN
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Año 2000. La raza alienígena ilin llega a la tierra y pacta un acuerdo con la humanidad para una relación simbiótica: ofrecen sus conocimientos y tecnología a cambio de compartir sus cuerpos y los recursos terrestre. A pesar de haber algunos detractores, la nueva vida entre humanos e ilin trae consigo grandes beneficios, entre ellos un drástico descenso de la criminalidad.

Es por esto que, décadas después, el mundo entero se sobrecoge ante una terrible serie de asesinatos a humanos no simbiontes. El cuerpo de la presunta última víctima no ha aparecido, así que se abre una investigación con la esperanza de salvarla a tiempo.

BRUNO PUELLES

SIMBIOSIS

minotauro LABERINTO

Para Mayx

MISIÓN EN EL PLANETA ROJO

Sin noticias de Marte

La NASA pierde la comunicación con la Mars Polar Lander diez minutos después de su aterrizaje en Marte

---

Salma Díaz Gallego
Madrid, 4 DIC 1999

La sonda espacial estadounidense Mars Polar Lander (MPL) se lanzó en enero de este año y aterrizó en Marte ayer, 3 de diciembre de 1999, como parte de la misión Mars Surveyor 98. La sonda, con sus tres módulos de descenso y dos microsondas, Amundsen y Scott, del experimento Deep Space 2, llegó en buen estado al planeta rojo y aterrizó a las 21:00 (hora peninsular) a menos de un kilómetro del polo sur marciano.

Sin embargo, desde entonces no se ha recibido ningún mensaje de la nave y en el centro de control terrestre no han logrado restablecer la comunicación. El director de la estación española, Agustín Chamarro, declaró anoche que este silencio puede deberse a que alguna anomalía haya activado el modo de seguridad de la nave. Cuando el problema se resuelva, el módulo podría empezar a enviarnos información sobre su estado, el funcionamiento de sus equipos, datos meteorológicos e incluso algunas imágenes.

Por el momento se desconoce si la sonda principal o las microsondas de la Deep Space 2 que la acompañaban han sobrevivido al aterrizaje. Después de la pérdida de la Mars Climate Orbiter el pasado septiembre, no recibir noticias de la Mars Polar Lander genera un ambiente de angustia y decepción.

LAS NAVES QUE DESAPARECEN EN MARTE

A ver quién se atreve ahora a organizar una misión tripulada

Isabel Molina
Madrid, 8 DIC 1999

Si es difícil reconocer que no sabes dónde está tu nave, con su correspondiente inversión de dinero y esfuerzo, aún más duro debe ser cuando no es la primera, sino la segunda que se te escapa de las manos en solo tres meses. La NASA, como un niño al que se le ha vuelto a colar la pelota por encima de la tapia del vecino, reconoció por fin ayer que ha perdido la esperanza de recuperar el contacto con la Mars Polar Lander. Claro que en este caso no hay nadie al otro lado al que podamos pedir que nos la devuelva.

Lógicamente, tanto la opinión pública como el Congreso de los Estados Unidos han empezado a preguntarse si merece la pena invertir en proyectos tan costosos. Aunque no lo son tanto, o eso dice la NASA: al parecer, una de las razones por las cuales las naves que enviamos nunca logran aterrizar bien es la política de *lo más barato* que imponen los escasos presupuestos. Cuesta tomarlo en serio si se tienen en cuenta los 320 millones de dólares (53.000 millones de pesetas) que se han invertido solo en 1999 en la exploración de Marte.

Hay que admitir que algunas de las misiones han tenido los resultados esperados y actualmente tenemos presencia en el cielo marciano, aunque no en tierra. El satélite Mars Global Surveyor lleva allí desde 1997. También con él se ha intentado localizar la nave sin éxito. Nada, no aparece por ninguna parte. Me imagino a la madre de Richard Cook, el jefe del proyecto en Pasadena (California), diciéndole a su hijo que a que va ella y la

encuentra.

Claro que ese es el problema. Se ha hablado de expediciones tripuladas a Marte pero, tal y como están las cosas, a ver quién es el listo que se atreve a que la NASA lo envíe para allá. Lo pierden seguro. Lo preocupante del asunto es que la agencia espacial no tiene ni la más remota idea de lo que ha fallado, así que no hay forma de corregirlo. La Mars Polar Lander puede haberse desintegrado al entrar en la atmósfera, haber aterrizado con mayores o menores daños, estar enviando señales en la dirección equivocada, o, quién sabe, tal vez sí que haya vida en el planeta vecino y sus habitantes, hartos de que les tiremos trastos, nos hayan requisado el juguete.

LA CATÁSTROFE UNIVERSAL DEL CAMBIO DE MILENIO

El colapso global va a arruinar la Nochevieja

Las luces se apagarán a las doce de la noche del 31, así que conviene tomarse las uvas deprisa

---

Javier Puig
Madrid, 21 DIC 1999

A diez días del vaticinado fin del mundo, estamos preparados para que el agua deje de salir de los grifos, los ordenadores no se enciendan más y llueva sangre del cielo. Las predicciones van desde el apocalipsis hasta un mero problema informático que nadie entiende, aunque todos finjamos seguir las explicaciones jeroglíficas de los expertos.

Cada cual puede prepararse para el desastre como prefiera, almacenando latas de conserva en el sótano o tirando dinero de empresas y contribuyentes por la ventana para asegurar que no habrá un apagón global. La Cruz Roja les recomienda que guarden agua y alimentos no perecederos, así como medicinas. Yo les aconsejo que se dejen de supersticiones, cenen con sus familias y salgan de fiesta.

Y si va a acabarse el mundo, mejor que sea el lunes y nos dejen disfrutar del fin de semana, que este año el día 1 cae en sábado.

CONTACTO ALIENÍGENA

El fin del mundo tal y como lo conocemos

Objetos no identificados entran en la atmósfera de la Tierra; ejércitos de todo el mundo en activo; se hacen llamadas a la unidad, y los líderes mundiales se reúnen en Nueva York (actualización a las 13:30 horas)

Cristina Beraza
Nueva York, 1 ENE 2000

En un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad, en la madrugada de hoy se ha divisado desde distintos puntos del globo la presencia de tres naves desconocidas en la atmósfera terrestre. Descartadas las primeras teorías de un ataque terrorista o el inicio de un conflicto bélico internacional, queda confirmado que estas naves no son de construcción humana. Todavía no se conoce su procedencia.

La primera de ellas ha aterrizado en Siberia, atraída probablemente por la extensión de terreno sin obstáculos y la nieve. La segunda, en la Reserva de la Biosfera el Pinacate (México), y la tercera, en el Parque Nacional de Liuwa Plain (Zambia), provocando un grave incendio.

Las naves han quedado en observación con las tres zonas acordonadas. Sus compuertas se han abierto sin intervención humana y han desembarcado un total de nueve seres robóticos, tres de cada nave. Cada grupo ha sacado una pantalla de apenas medio centímetro de grosor y ha mostrado a las personas que los contemplaban un vídeo en el que se podía observar cómo esas mismas naves llegaban a un planeta distinto a la Tierra. Los nativos de ese segundo planeta, unas criaturas que recuerdan a los

anfibios, enseñaban a los recién llegados a comunicarse en su idioma, o eso es lo que los expertos en comunicación y lingüística han interpretado. Entendiéndolo como una petición, se ha procedido a proporcionarles un reproductor y grabaciones de cursos de distintos niveles de inglés, español y ruso, así como de la lengua de signos internacional, dado que no se sabe si esta especie es o no verbal.

Diez horas después, los recién llegados han vuelto a abandonar su nave y se han comunicado en lo que parece una adaptación de la lengua de signos. La han utilizado para demandar una reunión urgente con las autoridades de las distintas naciones del planeta.

Aunque todavía no hay un informe oficial sobre la postura de la comunidad internacional, parece haber un consenso respecto a las intenciones pacíficas de esta especie, que es inteligente y no ha mostrado en ningún momento deseos de causar daño en la Tierra.

Por el contrario, han comprendido la necesidad de viajar a un punto de encuentro con el secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, y otros altos funcionarios de la organización. La información y las peticiones que se expresen en esta reunión se transmitirán de inmediato al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que ha sido convocado en una reunión de emergencia.

Los recién llegados han accedido a que un avión militar transporte a un emisario de cada una de sus naves hasta Nueva York, donde —en el edificio de conferencias ubicado en la sede de la ONU— se producirá la primera reunión interplanetaria de la historia.

Anni accede a hablar con los dos policías. Entiende que esta es una de esas situaciones de crisis en las que los adultos irrumpen en el universo de los menores de edad y todas las leyes de complicidad y secretos se anulan. Es lícito quebrar la *omertá* de los adolescentes, sagrada en cualquier otra ocasión, cuando se percibe esa nota de miedo en los ojos de los padres. No es normal que los adultos se muestren tan abiertamente asustados, tan vulnerables. Anni ha visto llorar a la madre de Cax al entrar en la comisaría.

Los policías son dos, ambos hombres. Uno, grande e inexpresivo, se presenta como Arnet. El otro está empezando a quedarse calvo, pero cada poco rato se pasa la mano por la cabeza como si tuviera una melena que ordenar. Se llama Luis.

Hacen pasar a Anni accede a una habitación aparte, a solas con ellos. Sus padres y los de Cax se quedarán fuera. También autoriza a los policías a grabar la conversación.

—Siéntate —indica Luis. Intenta ser simpático. Sonríe.

A lo mejor no lo intenta, sino que lo es, dice Ni.

¿Puedes saberlo?, pregunta An. *¿A través de la Red?*

Creo que no, responde Ni. *¿Se puede saber si alguien es simpático? Igual solo se puede opinar al respecto. No es un dato objetivo*.

A An le parece interesante esa reflexión de Ni. Espera acordarse cuando todo esto termine para poder discutirlo con más calma. Tal vez por la tarde puedan dar un paseo a solas y comentarlo, aunque seguro que mamá insiste en ir también. Está inquieta, no quiere acabar llorando como la madre de Cax.

Luis habla con Anni sobre el instituto.

—Estás en tercero, ¿no?

—Sí.

—¿Te gusta tu instituto?

—No está mal. Me gustaría más estar en la universidad ya. Aunque echaré de menos a la gente.

—¿Sí? ¿Hay buen ambiente en tu clase?

Menos mal que no ha dicho «buen rollo», dice Ni. *Me muero si empieza en plan «¿Hay buena vibra en tu insti, tronca?»*.

An sonríe. Por suerte, solo ella puede oír a Ni.

—Sí, la gente es bastante maja —responde en voz alta, y después decide ser directa—. Pero ustedes querían preguntarme algo sobre Cax.

Luis y Arnet cruzan una mirada. El de la calvicie incipiente se pone recto, vuelve a sonreír.

—Sí. Necesitamos que nos cuentes algunas cosas para ayudarla. Por favor, no te guardes nada. No queremos que sientas que estás traicionándola, sino al contrario, colaborando para salvarle la vida. Te aseguro que ella te lo agradecerá.

—Sí, claro. No tengo nada que ocultar, no es como si tuviéramos secretos ni nada —asegura Anni. Es mentira a medias. Sí tienen secretos, pero ninguno tan importante como para ocultárselo a la policía, ninguno que pueda guardar después de ver llorar a una adulta.

Los ilin de los policías quieren conectar con nosotras a través de la Red, informa Ni.

¿Tú qué crees? ¿Les dejamos?

Sí, ¿no?

Vale.

Conectan. Net e Is envían un saludo. Ellos entienden mejor a Ni que sus anfitriones humanos. Ahora los seis seres vivos presentes en la habitación están conectados y se comunican verbal, gestual y mentalmente.

Siguen las preguntas que Anni esperaba. Cuándo fue la última vez que vio a Cax. Si conoce a alguien que pueda querer hacerle daño. Hasta llegar a:

—Al revisar tu historial en MIND, hemos visto que frecuentas algunos chats de adultos en Mauve. ¿Le hablaste alguna vez de esto a Cax?

Ay, no.

Anni se pone un poco pálida de vergüenza.

—Sí. Bueno. Entrábamos las dos a veces. A través de mí, porque Cax no tenía MIND.

—¿Para hablar con desconocidos?

—Sí. ¡Pero nunca les dábamos nuestros datos! No los reales. Solo lo hacíamos para divertirnos. En esos chats hay adultos que buscan hablar con chicas de nuestra edad, ¿saben? Nosotras no… Quiero decir, ¡que no entrábamos al chat para ligar ni nada! Lo hacíamos cuando estábamos juntas para reírnos de esa gente.

—¿Para reíros? —Arnet frunce el ceño. Desaprueba algo, Anni no sabe si es la caza de adolescentes de los adultos en los chats o las burlas de Cax y Anni. Quizá él también sea de chatear.

—Sí. Estos señores se creen que las chicas somos tontas o algo y que no nos damos cuenta de lo que pasa. Así que les seguimos el rollo y después, cuando nos dicen de quedar… Pues concertamos una cita entre ellos. Hacemos que se reúnan varios en el mismo sitio. O los mandamos a ciudades que estén al otro lado del país. No sé. Igual está mal —siente que le arden las orejas—, pero pienso que si un tío de cincuenta años quiere acostarse con una chica de quince y se va al quinto pino para hacerlo, se merece dar el paseo para nada.

Los adultos subestiman a las chavalas, entran en chats de la Red para comerles el tarro y no se dan cuenta de que ellas juegan en casa y son más listas. Ellos eran adultos cuando llegaron los ilin, llevan como mucho la mitad de su vida conviviendo con ellos y utilizando la Red. La generación de Anni y Cax, que ha nacido en la primera década de los 2000, es la primera de simbiontes. No han conocido un mundo sin ilin y se han unido a sus huéspedes desde antes de tener memoria. An no ha sido nunca An, sin Ni. Siempre ha sido Anni.

Cax es solo Cax desde que Ley murió. Le pasó de pequeña; cuando Anni la conoció, Ley ya no existía. Cax se lo ha contado: tuvo una enfermedad que fue mortal para la ilin y poco grave para la humana. A Cax no le importa, no la echa de menos. Ni siquiera la recuerda bien. Aunque le da rabia quedarse fuera de todo, al no poder conectarse a la Red, y a veces siente un poco de celos de la intimidad entre

An y Ni.

El caso es que Anni sabe engañar a través de MIND a cualquier baboso del siglo xx que aún esté aprendiendo a utilizarlo y tenga la osadía de intentar embaucarla.

—¿Nunca has quedado con alguien de verdad? —pregunta Luis.

—No, nunca.

—¿Y Cax tampoco?

—No. Y si lo hubiese hecho, yo lo sabría. Ella no podía conectarse, siempre lo hacíamos con Ni.

Le hacen algunas preguntas más y después le dan las gracias. Anni les estrecha la mano.

—La van a encontrar, seguro —dice antes de salir.

Porque no se atreve a preguntarles si creen que su amiga está muerta.

—Claro que sí —responde Arnet.

Anni asiente y se reúne con sus padres. La conexión por Red con los policías se interrumpe, pero Ni ha detectado que Net, el ilin de Ar, no las tiene todas consigo. Ese «claro que sí» ha sido una respuesta por defecto. No tienen ni idea de dónde está Cax.

La certeza de que estas cosas pasan, de que una puede salir de casa un día y no regresar más sin que nadie sepa nunca qué pasó, hace que Anni empiece a temblar. Permite que su madre la abrace, algo que hace muchos años que no tolera en público.

Arnet cierra la puerta, deja un vasito de cartón con un líquido que se supone café en la mesa de la entrada, responde con un gesto a la sonrisa de agradecimiento de Cynthia y después se mete en uno de los despachos interiores de la comisaría. Luis está allí ya, pasando notas a ordenador con la ayuda de Eli, el asistente virtual del Human. Con un suspiro de cansancio, Arnet se sienta al otro lado del escritorio. No es demasiado tarde, pero este caso le agota. Piensa en sus hijas, que tienen doce y catorce años, y se le llena el pecho de angustia. Una niña desaparecida. Le cuesta respirar.

Se bebe el café de la máquina, no por la cafeína, sino por el calor. Necesita algo para recuperarse del mal cuerpo que tiene encima. En cambio, Luis no toca el suyo. Es como si no se hubiera dado cuenta de que le han puesto un vaso delante.

Sobre la mesa, uno de esos carteles:

> «CAX DURÁN PEÑA
>
> Desaparece el 8/10/2020 en Madrid - España
> Edad 15 años - Altura 1,55 m - Peso 54 kg - Pelo corto ondulado castaño - Ojos grises
> Viste pantalón vaquero, camiseta roja y blanca - Sudadera azul desgastado
> Lleva un tatuaje en la muñeca con la frase «It's a revolution, I suppose»».

Arnet se sienta y observa la fotografía. Una joven sonriente, que no imagina lo que le va a pasar. Ar está bloqueado. El humano siempre ha sido más sensible que el ilin, más empático, más comprensivo. Su habilidad para ponerse en el lugar de los demás lo hace bueno en prever los comportamientos de la gente, incluso de los criminales.

Net es más frío, capaz de mantener el control en las situaciones de mayor carga emocional. Son muy distintos y, aunque no han tenido la suerte de crecer juntos, como los jóvenes que han sido simbiontes toda su vida, se coordinan bien. Su trabajo conjunto les hace ser un buen policía.

Es Net el que empieza a desplegar información en su mente, despertándolo poco a poco de su abotargamiento.

Sale una mañana de casa, en dirección al instituto, y no regresa. No tiene motivos para escapar, nada nos hace pensar que sea una desaparición voluntaria. Buena relación con los padres y el resto de la familia. Buena relación con los amigos. Imposibilidad de conectarse a la Red, no es simbionte: eso pone las cosas más fáciles a un secuestrador.

Ar asiente y Luis también. Su compañero está conectado a él por la Red, Net se ha comunicado por un canal abierto entre los cuatro: el humano Lu, su huésped ilin Is, Ar y el mismo Net. Pensar entre cuatro es más sencillo que utilizar a los humanos como altavoces para mantener una conversación verbal.

Un secuestrador de su entorno, sugiere Lu.

Cax es adoptada indica Is. *¿Puede que su familia biológica haya descubierto dónde vive y se la haya llevado?*

¿Qué edad tenía cuando la adoptaron?

Era bebé. Fue el mismo año de su nacimiento, 2005. La madre biológica la tuvo en un hospital y se marchó sin ella, tenía pensado darla en adopción desde el principio. No parece el perfil de alguien que luego tenga dudas y haga por recuperarla, argumenta Ar.

Nunca se sabe.

¿Quiénes son los padres biológicos? ¿Dónde viven ahora?

El padre es desconocido. Aquí están los datos de la madre.

La buscan, pero el número de DNI que dio la mujer en el hospital en 2005 no es correcto. El titular de ese DNI es otra persona. Este quebradero de cabeza los tiene entretenidos un rato.

Joder, si lo teníamos delante todo el tiempo. La madre… Is se interrumpe, duda. No sabe cómo expresarlo. *La madre es un hombre ahora*.

¿Cómo va a ser la madre un hombre?

Que sí, joder, Is se impacienta.

El género es uno de esos asuntos alienígenas que los ilin han tenido que incorporar a su vida sin entenderlos.

Es transexual resume Lu. *Era una mujer cuando tuvo al bebé, pero ahora tiene nombre de hombre. Benji Serra Velasco*.

Transgénero, corrige Ar. *Y si es un hombre, ha sido un hombre todo el tiempo. Un hombre que tuvo un bebé y lo dio en adopción*.

Vale. Perdón.

Entonces el DNI cuadra. Es la misma persona, con otro nombre.

Sí. ¿Crees que habrá sido él?

Ar está investigando y recorre con los ojos la pantalla de un lado a otro.

Está casado. Con otro tío. Tienen dos hijos.

A lo mejor ha recompuesto su vida, ha llegado a un momento en el que puede hacerse cargo de sus críos y ha dicho, bueno, pues voy a ver qué pasó con esa primera que tuve. Y ha ido a recuperarla.

Arnet no puede evitar pensar que ojalá haya pasado eso. Ojalá quien se ha llevado a la muchacha sea alguien que la ve como a una hija, aunque esté equivocado. Que piense que es propiedad suya o que tiene algún derecho sobre ella, pero como hija. Nada más. Que sea una persona trastornada que pretenda ganarse el afecto de Cax por la fuerza, pero que jamás le haría daño.

La encontrarán, se pondrá una orden de alejamiento, asunto resuelto. Cax lo habrá pasado mal, pero estará viva. Cualquier cosa menos encontrar a otra mujer más, a otra adolescente, con signos de haber sido violada, asesinada en una cuneta. Cada vez que hay un caso así, la imagen de la víctima crea una huella indeleble en la mente de Arnet. Y pasa los siguientes meses, los siguientes años, despertándose en mitad de la noche porque, en sus pesadillas, los cadáveres tienen el rostro de cada una de sus hijas.

Puede ser. Intenta imaginar a un hombre que nunca ha

sido capaz de olvidar el bebé que dejó en el hospital, que se siente culpable al coger en brazos a sus otros hijos, que siempre ha pensado que volvería a retomar la relación con la niña antes o después. Lo visualiza vigilando a la chica al ir y volver de clase, aprendiendo sus horarios, acercándose a ella para hablar. Secuestrándola. Es mía. Mi hija.

Sí. Podría ser.

Santiago no es simbionte. Se resistió a convertirse en uno porque el cambio de milenio y la llegada de los ilin le pilló demasiado mayor como para querer hacer un cambio tan radical en su vida y su propia identidad. No es que lo fuese en años; en los 2000 él acababa de cumplir los dieciocho. Lo era en mentalidad. Desde antes de aprender a andar, Santiago era un señor mayor, o eso decía su familia. Hablaba como un anciano y descartaba planes que implicasen sentarse en el suelo, deslizarse por un tobogán o dar demasiados saltos. Le gustaba andar en bata y zapatillas, ver películas antiguas y regañar a sus hermanos si armaban demasiado jaleo. «Santiago nació viejo», le decían. Y él lo ha convertido en su lema. Así que no. No permitió que lo parasitase un ilin. No se conectaría nunca a la Red. No estaría a la última. Se quedaría atrás en la evolución de la especie. Le daba igual.

Más adelante, pudo aceptar que Benji, su novio, fuese en realidad dos seres, el humano y el ilin. Y que, al casarse, se casaba con los dos. Aunque la relación la tuviera solo con el humano, su huésped estaría siempre presente.

—¿También en los momentos de intimidad? —preguntó Santiago.

—Sí, pero se retrae para no recibir estímulos externos —aseguró Ben—. Tampoco para Ji es un planazo estar ahí de sujetavelas.

Y aceptó que su hija mayor, Nat, fuera simbionte desde su nacimiento. Su hija eran dos hijas: Nat y Alia. Aprendió a pensar en ellas como en una sola, sin dejar de tener presente que eran dos individuos. Unidas para siempre, pero dos.

Pese a todo, cuando viste a su hijo pequeño, Vito, que tiene dos años, se alegra de que él sea solo él. El huésped de Vito murió antes de que ambos estuvieran en el Registro Civil, de modo que no llegó a tener nombre. A veces pasa eso, hay cabezas humanas incompatibles con los ilin. Una pequeña deformación. Santiago se alegró en secreto y puso

a su hijo un nombre acabado en «o», la vocal que los ilin no pueden distinguir de las demás.

Le habla sin parar y Vito se ríe con las tonterías de su padre. Le toca la cara con las manos, le retuerce las orejas, celebra que Santiago haga muecas. Comunicación directa, básica y humana. Sin Red.

Prepara la mochilita del niño, lo abriga bien y salen a la calle. El coche está aparcado frente a su puerta, la número ocho. Normalmente es el único a esta hora, porque los vecinos están trabajando, pero hoy hay otro vehículo junto a la acera de enfrente. Santiago nunca lo había visto antes. Un coche negro, anodino, con los cristales tintados.

Mete a Vito en el coche, le abrocha el cinturón de la sillita y cierra con cuidado la puerta. Toma asiento y sonríe a su hijo a través del retrovisor.

—¡A la guarde! —exclama en tono entusiasta.

—¡A la guarde! —repite Vito.

No le hace nada de gracia la guardería, pero Santiago y Benji intentan hacerle creer que es lo mejor del mundo. No haría falta que fuese, en realidad, puesto que Santiago trabaja desde casa y cuidar de él es, en cualquier caso, su prioridad. Sin embargo, es bueno que conozca a otros niños, que aprenda a llevarse con ellos, a responder ante otros adultos y a pasar algunas horas fuera de casa. Si no, la primera mañana de preescolar sería un infierno para todos los implicados, especialmente para Santiago. Así que dos días por semana, los martes y los jueves, Vito va a la guardería.

No llora al separarse de su padre, se va tan contento. Santiago le dice adiós con la mano, aunque el niño, cogido de la mano de su cuidadora, no se da la vuelta para mirarlo. Santiago vuelve a casa. Por lo menos podrá avanzar un poco en la traducción del denso manual de medicina en el que está trabajando.

El coche negro sigue ahí cuando aparca en su calle. Y también cuando sale de nuevo, a mediodía, para recoger a Vito. Llegan a casa (el coche sigue ahí), preparan la comida, almuerzan. Vito duerme la siesta y Santiago traduce. Luego

salen otra vez para ir a recoger del colegio a Natalia (y el coche sigue ahí).

Esa tarde no salen más, porque hace mal tiempo y Natalia tiene muchos deberes. No toca ir al parque. En lugar de eso, cenan pronto, sacan el tren eléctrico y colocan las vías por el salón. Natalia lo controla y Vito lo persigue exaltado. Después se bañan los dos juntos, supervisados por Santiago; se van a la cama y se duermen antes de que él termine de leerles un cuento. Sigilosamente, guarda el libro, apaga la luz y va al salón, a oscuras, para mirar por la ventana sin ser visto.

El coche sigue ahí.

Su móvil vibra. Es Benji. No se lo cuenta porque está fuera de la ciudad por un asunto de trabajo y no quiere inquietarle en vano. ¿De qué sirve preocuparlo si no puede hacer nada? Anota los detalles de su vuelo de vuelta, irá a buscarlo al aeropuerto con los niños. Siente una punzada de culpa cuando Benji pregunta si todo va bien y él responde que sí.

Aunque es verdad que todo va bien. Hay mil razones por las que el coche desconocido puede estar ahí. No tiene por qué ser algo malo.

A la mañana siguiente, Vito y él llevan a Natalia al colegio. El coche no está. Es muy pronto. Santiago respira tranquilo y se regaña a sí mismo por alarmista. Pero cuando regresan, el vehículo negro ha vuelto. Está aparcado en otro punto de la calle, como si eso hiciera su presencia un poco menos evidente.

Santiago finge que no pasa nada. Mete a Vito en casa, lo deja en el parque de juegos, en su cuarto, entretenido con unos bloques de construcción. Y después sale a la calle. Tiene un poco de miedo. ¿Y si quien esté en el coche es peligroso? ¿Y si le hacen algo y Vito se queda solo?

Manda un mensaje a un amigo, Francis, el que tiene las llaves de casa porque en vacaciones vino a regar las plantas. «Si no te he escrito otra vez en 15 minutos, llama a la policía y ven a mi casa corriendo. Hay alguien raro en la calle y estoy aquí con Vito. Seguramente no sea nada, pero

por si acaso». Se siente estúpido y cobardica, pero mejor eso que permitir la menor posibilidad de que le suceda algo a su niño. Cierra la puerta de la casa desde fuera.

Se acerca al coche, pero en cuanto está a unos pasos de él y es evidente adónde va, el vehículo se pone en marcha y desaparece calle abajo.

Santiago lo vigila, alarmado, pero no puede hacer nada. Vuelve a entrar en casa y escribe a Francis para tranquilizarlo.

«Pero ¿estás bien?», responde él.

«Sí, sí. Ya se ha marchado».

Aunque volverá. Santiago está convencido.

Gerardo Reyes Ocampo baja las escaleras que conducen al recibidor del edificio y observa cómo los demás asistentes a la reunión abren las grandes puertas de cristal para salir a la calle. Llueve. Arquea ligeramente las cejas en un gesto de contrariedad. Justo hoy ha indicado al chófer, Bautista, que no venga a recogerle. No conviene que se sepa en casa adónde va, porque aún no ha tenido corazón para contarle a su madre que se reúne con otros no simbiontes y que, de hecho, se ha metido en la lista de espera para viajar a las colonias.

Se le va a romper el corazón, así que Gerardo está aplazando el momento. Es su único hijo y tanto Pris, su madre humana, como Cila, la ilin, sentirán que las abandona. Armarán un escándalo similar al que se montó cuando su padre y su ilin se marcharon de casa. Gerardo no está preparado para eso. Aún no.

No soporta oír a su madre lamentarse. Se convierte en una plañidera sacada de una telenovela, pierde su saber estar y su elegancia, se le corre el maquillaje y es grotesco. A Gerardo no le gusta lo grotesco y no le gusta su madre cuando llora.

Tampoco le gusta la lluvia ni sentirse mojado e incómodo. Coge con pesar su paraguas plegable con estampado de paisaje de ensueño de Burberry y lo abre antes de pisar con cautela la acera mojada. Qué fea es la ciudad cuando llueve. Todas las calles son marrones.

Alza la mano para pedir un taxi y entra en él. Un coche plateado arranca y deja una plaza libre delante del edificio en el que se reúne la asociación, como si el conductor hubiese estado esperando a uno de los asistentes para recogerlo. Si Gerardo tuviese el valor para hablar con su madre o si la madre de Gerardo no le pusiera las cosas tan difíciles, ese podría ser él. Lo mira con un poco de anhelo, pero no demasiado: el coche es muy vulgar, corrientucho. ¿Quién puede permitirse contratar un chófer pero no renovar su vehículo? Por otro lado, la verdad es que

Gerardo no ha visto subir a nadie. Puede que simplemente estuviera ahí, aparcado, y no tenga nada que ver con la reunión.

El taxista intenta darle conversación, pero entiende pronto que a Gerardo no le interesa. Solo quiere mirar por la ventana y detestar la lluvia hasta llegar a casa. Paga al taxista, tarda un poco en decidirse a salir, abre el paraguas aparatosamente. Detrás de ellos, un coche plateado; detrás, uno rojo. Los dos parecen marrones con la oscuridad y el agua. El rojo tiene prisa y toca la bocina. Gerardo pone los ojos en blanco y suspira. Cómo es la gente.

Al día siguiente, se pone en contacto con él uno de los responsables de marketing de Calvin Klein para ofrecerle participar en la campaña promocional de su nueva fragancia *Wild*. Será una sesión fotográfica que durará dos horas y tendrá lugar en el Parque Zoológico, al que se les concederá acceso exclusivo durante la noche para poder fotografiar a Gerardo junto al tigre Burma. Es un ejemplar precioso y se ha criado en cautividad, por lo que tiene tan poco peligro como un gatito grande. Las fotos quedarán impresionantes.

A Gerardo no le hace falta el dinero, pero la idea le gusta. La imagen de él con la mano sobre la cabeza de un tigre, valiente e intrépido, contagiándose de la fuerza del animal, quedará genial en sus redes. Sí, hará la sesión de fotos, de acuerdo. Que le envíen el contrato electrónico. Perfecto.

Decide no contárselo a nadie porque así la sorpresa será mayor. Cuando enseñe las fotos, no dirá que el tigre era inofensivo. Tal vez cuente que la fiera nota el miedo y se aplaca ante un hombre que se mantiene estoico en su presencia. Eso suena bien. Se lo repite a sí mismo tantas veces que termina por creérselo y, cuando por fin está de madrugada en la puerta del Parque Zoológico y estrecha la mano de Enrique Pastor, el empleado de Calvin Klein, se esfuerza en parecer sereno.

—Los especialistas deben estar esperándonos —dice Enrique—. Ellos serán los que saquen al tigre. Y los

fotógrafos tienen que estar al llegar ya. ¿Le parece bien si vamos entrando?

Es un hombre no muy alto pero de buen porte, bien vestido con un traje gris marengo hecho a medida, con el cabello pulcramente peinado, ojos de un tono castaño claro que parecen tenerlo todo controlado y un amago de sonrisa que inspira confianza. Gerardo se alegra de ser de mayor estatura que él.

—Sí, vamos a conocer a ese gatito —responde.

Enrique tiene su propia llave para entrar en el parque. Caminan por los paseos empedrados. Vacío, el zoológico es un lugar fantasmal. Gerardo está sobrecogido, pero intenta disimular. Oye los sonidos de los animales, que ni siquiera sin público callan, y se tranquiliza pensando que están encerrados.

Los tigres tienen tres recintos separados. En uno de ellos, una tigresa convive con sus cachorros. En otro, dos machos juntos. En el tercero, un macho solo, enorme, imponente. Sale a la parte exterior de su encierro, una piscina y una pequeña isla que se comunican con el interior. Enrique se apoya en la barandilla y Gerardo hace lo propio para observar a la impresionante criatura.

—¿Es este?

—No. Este es Brama, la nueva adquisición del parque. Todavía no se ha hecho al sitio y es, como puede usted ver, muy inquieto.

Gerardo no habría escogido esa palabra. Brama le parece más bien «salvaje». El tigre pasea por su isla y mira de cuando en cuando hacia ellos con sus terribles ojos amarillos. Se le pueden intuir los músculos tensos bajo la piel, las zarpas mortales, el enorme peso del cuerpo moviéndose con furia de un lado a otro.

—¿Qué le pasa? —pregunta Gerardo.

—Tiene hambre —responde Enrique sin darle importancia.

—¿Dónde están los especialistas?

Gerardo se vuelve, inquieto. Enrique entorna los ojos, respira tranquilo; está demasiado calmado. No parece que

esté esperando a nadie.

—¿Alguna vez se ha planteado dejar la Tierra… viajar a las colonias…? —La pregunta de Enrique le sorprende. Gerardo lo mira y calla. No se da cuenta de que tiene la respuesta en los ojos—. ¿Ha oído los rumores?

—Me voy —dice Gerardo.

No a las colonias. A su casa. Esto es demasiado raro.

—No —replica Enrique sin alterarse.

Coge a Gerardo de la camisa y lo empuja. Él se agarra a su brazo, al del hombre que está intentando tirarlo por la barandilla, pero Enrique le golpea en la cara con el otro puño y Gerardo lo suelta por reflejo, para defenderse. La barandilla en las lumbares, el peso del cuerpo al otro lado, las manos que buscan algo a lo que aferrarse y no lo encuentran.

Se sumerge en la piscina. El agua huele horriblemente y sabe aún peor. Le arruina la camisa, los pantalones, los zapatos. Le cuesta subir a la superficie. Lo primero que ve es a Enrique, que vuelve a estar apoyado en la barandilla y lo mira con aire meditabundo.

Lo segundo que ve es un borrón en el agua, un torbellino de zarpas y unos ojos amarillos. Gerardo no sabía que los tigres nadasen.

Nerea frunce el ceño al leer los documentos que, sobre su mesa, acompañan a una solicitud de la policía para obtener una orden de registro. Los examina con cuidado.

Benji Serra Velasco. Dio a luz en 2005 a una niña a la que entregó en adopción. Ahora la muchacha, que tiene ya quince años, ha desaparecido. Secuestrada, piensa la policía. Benji Serra Velasco es el principal sospechoso.

La jueza respira hondo y se reclina en su silla. Aquí hay información que ella desconoce y no puede tomar una decisión sobre la marcha. Así que dedica un tiempo a obtener datos. No es difícil.

Acaba sabiendo más sobre Benji Serra Velasco. Durante el embarazo fue claro en su intención de renunciar al bebé: no quería tener hijos. Tenía diecisiete años, no contaba con un trabajo ni con el apoyo de su familia. Era una decisión comprensible. No podía hacerse cargo de un bebé.

Después no le fue mal. Consiguió un empleo. Continuó yendo al psicólogo. Comenzó el proceso de reasignación de género y cambió su nombre legal. Estudió. Conoció a su actual marido. Se casó. Tuvieron dos hijos más, una niña y un niño. Se dio de alta en Autónomos como investigador privado.

Nunca hizo ningún intento, al menos que quedase registrado, de recuperar a su primera hija biológica. No manifestó duda alguna en el momento de renunciar a ella. No ha hecho ni dicho nada sospechoso. Y por su perfil no parece un secuestrador. Parece una persona estable que pasó un mal momento en su vida y que se recuperó de él.

«No —piensa Ner y su ilin, Ea, está de acuerdo—. No, no pueden registrar la casa de este hombre sin su consentimiento. Si consiguen alguna prueba o algo que apunte a él, lo pensaré de nuevo. Hasta entonces, que lo dejen en paz».

VIDA EN MARTE

La Mars Polar Lander regresa a la Tierra

Los alienígenas interceptan la sonda que enviamos a Marte y nos la traen de vuelta

---

Salma Díaz Gallego
Madrid, 1 ENE 2000

Mientras todavía tiene lugar la larga reunión internacional, que se prevé que dure aún varias horas más —quizá incluso días—, los seres de la nave que aterrizó en Siberia en la madrugada de hoy han sacado la sonda espacial estadounidense Mars Polar Lander (MPL) y la han entregado a los soldados del ejército ruso y otros representantes internacionales que acordonan la zona. Algunos científicos que formaron parte de la misión Mars Surveyor 98 se han movilizado para examinar la sonda allí mismo y confirman que se encuentra en perfecto estado. Descubrimos así que la razón por la que se cortó la comunicación no fue un fallo por parte de la NASA, sino que los alienígenas detectaron la MPL y la interceptaron pocos segundos antes o después del aterrizaje.

Mediante la lengua de signos, los seres recién llegados del espacio han podido contarnos que tienen una base en Marte desde hace un tiempo, de lo que concluimos que hemos sido observados durante una larga temporada. A preguntas sobre la localización de su base y cómo se las han ingeniado para pasar inadvertidos a nuestro satélite Mars Global Surveyor, los alienígenas no han sabido o no han querido responder.

REUNIÓN INTERPLANETARIA

Estas son las conclusiones de la reunión en Nueva York

Los alienígenas se llaman a sí mismos ilin; *su tecnología es, sin duda, superior a la nuestra y quieren compartirla con nosotros; subrayan la necesidad de salvar la Tierra de una inminente catástrofe ecológica, y los líderes mundiales se muestran dispuestos a plegarse a sus peticiones (actualización a las 02:30 horas)*

Cristina Beraza
Nueva York, 9 ENE 2000

Los seres que se hacen llamar *ilin* avisan de algo que ya sabíamos: la actividad humana en la Tierra puede suponer el fin de la vida en el planeta, aunque mucho antes de lo que pensábamos. Ellos auguran que pese a las cumbres internacionales y acuerdos de reducción de la contaminación, los efectos del cambio climático pueden ser intolerables antes de que acabe el siglo XXI.

Los ilin tienen la solución. Nos ofrecen compartir con nosotros sus métodos para obtener energía limpia, construir infraestructuras para devolver vida a zonas escasas de recursos y optimizar la industria alimentaria y el sistema económico para hacerlos sostenibles. Además, dicen, están dispuestos a ejercer de mediadores entre naciones para solucionar conflictos pacíficamente. Nos ofrecen su punto de vista objetivo, sin que se interpongan lealtades ni intereses propios, más allá del propio bien del planeta al completo.

A cambio, los ilin desean establecer una colonia en la

Tierra, como han hecho en otros planetas con cuyos habitantes nativos mantienen una relación cordial, simbiótica.

Ante la sorpresa del mundo entero, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha aceptado el trato y, de acuerdo con lo establecido por la Carta de las Naciones Unidas, ha informado a los miembros de la obligación de cumplir con esta resolución.

Revista *YES!* Núm. 2, ENE 2000

10 cosas que tienes que saber sobre los alienígenas

¿Quiénes son? ¿Cómo son? ¿Qué necesitan de nosotros?

Resuelve estas y todas tus dudas ahora.

Han llegado del espacio y están llenos de misterios, pero nos hemos encargado de averiguar toda la información necesaria para sacar de dudas a nuestros lectores. ¡No esperes más y sigue leyendo!

1. Se llaman *ilin*

Ellos mismos nos han dicho cómo tenemos que llamarlos. Son capaces de comunicarse con nosotros mediante la lengua de signos y entienden el inglés, el español y el ruso.

2. No captan todas las vocales

Se refieren a su planeta de origen como *Glebe* y pensábamos que era un nombre hasta que nos dimos cuenta de que los ilin estaban intentando decir *globo*. Solo distinguen la *a*, la *e*, la *i* y la *u*. ¡Deben flipar con las más de 13 vocales que hay en algunos idiomas de la Tierra!

3. No COMEN

Son autótrofos, como las plantas, pero no se alimentan de luz, sino de compuestos químicos.

4. Son diminutos

Los seres que hemos visto salir de las naves no son los ilin, sino sus anfitriones. Los ilin se meten dentro de esas criaturas por el oído y se enganchan a su cerebro. ¿Y por qué lo hacen? Porque en su forma

original no tienen ojos ni manos ni nada. Su forma de vivir el mundo y la vida es a través del cuerpo de otros.

5. Nos proponen vivir en simbiosis

¡Y nosotros tenemos que estar de acuerdo! A los ilin les importa mucho el consentimiento y respetan a las otras especies. Jamás serían huéspedes de una criatura inteligente sin permiso.

6. Con la simbiosis saldríamos ganando…

…ya que ellos pueden darnos las soluciones a todos nuestros problemas.

7. Tus hijos podrán tener un amigo ilin en vez de un tamagochi

Con el consentimiento de los padres, los ilin emparejarán a cada uno de sus bebés con uno humano para que crezcan juntos. Al parecer, es lo mejor para que se entiendan y complementen. ¿Te imaginas tener a tu mejor amigo en la cabeza? Pues eso.

8. Podrás viajar a las estrellas

Los ilin tienen colonias por todo el espacio. También hay planetas deshabitados donde les gustaría tener una colonia para explotar su riqueza en materiales y recursos, pero no pueden porque las condiciones de ese sitio los matarían. Sin embargo, como en algunos sí que podrían sobrevivir los humanos (sin ilin), nos ofrecen esa posibilidad también. Si no quieres ser un simbionte en la Tierra, podrías pasar a formar parte de esas colonias humanas en el espacio. Los ilin nos llevarían al planeta y nos ayudarían a construir nuestras ciudades para estar bien cómodos y, a cambio, nosotros les daríamos algunos de los materiales que sacáramos de allí. ¿Quieres ser un minero espacial?

9. Su energía se llama *avai*

La comunidad científica se encuentra inmersa en las primeras investigaciones sobre la energía ilin, que nuestros nuevos amigos llaman *avai* y que se obtiene de forma limpia y no causa un impacto negativo en el medioambiente. Dentro de poco podremos decir *ciao, bambino!* al petróleo.

10. Comparten sus emociones… literalmente

Se comunican mediante una Red a la que están conectados emocionalmente, quieran o no. Además de eso, utilizan sonidos en una frecuencia que nuestros oídos no perciben y un sistema de escritura con líneas que graban en el suelo.

Y tú, ¿qué sabes de los ilin?

VIENEN PARA QUEDARSE

Pues tendremos que acostumbrarnos

Nada de «Mi casa, teléfono», estos extraterrestres no están aquí de visita

---

Isabel Molina
Madrid, 10 ENE 2000

Esto va a ser como cuando éramos universitarios y tocaba hacerse a las peculiaridades de ese compañero de piso al que habíamos conocido mediante el tablón de anuncios de la facultad porque la habitación sobrante había que alquilarla como fuera. Era raro, no se sabía bien de dónde procedía y nos lo encontrábamos desayunando en calzoncillos en la cocina a las cuatro de la tarde. Al principio sorprendía, luego uno aceptaba que él era así, no era humano, pero parecía inofensivo.

A los ilin no nos los hemos encontrado aún en ropa interior por ahí, pero los descubriremos en los ojos de los demás cuando vayamos por la calle. Nos preguntaremos si las personas que nos atienden en los sitios son humanas o una combinación de humana y alien. No sabremos si ese ligue en la discoteca tiene un bicho en la cabeza o no. Cuando nuestro único hijo rompa el jarrón del salón, diremos: «¿Quién ha sido de los dos?».

Lo que suena más raro de todo esto es que las Naciones Unidas y después los políticos dijeran que sí alegremente y se embarcasen en este asunto. Es cierto que lo que los ilin nos ofrecen a cambio de dejarnos invadir (energía limpia, tecnología, paz) es apetecible, pero parece que va en contra de la naturaleza humana que nos dobleguemos a que se nos metan en la cabeza y nos controlen. Una se pregunta si, detrás de los pactos y las ofertas, no habrá algo más. ¿Qué

habría pasado si hubiésemos dicho que no? Parece ingenuo pensar que los ilin se hubieran encogido de hombros (aunque no los tienen), aceptado nuestra decisión y vuelto a montar en su nave.

JUAN PABLO II

El Vaticano no cambiará su postura frente a los ilin

Su santidad declara que sobre esta piedra los alienígenas no edificarán nada

---

Adrián Navarro Guerrero
Madrid, 18 ENE 2000

Juan Pablo II ratifica el rechazo absoluto a la invasión alienígena y a la simbiosis de los ilin con seres humanos. Sin embargo, reconoce la necesidad de algunas personas de sentirse acompañadas y conectadas a otras, por encontrarse en situaciones muy duras en las que el apoyo de la Iglesia es para ellas más necesario que nunca. Remarca el deber de la religión de proporcionar consuelo y guía, a la vez que insta a quien pueda estar en estas circunstancias a acudir a Dios en lugar de buscar solución rápida para su angustia en la simbiosis con criaturas de otros mundos.

Por otro lado, el Vaticano aún no ha logrado dar una explicación a la llegada de estos seres, que desafían la realidad tal y como la plantea la Iglesia. Muchas voces cuestionan la posición del pontífice, se preguntan si los ilin son también hijos de Dios y, en el caso de que así sea, qué puede haber de malo en acogerlos como ellos piden.

De momento, el mensaje es claro: la Iglesia se opone a la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y señala que la simbiosis arrebata a quienes acceden a ella su dignidad humana; desde su convicción de que el ser humano es sagrado e inviolable, le resulta imposible defender una posición distinta.

Andrea recuerda perfectamente a la pareja que se sentó en la mesa de la ventana hace dos semanas, porque eran un hombre adulto y una adolescente a media mañana y eso siempre llama la atención. Cuando una tiene una cafetería en la misma manzana que un instituto, está acostumbrada a recibir clientes de un perfil concreto a determinadas horas del día. Durante la mañana solo llegan adultos, por goteo. Muchos de ellos son padres que tienen que acudir a alguna reunión con los docentes del centro. Algunos días vienen también profesores. Los martes, este señor con las patillas, tan majo, que enseña Historia y cuya primera clase empieza a las diez y media, por lo que a veces se toma un café en la barra. Los viernes, tres maestras que llegan juntas y charlan allí durante el recreo. Se ve que no quieren que sus compañeros oigan sus conversaciones en el aula de profesores. Así. Andrea los tiene fichados a todos. Es que son muchos años ya.

Luego, en cuanto acaban las clases de los más pequeños, vienen algunos de ellos con sus padres. Si estos son amigos, se quedan un rato y charlan mientras los niños juegan en la plaza. Otras veces compran un bollo para la merienda y se marchan. Más tarde toca el chaparrón de adolescentes que se instalan en las mesas y pasan allí horas y horas hablando de sus cosas. Entonces no hay adultos en la cafetería.

De modo que un hombre de unos cuarenta años y una joven de quince que llegan a media mañana llaman la atención, claro. Un miércoles, además, que estaba vacía la cafetería. Andrea bajó el volumen de *Life on Mars?* y se acercó para preguntarles qué querían. Siempre pone a David Bowie por las mañanas, lo bastante alto como para poder escuchar la música desde fuera al limpiar el cartel de la cafetería: Chocolate Blanco, Chocolate Negro.

—Un té verde a la menta —respondió el hombre. No era guapo, pero sí atractivo, y esbozó al mirar a Andrea una sonrisa que podría conquistar a cualquiera. Tenía los ojos

color miel, casi dorados a la luz de la mañana—. Y lo que quiera ella.

Andrea miró a la chica. Era más normal, morena, con el pelito corto, muy moderno. No tanto como Andrea, que lo lleva a lo *garçonne*, pero casi. Le quedaba muy bien.

—Un chocolate caliente con leche de almendras —dijo ella—. Por favor.

—Muy bien. Enseguida se lo traigo —respondió Andrea, con una sonrisa, y se retiró al otro lado de la barra.

Debían ser padre e hija, aunque no se parecían mucho. Tal vez se hubiesen quedado dormidos y, puestos a llegar tarde al instituto, se habían detenido a desayunar para hacer tiempo hasta que empezase la siguiente clase. No tenía sentido entrar y pillar una a medias. O tal vez tuviesen una cita con la directora.

Quizá ella hubiese tenido algún problema en el colegio y él hubiera ido a sacarla de clase. Le estaría preguntando, entonces, qué había pasado exactamente. Aunque la verdad es que la chica no parecía afectada por nada, estaba muy normal, ahí tranquila, hablando con él y columpiándose un poco en la silla. Y él no le hablaba con familiaridad ni autoridad, sino de igual a igual. Como si fueran dos adultos en una reunión de negocios. Amigables, pero calibrándose mutuamente.

Estuvieron allí algo más de media hora, después él pagó las consumiciones de los dos y se marcharon juntos. Subieron a un coche al otro lado de la calle y se fueron. Así que no iban al instituto.

Fue un tiempo después cuando empezaron a aparecer las noticias de la adolescente desaparecida, que iba a ese mismo centro. Qué desgracia, la sola idea de que alguien pudiera estar reteniendo a una niña de quince años angustiaba a Andrea. Estuvo pensando en si había visto recientemente alguna situación sospechosa y se acordó de la visita del hombre y la chica. Lo desechó enseguida.

Ella no pareció incómoda en ningún momento, le comenta a Rea. *Es obvio que los dos se conocían*.

Y él no la obligó a subir al coche, señala Rea.

Es verdad. No. Mira, no sé qué fue eso, pero está claro que no fue un secuestro.

Por si acaso, recorta del periódico la fotografía de Cax Durán Peña, la chica desaparecida, y se esfuerza en recordar a la joven que estuvo desayunando allí. Era morena también, con el pelo corto… pero muchas chicas lo llevan así. En la foto, la joven lo tiene ondulado. Andrea no recuerda si la muchacha que estuvo en su cafetería también. Solo se acuerda en detalle del hombre, de sus ojos llamativos y su sonrisa.

Contempla la fotografía, intranquila. Sí, la adolescente que estuvo allí podía ser Cax, pero también podía ser cualquier otra. Por si acaso, decide no decirle nada a la policía.

Victoria llama a la puerta antes de entrar en el aula. Esther, que aún no ha empezado la clase, le lanza una mirada interrogante.

—Tengo que llevarme a todo el alumnado no simbionte —explica Victoria—. Para la charla.

Esther asiente y hace un gesto a los chicos para que se pongan en marcha. Se oyen las sillas arrastrándose, los comentarios y las risitas. Tienen dieciséis años y no son capaces de dejar pasar más de treinta segundos sin intercambiar impresiones. Con paciencia, Victoria espera a que salgan al pasillo y los escolta hasta el gimnasio, donde se han colocado sillas frente a la pantalla de proyecciones que se baja del techo. Normalmente las presentaciones se realizan conectando a los alumnos y sus ilin a la Red, pero en esta ocasión es imposible hacerlo.

Todos toman asiento. Están los de bachillerato y los de cuarto. Frente a ellos, la mujer trajeada que viene de parte del Ministerio de Actividad Extraterrestre. El *ministerio alien*, dicen los chavales. Victoria sonríe y se sienta a un lado, discretamente, para vigilar que los oyentes no hablen entre sí.

—Buenos días —saluda la mujer en un tono amable que no parece genuino—. Soy Leonor y no soy simbionte, igual que vosotros. Es muy duro vivir en un mundo de mayoría simbionte, ¿verdad? Ya sea porque vuestros padres no han querido o porque no sois capaces de alojar a un ilin, la verdad es que estáis en una situación un poco peculiar, ¿verdad? Hasta comprometida, ¿verdad? A ver, que levante la mano quien nunca se haya sentido apartado o apartada por no tener un ilin.

Nadie levanta la mano, pero Victoria tiene muy claro que es porque les da vergüenza hacerlo.

—No pasa nada. Hay salida, ¡hay luz al final del túnel! —bromea Leonor—. Especialmente para chicos como vosotros… que tenéis aún todo el tiempo del mundo para dar forma a vuestra propia vida, ¿verdad?

Hace un gesto para que el jefe de estudios, Damián, que está al mando del portátil, pase de la portada de la presentación a la segunda diapositiva. En ella se ve un montaje de un paisaje paradisiaco hecho por ordenador.

—Hay planetas enteros en los que los ilin no pueden vivir, pero nosotros sí. Están llenos de materiales preciosos, ¡y ellos pueden llevarnos hasta allí! Dicen que los colonizaremos, pero en realidad lo que haremos será fundar en ellos nuestros hogares. En los últimos años, gracias a los ilin, hemos fletado más de mil naves llenas de seres humanos valientes y emprendedores, y así hemos conseguido poblar ocho de estos mundos. Claro que vive muy poca gente en ellos, ¿verdad? Aquí podéis ver unas imágenes… —Gesticula en dirección a Damián—. Este es Tilurus, ¿veis qué ciudad tan moderna? Es su capital, Lurnia, que tiene su propio puerto espacial. Este es el más cercano a la Tierra. Y luego tenemos Gamalsa… Álamo 5… Álamo 6… Abbidon… con la ciudad de los ochenta niveles, Koyukon, ¿no es… cómo lo decís vosotros… *una pasada*? —Se ríe tapándose la boca con la mano—. Esto es una maravillosa oportunidad para las personas como vosotros y como yo. En las colonias, en estos mundos solo para nosotros, podemos hacer carrera y encontrar nuestro lugar. Es una gran aventura con inmensas recompensas. Y los simbiontes la tienen vedada.

Diapositiva tras diapositiva, las ventajas de las colonias se exponen ante los alumnos. Vic aprieta los labios, intenta forjar una opinión respecto a esto, pero no sabe qué pensar.

Es lo mejor para ellos, dice Tria, su ilin. *Es cierto que debe de ser duro vivir en la Tierra sin tener acceso a la Red. Debe de ser una vida muy solitaria*.

Para vosotros es difícil imaginarlo, claro, responde Vic. *Pero los seres humanos no necesitamos estar conectados mentalmente. Hemos vivido sin la Red mucho tiempo. Yo misma, hasta que tenía más o menos la edad de estos chicos…*

¿Y no son mejores las cosas ahora?

Vic suspira. Es cierto que la Red ha acabado con muchos conflictos, ha potenciado la empatía, ha hecho que

la solidaridad sea natural. Es muy difícil hacer daño a alguien cuando sientes sus emociones.

La mujer del Ministerio de Actividad Extraterrestre habla de una campaña de emigración a las colonias en la que pueden participar mayores de dieciséis años con el consentimiento de sus padres. Todos los chicos y chicas que están presentes en el gimnasio podrían inscribirse esa misma tarde si lo desearan.

Obtiene una carcajada sardónica del público. Leonor la sigue con el dedo, intentando detectar quién se ha reído.

—¿Sí? ¿Querías decir algo, guapa?

Es Álex, una de las chicas de cuarto a las que ha recogido Victoria de su clase. Se incorpora, porque está recostada en la silla, saca las manos del bolsillo delantero de su sudadera y dice:

—Que ni de coña me voy yo a las colonias.

—Bueno, eso lo dices ahora. —Leonor vuelve a soltar esa risita—. Pero te darás cuenta de que la vida aquí no es fácil, de que conseguir trabajo es duro y de que si te dicen que te asegurarán el alojamiento y todo lo que necesites… con una calidad de vida muy superior a…

—Ya, si soy consciente de eso —interrumpe Álex en tono aburrido—. Pero yo soy de la Tierra.

No solo eso: Álex sabe bien que la vida en la Tierra no es sencilla, piense lo que piense Leonor. Ha sido una de esos niños sin familia cuyos padres desaparecen o no se hacen cargo o únicamente están para hacer daño. Está bien ahora, no falta nunca a clase, su ropa está aceptablemente limpia y no parece que pase hambre, pero nadie va a las reuniones de padres para hablar de ella. Álex no lo menciona nunca y se cierra en banda en cuanto algún profesor quiere saber más. Ante la posibilidad de que deje de asistir, en el instituto le dan cierto margen.

No, Álex no tiene una vida fácil. Victoria lo sabe y la compadece.

—Bonita, es que ganarse la vida en la Tierra es muy difícil, te lo estoy intentando explicar —insiste Leonor con su sonrisa más falsa que nunca—. Conseguir llegar a cierto

nivel de comodidad está reservado a unos pocos.

—Bueno, pues yo seré de esos pocos —dice Álex.

Entonces suena el timbre y Leonor se olvida de Álex porque todavía tiene que explicar tres diapositivas y su público cautivo quiere marcharse en desbandada.

Priscila Ocampo desconecta una a una las once pantallas de televisión de su casa y pone un disco de música clásica, de vinilo, en el tocadiscos del salón. No quiere ver más las noticias, que una semana después siguen cebándose con el asesinato de Gerardo. El tigre con los bigotes ensangrentados, relamiéndose, el agua teñida de rojo de la piscina, los restos del cadáver desperdigados por el recinto.

También han intentado grabarla a ella, claro. Querían imágenes de la pobre madre llorando a su hijo, fotos de Gerardo de niño, aullidos de dolor. Ella se ha negado a darles nada. Ensayó su rostro inexpresivo para el funeral, lo cargó de dignidad y no dijo ni una palabra delante de las cámaras. No van a monetizar su dolor.

A ella misma le asombra que, más que tristeza, lo que este asunto ha generado en ella es un odio frío y cargado de determinación. Hacia la prensa, hacia el asesino, hacia la policía. No confía en que vayan a encontrar al culpable. Y eso no le permite dormir por las noches.

Suena el timbre y Priscila se levanta del sillón. Espera mientras Sofía abre la puerta, toma el abrigo de su invitado y lo escolta hasta el salón. Es un hombre menudo, de cabello color ceniza ensortijado, con ojos gris oscuro que parecen captar más de lo que una querría dejar entrever. Las marcas en su piel indican que es de sonrisa fácil, pero está muy serio en este momento. Se adelanta y estrecha la mano que Priscila le ofrece.

—Señor Serra —saluda ella—. Siéntese, por favor.

Ha decido recibirlo en el salón y no en el despacho porque no quiere que parezca una reunión de negocios, aunque de eso se trata.

—Gracias —responde él.

—¿Quiere beber algo? Sofía. Un té para mí, por favor.

Qué tenso está, comenta Pris a su ilin, en privado.

No quiere estar aquí, responde Cila.

Sofía mira al señor Serra y espera.

—Un vaso de agua, por favor —dice él un poco

sobresaltado. Encuentra algo incómodo en el hecho de que Sofía esté ahí para lo que necesiten, como si eso fuera humillante. Qué tontería. No hay nada de malo en formar parte del servicio doméstico de una casa acomodada. Sofía lleva diez años y está encantada. Priscila trata bien a las personas que trabajan para ella—. Gracias.

Sofía se marcha y Priscila pregunta al señor Serra si ha encontrado el sitio con facilidad, si sus indicaciones fueron precisas, ¿sí? Qué bien, hay mucha gente que se pierde, ya sabe, al ser un poco recóndito… Pero a ella le gusta así, lejos del barullo de la ciudad. Cuando era más joven era distinto, claro; tiene sus ventajas estar en el centro, a dos pasos de cualquier sitio. Ahora no. ¿Él vive en el centro? No, en los suburbios; teniendo dos niños pequeños, lo prefiere. Es mejor. Sí, ¡sin duda! Tiene razón…

Entonces Sofía regresa, les sirve las bebidas y se va cerrando la puerta. Ya pueden hablar de verdad.

—Señor Serra. Usted, igual que todo el país, sabe que a mi hijo Gerardo lo asesinaron —dice Priscila. Se asombra de ser capaz de pronunciar esas palabras sin que le tiemble la voz—. La policía atribuye el crimen a un asesino en serie al que nadie consigue atrapar, aunque eso no lo digan en las noticias. Quiero que usted lo encuentre.

Él respira hondo, se inclina hacia delante, y la mira con fijeza.

—Lamento mucho la pérdida de su hijo —dice hablando despacio, como si escogiera las palabras con cautela—. Y le agradezco la confianza al pedirme esto, pero creo que sobrevalora mi capacidad de ayudarla.

Priscila sacude la cabeza lo justo para ser expresiva sin despeinarse.

—Llamarle no ha sido una decisión que haya tomado a la ligera.

—Lo siento —responde él. Quiere decir que lo siente, pero no le interesa; lo siente, pero no acepta el trabajo.

—Aún no hemos hablado de sus honorarios —dice ella. Y quiere decir que está dispuesta a pagar lo que haga falta.

—No es una cuestión de dinero —replica él—. Intenté

decírselo por la Red. He venido porque usted insistió en verme en persona, pero mi respuesta es la misma.

No ha bebido ni un trago de agua y quiere marcharse ya. Priscila se relaja en su asiento y suspira. No le da ninguna señal que implique que puede levantarse. Contrariado, por no ser descortés, él se queda.

—Necesito pasar página —afirma ella unos minutos después.

Él es capaz de entender eso. Calla respetuoso, reflexiona.

—Si la policía está trabajando en ello y no ha conseguido nada, ¿qué le hace pensar que yo sí lo haré?

—Usted está implicado en el caso —dice Priscila como si fuera obvio—. A un nivel mayor que ellos.

—No, no lo estoy.

—Sí lo está. —Mientras Pris habla, Cila envía al señor Serra imágenes y explicaciones por la Red, información que ha conseguido de los medios, de conversaciones con la policía—. Esta chica ha desaparecido. Creen que quien se la ha llevado o la ha matado es el mismo que asesinó a mi hijo. No saben si está viva o no. Si lo está, es la primera a la que secuestra en lugar de… —No puede seguir hablando, pero él lo ha entendido.

La mirada del señor Serra se desenfoca. Está pendiente de lo que está viendo en la Red.

—¿Cómo…? —empieza a preguntar.

¿Cómo sabe que esa muchacha es su hija biológica? ¿Cómo…?

—Tengo mis fuentes —corta ella—. Si esta niña está viva…

—La encontrará la policía —interrumpe él poniéndose en pie—. Señora Ocampo, lo siento, pero se equivoca. Siento compasión por esta chica y quiero que la encuentren viva, pero como lo desearía respecto a cualquier otra persona secuestrada. No tengo ninguna relación con ella. No es mi hija.

—Hay un vínculo… Cuando alguien da a luz a un bebé, cuando durante nueve meses… Sigue siendo su hija.

—No. —El tono del señor Serra es categórico—. Esta niña tiene un padre y una madre, que lo fueron desde su nacimiento y que la han criado. Yo no soy su padre ni tengo ningún sentimiento de esa naturaleza hacia ella. Lo siento, pero se ha equivocado. No puedo aceptar este caso. Gracias de todas formas por la oferta y espero que pronto pueda pasar página.

Priscila se pone en pie y le estrecha la mano de nuevo.

—Póngase en contacto conmigo si cambia de opinión —le dice.

Llama a Sofía para que le traiga su abrigo y lo acompañe a la puerta. Ella está demasiado cansada, la decepción no le sienta bien. Se sienta de nuevo, da un sorbo al té y lo aparta: se ha quedado frío.

Ji calla, calla cuando Ben le dice aquello a la señora Ocampo, calla cuando se despide de Sofía, calla cuando bajan la escalinata hasta el amplio jardín y se dirigen al coche. Lo hace porque sabe que lo que ha dicho él es lo que toca, y ella jamás se atrevería a insinuar que tiene parentesco con esa niña, porque renunciaron a ella y el vínculo que la une con sus padres adoptivos es sagrado. Sí, eso es verdad. También es cierto que mentiría si dijera que la chica le da igual. Mentiría si dijera que no le ha afectado ver su fotografía en los periódicos, en la televisión, en la Red. Mentiría si dijera que no busca en sus rasgos los de Ben, que le emociona que Cax no solo se parezca a él, sino también a sus otros dos hijos.

Cax.

Hasta hace poco, Ji ni siquiera sabía cómo se llamaba ese bebé al que vio nacer. Cax. Muy corto, el nombre de alguien que no es simbionte. ¿Por qué? ¿Sería un motivo genético, sería por lo mismo que Vito no podía tener un compañero ilin? Aunque Cax es un nombre inusual. Si desde pequeña hubiese sido solo ella, la hubiesen llamado Cleo o Eloísa o Asunción, o algún nombre con «o». Cax parecía el nombre de un ser humano que fue simbionte y ya no lo es. Ji se preguntó cómo se llamaría la pequeña ilin que vivió con Cax. Se sentía triste por su pérdida, aunque no la hubiese conocido. Si Cax fuera su hija, Ji hubiese sentido a su ilin como hija también. Igual que Alia, la ilin de Nat, la mayor de los dos niños de Ben.

Desde fuera eran dos padres, Santiago y Benji, y dos hijos, Natalia y Vito. En realidad eran tres y tres. Ji y Alia estaban allí.

Y tenían sentimientos.

Y se encariñaban con los humanos de sus núcleos familiares.

Y con los de fuera.

Yo sí tengo un vínculo con Cax, dice Ji, y Ben se detiene como si lo hubiese alcanzado un rayo, junto al coche, con

las llaves en la mano.

No la conoces, responde él.

No, pero estuve allí esos nueve meses. Estuve allí cuando nació. Lo sentí igual que cuando nacieron Natalia y Vito.

No, no fue igual. Con Natalia y Vito sabíamos que… Natalia y Vito son nuestros hijos y lo supimos durante todo el embarazo. Con la otra desde el principio teníamos claro que no iba a ser nuestra, que no éramos sus padres. ¿O te has olvidado?

No. Yo sé que no es hija nuestra. Pero tampoco es como cualquier otra niña, no te engañes.

Para mí sí.

Pues para mí no.

Joder, Ji.

Piensa «Joder, Ji», pero no se mueve, no sube al coche, no la obliga a marcharse de allí. Está disgustado, pero le importa lo que ella siente.

No es que quiera nada de ella. No es como si quisiera recuperarla, asegura Ji. *Sé que es difícil para ti. Y sé que no es nuestra. No es como si la equiparase a nuestros hijos*.

¿Entonces?

Ni tanto ni tan poco. Tampoco me da igual. Hay que darle la importancia que tiene, el papel en nuestra vida que tiene… queramos o no.

De acuerdo. No es como cualquier otra niña a la que no conociéramos. Tampoco es nuestra hija. Está bien.

Vale.

¿Qué quieres hacer?

Podríamos ayudar.

Es meternos en un lío. Creo que es mejor quedarnos al margen.

Sí, pero podríamos *ayudar. Está en nuestra mano. Y yo no me voy a quedar tranquila si decidimos no hacerlo*.

Joder.

Es nuestro trabajo. Se nos da bien. Quizá no encontremos nada o quizá esté muerta, pero al menos lo habremos intentado. Y, en cualquier caso, seguro que la señora Ocampo paga bien.

¿Qué imagen tenéis de mí las dos, que creéis que me podéis convencer así?

Ji siente el humor de él, sabe que está quitándole hierro. Benji sonríe y ella no sabe si ha sido un gesto suyo o un gesto de Ben.

Si de verdad no sientes nada respecto a Cax, entonces por lo menos puedes mirarlo por el lado práctico.

No sé si esto es sano.

Te aseguro que irnos a casa y fingir que no ha pasado nada, a la larga, será peor. Veremos las noticias y no dejaremos de pensar que podríamos haber aportado algo y por egoísmo no lo hicimos.

¿Por egoísmo?

Sí, porque era más importante proteger nuestros sentimientos que intentar salvar a Cax.

Vete a la mierda.

Benji guarda las llaves del coche en el bolsillo del abrigo.

Se lo tendremos que contar a Santiago.

Lo entenderá.

Se lo vas a explicar tú.

Él es más comprensivo que tú.

Por eso nos enamoramos de él.

Se ríe y sí, esas carcajadas pertenecen a Ji. El romance es cosa de Ben, es obvio. Por eso pueden bromear con ello. Ji no se enamora ni de ilin ni de humanos; ninguno de los ilin simbiontes lo hace. No es una tragedia. Están conectados a la Red, tienen lazos con toda su especie, infinitas relaciones, infinitos afectos. Les dedica tiempo cuando Ben está a solas con Santiago; de ese modo ambos conservan su privacidad.

¿Es muy poco serio dar la vuelta ahora mismo y volver a hablar con ella? ¿Deberíamos esperar unas horas y contactar a través de la Red para decirle que nos lo hemos pensado?

No, responde Ben. *Vamos a hablar con ella directamente*.

Vuelven a atravesar el jardín con las manos en los bolsillos, en silencio. Ji no tiene palabras para expresar su gratitud, porque sabe que Ben está haciendo un sacrificio

por ella. Por suerte, con él las palabras de agradecimiento sobran.

Natalia ayuda a papá a comprar los ingredientes para la lasaña y después, en casa, colabora en su elaboración. No es la primera vez que lo hace y tiene cogido el truco a colocar con cuidado las capas de pasta. Le gusta cocinar, especialmente cuando lo hacen juntos. Vito es más pequeño y solo puede realizar determinadas tareas más aburridas, como revolver ingredientes que no estén al fuego y vigilar el temporizador.

Es lasaña de bienvenida porque por fin ha vuelto papi, a tiempo para el cumpleaños de Natalia, que es dentro de dos semanas. Van a celebrarlo en el parque de bolas. Natalia va a pedir un perro de regalo, como hace todos los años, aunque por si acaso otra vez no se lo traen ha pensado que pedirá un patinete eléctrico. Puede que tampoco se lo quieran regalar, sobre todo teniendo en cuenta que el año pasado chocó contra un muro con la bicicleta y tuvo que ir a urgencias, aunque al final no fue nada y ni siquiera le pusieron puntos.

Antes de cenar, mientras papá y papi hablan sentados en el sofá, Vito y Natalia construyen con los bloques de gomaespuma una torre altísima. A Vito le gustaría que se quedase ahí para siempre, no entiende que, si no la derriban cuando no quedan cubos, no pueden seguir jugando. A Natalia le gusta ese momento de destrucción de su propia obra, es su favorito.

Quiere que sus padres participen, pero ellos están conversando con cara muy seria y ella intuye que no es buena idea interrumpirlos. Ellos se lo pierden. Derriba la torre y Vito hace pucheros.

—Natalia —dice papi en tono de advertencia.

—No he hecho nada —protesta ella.

Vito la ayuda a recoger los cubos y vuelven a empezar. Él es el arquitecto y ella es la erupción del volcán, el tornado, la catástrofe. Ve por el rabillo del ojo que sus padres se abrazan.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta papá.

—Nada —responde papi—. Estar aquí.

—Puedes contar con ello —asegura papá y se ríe un poco. Logra que papi sonría—. Me parece bien que vayáis a hacer esto.

—¿No te…? ¿Estás bien?

—Mientras no os afecte a vosotros, sí. Por mí no hay ningún problema. Y si… Bueno, ya sé que no es… que no tienes con ella… Bueno. No sé. Si eso cambiase, si te sintieras…

—No me voy a sentir nada.

—Vale, pero si fuera así o si quisieras hablar de ello, me lo dirás, ¿no?

—Sí.

—Tienes derecho a que te afecten las cosas.

—Anda, anda. —Ahora es papi el que se ríe—. ¿Cenamos?

Se van los dos a la cocina para traer los platos a la mesa. Natalia deja a Vito recogiendo los cubos y corre detrás de sus padres porque colocar los cubiertos es su misión todas las noches.

Durante la cena hablan de la fiesta de cumpleaños, de lo difícil que es cuidar de un perro como debe ser y del mejor amigo de Vito, que se ha hecho un esguince. Después, papá va a ducharse y papi acompaña a Natalia y a Vito a su cuarto, les pone el pijama y les lee un cuento. Vito se queda dormido, pero Natalia aguanta hasta el final.

Díselo ahora, le recuerda Alia.

—Mañana voy a participar en el torneo de matemáticas —dice Natalia—. Soy la campeona de mi clase y me toca competir con los campeones del resto del colegio.

—Qué emocionante.

Natalia puede sentir la ternura de su padre a través de Ji.

—Sí. El año pasado mi clase casi ganó a todas las demás de Primaria, pero al final quedamos segundos. Y al que gana le dan un cuaderno y una caja de bombones para los compañeros.

—¡Un cuaderno! Eso siempre viene muy bien. ¿Y tú

crees que puedes ganar?

—Soy bastante buena —admite Natalia con modestia —. Podrías venir a ver el torneo. Algunos padres vienen.

—¿A qué hora es? ¿Por la mañana o por la tarde?

—Por la mañana.

—No voy a poder. Justo hoy he aceptado un caso nuevo y tengo que empezar mañana.

Natalia pone cara larga. Caso tras caso tras caso. Todos los días hay trabajo, pero no todos los días tiene lugar un torneo en el que ella sea campeona.

Siempre dice que él es su propio jefe, pero no sirve para nada, protesta. Alia se ríe, pero solo la escucha Nat.

—Podrías empezar pasado mañana.

—Es un caso muy importante. Tengo que ayudar a una niña que está en peligro.

—¿Qué le pasa?

—Se ha perdido y sus padres no saben dónde está.

—¿Por qué no se lo dice ella por la Red?

Precisamente por la Red nota Natalia el cariño que siente su padre por ella, el deseo de que esté a salvo, la alegría por que ella no se haya perdido, por que esté allí, con él, tumbada en su cama, a salvo.

—Es una niña que no tiene ilin.

Natalia lanza una mirada fugaz a su hermano. Él tampoco tiene ilin, está solo siempre. Ella no es capaz de imaginárselo. Nat no concibe la vida sin Alia.

Frunce el ceño al pensar por un momento que si su hermano se perdiese tampoco tendría forma de comunicarse con su familia.

—Vale —responde—. Mejor que te ocupes del caso… Ya te contaré yo qué tal el torneo.

LA NAVE CUNA EN LA TIERRA

Los primeros ilin nativos serán australianos

Cristina Beraza
Barcelona, 22 ENE 2000

El aterrizaje tuvo lugar a las 23:30 del día 20 en el área preparada en el Gran Desierto de Victoria, Australia. Previamente, la nave nodriza ilin, que ellos llaman «nave cuna», orbitó en torno a nuestro planeta, complementando sin pretenderlo el eclipse total de luna. Durante 77 minutos, desde el continente americano pudo observarse fácilmente la sombra de la Tierra sobre nuestro satélite; antes y después, el eclipse parcial, causado por la gigantesca nave interponiéndose entre la luna y nuestro planeta, fue visible en distintas partes del globo. Con esta nave cuna llegan los primeros ilin, aún en su etapa larvaria, que efectuarán su metamorfosis en la Tierra. Tras la metamorfosis, los ilin empiezan a crecer hasta alcanzar el tamaño adulto, en el cual ya no son capaces de convertirse en huéspedes sin dañar a su anfitrión. En el caso de los bebés, debido al pequeño tamaño de la cabeza, los ilin solo podrán vincularse con ellos durante las primeras horas tras de la metamorfosis. Después, el propio cráneo del humano limitará el crecimiento del ilin, lo que volverá la unión irreversible.

Este compromiso de por vida por parte del ilin es la mayor garantía de lealtad que puede ofrecer a su anfitrión. Desde el momento en el que se establece este enlace, los dos individuos dependerán el uno del otro.

Se prevé que los primeros simbiontes serán bebés nacidos en el 2000. Hay listas disponibles en los hospitales para que los padres puedan poner por escrito su deseo de que sus hijos formen parte de esta alianza interplanetaria.

PROGRAMACIÓN INFANTIL

Una nueva heroína en Nickelodeon

Joaquín Mas Fernández
Madrid, 14 AGO 2000

Nickelodeon deseaba sacarse de la manga el próximo gran éxito en el ámbito de las series para niños de preescolar, y parece que lo va a conseguir. Para ello ha combinado el foco en la narrativa de *Little Bear* y los momentos interactivos de *Blue's Clues*, para crear *Dora the Explorer* (en español *Dora la exploradora)*.

Hoy se estrena el primer capítulo de esta serie de la empresa Mattel, creada por Chris Gifford, Valerie Walsh Valdes y Eric Weiner y producida por Nickelodeon Animation Studio. Se retransmitirá regularmente en el canal de televisión por cable Nickelodeon y podrá verse en español también en Telemundo a partir de septiembre de este año.

La serie sigue las aventuras de Dora, una niña de siete años que junto a un mono antropomorfo de cinco años llamado *Boots* («Botas» en español, porque lleva un par de botas rojas) se embarca en un viaje distinto en cada episodio. Los eventos se suceden de forma cíclica mientras Dora viaja, supera obstáculos y resuelve acertijos y rompecabezas, pidiendo ayuda en ocasiones a los espectadores. De esta forma se anima a los niños a aprender conocimientos básicos, como los números, y vocabulario español.

La voz de Ra, la compañera ilin de Do, será la de la talentosa actriz y directora de doblaje mexicana Patricia «Paty» Acevedo (nacida en Ciudad de México el 29 de abril de 1959), conocida por otros muchos personajes famosos, como Casper en la serie homónima, Lisa Simpson en *Los Simpson* o Rachel Green en *Friends*. Para la elección de la actriz fue importante el

hecho de que ella misma fuese simbionte, según Nickelodeon. También Acevedo declara que la ayuda de Ricia fue decisiva a la hora de interpretar este papel. Pat es la primera actriz de doblaje en interpretar un personaje ilin.

De acuerdo con el portavoz de Nickelodeon, la idea para esta serie surge de la observación de niños de la edad de la protagonista, de la cual se concluyó que eran «pequeños exploradores». En cuanto al personaje de Dora, en concreto, se creó como latina sin especificar de qué país proviene precisamente para representar la diversidad de las culturas latinoamericanas. En las primeras fases de creación de la serie, el personaje no iba a ser latino en absoluto, pero uno de los ejecutivos de Nickelodeon, tras asistir a una conferencia sobre la falta de representación, pidió a los creadores de la serie que incluyeran este elemento. Aunque al principio hubo grandes dudas y cierta resistencia ante la idea, esta terminó por verse como una oportunidad.

También la presencia del villano, el zorro Swiper, fue controvertida, dado que se criticó que podría suponer un mal ejemplo para los niños, pero el equipo al cargo de la creación de la serie insistió en la necesidad de incluir un antagonista. Swiper es un ladrón no simbionte incapaz de sentir empatía por los demás. En los episodios de la serie, Dora romperá la cuarta pared y pedirá a los espectadores que la ayuden a encontrar los objetos robados por Swiper.

Cada episodio terminará con Dora cantando una canción triunfal que los espectadores podrán aprender. Nickelodeon espera que, si la serie tiene éxito y se mantiene el tiempo esperado en la programación, en un futuro cercano los niños que la vean sean simbiontes también y puedan disfrutar contenidos extra a través de la Red.

EVALUACIÓN DE LOS PROGRESOS REALIZADOS

Los ilin mejoran la calidad de millones de vidas

Desde principios de año, SYMBALL, una alianza de organizaciones, gobiernos y empresas, apoya la expansión de los ilin en la Tierra y su alianza con los seres humanos

Ariadna M. Prieto
Madrid, 3 NOV 2000

Un plan para fomentar la simbiosis entre ilin y humanos en los rincones más inaccesibles del planeta logra fondos para salvar millones de vidas.

Las estadísticas no mienten: allí donde han llegado los ilin, la calidad de vida de los seres humanos ha mejorado. La energía avai es limpia e inagotable, permite el funcionamiento de infraestructura básica en lugares remotos o pobres en los que, hasta ahora, recursos como el agua potable o la luz eran solo un sueño. La Red, que permite que las personas sintamos lo que experimentan las demás, ha erradicado la crueldad, los conflictos y el egoísmo entre aquellos que pueden conectarse a ella gracias a sus compañeros ilin; es fácil llegar a la conclusión de que el camino hacia la paz en el mundo es que los seres humanos estemos conectados.

Está demostrado que los simbiontes están más satisfechos con su vida, disfrutan de una salud psicológica impecable y mantienen relaciones sociales más sanas que los no simbiontes. Las familias que han incluido a miembros ilin en ellas gozan de una mejor comunicación y una armonía perfecta, lo cual es la base ideal para criar a niños equilibrados y felices.

Sin embargo, pese a sus demostrados efectos positivos, la

Organización Mundial de la Salud estima que 1300 millones de niños de todo el mundo aún no han tenido la oportunidad de convertirse en simbiontes. La tasa de niños vinculados a los ilin se ha estacando en el 62%, advierte el organismo. Por eso hacen falta esfuerzos extraordinarios y nuevas formas de llegar a quienes todavía no se benefician de los progresos científicos para asegurar el futuro de sus hijos.

Para tal fin se creó a principios de año la Symbiosis Alliance (SYMBALL). Este conglomerado de países, fundaciones, organizaciones internacionales y empresas privadas apoya la expansión de los ilin en las naciones menos adelantadas. Recientemente ha tenido lugar una reunión en Abu Dabi (Emiratos Árabes Unidos) para evaluar la progresión hacia los objetivos que SYMBALL ha marcado para el período 2001-2010. En el informe de revisión, SYMBALL anota sus logros y también los retos que le quedan por delante.

María ha vuelto a dormir mal. Se tomó la infusión que le recomendó su madre, con pasiflora, tila y melisa, así que tuvo que levantarse a las tres de la madrugada para ir al baño y no logró volver a pegar ojo hasta las cinco y media. A las siete sonó el despertador y se levantó con la sensación de no haber llegado a dormirse.

Pasa la mañana en la oficina, ahogándose en café, y después come un bocadillo en el metro de camino al refugio. Allí siempre hay trabajo que hacer. Limpia los cubiles, cambia el agua de los cuencos y dedica un ratito a repartir caricias. Le parte el corazón contemplar a los perros encerrados; a ver cuándo llegan Jaime y Pablo, los dos voluntarios que los pasean por las tardes entre semana.

A las cinco llega la pareja que había contactado con ella para ver a los bebés de Hollín, la gatita negra encontrada a punto de dar a luz debajo de un coche.

La gente solo quiere a los pequeños, se lamenta Ía. *Con lo adorable que es la madre*.

Al menos está siendo fácil colocar a los bebés. Me daría mucha pena que tuvieran que crecer aquí.

Ellas no pueden llevarse más gatos a casa. Tienen ya dos y están de alquiler. El casero se muestra bastante hostil.

—Hola. —María abre la cancela. Las dos mujeres han dejado su coche automático a un lado de la carretera—. Pasad, pasad. Yo soy María. Hablamos por teléfono.

—Berta —se presenta una de ellas, la más bajita, pecosa y sonriente. Le planta dos besos a María en las mejillas—. Y ella es Ximena.

Son nombres de simbionte, pero Ía no logra conectar con ellas a través de la Red. Hay veces que es así, no todo el mundo está abierto. María decide respetarlo y no hacer preguntas.

Ximena es alta y de rasgos rectos, un poco duros. Le tiende la mano a María y la estrecha fugazmente, como si el contacto le desagradase.

—Venid por aquí.—Las guía hacia el edificio principal

—. Entonces, ¿vivís juntas?

—Sí —responde Ximena.

—Desde hace unas semanas —añade Berta con una risa nerviosa—. Aunque nos conocemos desde hace años, desde… ¿el 2011?

—El 2009.

—Fíjate. Muchísimo. Lo que pasa es que a mí se me termina el contrato de alquiler este mes, así que… no sé, de pronto todo cuadró —explica Berta—. Y nos decidimos a dar el paso. Yo estoy aún un poco entre una casa y la otra, pero bueno.

—Está siendo una mudanza muy lenta, ¿no? —bromea María—. Bueno, mejor, así te lo tomas con calma.

—Sí. Entonces, me preocupa un poco que esto pueda ser demasiado trajín para el gatito…

Llegan a la habitación en la que se encuentra Hollín, en su corralito, con sus crías metidas en una caja. Las tres mujeres se detienen a admirarlas. Ximena emite un murmullo de ternura que sorprende a María. La gata sale a saludar y se deja acariciar por las recién llegadas. Y enseguida la siguen sus hijos más espabilados.

—De todos modos, nosotros no damos a los gatos hasta la segunda vacuna, la de la leucemia felina —dice María—. Así que aún tendríais que esperar tres o cuatro semanas para llevároslo.

—¿Puedo? —pregunta Ximena. Hace un gesto hacia los gatitos.

—Si ella te deja… —sonríe María.

No parece que Hollín tenga nada en contra, así que Ximena levanta a uno de los bebés en brazos. Pronto Berta hace lo mismo. Ambas acarician y hacen arrumacos a los gatitos y luego los intercambian, juegan con unos y con otros. María les señala cuáles tienen casa ya.

—A mí me gusta este —dice Ximena señalando a uno del mismo color que la madre.

Berta asiente con la cabeza.

—Me parece estupendo, amor.

—¿Es gata o gato?

—Ese es gatito.

—Vale. Entonces, hasta dentro de un mes, nada, ¿no?

—Hasta dentro de un mes, nada —asiente María—. Pero podéis venir a verlo siempre que queráis. Así va acostumbrándose a vosotras. Bueno, si lo tenéis claro, ¿queréis que prepare el contrato de adopción? —Ellas asienten—. Os dejo con él mientras lo imprimo.

El despacho está en la habitación de al lado. María deja la puerta entornada y bosteza mientras se enciende el Human. El sueño eclipsa un poco su alegría por haber encontrado casa para otro de los gatitos. Encima a uno de los negros, que son siempre los más difíciles de encajar.

Oye hablar a las dos mujeres:

—Podríamos aprovechar este mes para irnos de viaje —dice Ximena—. Después, con un animal en casa, será más difícil organizarlo.

—Uf, amor, ya sabes que no me gusta nada salir de la ciudad, me da una pereza increíble —rezonga Berta.

—Podría ser algo muy relajado —insiste Ximena—. Llevas siglos diciéndome que estas vacaciones no, que nos iremos las siguientes… Seguro que cuando lo hagamos te encanta. Tú eliges el sitio.

—Que no, Ximena, que ahora con la mudanza no tengo yo la cabeza para viajes. No me apetece nada. —Silencio—. Oye, no te pongas de morros, ¿eh?

—No me pongo de ninguna forma.

No deberíamos estar escuchando esto, dice Ía.

Pues no escuches.

Cotilla.

Pues no, la verdad, nada cotilla. Esto no me interesa lo más mínimo responde Mar. *Las peleas de pareja ajenas me dan bastante igual*.

Cuando vuelve a la habitación con el contrato, las dos mujeres están en silencio. Ximena sigue haciendo mimos al gatito, Berta mira al infinito con rostro inexpresivo. María carraspea y sonríe.

—Ya lo tengo todo. ¿Habéis pensado algún nombre?

—Berta es la que decide —responde Ximena con un

poco de mala uva.

—Todavía no sabemos —contesta Berta.

—No pasa nada. Vamos a ponerle Kiko, porque es como lo llamamos nosotros. Más adelante, cuando sepáis cómo lo queréis llamar, lo rebautizáis.

Qué mal rollo.

Después de firmar el documento, María las acompaña hasta la cancela. Vuelve a bostezar mientras ellas arrancan el coche y se alejan. Los perros ladran como locos.

Berta está sola en su antiguo piso y se pregunta si es buena idea mudarse con Ximena. No es que no la quiera. La quiere. Llevan muchos años juntas y cree, con toda honestidad, que es el amor de su vida. Nunca lo ha admitido en voz alta porque no ha habido ocasión, pero lo piensa.

Sin embargo, hay cosas que Ximena no sabe. Y no las puede saber.

Es demasiado doloroso pensar en los secretos y en qué debería hacer respecto a ellos. A Berta nunca se le ha dado bien enfrentarse a este tipo de cuestiones. Le gusta lo cómodo, lo que fluye, lo sencillo. No es buena gestionando conflictos; sobre todo cuando son consigo misma.

Llaman al timbre y ella da un brinco del susto. No esperaba a nadie.

—¿Hola?

—Buenas tardes —saluda una voz masculina, agradable, como si su dueño estuviese sonriendo al hablar —. Soy Enrique Colina. Vengo por la inspección de la vivienda al final del contrato.

A Berta no le suena nada de esto, pero le abre. En ocasiones, su casero, que es un hombre mayor, se olvida de avisar de que va a pasarse por allí.

Abre la puerta para descubrir a un hombre trajeado, con ojos inteligentes de un llamativo castaño claro y sonrisa cansada. Es alguien que ha tenido un día agotador, pero aun así encuentra la energía para intentar ser amable con los demás. A Berta le cae bien de inmediato.

—Buenas tardes —dice—. El señor Gómez no me avisó de que vendría.

—¿No la avisó? —El hombre parece contrariado—. Vaya, lo siento. Me dijo que la avisaría. Usted es Roberta Moreno Escudo, ¿no?

—Sí, sí.

—El señor Gómez me encargó que me pasase por aquí hoy para elaborar un informe de inspección del estado de la

vivienda. ¿Le viene mal ahora?

—No, estaba haciendo cajas. Pase.

Él deja el maletín en el recibidor, saca una *tablet* y sigue a Berta por la casa mientras ella se la enseña. Está en muy buen estado, la ha cuidado bien. Se merece recuperar la fianza. Él no hace comentarios, pero sí toma notas. Berta se pone un poco nerviosa. ¿Se habrá fijado en el desconchón del techo del pasillo? Si ella tuviese un ilin, podría intentar conectarse con él a través de la Red y tener alguna pista al respecto, pero por desgracia no es simbionte.

—¿Quiere tomar algo de beber? —pregunta, en un gesto de desesperación para ganarse su simpatía.

Él la mira con lo que parece sincero agradecimiento.

—Por favor. Estoy teniendo un día muy largo, así que no le voy a decir que no.

—Yo tampoco he parado en todo el día —dice ella—. Me vendrá bien sentarme un momento. ¿Qué le apetece?

—Una taza de té sería ideal.

Ella es más de café, pero hace té para los dos. De todos modos, la cafetera está en casa de Ximena.

«No, no. En nuestra casa», piensa Berta. Tiene que empezar a pensar que el piso es de las dos. Aunque no lo sea y nunca lo vaya a ser.

—Bueno, ¿ha encontrado muchos desperfectos? —pregunta nerviosa.

—No —responde él—. Está todo muy bien cuidado. Gracias por el té. Es estupendo.

—¿Verdad? —Berta está contenta—. Me lo regaló una amiga por mi cumpleaños y lo reservo para ocasiones en las que hace mucha falta tomar algo reconfortante. Sienta de muerte, ¿a que sí?

Él arquea las cejas, como si supiera cosas que ella no, y asiente.

—Estaba pensando en comprar un piso por esta zona —comenta—. Pero estas construcciones son muy antiguas y me han dicho que no están bien insonorizadas.

—No, ¿quién le ha dicho eso? La zona tiene sus más y

sus menos, eso es así, pero las paredes de este piso son de lo mejor que he visto. Llevo años aquí y nunca he oído a ninguno de los vecinos. Y eso que los de arriba son universitarios y organizan fiestorros cada fin de semana.

—¿Y no le molesta la música?

—No, ya le digo. No se oye nada.

—Pues me alegra saberlo, porque para mí la insonorización es muy importante. Que se oigan los gritos de la gente es un inconveniente inmenso. —A Berta le llama la atención el comentario, pero decide no darle muchas vueltas. Será que en el edificio de este hombre los vecinos discuten a voces. Él deja la taza sobre la mesa—. Disculpe, ¿le importaría si paso un momento al baño?

—No, por supuesto —responde ella y se ríe—. Ya sabe dónde está.

Él sale del salón. Berta se termina el té. Lo oye volver, pero se debe equivocar de camino, porque pasa por la cocina antes de regresar al salón.

No se sienta, así que ella se pone de pie también. Será que se va a ir ya. Qué desperdicio de té, se ha dejado la mitad de la taza.

Berta se fija en que lleva guantes puestos, muy finos, transparentes. Qué hombre tan extraño. Empieza a sentirse incómoda, aunque no sabe por qué.

—Ha sido un placer conocerla, señora —dice él—. Gracias por el té.

Es raro que se despida allí, en medio del salón. Berta quiere acompañarlo a la puerta, pero no le da tiempo. Él saca un cuchillo del bolsillo de la chaqueta y lo clava sobre el hombro de ella. Con un movimiento rápido y una fuerza sorprendente, lo mueve hacia arriba, cortando un tajo profundo que recorre el cuello en vertical.

Berta abre mucho los ojos y quiere gritar, pero no le da tiempo. De todos modos, no la oiría nadie.

Álex levanta la cara de su libro, que tiene demasiado pegado a la nariz, como siempre, y grita a los mellizos que corten el rollo y se vayan a liarla a otra parte. Están disgustados porque no pueden jugar en el jardín. Lleva todo el día lloviendo. Lo único que ellos quieren en el mundo es estar fuera sin vigilancia para ver si tienen una oportunidad de colarse en el búnker de Gala, que es territorio prohibido. Está al fondo del jardín, en el rincón más secreto de la finca, el que no se puede ver desde la casa ni desde la calle.

Los vecinos más cercanos viven un par de parcelas más allá, en una mansión blanca rodeada de muros tan altos que no podrían cotillear lo que pasa en el jardín de los Hijos de la Tormenta aunque quisieran. Álex supone que los han puesto para que ni los *paparazzi* ni los ladrones puedan acceder a su palacio. La vida de los ricos es así.

Los Hijos de la Tormenta tienen medio derruida y cubierta de enredadera con espinas la tapia que rodea su hogar. Es un edificio de cuatro pisos, desgarbado y con pinta de ir a caerse a trozos, con las contraventanas despintadas y la fachada llena de grietas. A pocos metros de distancia se levanta una torre de alta tensión y por eso no hay más viviendas cerca. La torre no funciona, pero dicen que la familia que vivió antiguamente en esa casa murió en un terrible incendio durante una tormenta eléctrica. Álex piensa que es un bulo y se alegra de que la gente sea tan miedosa, porque eso les permite a ellos vivir allí y tener un nombre tan chulo.

Antonio se tira encima de Álex, chillando. Lara lo persigue, no dejan de pelearse.

—¡Ya sois demasiado mayores para esto! —grita ella empujando al niño fuera del sofá.

Él lloriquea, pero ella no se conmueve. Está demasiado acostumbrado a salirse con la suya por ser muy mono, pero ese truco, que funcionaba tan bien cuando tenía cuatro años, está demasiado usado ahora que tiene siete.

A Inés, Ainara y Sergio no se les oye. Eso es mala señal.

Estarán en el piso de arriba, ocupados con alguna maldad.

—¿Por qué no vais a buscar a los demás? —propone Álex—. Seguro que están haciendo algo emocionante.

—Están jugando con *slime* en la bañera —informa Gala. Baja la escalera con un Human portátil debajo del brazo.

Los mellizos salen corriendo. Gala sonríe y se va a la cocina. Prefiere trabajar allí mientras bebe té sin parar. A Álex no le hubiese importado que se quedara; no son hermanas, pero como si lo fueran. Gala tiene dieciséis años, igual que ella, y su conexión es tan fuerte como la que comparten los mellizos.

Retoma la lectura, pero el salón es zona de tránsito en la casa de los Hijos de la Tormenta, y a los pocos minutos vuelve a interrumpirla una puerta abriéndose. Esta vez es Bim, que llega de la calle. Camina en su robot cuadrúpedo hasta el centro de la habitación y se queda ahí, de pie, porque para él requiere el mismo esfuerzo que estar sentado. Álex siempre lo ha conocido así y le cuesta separar al robot del ilin; para ella, las patas de la máquina son las de Bim, las dos pantallas de luces LED son los ojos de Bim, esa criatura de metal que parece una pantera pequeña es Bim.

—Hola —saluda él—. ¿Qué tal?

Ella se encoge de hombros.

—Como siempre. Qué tarde llegas hoy.

—Me he encontrado con alguien. Me gustaría contártelo, pero no quiero que nos interrumpan. Vente a mi habitación un momento.

Esto intriga a Álex. Sigue a Bim escaleras arriba. Su habitación está en el segundo piso. Es pequeña, con una manta en el suelo cerca de un enchufe, donde coloca el robot para cargarlo por las noches. El ilin duerme mientras tanto. Descansa su cuerpo y su mente a la vez, pero por separado. También hay un ordenador Human y un teléfono sobre un escritorio sin silla. Bim no la necesita; si se incorpora sobre las extremidades traseras, tiene la altura perfecta para utilizar el *pad*. Las manos cerradas le sirven de apoyos y le proporcionan estabilidad cuando camina y,

abiertas, cuentan con dedos articulados que le permiten manejar herramientas casi con tanta habilidad como un ser humano.

Casi.

—Cierra la puerta, por favor —solicita el ilin, y Álex obedece. Se apoya en la mesa, con los brazos cruzados. La mira, aguarda.

Bim calla. Sostiene la mirada. Su rostro es inexpresivo, claro. Álex suspira. De vez en cuando, Bim le pregunta con mucha solemnidad cosas tontísimas. «¿Eres feliz?», «¿Tú crees que soy bueno con vosotros?» y «¿Hay algo que te gustaría que cambiase en esta casa?», cosas así. A ella le preocupa y la enternece a partes iguales.

—¿Qué pasa, Bim?

—Ha contactado conmigo tu madre. —Vale, eso sí que es inesperado. Álex se tensa de inmediato, tanto que le duele la mandíbula de apretarla—. Lleva mucho tiempo buscándote y al final ha llegado a mí. Quiere verte, pero le he dicho que la decisión tiene que ser tuya.

—No quiero saber nada de ella —responde Álex con rapidez. Demasiada, quizá.

Bim asiente.

—Puedes tomarte un tiempo para pensarlo si quieres.

—No tengo el menor interés. No quiero verla.

—Me ha enviado una carta con algo de información sobre ella. ¿No la quieres ver?

Los brazos de Álex son una coraza. Se siente inexpugnable.

Hay un papel doblado sobre la mesa. Bim lo mira.

—Vale —accede Álex, sin sonreír. Coge la carta y se la mete arrugada en el bolsillo—. Ya veré si le echo un vistazo. Pero de momento no me apetece mucho.

—Vale. —Bim no ha venido a discutir con ella—. Si al final quieres conocerla y prefieres que yo esté presente, dímelo.

—Los pequeños han llenado la bañera de *slime* —dice Álex. No quiere seguir hablando del tema, tiene que procesarlo. Es demasiado y ha llegado de improviso. Sabe

que él lo entenderá.

Las luces de los ojos de Bim indican que se está riendo.

—Vamos a ver eso.

El resto de la tarde transcurre con normalidad. Cenas, baños. Marcos llega tarde porque ha estado en casa de unos amigos. Bim lo regaña por no avisar. Ahora es el mayor de la casa, tiene que ser responsable. Gala y Álex cruzan una mirada de circunstancias: cuando Marcos se marche, les caerá el marrón a ellas.

Los tres ayudan a Bim a meter a los pequeños en la cama. Inés y Ainara duermen juntas, en la habitación vecina a la de los mellizos, también en el primer piso. En el segundo, Ari, que es preadolescente, comparte cuarto con Sergio, el más pequeño del grupo. Tiene cinco años y cabalga sobre el lomo de Bim por el pasillo. El ilin lo vuelca sobre las sábanas y el pequeñajo se parte de risa.

Más arriba están Gala, Álex y Marcos, cada uno con una habitación propia ahora que Juan y Guille se han independizado. Álex lo agradece. Aunque le gusta la compañía de Gala, esta noche prefiere estar sola, mirando al techo y pensando en su madre.

Por la mañana se atreve a abrir la carta. «Hija mía, me encantaría volver a verte, ojalá supiera dónde estás». Álex es impermeable a sus palabras.

Recoge del suelo algo que ha caído: una foto de carné que estaba dentro del papel doblado. La mira, intenta que le dé igual. Memoriza la dirección que hay apuntada después de la firma. Y al día siguiente pasa de ir al instituto.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Gala.

—Son cosas mías. Necesito que me cubras y que no me preguntes nada —requiere Álex.

Gala la contempla pensativa y, después de meditarlo un momento, asiente.

—Lo que quieras.

Va en patinete para no gastar el poco dinero que tiene en transporte público. Tarda casi una hora y media en cruzar Madrid con él. Cuando llega, decide que no ha

merecido la pena. Un portal triste en una calle estrecha en Puerta del Ángel. Álex pliega el patinete, se sube la capucha y se queda merodeando por ahí. Se aburre. Pasan un par de horas antes de que vea salir a la mujer de la fotografía.

Su madre.

Aunque no es su madre, porque no la conoce.

La sigue por la calle. Hace compras. Habla con gente. ¿No trabaja? Parece que no.

A mediodía vuelve a entrar en su casa. Álex se mete en un bar y pide un pincho de tortilla y un refresco. Vigila por la ventana. A eso de las cuatro y media, la mujer vuelve a salir. Álex la sigue y hace cuentas. Si entra a trabajar a las cinco o cinco y media, seguramente tenga horario nocturno.

Por suerte, no toma el metro ni el autobús. En vez de eso, recorre a pie un par de manzanas y entra en un local. Álex se acerca para leer el cartel, en el que aparece la silueta sensual de una mujer desnuda.

«Masajes de todo tipo».

Contrariada, Álex se da la vuelta y se marcha pisando fuerte. No hay nada en la acera y es una pena, porque se muere de ganas de dar patadas. Camina deprisa. El cansancio se llevará la decepción y el cabreo, que no sabe muy bien de dónde vienen.

En un semáforo en rojo, el conductor del coche que está esperando le grita:

—¡Sonríe un poco, muchacha, que esa cara tan agria está echando a perder el cuerpazo! ¡Qué desperdicio, madre mía!

No es que haya muchas ocasiones en las que Álex esté de humor para soportar a gilipollas y esta desde luego no es una de ellas. Se da la vuelta en el paso de peatones, se acerca al coche, levanta el patinete plegado que lleva sobre el hombro y lo estampa contra el parabrisas.

El cristal se rompe en un estallido de esquirlas. Álex se asusta y el hombre empieza a gritar. Ella abre el patinete, se sube encima y huye calle abajo lo más deprisa que puede.

Bel para el coche delante de la casa de Tola y espera. Ella baja deprisa, con su bolsa de la ropa. No hablan. Camelia les ha indicado que hay que recoger a Kat y a Lu. Ninguna sabe si esos son los nombres legales de las demás, pero son los que usan. Un nombre para el Gobierno, un nombre para el trabajo, un nombre para la familia.

La culpa de que su vida fuese tan complicada en ese sentido es de los aliens. Bel era demasiado mayor como para dejarse arrastrar por esas tonterías cuando ellos llegaron y dijo que no, que no, que no pensaba meterse un bicho en la cabeza, muchas gracias. Que sí, que lo de la Red estaba muy bien y convertía a las personas en máquinas de amor solidario, incapaces de hacerse daño unas a otras, pero ni eso le suena bien a Bel. Ella no quiere que los extraños por la calle sepan cómo se siente o que la gente esté siempre queriendo conectar con ella. Prefiere que su cabeza sea solo suya. Y nunca se ha sentido cómoda compartiendo las emociones con nadie. Las emociones se tienen en privado y se disimulan lo mejor posible.

Ninguno de sus hijos es simbionte tampoco, por las mismas razones. Y ella sabe que se debió a eso la soledad de los niños en el instituto, en el que, en plena adolescencia, todos los alumnos vivían los sentimientos ajenos y participaban en ellos excepto sus hijos. Los chicos charlaban por la Red, compartían información, imágenes, música y cotilleos. Los que no podían conectarse, quedaban excluidos. La Red se utilizaba incluso en el ámbito académico, dentro de las propias clases. Apuntes virtuales, presentaciones que se apoyaban en la conexión para presentar gráficos e ideas. No solo eso: los exámenes estaban pensados para que los resolvieran dos seres juntos. Los hijos de Bel estudiaban y se sometían a la evaluación sin una vocecilla en la cabeza que les chivase las respuestas.

Solo uno de ellos logró llegar a la universidad. Aunque no le ha servido de nada. Buscar trabajo es mucho más sencillo como simbionte. Las entrevistas son un paseo

cuando puedes conectar con la persona que se encuentra al otro lado de la mesa.

Y si es difícil encontrar empleo para un joven de veinte años, para una mujer de cincuenta y tres es imposible. Cuando a Bel la despidieron de su puesto en el servicio de limpieza del hospital porque los pacientes podían sentirse inquietos ante la presencia de alguien con quien no pudieran conectar, el único camino que parecía viable era el que llevaba a las colonias. Y Bel no quería irse, porque algo en ella se rebela ante la idea de cederles su planeta a los odiosos aliens.

Así que encontrar este trabajo, pese a todo, fue una bendición.

Aparca justo delante del edificio que les han indicado, qué suerte. Es una calle tranquila. En cualquier caso, el coche no atrae la atención de nadie y las cuatro mujeres de mediana edad con sus bolsas tampoco.

Llaman al telefonillo y miran a la cámara. Les abren sin preguntar. Enrique está en la puerta del piso, con una sonrisa, muy cómodo en su papel de anfitrión.

—Menos mal que habéis llegado rápido —las saluda—. He hecho un pequeño desastre.

Kat finge regañarlo, él se ríe. «Tú sí que eres un desastre —le dice ella—. Menos mal que nos tienes a nosotras». Les hacen gracia ese tipo de bromas y Bel también sonríe. No se le da bien confiar a la primera en los hombres, pero tiene que reconocer que Enrique es un encanto. Y como jefe resulta muy soportable. Los ha tenido peores.

Echa un vistazo al salón para evaluar la situación.

—Al menos esta vez el suelo no es de parqué. ¿Dónde nos podemos cambiar?

Él les muestra el baño, la cocina. Ellas se ponen ropa de trabajo rápidamente y empiezan con la faena. Despiezar el cuerpo. Guardarlo en las bolsas, que no pesen mucho. La sangre es muy aparatosa, sobre todo cuando ha salpicado en tejidos, pero ellas son expertas.

Enrique está por ahí, les ofrece agua, pregunta por sus

hijos, ¿qué tal le fue a Juanito en los finales? ¿Y a Lola, se le pasó por fin ese resfriado? También se interesa por ellas, quiere saber cómo le va a Lu en sus clases de pintura, si Tola finalmente compró o no ese coche de segunda mano y si Bel ha decidido dónde pasará el puente. La conversación fluye, hablan de todo menos de la mujer muerta, cuyo rastro desaparece poco a poco.

—Bueno, esto va muy encaminado, voy a avisar a la jefa —dice Enrique de buen humor. Bel cruza una mirada con sus compañeras. Para todas es muy evidente lo mucho que disfruta él al llamar a Virginia, especialmente si es para informar de un encargo bien hecho.

Aprovechan que no está para avanzar en la faena. El salón está limpísimo; el cuchillo, seco y guardado en el cajón; el baño en el que se han cambiado, fregado con lejía. Van bajando poco a poco las bolsas para guardarlas en el maletero del coche. Bel se encargará de ellas.

Enrique vuelve muy alegre con el teléfono en la mano.

—¿Necesitáis algo más por aquí?

Ellas le dicen que no, que se quite de en medio, así que él obedece. Se retira a un rincón, a disfrutar de los últimos rayos del sol de la tarde, y termina de beberse una taza de té.

Cristina hace una mueca al ver el mensaje. Han encontrado los restos de Roberta Moreno Escudo en doce bolsas de basura grises repartidas por varios vertederos de la ciudad. La mujer llevaba desaparecida unos meses, pero aún había esperanza de que estuviera viva. Esto es obra de un asesino metódico y con experiencia, nadie despieza a un ser humano con tanta precisión si no lo ha hecho alguna vez antes.

Al parecer faltan aún algunas partes del cuerpo, un hombro, un antebrazo, parte de la pierna. Seguramente estén en una última bolsa. Aunque no le apetece nada, Cristina coge la cámara y las llaves de la moto y sale a toda velocidad en dirección al único vertedero en el que aún no ha estado la policía.

Encuentra bastante animación allí. Llega a tiempo para fotografiar cómo los agentes abren la bolsa. Qué desagradable. Imágenes macabras, el negocio del morbo.

—Puto trabajo, puta sociedad, puto todo —dice Cristina en voz baja. Uno de los policías la oye y sonríe. Es grotesco que alguien sea capaz de sonreír en esta situación.

Empiezan a llegar otros periodistas. Cristina los conoce bien. Charlan, sacan fotos, observan en silencio. Todos tienen frío y a todos les gustaría tomar una taza de café.

Cristina se arrebuja en su abrigo. Hace veinte años estaba en Estados Unidos, con unos inviernos larguísimos en comparación con los españoles, y no recordaba estar perennemente helada. La edad la ha vuelto más dura en unos aspectos y más vulnerable en otros. Le da rabia, intenta no temblar. Se rebela contra el paso del tiempo, el frío y el cansancio.

Tienen que esperar a la rueda de prensa, que saben que tendrá lugar esa misma tarde. Las noticias no pueden esperar en la sociedad frenética del presente. Pronto la policía los avisa para que se acerquen; ellos se arremolinan en torno a los agentes y empiezan a lanzar preguntas. ¿Es esta la última bolsa? Todos esperan que sí, el número trece

es muy sugerente. Sí, es la última. ¿Se sospecha quién puede ser el asesino? No se puede saber con seguridad, pero por la meticulosidad con la que ha sido llevado a cabo el crimen, piensan que puede tratarse de…

—¿De la Sombra? —pregunta uno de los reporteros.

El agente hace un gesto de incomodidad.

—No nos gusta que le hayan dado ese nombre —protesta—. Puede animar al asesino a continuar… —respira profundamente—. Miren, no queremos darle bombo a un loco…

—¡O una loca! —dice alguien.

—Bueno, sí, a un loco o una loca que puede estar matando por la sed de reconocimiento, por hacer un espectáculo. Que ustedes le pongan un nombre llamativo puede interpretarse como una alabanza. A esta persona le gusta llamar la atención. Por favor, no contribuyan a darle ánimos.

—Pero la gente tiene que saber lo que pasa —replica otro de los periodistas—. Debemos informar a la población. Hay que tener especial cuidado si hay un asesino suelto en Madrid…

—Disculpe. —Una joven logra apartar a empujones a los demás para llegar a la primera fila con su micrófono—. ¿A esta Sombra se le atribuyen también los asesinatos cometidos en Valencia y en Zaragoza?

El policía tiene cara de querer irse a casa, piensa Cris. Tina no responde, está muy atenta.

—Sí, creemos que ha sido la misma persona. Aunque la mayor parte de los asesinatos han tenido lugar en Madrid, parece que en ocasiones se ha desplazado.

—¿Cuál puede ser su motivación?

—De momento no está nada claro, no descartamos ninguna hipótesis y se han establecido distintas líneas de investigación, con la que es importante que no se interfiera.

—¿Creen que la menor desaparecida, Cax Durán Peña, ha sido asesinada por la Sombra? —pregunta Cristina.

—Todavía tenemos la esperanza de encontrar a Cax Durán Peña con vida —responde el agente con aplomo.

Si logran encontrarla con vida y el que se la ha llevado es el asesino, entonces la niña podría identificarlo, comenta Tina.

Si es el mismo… si sigue viva… Si, si, si…, responde Cris escéptica.

Y, sin embargo, mientras vuelve a casa, piensa que sí, que seguramente la persona que secuestró o mató a Cax sea la misma que ha asesinado a toda esta otra gente. Al principio la policía también creyó que se trataba de casos aislados, pero los crímenes violentos son extraños en un mundo en el que casi todo el mundo está conectado a la Red. Aquellos que los cometen siempre son no simbiontes, seres humanos incapaces de sentir las emociones ajenas. Cris ya era adulta cuando se vinculó con Tina, pero apenas puede recordar cómo era estar sola, sola completamente, sola siempre dentro de su cabeza. Tina es independiente y ambas pasan mucho tiempo en silencio, cada una con sus cosas, pero saben que la otra está allí para cualquier cosa que necesiten. Su marido murió hace dos años y sus hijos viven lejos. Cris no sabe cómo sería su vida sin Tina, sin alguien en casa cuando vuelve por la noche, como ahora.

Menos mal que te acordaste de encender la calefacción, dice Tina.

Y Cris sonríe, porque es verdad, y pregunta:

¿Nos tomamos una sopita de pollo? La pone a calentar. *Ay, mierda, tenemos que mandarle un mensaje a Benji*.

Ya le he contado, la tranquiliza Tina. *Se lo envié a Ji cuando estábamos esperando en el vertedero*.

Estás en todo.

Cristina suspira, abre la puerta del microondas y toma la taza de sopa con las dos manos. Está cansada, pero sabe que no podrá irse a dormir sin antes haber redactado al menos un borrador.

ENERGÍA NUCLEAR

Se apaga el último reactor nuclear de la central de Chernóbil

El ilin del presidente ucraniano Leonid Kuchma aconseja cerrar el funcionamiento del tercer reactor

---

Salma Díaz Gallego
Madrid, 15 DIC 2000

Leonid Kuchma, uno de los primeros políticos en convertirse en simbionte este año, ha decidido obedecer los consejos de Nid, su compañero ilin, y ordenar el cierre de la central nuclear que causó hace catorce años la impactante catástrofe atómica. El presidente ucraniano se puso en contacto con la central esta mañana a través de la Red, en comunicación directa con el ilin Li, compañero del director de la central Vitali Tolstonogov. Este respondió de inmediato desde la sala de control de la planta y puso en marcha el proceso técnico de poco más de una hora para detener por completo la reacción en cadena que tenía lugar en el interior del último reactor en funcionamiento de los cuatro que había en la central.

«El único motivo para mantener en funcionamiento la central era la alta demanda de energía — ha declarado el presidente ucraniano — . Sin embargo, mi ilin asegura que a corto plazo, gracias a la energía sostenible avai, esta no será un problema».

La ceremonia ha transcurrido en un emotivo silencio por parte de gobernantes, diplomáticos y periodistas del mundo entero.

CONTRACUMBRE DE PRAGA

Políticos y diplomáticos simbiontes

Isabel Molina
Madrid, 22 DIC 2000

Durante este año hemos sido incapaces de dejar de hablar sobre los ilin. La novedad de la llegada alienígena se ha convertido en el tema de charla más popular y ha conseguido eclipsar el tiempo, los estrenos de cine e incluso el fútbol. Y los dirigentes de las grandes naciones, como representantes de la gente de a pie, no son menos y conversan sobre los ilin en sus reuniones. Lo sabemos porque una de las conclusiones que se han sacado de la recién celebrada contracumbre de Praga ha sido la necesidad de convertir en simbiontes a políticos y diplomáticos.

Pese a las dudas iniciales de muchos, parece que no hay vuelta atrás al respecto. La conexión a la Red será vital a partir de ahora para estar al día en el mundo político contemporáneo. Si esto traerá consecuencias positivas a los que nos encontramos fuera de la clase política no lo sabemos: esperemos que, por lo menos, contribuya a proporcionar algo más de transparencia.

El resto de la reunión se ha dedicado a discutir otros temas de importancia internacional, los cuales se verán afectados por la influencia de los ilin. Entre ellos se destacan la gestión de recursos, la lucha contra el terrorismo y las propuestas del Consejo de Seguridad de la ONU para realizar más inspecciones en busca de armas de destrucción masiva.

Antonia lleva una semana pegada a las noticias. Los primeros días, para confirmar que aparece el cartel de desaparecida de su hija; los últimos, para ver una y otra vez las imágenes del vertedero. Robertita en bolsas de basura. Periodistas como halcones que intentaban capturar una imagen más explícita. Agentes de policía con caras largas. No quieren admitir que han fracasado, que la Sombra ha vuelto a asesinar a alguien delante de sus narices.

Tal vez si lo ve mil veces logre hacerse a la idea de que su hija está muerta y sentir el dolor que toca. De momento experimenta una extraña hinchazón insensible, como si estuviese anestesiada. Su cuerpo entero duerme con los ojos abiertos y la mente despejada.

El piso de Berta está vacío. Antonia siempre regañaba a su hija por desordenada y ahora echa de menos su caos. Todo en cajas, todo bien guardado. Faltan muchas cosas, Roberta debe de haberlas tirado ya. Antonia aún no había llegado a ver su nuevo piso. Nunca terminó de entender por qué se mudaba, pero cualquiera se atrevía a preguntárselo a Robertita.

El casero ha accedido a no alquilar el apartamento hasta la semana siguiente para que Antonia pueda tomarse su tiempo en desocuparlo. Él también está muy afectado, claro, porque Robertita era un encanto. Era imposible no encariñarse con ella.

«Mi vida», piensa Antoni.

Tranquila, responde A. *Estoy contigo*.

No es mucho consuelo, pero es algo. El padre de Robertita murió hace algunos años y Antoni se alegra de haber sido pionera en su momento y, gracias a eso, contar con su compañera ilin. Qué sola se habría quedado si no.

Reciben al detective allí mismo, en casa de Robertita. Ha sido muy amable por teléfono. A Antonia la investigación le da igual, porque cojan o no al culpable, nada podrá devolverle a su niña. Aun así, no tiene nada en contra de colaborar. Además, agradece que venga alguien

para no quedarse sola en el piso de Robertita. Los demás días han podido estar sus amigas, pero hoy no.

—Pase, por favor —le dice al detective en la puerta. Él se lo agradece y vuelve a darle el pésame. Ella asiente—. Sí, ha sido una desgracia muy grande.

—Lo siento —repite él—. ¿No le importa que le haga algunas preguntas?

Para eso ha venido, ¿no?, piensa Antoni.

¿Tenemos algo para ofrecerle? Igual tiene sed.

Creo que no queda nada. Nos llevamos los cazos y las tazas ayer. Puedo ofrecerle agua, pero tendrá que ser del grifo.

Bueno, es mejor que nada. Tampoco somos un restaurante, hay lo que hay.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, gracias.

—Siéntese, por favor.

Se instalan los dos en el sofá. El ilin del detective intenta establecer contacto con A, y ella se lo permite. Ahí va, no. No es el compañero ilin, sino la compañera. Ji. Qué extraño. Antonia nunca ha conocido a un varón con una ilin femenina.

Tanto Antoni como A son demasiado discretas para preguntar. En cambio, el detective sí lo hace. Ella va respondiendo como puede. A veces finge una seguridad de la que carece, porque no quiere admitir que desconoce datos sobre su propia hija. No, no hay nadie que pudiera querer hacerle daño, Robertita no tenía enemigos, la gente la adoraba. No, que ella supiera, su hija estaba soltera, muy centrada en su carrera, no tenía tiempo para novios. Nunca lo había tenido, ni en la universidad. Habría tiempo para eso más adelante. A Robertita los novios no le habían interesado nunca. Amigas sí, muchas. No, ella no sabía su nombre, pero sabía que existían porque Robertita le hablaba de ellas. Cada domingo por teléfono o si venía a comer a casa.

¿Simbionte? No, no era. No lo había intentado nunca. No le gustaba eso. Y mira que se lo había recomendado, que ella era mucho más feliz desde que A vivía con ella.

Yo también soy más feliz.

Ya lo sé, bonita.

Una pensaba que al ser la ilin mucho más joven que ella les costaría entenderse, pero no ha sido así. A Antoni le gusta ser la mayor. La coloca en una posición de autoridad que le agrada.

—¿Puedo echar un vistazo a la casa?

—Sí, pero todo está en las cajas ya. Si quiere las puede abrir, pero vuelva a guardar todo dentro cuando termine.

Él revisa las inscripciones sobre el cartón: «VAJILLA», «ROPA INVIERNO», «TERRAZA» y se detiene ante «DESPACHO». La abre. Esa es una de las que ya estaban cerradas cuando Antonia llegó. Dentro hay carpetas, cuadernos, libros. El detective hojea algunos documentos. Antonia mira por la ventana, piensa en su amiga Carla y en que si al final se decide a hacer un guiso cuando llegue a casa le podría llevar un poco, porque la pobrecilla llega muy tarde de trabajar y aún le queda un año para jubilarse.

—¿Usted sabía que su hija estaba inscrita en la lista de espera para las colonias? —pregunta el detective.

—¿Qué? No. No lo estaba.

—Sí. Aquí está la carta de confirmación —insiste él—. Tiene sellada la asistencia a las reuniones mensuales.

Antonia se acerca a echarle un vistazo a eso. Es cierto. Ahí está el nombre completo de Robertita. Y su firma en la hoja que enumera las normas: no puede salir de la comunidad autónoma mientras esté en lista de espera, no puede tener ni adoptar niños, no puede estar casada…

—Yo no sabía esto —susurra, aunque seguro que el detective ha llegado solito a esa conclusión—. ¿Cómo puede haber hecho esto sin decírmelo?

—Siento que se tenga que enterar así —murmura él.

—Soy su madre —dice Antonia aturdida.

Cuando el detective se va, la tarde ha caído y el apartamento está lleno de sombras. Antonia contempla la luz de las farolas estirarse por el suelo de baldosa, filtrada por las rejas de la ventana, y se estremece sin saber por qué. Siente una presencia que la asusta.

Se marcha deprisa, con el corazón desbocado en el pecho y la garganta, como si no tuviera permiso para estar allí.

Luis entra en la comisaría de mal humor porque ha vuelto a discutir con su mujer durante el desayuno. Le angustia pensar que sus días son más felices cuando se levanta antes que ella y no llegan a hablar, que diez minutos de conversación bastan para arruinarle la mañana. Se pregunta si no habrá cometido un terrible error al meterse en esa relación, al seguir en ella después de todos estos años. Le gustaría compartir su vida con alguien con quien le alegrase pasar un rato antes de empezar a trabajar.

—Buenos días —le dice a Cynthia, aunque no tienen nada de bueno.

—Hola —saluda ella—. A que no sabes quién acababa de ponerse en contacto para enviarnos información sobre el caso de la Sombra.

—¿Quién? —Luis no tiene ganas de adivinanzas.

—Uno de vuestros sospechosos. El padre biológico de Cax.

Luis emite un sonido a medio camino entre el bufido y la carcajada. Un sospechoso que llama para dar información sobre el caso no parece ni un poco más inocente, al contrario. A muchos asesinos locos les gusta sentir que forman parte de la investigación, rondan a los agentes al cargo de esta y a los familiares de las víctimas, e incluso se lamentan delante de las cámaras.

Aun así, Is acepta los archivos que le hace llegar Tia a través de la Red. Son sobre Roberta Moreno, la última víctima. Estaba apuntada a la lista de espera para las colonias, igual que Gerardo Reyes y otras víctimas anteriores. Sí, Luis también se había dado cuenta de eso. Es una de las razones por las que, en realidad, dudan de que Cax haya sido secuestrada por la Sombra. Primero, porque en su experiencia alguien con perfil de asesino en serie no secuestra, o no durante demasiado tiempo. Segundo, porque ella no pensaba irse a las colonias o al menos no consta así en ningún registro.

Puede que Benji Serra haya secuestrado a Cax y esté

interesado en que todos piensen que es obra de la Sombra. Claro que, si fuera así, no les daría una pista que diferencia a Cax del resto de las víctimas. Intentaría hacer lo contrario.

Yo creo que él no tiene nada que ver, dice Is. *Puede que esté intentando ayudar de buena fe. Al fin y al cabo, han secuestrado a su hija biológica, tiene una motivación para querer colaborar. Y es investigador privado*.

No, pocas veces hace la gente cosas de buena fe, responde Lu. *Ojalá la jueza nos hubiese dado esa orden de registro*.

¿Qué vamos a hacer?

Nada. Esta información es inútil. Nos quedaremos con que este tipo ha intentado intervenir en la investigación, es lo más significativo de todo esto.

Guarda los archivos, revisa la conexión con su mujer para ver si ella le ha dicho algo y frunce el ceño. Ella calla. Después de discutir siempre pasa lo mismo, él se queda rumiándolo durante horas y ella en cambio pasa del tema y se pone con sus cosas. A él le duele. Interpreta que es porque para ella no es tan importante.

Intenta concentrarse en su trabajo, pero no puede dejar de fantasear con irse de casa, dejarlo todo y deshacerse de esa angustia en el pecho, de la tristeza de sentir que es la parte que más interés pone en una relación.

Marcos adora su guitarra, aunque no sea demasiado buena. La encontró en un anticuario, con el mástil roto y sin cuerdas, y la adquirió por muy poco dinero, casi regalada. La llevó a una tienda de música y esperó mientras el dependiente la examinaba con aire crítico a través de los cristales de las gafas.

—Esta guitarra no vale nada —dijo el hombre.

—Para mí sí.

—Entonces habrá que arreglarla.

La grieta quedó bien sellada y es casi imperceptible. Las cuerdas nuevas no han conseguido que el instrumento suene bien, pero sí que haga algo parecido a música.

Él toca, Gala y Álex cantan. No se han puesto un nombre porque sería como admitir que tienen un grupo y la presunción les da vergüenza, pero han ensayado un par de temas. Están listos para salir a la calle y exponerse ante el público.

Encuentran una esquina idónea. A un lado hay un quiosco; al otro, una plazoleta. Hay personas pasando por delante constantemente. Se instalan, abren la funda de la guitarra y colocan en ella un par de monedas.

—¿Estáis listas?

La primera canción da mucha vergüenza. Hay gente que los mira, pero nadie echa dinero. Cuando acaban, Álex quiere irse, pero Gala y Marcos no son de rendirse rápidamente. Por lo menos interpretarán sus dos canciones. Así que se ponen con la segunda. Una mujer les deja una moneda. Un niño se acerca con otra. Encantados con el éxito, vuelven a la primera canción, luego otra vez la segunda, otra vez la primera. Reúnen una cantidad considerable de calderilla en dos horas.

Entonces el dueño del quiosco se acerca y les pide por favor que se marchen.

—No es solo que llevéis un buen rato repitiendo las mismas canciones —les dice—. Es que además, sin ánimo de ofender, chicos, cantáis fatal.

Ellos no dejan que las críticas ensombrezcan su ánimo, recogen sus cosas y ponen rumbo a la casa de los Hijos de la Tormenta. El dinero ganado no es tanto una vez que lo reparten entre los tres, pero aun así tienen la sensación de haber invertido bien su tiempo.

—Si la persona que me gusta viniera y me cantase algo así, con una guitarra, como hemos hecho hoy nosotros, me enamoraría del todo —dice Gala.

—¿Quién te gusta? —pregunta enseguida Álex.

—No, nadie. Digo si me gustase alguien y me cantase…

—No me creo que no te guste nadie.

Gala se encoge de hombros, enigmática.

—A mí me iría mejor si no me gustase nadie, siempre me gusta gente o insegura o inmadura —reflexiona Marcos —. Qué pereza.

—Hay gente a la que nunca le gusta nadie y no le va mal —argumenta Gala.

—Ya, pero tú no eres así —rebate Álex.

—¿Y tú qué sabes? Podría ser asexual y arromántica.

—¿Lo eres?

Gala va saltando para no pisar ni las tapas de alcantarilla ni las líneas entre los adoquines, y Álex la empuja para hacerla rabiar. Ella le saca la lengua.

—No, no lo soy. Pero podría serlo.

—No conozco a nadie que lo sea —dice Álex—. Bueno, mentira. Seguro que Bim es asexual y arromántico.

Marcos levanta la mirada y se aparta el flequillo violeta de delante de los ojos. Los tiene muy abiertos, asombrados. Le sorprende que ellas vivan en esa casa y no se enteren de las historias. Ha olvidado que cuando él era más pequeño tampoco le contaban nada. Todo lo que sabe es gracias a Juan y a Guille, que ya se han mudado.

Ahora es su deber formar a las futuras generaciones.

—Estáis tontas. Creo que los ilin son asexuales, pero arrománticos no tienen por qué ser.

—Bueno, a Bim no lo he visto enamorado nunca —se defiende Gala—. Tonto serás tú.

—Ah, ¿no sabéis la historia? —Marcos disfruta de la

atención de su público—. ¡Pues no os la voy a contar!

—¡Idiota!

—Va, cuenta —dice Álex con dejadez, en la súplica más desapasionada jamás escuchada.

—Él estaba enamorado de una mujer humana —dice Marcos. Ellas lo miran boquiabiertas y él sonríe. Esa era la reacción que esperaba—. Vivieron juntos un montón de tiempo…

—Pero ¿eran simbiontes? —pregunta Gala pálida. Uno de sus héroes está a punto de derrumbarse ante sus ojos.

—No, ¿cómo van a ser simbiontes? Él hubiera muerto con ella.

—¿Ella murió?

—Ay, joder, me he cargado la historia. Vale, sí, a ver, ella se puso muy enferma e iba a morir. Estaba tan mal que solicitó la eutanasia. No tenía cura y estaba sufriendo muchísimo. Antes de hacerlo, le pidió que por favor se vinculase con ella aunque fuera un momento, que quería sentir esa conexión con él y poder recordar eso mientras la durmieran…

—Pero ¿Bim aún podría ser simbionte? ¿No pueden solo cuando son muy jóvenes, porque si no son demasiado grandes?

—Está dentro de su robot, así que tampoco puede crecer mucho —responde Álex.

—Qué bestia. —Marcos sacude la cabeza—. Bim no es tan viejo. Podría hacerlo si quisiera.

—¿Y lo hizo?

Marcos las mira con enorme gravedad.

—No, no lo hizo. Él está en contra de parasitar a otros seres y le dijo que no.

—¡Pero ella se lo estaba pidiendo! —protesta Gala—. Entonces no cuenta como parasitar.

—Yo lo entiendo —interviene Álex—. Es una cuestión de principios.

—Ya, pero si la persona a la que amas se está muriendo y es lo único que te pide…

Han llegado a un parque y se acercan a los columpios.

No hay niños allí a esa hora, es demasiado tarde. Marcos deja la guitarra a un lado y se sienta a un lado del balancín. Es corpulento, pero Álex también lo es, así que puede colocarse al otro lado y mantener el equilibrio. Gala, pequeña y ligera, camina por el tablón de madera entre ellos, con los brazos abiertos, e intenta no caerse. Su cabello pelirrojo y rizado se levanta a su espalda como un halo.

—Yo también lo habría hecho —dice Marcos.

—¿Parasitarla o negarte?

—Parasitarla. Si me lo ha pedido… No sé. Me parece bonito. Y no querría que ella se muriera pensando que no la quiero o algo.

—¿Creéis que ella pensó eso? —dice Álex, pero luego corrige la pregunta—: ¿Creéis que Bim piensa que ella pensó eso?

—Yo creo que sí —responde Marcos. Encuentra algo de tormentoso deleite en imaginar ese dolor mezclado con añoranza mezclado con duelo.

—Debe de ser superraro ser un simbionte —medita Gala—. Lo de la Red es una pasada. ¿Sabéis que los ilin pueden comunicarse con *cualquier ilin* del universo? En plan pueden comunicarse con los ilin que están en Glebe. Es muy loco.

—Entonces pueden comunicarse a través del tiempo —dice Marcos—. Porque a tanta distancia, normalmente un mensaje tardaría días y días en llegar…

—No, te has liado —dice Gala.

Él mueve el balancín con brusquedad y ella está a punto de caerse. Logra mantenerse de pie y le hace burla. Marcos se ríe.

—Bueno, ¿tiramos para casa? —dice Álex.

—Aún no. —Gala cruza una mirada con Marcos, que entiende y saca la guitarra—. Tenemos una canción más que cantar.

—Otra vez las canciones no —se queja Álex.

—No, es otra. Una que hemos preparado Marcos y yo.

La han compuesto ellos. Es de «casi feliz cumpleaños»:

—Tu cumpleaños no es todavía, te cantaremos aunque

te rías —cantan a coro— y si quieres tener alegría ¡nos tendrás que soportar!

Álex se parte de risa y aplaude. Falta la tira para su cumpleaños, pero también cuando Marcos alcanzó la mayoría de edad se celebró con meses de antelación. Le hace ilusión ser la protagonista esta vez, Marcos puede leerlo en su forma de esquivar la mirada, en sus mejillas rojas. Le da vergüenza que le haga ilusión.

—Te hemos preparado otra para mañana —anuncia Gala—, y así hasta tu cumple.

—Qué par de bobos.

—Qué bar de pobos —dice Marcos.

—Bé dar pe cobos —dice Gala.

Vuelven a casa entre bromas y planes de cumpleaños. Las críticas a su música, el misterio de quién le gusta a Gala y la historia de amor trágica quedan olvidados.

Manuel ha cogido una baja voluntaria, sin salario, porque no puede concentrarse en el trabajo. Necesita estar en casa, por si llama alguien, por si llegan noticias, por si vuelve Cax. Cada vez que llaman a la puerta, cada vez que oye pasos en la acera, cada vez que suena el teléfono, él da un brinco y su corazón, otro, un poco mayor, de modo que siente el tirón el pecho. Aún le duele cuando ve que se trata de un vecino, del cartero o de publicidad. Necesita colgar un cartel en la puerta: «No molestar salvo que tengas noticias de mi hija».

Nadie le había dicho que la esperanza podía ser tan dolorosa.

Su mujer, Lidia, en cambio, trabaja furiosamente. Prepara sus clases, corrige exámenes, pasa las horas delante del Human diseñando diapositivas. Cuando termina, juega a la Play, hace comida, recoge la casa. No puede parar quieta. Manuel sabe que se derrumbaría si se detuviese. Durante las noches se permite hacerlo, entre los brazos de él, y tiembla como si acabase de darse cuenta de que está en medio de una pesadilla interminable. Por la noche no hay dónde esconderse.

Se ha negado a recoger las cosas de Cax. Duele verlas por todas partes; su nota recordándoles una cita en el dentista que hace mucho que pasó (ni siquiera se molestó en cancelarla), su mochila debajo de una de las sillas del comedor, su abrigo en el perchero. Los cazamariposas dentro del paragüero, que hacen que Manuel desvíe la mirada cada vez que entra o sale de casa. Guardar esas cosas o esconderlas en el cuarto de Cax sería como aceptar que ella no va a volver. Tienen que quedarse ahí.

Por las mañanas, él limpia el tanque de las tortugas y habla con ellas. Su compañero ilin, El, le deja hacer y permanece en silencio. También está acongojado, también echa de menos a su hija. Puede que el dolor compartido fuese menos, pero no son capaces de abrirse, ni siquiera el uno al otro. Se limitan a estar presentes. Sienten las

emociones del otro. Acompañan sin decir nada. Eso ya es mucho.

La petición de conexión a través de la Red viene acompañada del acostumbrado sobresalto. Es una desconocida. Tal vez con noticias de Cax. Manuel acepta. La ilin se llama Ji. Los pone en contacto con Benji Serra, un investigador privado que está tras la pista de la Sombra, el asesino en serie que supuestamente tiene en su poder a Cax. Manuel prefiere pensar que no es así, porque eso significa que su hija podría estar muerta.

Benji Serra no se anda con tonterías y le cuenta quién es. El padre biológico de Cax. «La madre biológica de Cax», piensa Manuel, lo traduce para sí. Él no es tránsfobo o eso le gusta pensar, pero no le cabe en la cabeza que un hombre pueda dar a luz. Y siempre había pensado en esa persona, a la que no llegó a conocer pero con quien coincidió en el hospital sin verse el día que vio a Cax por primera vez, como una mujer. La madre biológica de la niña, la mujer que dio a luz a ese bebé. No el hombre.

No. Dice que no. No quiere hablar con ella. Con él. No quiere a esa persona cerca de su casa.

Ji intenta enviar otro mensaje, pero El corta la comunicación. La bloquea. No sabe por qué se ha sentido tan amenazado, pero siente que debe proteger a su familia de esos desconocidos.

No le cuenta a Lidia lo que ha pasado. Sabe que ella tampoco se lo va a tomar bien.

[MEEND]

SUNDAY, NOVEMBER 21, 2019

NECESITO AYUDA DE NO SIMBIONTES

Voy a contar dieciocho (18) cosas sobre mí y todas son verdad.

(1) Me llamo Lazlo. Aún me suena raro decirlo, me siento como si estuviera mintiendo. Supongo que incluso un nombre elegido necesita algo de tiempo antes de sonar natural. El nombre que me pusieron mis padres, el que he utilizado toda mi vida, es erróneo porque (2) es un nombre de simbionte.

(3) Mis padres son simbiontes los dos, aunque en 2000 rondaban ambos los treinta años. Desde el primer momento supieron ver las ventajas a la llegada de los ilin y fueron parte de la vanguardia simbionte. Sé que hay gente que experimenta esto como tener cuatro padres, los dos humanos y los dos ilin, y supongo que eso no tendrá sino efectos positivos; al fin y al cabo son más seres adultos que vuelcan cariño en uno y que pueden convertirse en referentes. Para mí no fue así, porque (4) nunca conocí a mis padres ilin.

(5) Nací en el 2001 y, como casi a todos los bebés de ese año, (6) se me adjudicó un ilin en el hospital. Un ilin tan joven que todavía no se podía conectar a la Red. La idea era que creciéramos juntos, que nuestros desarrollos fueran paralelos. Y yo crecí. Mis padres se referían a mí en plural, el niño humano y el niño ilin. Digamos que él se llamaba Nin, por ponerle un nombre. El «real» (si es que lo fue alguna vez… desde luego, no lo siento así) prefiero no desvelarlo.

(7) Yo jamás escuché a Nin. Ningún ilin habló en mi cabeza. Ahora asumo que está muerto, que de niño, antes de que ninguno de los dos supiera hablar, sufrí una enfermedad que lo mató a él y a mí no. A veces tengo pesadillas y sueño que no está muerto, sino que es mudo. Me observa impotente sin poder comunicarse conmigo, tengo un preso dentro de mi propia cabeza… Es mejor no pensarlo.

Si a un niño pequeño le dicen que tiene que oír una voz en su cabeza, que un amiguito está ahí dentro, el niño se lo va a creer. Yo intenté decirlo: ¡que Nin no habla conmigo! Mis padres nunca se pararon a escuchar; ellos sabían que yo era simbionte, en el hospital se lo habían confirmado, y creían más en lo que afirmaba el médico que en lo que les decía su hijo de pocos años, aunque fuese sobre sí mismo. ¿Cómo iba a saber aquello el médico mejor que yo? «¿Qué le habrás hecho? —me decían—. No te preocupes, os reconciliaréis».

Así que me lo creí. Eran mis padres, si ellos aseguraban que aquello debía ser así, que esa era mi realidad, yo la tenía que aceptar. Intenté encajar en ella. (8) Me inventé a Nin. Oía su voz en mi mente, sí, pero porque yo la imaginaba. Tenía largas conversaciones con él, transmitía mensajes suyos a mis padres. Se convirtió en una forma de expresar mis dudas, mis contradicciones e incluso aquellas cosas que no me atrevía a decir. «Nin no entiende los deberes de matemáticas, ¿se los explicas?», «Deja la luz encendida de noche, a Nin le da miedo la oscuridad», «Yo pienso esto, pero Nin dice lo contrario. ¿Qué piensas tú?».

Mis padres se mostraron encantados. Supongo que les preocupaba un poco que Nin no se manifestase, pero aquello era una confirmación de que su hijo era normal. O sus dos hijos, desde su perspectiva. Me di cuenta de que podía aprovechar aquello y lo hice: «Yo quiero el helado de fresa, Nin el de chocolate, ¿podemos tener los dos?». Ellos se reían y me seguían la corriente.

Aunque Nin nunca estableció una conexión con sus ilin ni con la Red. Esto les extrañaba ya entonces, estoy seguro. ¿Lo justificaban pensando que mi ilin siempre había sido un poco raro? No lo sé.

(9) Nin no existía. Nin era yo.

Con los años, esto se hizo más evidente para mí. La frontera entre mundo real y el de la fantasía se hizo más clara. Empecé a pensar que todo el mundo hacía lo mismo que yo. Los ilin podían ser amigos imaginarios, un nombre que los seres humanos dábamos a una parte de nuestra propia consciencia, quizá a la más intuitiva, que la razón no podía explicar.

Y entonces mi mundo se expandió y dejó de ser solo mi casa y mi familia. Me enteré de cómo funcionaba la Red. Me estrellé contra la verdad. Los ilin existían. No eran imaginarios. La gente los tenía dentro de verdad, escuchaba su voz. Yo era un farsante.

Me aterró la posibilidad de que mis padres pudieran enterarse. Querían llevarme al médico porque a esas alturas les parecía demasiado extraño que Nin no respondiese a las peticiones de sus ilin para conectarse con él. A esa edad deberíamos haber realizado nuestras primeras excursiones por la Red. Así que empecé a contarles que Nin recibía las peticiones, pero no quería aceptarlas. No le interesaba la Red. Y yo quería respetar su deseo. Así que no fuimos al neurólogo, sino a terapia.

No fue fácil engañar a la psicóloga. Tenía miedo antes de cada sesión. Sin embargo, lo logré. Ella me preguntaba si Nin quería conectarse con su ilin, yo fingía hablar conmigo mismo en silencio y después anunciaba que no. Nin prefería que yo fuese su portavoz. Ella lo aceptaba y hablábamos de él y sus motivaciones. Por suerte, yo llevaba toda mi vida creando ese personaje. Tenía muy claro cómo era Nin, no era difícil mentir respecto a él.

Para entonces era adolescente. Busqué información y me enteré de que hasta que cumpliera dieciocho años de edad mis padres podían decidir sobre mi condición de simbionte o no simbionte. Absurdo, cuando a partir de los dieciséis se es mayor de edad para la mayor parte de las cosas, pero decidí no arriesgarme e (10) interpreté mi papel hasta que fui mayor de edad. Entonces hablé con ellos. (11) Se lo conté. Les dije quién era en realidad, quién he sido todo este tiempo.

(12) No se lo tomaron bien.

Ver a la madre de uno llorar porque no se es lo que ella había pensado, lo que ella querría, es duro. Para mi sorpresa, el disgusto no fue tanto por haberles mentido, sino por el hecho en sí de no ser como ellos. Me presionaron para que me convirtiese en simbionte. Me negué. Fue una decepción para ellos. (13) Dijeron que no me reconocían. Que querían ayudarme, pero que hasta que yo no reconsiderase las cosas y estuviera dispuesto a aceptar su ayuda, no querían verme. No podían tolerar la idea de que su hijo fuera tan distinto a ellos en mentalidad, en ideología… No lo sé.

(14) Así que me fui de casa. Me cambié de nombre. (otra vez 2) Lazlo. Un nombre de no simbionte. (15) No estoy bien. Estoy perdido y muy solo. A ratos creo que he cometido un terrible error y a ratos soy más feliz que nunca. (16) No mentir es liberador. Me siento como si hubiese estado toda la vida en una obra de teatro muy larga y ahora,

por fin, pudiera dejar de actuar, quitarme el maquillaje y bajar del escenario al mundo real.

(17) Creo que, dada mi situación, debería unirme a las colonias, pero no tengo mucha idea de cómo funciona eso. Me gustaría hablar con otros no simbiontes. (18) Vivo en Madrid, ¿alguien puede recomendarme un grupo?

Gracias por adelantado.

1 comments:

Kris4
December, 17, 2019 at 8:43 PM

I N V E N T

Reply
Email This
BlogThis!

Gala se detiene un instante para leer el cartel de la empresa sobre la puerta de entrada grande y de cristal. NEW FRIEND. Se quita las gafas y se abre la sudadera para sacar un trozo de camiseta con el que limpiarlas.

—¿Vosotros estáis seguros? —pregunta Marcos.

Son cinco adolescentes ahí de pie, frente al enorme edificio. Marcos, con su pelo teñido, sus grandes ojos azules, su media sonrisa nerviosa. Álex, el cabello corto, rostro grave, una herida en el labio de tanto mordérselo. Juan, relajado, comedido, provocador de forma pasiva, sin intentarlo. Guille, espigado y con el cabello demasiado largo, extremidades demasiado largas, desproporcionado. Ellos dos son los mayores, pero siguen pareciendo chavales. Y Gala, escondida tras los cristales, con la sudadera raída, no entiende por qué los demás están tan nerviosos.

Guille sostiene el panfleto en la mano. Una oferta de empleo: se buscan jóvenes sociables y con don de gentes.

—Sí, ¿no? Si no, ¿para qué hemos venido? —dice él con una risa insegura bailándole en la boca.

—No sé —responde Marcos.

—Nos van a pagar, ¿no? —Juan se encoge de hombros —. ¿Qué tendrá de malo hacerle compañía a la gente?

Eso parece terminar de decidir a Álex, que da un paso hacia atrás.

—No, tíos. Yo me voy. Paso.

—Pues vale. ¿Y tú, Marcos? ¿Te vas o te quedas?

Él duda un poco más.

—Me voy.

Esperan por si alguien más se raja, pero nadie dice nada. Quedan en esperarlos fuera, en el parque.

—Vale, pues vamos a entrar, ¿no? —dice Gala.

Y entran.

Se acercan con timidez al mostrador, pero la señorita que los atiende los toma muy en serio, se dirige a ellos como si fueran adultos y les hace pasar a una salita de espera. Allí les entrega unos formularios que deben rellenar.

Gala se enfrenta al suyo. En la primera página le pregunta sus datos, su edad, su género, su nivel de estudios. Las otras dos son sobre sus intereses y aficiones. Se explaya. Los chicos terminan enseguida y se burlan, pero Gala consigue acabar antes de que aparezca una mujer en vaqueros y jersey, con una coleta despeinada y una sonrisa muy agradable, que les pide que la sigan.

—Las entrevistas son individuales. Mirad, mis compañeras en las oficinas ocho y doce están libres. ¿Veis las puertas abiertas? —Les indica la dirección a Juan y a Guille—. Tú quédate conmigo si quieres. Gala, ¿no?

—Sí.

—Pasa.

Su despacho es el número tres. Es pequeño pero luminoso. La mujer se sienta detrás de un escritorio blanco con una planta encima y hace un gesto a Gala para que se acomode en una butaca rosa al otro lado. Ese tono y el verde de las hojas son los únicos colores en la habitación.

—Yo soy Carolina. A ver, ¿has trabajado en algo alguna vez, Gala?

—No. Bueno, he cuidado a mis hermanos pequeños. Y escribo en la revista del instituto.

—¿Sobre qué?

—Sobre libros. Hago reseñas y cosas así.

—Ah, perfecto, perfecto. Sí, ya veo aquí que te gusta leer. —Ha cogido el formulario que Gala dejó sobre la mesa al entrar y lo revisa mientras hablan—. Muy bien. Mira, te cuento un poco, ¿vale? En NEW FRIEND lo que hacemos es emparejar a personas que están solas con nuestros trabajadores, que van a su casa o a donde sea y les hacen compañía. Por ejemplo… —Pasa perfiles muy deprisa en una *tablet* antes de mostrarle uno a Gala—. Esta es una de nuestras clientes. Se llama Milagros y tiene ochenta y siete años. No tiene una buena relación con sus hijos. Entonces, digamos que Milagros se pone en contacto con nosotros para decirnos que le gustaría tener una visita el sábado. Nosotros comprobaríamos que tú estuvieras disponible y, si fuera así, te mandaríamos toda la información. Quién es

Milagros, dónde será el punto de encuentro, cuánto tiempo durará… Incluso si ella ha hecho alguna petición especial, por ejemplo, que le gustaría hablar de la película que vio la semana pasada o algo así. En ese caso, contaríamos que tienes que ver la película y te pagaríamos más.

Nota que Gala quiere intervenir y se detiene parpadeando muy deprisa.

—Pero ¿ella sabría algo de mí?

—Ella sabría tu nombre y tu edad; para lo demás, se fía de que nosotros hagamos un *match* satisfactorio. Hasta ahora no hemos fallado.

—¿Y hay algunas normas de cómo hay que interactuar o…?

—Bueno, partimos de la base de que intentarás ser lo más agradable que puedas. Piensa que es como si fueras a merendar con una tía abuela tuya. Ya está. Tienes que ser educada, amable y cariñosa, pero dentro de lo normal, vamos. Lo dicho, como si fuera un familiar tuyo al que no conoces demasiado.

Gala no tiene familiares a los que no conozca demasiado, que ella sepa, pero puede hacerse una idea. Asiente.

—Vale. ¿Con cuánto tiempo me avisaríais?

—Depende. Siempre intentamos hacerlo con la mayor antelación posible. Si un día no puedes, lo dices y punto. Pero también premiamos a la gente que repite muchas veces con un cliente y que no falla, ¿entiendes? Porque así la sensación de que es una amistad real se consolida. A los clientes no suele gustarles que siempre vaya una persona nueva.

—Sí, normal. —Gala piensa que subir el sueldo al empleado progresivamente cuanto más repita con un cliente les sirve también para motivar a los trabajadores a seguir con la empresa. Si no, a medida que la relación con el cliente se vuelve más fuerte, podrían decidir hacer los negocios directamente con él y la empresa se quedaría sin el porcentaje que seguro que pide como comisión.

—También te podemos llamar para emergencias. Por

ejemplo, si Milagros enferma, necesita ir a urgencias y no quiere estar sola allí, podría pedirnos que te llamemos para que estés con ella. En ese caso no podríamos avisar con tiempo, pero claro, si es un servicio urgente se refleja en el pago.

—Claro.

Gala nunca rechazaría eso. No dejaría que la pobre mujer estuviera sola en el hospital, seguramente muy asustada. No la conoce, pero empatiza con Milagros.

—Te voy a pasar la tabla de precios. Esto es lo que cobrarías con nosotros. —Se toma su tiempo para explicárselo—. Y aquí está el acuerdo de confidencialidad… Y nuestras normas… Y el contrato. Échale un vistazo y, si te parece bien, podemos firmar ya. ¿Tienes tu documentación por ahí? Déjamela, que tengo que hacer una copia.

Gala obedece y después se queda sola en el despacho. Se obliga a leer con cuidado cada línea, aunque sabe que va a firmar. Parece un trabajo fácil.

TECNOLOGÍA

Microsoft se vuelve ilin

Salma Díaz Gallego
Madrid, 29 DIC 2000

Hace menos de un mes, el cofundador y CEO de Apple, Steve Jobs, hablaba de su aversión por los ilin y declaraba que nunca accedería a vincularse a uno de ellos, mucho menos a cambio de obtener un conocimiento más profundo de su tecnología, que podría ser la nuestra en un futuro cercano. Bill Gates, por el contrario, no tiene esas reservas y es uno más de los adultos que, a lo largo de este año, se han convertido en simbiontes. El empresario estadounidense, cofundador de la empresa de software Microsoft junto con Paul Allen, ha hecho oficialmente la presentación de su *socio* ilin Iam, cuya perspectiva ha sido «refrescante» y con quien trabajar está siendo «una fuente de inspiración».

Para sorpresa de aquellos ajenos al funcionamiento interno de la compañía, Bill Gates ha anunciado que este año renunciará a su puesto como Consejero Delegado en Microsoft para así poder centrarse en el desarrollo de nuevos productos y tecnologías. Lo sustituirá Steve Ballmer. Junto a su compañero ilin E, Ballmer es simbionte desde la primavera de este año.

Otro de los anuncios inesperados de Gates ha sido su deseo de detener el lanzamiento del sistema operativo Windows NT 5.0. En su lugar se pondrá en marcha un nuevo proyecto llamado Human, en el que Microsoft invertirá su esfuerzo y energía, por considerarlo «el futuro», según las declaraciones del actual CEO. Human será un sistema operativo que utiliza el procesamiento del lenguaje natural para comprender instrucciones que los usuarios le proporcionen verbalmente. Incluirá además una asistente

personal llamada Eli.

Los Human se adaptarán a cada usuario como individuo, aprenderán a reconocer su voz y permitirán una interacción instantánea. Además, Microsoft introducirá una nueva interfaz gráfica de usuario, lo que supone el primer cambio de la interfaz desde 1995.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

No tenemos a HAL 9000, pero tenemos a Eli

Entrevistamos a la asistente virtual de Microsoft, pero no dice nada ni artificial ni inteligente

---

Javier Puig
Madrid, 11 ENE 2001

Me moría de ganas de hablar con Eli porque me imaginaba que sería realmente lista, como uno de esos estupendos robots de Asimov (aunque eso hubiese sido un poco inquietante) o, por lo menos, como extraída de una novela de Douglas Adams para sacarme una carcajada todas las mañanas. Pues me he llevado una decepción. Eli está bien, pero no llega a las expectativas. Es calmada y más bien sumisa. Intenta ayudar como puede y, cuando no puede, que son muchas veces, no sabe qué decir.

Es llamativo que le hayan puesto una voz de mujer. Me puedo imaginar a sus creadores en Microsoft, pensando en qué les cuadra más para una personalidad obediente y servil, ¡claro! ¡Una mujer! Muy progresistas no estuvieron, pero bueno. Seguramente cuando se imaginan a Eli ven a una de esas esposas de los años cincuenta. En su cabeza, la asistente virtual se dirigía a ellos como *querido*, pero por suerte alguien se dio cuenta de que era pasarse de la raya y la Eli que ha llegado a nosotros no lo hace.

«La voz femenina se asocia con la amabilidad y la predisposición a ayudar — dice el anuncio del nuevo Human en la televisión — . La de Eli tiene un timbre agradable al oído, ideal para la asistente personal perfecta».

Como asistente personal, tal vez, pero como compañera Eli deja mucho que desear. Su conversación no es entretenida en absoluto, aunque esto es deliberado por

parte de sus creadores, dado que está diseñada para realizar tareas específicas, no para interesarse por cosas.

Como usuario, yo me pregunto si los expertos en IA han caído en que a las personas nos gusta poder fiarnos de nuestros asistentes. Igual que hablamos con aquellos a los que contratamos para trabajar en nuestra oficina, limpiar nuestra casa o enseñar idiomas a nuestros hijos y nos tranquiliza ver que son gente normal como nosotros, con cumpleaños, aficiones y opiniones respecto al tiempo (que está loco últimamente), nos gustaría que Eli pudiera ir un paso más allá. No pido mucho, no digo que se ría de mis chistes, aunque estaría bien. Mejor aún sería que pudiera, de vez en cuando, echarme en cara que el último que he contado es malísimo. Una asistente virtual así no me decepcionaría.

Y a todo esto, si uno pregunta a Eli por qué tiene voz de mujer, ella responde con un sobrio y aburrido: «No entiendo, lo siento».

Guille siente un arrebato de nostalgia cuando vuelve a ver la casa de los Hijos de la Tormenta, tan solitaria y desafiante, allí donde nadie más se atreve a vivir. Se ha ido hace muy poco, pero la echa de menos cuando se acuerda. El resto del tiempo no, porque dormir con Juan en ese apartamento nuevo y vacío está siendo emocionante. Todavía no han llevado todas sus cosas y están instalados en el salón como en un campamento. Hay dos dormitorios, pero no tienen alma, y la idea de pasar la noche en uno de ellos es escalofriante.

Vuelven los dos, claro. Ahora que son compañeros de piso van más en *pack ahorro indivisible* que nunca. Si alguien le preguntase, Guille diría que Juan es su mejor amigo, pero porque le da demasiada vergüenza decir que lo considera su hermano. Parecen palabras demasiado grandes, aunque sean las más acertadas.

Los pequeños celebran su llegada. Guille los saluda como si fuera una celebridad y les ofrece firmar autógrafos. Ellos se ríen. Juan es más comedido, les sonríe de medio lado para reconocer que le hace gracia la broma, pero eso es todo. Choca los puños con Marcos, Gala y Álex, como si no fuera mucho con él. Guille los abraza. A Bim no le dedica un gesto de afecto más allá de expresar con una mirada su alegría por verlo. Hay algo en el hecho de abrazar a un robot que repugna a los seres humanos, o eso cree Guille.

Cenan juntos. No es como si nunca se hubiesen marchado, es mejor. Son invitados y los demás quieren hablar con ellos, contarles cosas, hacerles caso. Los dos disfrutan del protagonismo. Después los pequeños se retiran y Bim llama a Juan y a Guille para hablar con ellos a solas en el salón.

Juan se derrumba sobre el sillón color berenjena de la izquierda. Siempre ha sido su favorito. Guille ocupa el sofá, a su lado. No tiene manías. Bim se queda de pie, frente a ellos. Está relajado, pero por la postura y la rigidez de su

cuerpo metálico parece tenso.

—¿Cómo va la mudanza?

—Bien. El piso está genial. ¿Es en este en el que vivieron Vivi y Carlos? —pregunta Guille.

—No. Ellos se fueron a otro piso que tenemos en Vallecas. Aunque ya no están allí —responde Bim—. Vivi se fue con unas amigas suyas y está trabajando en una de esas oficinas de la Castellana. Y Carlos se casó y se mudó a Pozuelo con su familia.

Está orgulloso de ellos porque son adultos normales y corrientes con vidas de adulto normal y corriente. No es fácil abrirse camino para los Hijos de la Tormenta, porque pocas veces pueden acceder a estudios superiores y no tienen mucho dinero con el que contar de primeras. Para Bim es un éxito cuando se independizan y empiezan a funcionar de forma autónoma, cuando encuentran la forma de ser felices.

Guille se alegra por Vivi y Carlos, aunque a la vez siente algo que no sabe decidir si es angustia o anhelo. Él también quiere hacer lo que ellos, pero acaba de dar sus primeros pasos y no sabe cómo va a lograr seguir adelante. Siente que está caminando a oscuras y cuesta arriba, sin saber si llegará a algún sitio en algún momento. Eso es lo peor, esforzarse pese a la incertidumbre de que vaya a servir para algo.

—Tenemos que pensar en qué haréis vosotros a corto y medio plazo —dice Bim—. De momento por el alojamiento no tenéis que preocuparos. Incluso si seguís allí de aquí a tres años, no habría problema. Marcos, Gala y Álex pueden compartir el otro piso. Si uno de vosotros dejase libre un dormitorio en el que estáis, Marcos se instalaría con el otro. Eso le vendría bien para no estar solo desde el principio. Pero, en cualquier caso, no tenéis que preocuparos. Aquí hay sitio también.

Sí, pero Guille no querría ni volver a la casa de los Hijos de la Tormenta ni ser el responsable de que alguno de los demás no pudiera irse cuando le tocara. No es que allí estuviesen mal, pero ir a vivir a uno de los apartamentos

ayuda a despegar, a mentalizarse. Ya no se es un niño. Hay que echar currículos, moverse, esas cosas. Si siguiera viviendo con Bim y los niños, Guille estaba seguro de que se apalancaría más.

—Vale —responde Juan muy tranquilo—. No te preocupes, Bim. Tres años es tiempo de sobra, creo yo.

—No tenéis que tener prisa —insiste él—. Y yo os pasaré dinero cada mes. No será mucho, pero al menos para que vayáis tirando. Si necesitaseis más…

—No, no —interrumpe Juan—. Nos las arreglaremos perfectamente con lo que nos pases. Y nosotros nos estamos poniendo las pilas también.

—¿Sí? ¿Qué tal va la búsqueda? ¿Habéis hecho alguna entrevista?

—Sí —responde Juan cruzando una mirada de reojo con Guille.

Bim parece un poco contrariado, pero lo disimula bien. Hace una pausa. Guille intenta adivinar qué pasa. Tal vez le decepcione que no se lo hayan contado enseguida. Se enternece al darse cuenta de que el ilin está acostumbrado a formar parte de los pequeños hitos de sus vidas y de que le cuesta aceptar que a partir de ese momento sucederán cosas sin que a ellos se les ocurra ir corriendo a contárselo a él antes que a nadie.

—Íbamos a decírtelo hoy —miente en un intento de consolarlo—. Preferíamos contártelo en persona.

Eso parece animarlo.

—¿Os fue bien? ¿De qué era la entrevista?

—Atención al cliente —dice vagamente Juan. Quizá le dé vergüenza explicar que se trataba de hacer compañía a la gente, aunque Guille no sabe por qué—. Nos dijeron que nos llamarían.

—No os quedéis esperando —aconseja Bim—. Seguid buscando en otros sitios. Hasta que no os digan que os contratan, nada es seguro.

Ellos lo saben, pero agradecen la recomendación y procuran ser cariñosos con él. Es la primera vez que notan que Bim los echa en falta; que, aunque se alegre por ellos,

también le entristece que crezcan y se vayan de su lado. Guille siempre se había sentido cuidado y apreciado por el ilin, pero nunca tan querido.

Antes de irse, se agacha para rodearlo con los brazos, pese a todo. Bim no se lo esperaba y no sabe qué decir. Guille murmura una despedida y sale de la casa detrás de Juan. Él no hace ningún comentario.

Celia se alarma cada vez que escucha a alguien en el pasillo. Es normal, porque no puede quitarse a su vecina de la cabeza. Desaparecida y después encontrada así, qué horror. En las noticias dicen que no saben dónde la mataron. Quizá fue allí mismo, al otro lado del recibidor.

La gente entra y sale del portal con total facilidad, porque solo se cierra con llave por la noche, así que no hay razón para pensar que el asesino, la Sombra, como lo llaman en los periódicos, haya sido uno de los vecinos. Si fuese así, Celia está convencida de que sería el señor del cuarto, que nunca mira a los ojos cuando saluda. Es sospechoso. O tal vez haya sido la anciana viuda del sexto, que tiene once gatos. Parece muy amable. En una ocasión le sobró un bizcocho entero porque sus nietos, que vinieron a merendar, no lo probaron siquiera, y ella se lo regaló a Celia. «Tú eres joven, seguro que tus amigos y tú le dais salida», dijo. Sí, pero Celia no se fía de las apariencias. No se dejará engañar por esa aura generosa y simpática que seguramente sea una fachada.

Aunque el bizcocho estaba muy rico, le recuerda Ia. *Y sus nietos, unos niños que entre los dos no sumaban diez años, eran una monada*.

Si es fachada, ni siquiera serán sus nietos. Habrá contratado a un par de actores infantiles.

Ya decía yo que eran demasiado bien educados.

Además, unos niños que no quieren bizcocho… No es creíble.

Cree que ha oído algo y se acerca para espiar por la mirilla. Hay un tipo ahí fuera. Es un hombre de pelo rizado, de ese color entre el castaño claro y el gris, con un poco de barba. Viste normal, unos vaqueros, un jersey marrón y un abrigo. No parece un asesino, pero quién sabe. Quizá no sea capaz de sostener la mirada o tenga once gatos, tal vez incluso más de once. Celia frunce el ceño y observa cómo el desconocido husmea alrededor de la puerta de la vecina.

Ella ahoga una exclamación.

¡Qué sospechoso!

Él la ha oído y se acerca a su puerta. Celia se aparta, espantada, cuando suena el timbre.

¿Le abro? Duda. *¿Y si es la Sombra?*

Su ilin está intentando conectar conmigo, anuncia Ia. *Se llama Ji. No parece que nos quieran matar*.

Establecen la conexión con Ji. Un asesino no buscaría contacto con su víctima a través de la Red, sería demasiado doloroso. O eso piensa Celia. Así que abre la puerta.

—Hola —saluda el hombre—. Disculpe que la moleste. Me llamo Benji Serra y soy investigador privado. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su vecina.

Celia lo mira boquiabierta. Esto no se lo esperaba.

—Anda. ¿Está intentando descubrir quién es la Sombra?

No le vayas a decir que es el vecino del cuarto, advierte Ia.

No, no.

—Estoy intentando encontrar a la chica a la que supuestamente ha secuestrado —responde él.

Celia haría cualquier cosa para ayudar a esa chica. Cualquier cosa. Que la secuestren es una de sus mayores pesadillas, no puede ni imaginarse el miedo y la incertidumbre. La vulnerabilidad al estar completamente en manos del secuestrador.

—Dígame qué quiere saber. —No lo invita a pasar porque tiene el susto en el cuerpo. Y aunque quiera colaborar, no se fía de nadie—. Aunque no sé si podré ayudarle. No la conocía mucho ni a ella ni a su novia, solo de cruzarme con ellas al entrar.

Una chispa de interés recorre los ojos del hombre.

—¿Su novia?

—Sí, su novia. Ximena.

—No sabía que tuviese novia. Me dijo su madre que Roberta era soltera.

—¡Huy, qué va! Vamos, era su novia seguro. Llevaban juntas un montón de tiempo. Y Roberta se iba a ir a vivir con ella. Del dueño del piso, el señor Gómez, sí soy más

amiga: me lo dijo él. Solía vivir aquí con su familia antes de irse a Tres Cantos. Fue entonces cuando puso en alquiler el piso.

—¿Está segura de que no eran amigas?

—Vamos. —Celia se ríe—. Segurísima.

—¿Me ha dicho que se llamaba Ximena?

—Sí. Ximena. Con *X*, no con *J*. A veces le llegaban cartas y me las ponían a mí por error.

—¿Recuerda su apellido?

—Sí. Ximena Silva… No recuerdo bien el segundo. Suárez, creo. Algo así.

—Muchísimas gracias.

—Tal vez fuera Juárez.

—Gracias.

Él da un paso atrás y Celia se apoya en el quicio de la puerta, un poco decepcionada.

—¿No necesita nada más?

—De momento, no. Muchas gracias. Que tenga un buen día.

—De nada. Usted también. Y que encuentre pronto a esa chica.

El hombre se marcha. Celia cierra la puerta y se queda un momento en silencio. Después, sin preguntar, Ia hace lo que Cel estaba a punto de pedirle: envía un mensaje al chat de Mauve que tienen permanentemente abierto ellas y sus amigas.

«Vais a flipar con lo que acaba de pasarme…».

Juan tarda en encontrar el sitio, porque está en una plaza y no una calle, como decían las instrucciones de NEW FRIEND. Tiene que revisar varias veces la ubicación en el móvil hasta detenerse por fin en un portal pequeño, camuflado. Llama al telefonillo y responde una voz masculina.

—Soy Juan —se presenta él inseguro—. De… —Se calla antes de decir el nombre de la empresa, porque hay una vecina asomada a la ventana del bajo.

Un zumbido indica que la puerta está abierta. Juan la empuja. La luz no se enciende automáticamente, debe de ser un edificio muy antiguo. No encuentra el interruptor, así que sube por la escalera en penumbra hasta el cuarto piso. La puerta de la izquierda está entornada y se abre un poco más cuando él se acerca.

—Hola.

Al otro lado está un hombre de unos cuarenta años, menudo, con ojos oscuros y hundidos, enmarcados por profundas ojeras. Tiene el cabello largo, recogido detrás de las orejas, va pulcramente afeitado y huele a colonia. Lleva traje, incluso en su propia casa, con corbata y todo. Debe de ser barato: alguien que vive en aquel lugar no debe tener mucho dinero. El hombre murmura un saludo en respuesta y se aparta para que el chico pueda entrar.

La puerta se cierra a su espalda con un quejido. Juan no sabe si tiene permiso para pasar a alguna de las habitaciones, así que se queda ahí, en el pasillo, con su cliente demasiado cerca.

—¿Eres simbionte? —pregunta él.

Por primera vez en su vida, Juan desea serlo. Si tuviera un alien en la cabeza conectado a la Red, sería imposible que ese hombre le hiciera daño sin que la policía lo supiera.

—No —admite.

—Bien. —El otro está aliviado—. Fue el único requisito que puse a la empresa.

Tras un instante de duda, hace un gesto para invitar a

Juan a pasar al salón. Es una habitación mediana, con ventanas pequeñas y mal iluminada. Una grieta recorre la pared hasta el techo. Juan se sienta en el sofá marrón y polvoriento. El hombre está de pie y se estruja las manos con tanta fuerza que parece que se va a romper los dedos.

—Me llamo Hugo.

Juan no puede tener miedo de una persona que está tan nerviosa que parece aterrorizada.

—Ya lo sé —responde—. Recibí una ficha con información sobre ti, aunque la verdad es que no decía casi nada. Solo tu nombre, tu dirección y que querías conocer a un no simbionte.

Hugo desvía la mirada y se encoge de hombros.

—Me incomodan los extraterrestres.

—¿Y los humanos? —Juan sonríe.

El hombre lo mira y él cree detectar un brillo de diversión en sus ojos. O tal vez sea sorpresa.

—También —admite.

Un movimiento en un rincón de la habitación llama la atención de Juan. Es un gato inmenso y peludo, de color rojizo. Se asoma, comprueba que no hay ningún peligro y se acerca. Sube al sillón de un salto enérgico y, elegante, olfatea al intruso y después baja al suelo y se frota contra las piernas de su dueño. Hugo se agacha para hacerle una caricia. Otro gato, un poco más pequeño y de color blanco, trepa al respaldo del sofá y vigila desde allí a los humanos.

—Qué bonitos son —comenta Juan—. ¿Cómo se llaman?

—Jam y Cream —responde Hugo—. Aunque no son míos. Quiero decir, sí, son míos, pero se los va a quedar mi hermana.

—Vaya, ¿le han dado alergia o algo?

—No. Me voy a mudar. Me voy a las colonias —dice él muy deprisa, murmurando—. ¿Quieres merendar? Voy a hacer café.

—Sí. —Hugo ha desaparecido en la cocina y Juan no sabe si seguirlo o no. Se queda sentado—. Un café me apetece mucho. Gracias.

Mira a su alrededor. El salón está lleno de libros, estatuillas y cuadros. No parece la sala de alguien que está listo para marcharse. Le bisbisea a Cream, pero el gato le lanza una mirada de desdén frío y no se mueve de donde está. Hugo regresa con una bandeja, tazas, una jarra de café y otra con leche, un azucarero y un plato de galletas de distintos tipos.

—Nunca compro galletas —se defiende, aunque Juan no le ha reprochado nada—, así que no sé cuáles son mejores.

—Estas están muy bien.

—No tienes que ser tan educado —dice Hugo clavando en él la vista, con aire contrariado—. Puedes decirlo si no te gustan.

Juan lo mira, con curiosidad. Debe ser la primera vez que recibe a alguien de NEW FRIEND, no parece tener claro cómo tratarlo.

—Eh. —Ladea la cabeza—. Está bien. De verdad. ¿Estás bien tú?

La respiración del hombre se ha acelerado, pero se calma poco a poco. Está haciendo un esfuerzo consciente. El gato rojo, Jam, salta a su regazo.

—Lo siento —dice Hugo—. Estas semanas están siendo muy difíciles. Cuando consiga irme… —Duda y decide no seguir hablando. Hace una pausa—. Me han amenazado de muerte —suelta de pronto—. Dos veces. Y sé que va en serio. He puesto un *panic button*, pero los gatos lo han pulsado tantas veces que no creo que la policía vuelva a venir si le doy. Los muy cretinos. Digo los gatos, no la policía. Bueno. La policía también. —Juan bebe café y lo observa por encima de su taza—. Los del tema de las colonias me están haciendo esperar, claro. Les he explicado por qué necesito irme cuanto antes, pero no lo entienden o no me creen o no les importa. Aunque es verdad. Lo de las amenazas. No estás tomando galletas —lo acusa.

Juan toma dos.

—Siendo así —dice con suavidad—, es comprensible que estés tan inquieto.

—Claro que es comprensible. —Hugo se apoya en el respaldo de la silla, bebe un trago de café y después coge una galleta, casi sin darse cuenta. La muerde—. Esto está muy bueno.

—Te dije que habías acertado.

Cream baja del respaldo, con parsimonia, y se enrosca para ronronear sobre las rodillas de Juan. El hombre se termina la galleta, bebe algo más de café, lo mira como si lo viera por primera vez.

—Eres genuinamente así de amable, ¿no? —adivina—. No estás siendo educado porque estés cobrando por estar aquí. Es como eres.

Juan sonríe.

—Sí —afirma. Y coge otra galleta.

Leonor abre el archivo que le envía su contacto en la policía. Es un listado de delitos de mayor o menor gravedad que han cometido menores de veinte años no simbiontes a lo largo del mes.

Los primeros son los más aburridos: los mayores de dieciséis años que han sido declarados culpables y condenados al exilio, presos durante dos años o más. Irán de cabeza a una nave con destino a las colonias más nuevas y difíciles, con la misión de explotar las minas y construir allí una industria. Cuando cumplan su pena, podrán solicitar los documentos para quedarse como ciudadanos libres y mayores de edad en las ciudades que hayan ayudado a levantar.

Después vienen las faltas menos importantes, incluso aquellas que la Justicia ha decidido documentar, pero no perseguir. Robos sin importancia. Grafiti. Piratería. Leonor tiene que ir uno a uno. Le interesan los mayores de dieciséis, los otros son demasiado jóvenes para viajar solos.

Siempre encuentra a alguien: mujer, nacida en 2004, rompe el parabrisas de un coche (el seguro cubre la reparación), imágenes captadas por la cámara de un dron de vigilancia. No tiene antecedentes de ningún tipo. No vive con su familia biológica. Es precisamente el tipo de perfil que Leonor puede captar para las colonias.

Sin embargo, reconoce el rostro en la copia del carné de identidad. Ha visto a esa chica antes.

Podría enviarle un mensaje, averiguar quiénes ejercen de tutores legales de la chica y ponerse en contacto con ellos o incluso hablar con el instituto al que sabe que asiste, pero en lugar de eso pide que se la traigan. Allí mismo, a su despacho, por la tarde. Porque puede.

Ella entra aterrada, por supuesto, con el ceño fruncido y el gesto crispado. Cree que se ha metido en un lío, pero se encuentra a Leonor, simpatiquísima, que le ofrece un vaso de agua y la invita a sentarse.

—Alejandra, ¿verdad? —pregunta.

La joven asiente. Pasea la vista por el escritorio y descubre una imagen impresa sobre ella: un fotograma del vídeo que grabó el dron. Se pone un poco más pálida.

—Él me agredió primero —se defiende tensa—. Verbalmente. Me dijo… Me dijo algo así como que tenía un cuerpazo y que no sé qué…

Leonor sacude la mano en el aire, quitándole importancia.

—Seguro que, gracias a ti, ha aprendido la lección —asegura con una sonrisa—. No te preocupes, cielo, no te he traído aquí para echarte la bronca. —Estas palabras suenan artificiales en sus labios, aunque Leonor las haya pronunciado en tono juguetón. Todavía tiene que practicarlo—. Es solo que me gustaría conocerte un poco más. Eso que dijiste cuando estuve en tu insti… y ahora el episodio del parabrisas de ese señor… Debías de estar teniendo un muy mal día, ¿verdad?

Alejandra se encoge de hombros. Se recuesta un poco en la silla, con las rodillas separadas, y se cruza de brazos. A Leonor le fastidia su postura, su actitud de dejadez, su rebeldía muda. Hace lo que puede para disimular la irritación.

—Supongo —responde la adolescente.

—¿Y te pasa muchas veces, bonita? ¿Tienes malos días con frecuencia?

—No. No sé. Como todo el mundo. —Si esta chica fuera un perro, estaría gruñendo como un demonio.

Leonor suspira con simpatía y se sienta al borde de la mesa.

—Me he estado informando sobre ti, alguna cosilla por allí, otra cosilla por acá… No es que haya encontrado mucho; eres muy tuya con tus datos privados, ¿verdad? Eso está muy bien. Pero bueno, algo he podido curiosear. Me parece que tu vida es muy complicada.

—Ya.

—Me sorprende más que nunca tu actitud respecto a las colonias. En el instituto dijiste que no te interesaban lo más mínimo.

—Y siguen sin interesarme.

—Pues precisamente para la gente que tiene aquí en la Tierra una vida muy difícil las colonias son una alternativa estupenda. Son una oportunidad de empezar de cero, ¿verdad? Y con una base y unas facilidades que aquí no tienes. —La chica no dice nada—. Mira, si alguna vez te intrigase y quisieras saber más… ¿Has oído hablar de Nóbula?

Los ojos de Alejandra, desenfocados en dirección a la ventana del despacho, se clavan en los de Leonor.

—¿Qué?

—Nóbula. Es un programa para los colonos más jóvenes y para los que estéis interesados en el tema. Mira. —Leonor saca un archivador blanco con un logotipo y la imagen de un planeta—. Aquí tienes toda la información sobre los planetas habitados, las próximas lanzaderas, los requisitos, las fases del entrenamiento antes del despegue… ¿Lo ves? El acceso está restringido, es por invitación…

—Vaya. Gracias.

—De nada, bonita. Así puedes echarle un vistazo tranquilamente en casa si quieres. Y si no quieres, ¡pues nada! ¡Ahí se queda, muerto de la risa! —Leonor suelta una o dos carcajadas y aplaude.

Alejandra no comparte su júbilo. Esboza una sonrisa incómoda y se revuelve en el asiento. Su postura es horrible.

—Aparte de esto, ¿quiere algo más?

—No. Solo tener este ratito para conocernos un poco. Y que tú me puedas hacer preguntas si tienes alguna. —La mira expectante, pero Alejandra niega con la cabeza. En su expresión hay algo que Leonor no sabe si interpretar como lástima—. Bueno. Entonces será mejor que te marches, que tendrás deberes que hacer, ¿verdad?

—Pues sí. —La chica se pone en pie y se dirige a la puerta con prisa.

—¡Si se te ocurre alguna pregunta, puedes llamar al teléfono que encontrarás dentro, en el tríptico! —exclama Leonor, pero Alejandra ya ha salido al pasillo.

No la persigue, no tiene sentido. Lo ha intentado. Cree con sinceridad que para los jóvenes que andan dando tumbos por el mundo, que están destinados a vivir en la pobreza y en el desempleo, las colonias son la mejor opción. Alejandra no lo sabe, pero en un futuro, si le hace caso y se marcha, le estará muy agradecida.

Archiva la ficha de la muchacha con la esperanza de ir a abrirla otra vez dentro de poco, quizá para transferirla al departamento que gestiona las listas de espera para las colonias.

Ru entra en el piso cargado con el archivador y dos libros de texto. Camina a tientas hasta el salón y deja sus cosas encima de la mesa. Después va a la cocina. La caja de fusibles tiene que estar allí. La localiza y enciende la luz. Junto al fregadero se encuentra la llave del agua. La abre. El apartamento vuelve a ser un lugar habitable.

Está muy ordenado, como si fuera a entrar alguien a vivir en cualquier momento. Parece una de esas casas de mentira en una exposición de IKEA. A Ru le gusta la decoración sobria y armoniosa, aunque él no viviría allí. Su casa es mucho más colorida. A esta le faltan telas, pompones y abalorios.

Se pasea por las habitaciones y abre todas las ventanas, para ventilar. Pone música. Que parezca que el piso está habitado. Como es más apañado que nada, aprovecha para quitar la ropa de cama y poner una lavadora. Revisa la terraza para ver si ha entrado alguna cucaracha. Está limpia. Las plantas tienen buen aspecto, pero necesitan un poco de agua. Ru no encuentra la regadera, así que llena una jarra de cristal de la cocina. Hay un montón de macetas, tiene que hacer varios viajes para regarlas todas.

No queda nada por hacer, solo un poco de tiempo hasta que la lavadora termine. Ru se instala en el sofá y coge el archivador. Tiene un examen de Historia Medieval en dos semanas y ni siquiera ha pasado a limpio los apuntes. Siempre que ha ido a hacerlo en los últimos días, ha surgido un imprevisto. Por supuesto, en cuanto empieza a leer el primer folio, suena el timbre. Con un suspiro, Ru vuelve a dejar los apuntes sobre la mesa.

Levanta el auricular del telefonillo y en la pantalla aparece la imagen de un desconocido. Es un hombre de pelo rizado, con ojos que transmiten confianza. No resulta en absoluto amenazador, pero Ru está alerta.

—¿Sí? ¿Qué quiere?

—Hola. Me llamo Benji Serra y estoy buscando a Ximena Silva.

—¿Para qué?

Benji Serra mira un momento alrededor y luego directamente a la cámara.

—Preferiría decírselo cara a cara. ¿Puedo pasar?

—Ximena no vive aquí.

—¿No? —El desconocido revisa los nombres en el telefonillo y Ru sonríe para sí, porque el primer día que vino a cuidar la casa de Ximena se ocupó de despegar todas las pegatinas en las que pusiera su nombre—. Perdone, ¿cómo se llama?

—Ru. Váyase, señor Serra.

—No quiero hacerle daño. Solo tengo unas preguntas. Es con relación a la desaparición de Cax Durán Peña. Soy investigador privado y estoy trabajando en ese caso.

Eso hace dudar a Ru. No se lo esperaba. Se encoge de hombros, aunque su interlocutor no pueda verlo.

—Le digo que Ximena no está aquí.

—¿Quizá me pueda ayudar usted? Por favor, déjeme pasar. No le robaré mucho tiempo.

—Está bien. Aunque yo no tengo ni idea de nada.

Pulsa el botón para abrir el portal. Luego descorre el cerrojo de la puerta del piso y aguarda. Benji Serra se acerca por el pasillo. Ru no sabe si debería hacerlo pasar o no, lo medita, decide que no es buena idea hablar de Ximena donde los vecinos puedan escuchar. Conduce al desconocido al salón.

—Siéntese si quiere.

Él lo hace y echa un vistazo a los apuntes.

—¿Historia Medieval?

—Sí. Qué le voy a hacer.

—Mi marido la estudió como optativa. Dice que le resultó fascinante.

—Tendría un profesor muy bueno. O una profesora muy buena. Yo no tengo ni lo uno ni la otra, solo un autómata que recita pasajes de algunos libros de texto.

Benji Serra se ríe por lo bajo.

—Ánimo con eso.

—Gracias.

—¿Es amigo de Ximena?

—¿Quién? ¿Su marido?

—Usted.

—Vaya. —Ru se ríe—. Puedes tutearme. Y sí, soy amigo suyo.

—Tiene muchos buenos amigos y estáis haciendo un buen trabajo ocultando dónde está. No me está resultando fácil. ¿Tiene miedo de ser la próxima víctima del asesino de Berta?

Ru se queda atónito. Le sorprende que el detective pueda decir algo así como si nada.

—No tiene miedo —replica, sin mucha convicción, porque Ximena le ha instruido para que no revele ninguna información.

—Nadie huye y se esconde sin tener miedo —rebate Benji Serra—. Entiendo que desconfíes de mí. Déjame adivinar: ella te dijo que vendría alguien a buscarla, preguntando por ella, y que ese alguien podía querer matarla. Por eso ha abandonado su casa, que es esta, y te ha pedido que pases por aquí para regar las plantas y para que no se note que el piso está cerrado siempre. Ha coincidido que he llegado yo buscando a tu amiga y has pensado que soy el asesino.

—Podría ser —responde Ru vacilante—. Aunque no pareces un asesino. ¿Cómo puedo saber que de verdad eres un detective?

—Tengo un documento que lo acredita. ¿Quieres verlo?

Ru asiente y acepta el certificado que le tiende Benji Serra. Está expedido por el Ministerio del Interior.

—Vale. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Sabes si Ximena tenía intención de viajar a las colonias?

Eso sí que es ridículo. Ru suelta una carcajada.

—No, qué va.

—Quiero que le digas algo a Ximena de mi parte. Si pensaba abandonar la Tierra, entonces es mejor que siga escondida, por si acaso. Si no es el caso, entonces creo que

no está en peligro, porque tengo la teoría de que todas las víctimas del asesino estaban inscritas en las listas de espera para las colonias. Lo he confirmado con las que he podido.

—Ximena no iba a irse a ninguna parte. Y Berta tampoco.

—Berta sí. Aunque parece que lo guardaba en secreto. Tengo pruebas. —Deja una carpeta de cartón sobre la mesa —. Aquí tienes una copia. Dásela a Ximena y dile que necesito hablar con ella.

—No va a querer.

—Díselo de mi parte, por favor. Dile que estoy interesado en verla, que no soy una amenaza y que si me ayuda estará colaborando en encontrar al culpable de la muerte de Berta. Si lo prefiere, puede contactar con mi ilin.

El detective saca una tarjeta de visita y se la ofrece a Ru. Él la acepta, aunque sabe que Ximena la romperá en pedazos en cuanto se la dé. Se ha mostrado muy firme en su intención de evitar a todo el mundo y no es una persona que cambie de idea con facilidad.

—Se lo diré, pero no te prometo nada —advierte Ru.

—Con que se lo digas es suficiente. Muchas gracias. No te robaré más tiempo.

Benji Serra se pone en pie y se dirige a la puerta. Ru lo acompaña y le estrecha la mano al despedirse.

Cierra y vuelve al salón. No sabe si podrá concentrarse en estudiar ahora, pero tiene que intentarlo. Se sienta. En cuanto abre el archivador, la lavadora pita para indicar que ha terminado.

Dani no es el profesor más popular de la universidad, pero sí uno de los que mejor se llevan con los alumnos. No solo porque es joven y tiene el pelo morado, sino también porque le encanta su trabajo. Sus clases son entretenidas y lo retratan como un verdadero entusiasta en la materia, o al menos eso piensa él. Cada vez que algún estudiante se sienta a su mesa en la cafetería para charlar con él en los descansos, se lo toma como un elogio a su forma de presentar el temario.

Otra pista de que es buen profesor es que haya caras nuevas escuchándolo. En este momento tiene delante, en la tercera fila, a un chico que no está matriculado. Es unos años menor que los demás, que están en tercero, y ha dejado un par de asientos libres entre él y la siguiente compañera de carrera. Suponiendo que este chaval esté también estudiando Relaciones Interplanetarias, claro.

Se trata de un itinerario interdisciplinar que la mayor parte de los estudiantes escoge como complemento a otra carrera principal: Políticas, Medicina, Biología o Filosofía. Dani había llegado hasta allí por esta última y la clase que está impartiendo es Identidades Culturales.

El chico que ha entrado de oyente lo escucha con atención. Parece estar fuera de lugar en la clase: lleva una camiseta de algodón muy suave, como si fuera de pijama. Tiene el cabello oscuro y, aunque es demasiado corto, se intuye que si lo dejara crecer un poco se le formarían bucles. Lleva la barba recortada, pero debe de haberlo hecho él mismo, porque está desigual; le da un aspecto desastrado pero encantador, de alguien que lo ha hecho lo mejor posible, pero a quien no le ha salido bien. Sus ojos son negros, como si fueran todo pupila, y transmiten una emoción que podría ser romántica si se entendiese como pasión. No pestañea. Puede parecer inquietante, pero Dani piensa que es sencillamente un poco intenso; no es simbionte, así que los temas que tratan le tocan de cerca.

Hace mucho tiempo que Dani no tiene ilin. Convivió

con él desde su adolescencia hasta la edad adulta y lo perdió entonces: eso le otorga autoridad para hablar con conocimiento sobre ambas realidades, la de simbionte y la de no simbionte.

—¿Cómo forma el humano simbionte una identidad como individuo si nunca ha estado solo? —pregunta Dani a la clase—. Hay quien dice que no es posible. Al compartir la mente, dejas de ser tú. Dejas de ser humano.

Sus palabras despiertan un murmullo disidente. Él sonríe. Eso es lo que quiere, que hablen, que discutan.

—A mí me parece que puedes formar la identidad individual perfectamente —replica una alumna desde la última fila, con dignidad—. Es como si me dices que los hermanos gemelos, que están toda la vida juntos, no pueden ser individuos.

Es simbionte.

—No es lo mismo. Los hermanos gemelos no comparten un cuerpo —interviene otra sin pedir el turno de palabra.

—Bueno, pues los siameses. —Dani se pregunta si eso lo ha dicho la estudiante o su ilin.

—Vale. Puede que yo no lo entienda porque no lo he vivido —admite la segunda chica, que no es simbionte—. Pero… Me parece que la influencia de los ilin tiene que cambiarte, la Red, esa armonía, estar metida en eso… ¿No cambia tu concepción del mundo? Seguro que si no tuvieras ilin serías una persona muy distinta.

—Sí, puede ser —asiente la primera. Se encoge de hombros—. Pero ¿qué más da? Soy quien soy. Somos quienes somos —se corrige.

Las miradas se vuelven hacia Dani. Los chavales esperan de él que reconduzca la conversación porque sienten que han llegado a un punto muerto, pero él está allí para sembrar preguntas, no para darles las respuestas.

—Es cierto que los seres humanos no hemos tenido históricamente una visión tan sólida de nosotros mismos como conjunto —dice él—. No hemos compartido una identidad colectiva como la de los ilin. Ahora, algunos de

nosotros pueden sentir esa conexión. ¿Cuál creéis que es la consecuencia?

—¿Que no somos humanos? —pregunta alguien.

—O que somos otra cosa —aventura otro chaval—, un paso más allá. No sé. Lo siguiente a *Homo sapiens*.

—Ya, bueno, ¿y qué más da? Es que no os sigo, tíos —insiste la estudiante simbionte—. Me parece que esto es rayarnos por nada. Es como si me dijerais que antes de tener el teléfono nos comunicábamos distinto y que éramos más humanos por eso. Pues me parece una tontería. Las cosas cambian, pero nosotros somos humanos igual.

Todos se quedan callados después de eso. Está bien, que rumien lo que ha dicho la compañera. También Dani reflexiona sobre ello.

—Tengo una pregunta —dice el chico que ha venido de oyente.

—Pregunta, pregunta —lo anima Dani—. Para eso estamos aquí.

—Se supone que los ilin solo se alojan en gente que quiere, ¿no? Que ha dado su consentimiento. O que sus padres lo han dado por ella. Por eso no son parásitos, ¿no?

—Sí. —Dani presiente que esta pregunta es peligrosa.

—Vale. Entonces, ¿cómo puede ser que todos los simbiontes del mundo estén contentos? Me creo que los que han tenido un ilin desde recién nacidos estén acostumbrados y punto. —El chico ha empezado a hablar y parece que no sabe cómo detenerse—. Pero ¿y los que eran adultos cuando llegaron los ilin? ¿Cómo puede ser que nadie en todo el mundo haya dicho que prefería la vida como era antes, que le gustaba más no tener un ilin?

—¿Cómo te llamas? —pregunta Dani.

Él duda un instante, como si estuviese a punto de mentir.

—Lazlo.

—Vale. Es una pregunta interesante. ¿Alguien tiene alguna respuesta para Lazlo?

Es la estudiante simbionte la que tiene que contestar, está claro. Le debe resultar raro ser minoría, porque pocos

no simbiontes llegan a la universidad, pero esa clase es un imán para ellos. La joven, al hablar, se ha convertido en la representante de los simbiontes en esa aula. Ella lo sabe y se encoge de hombros:

—Quizá es que no sea tan malo como piensas tú.

—Sí, de acuerdo, pero ¿nadie? Me creería que la mayoría de los simbiontes digan que tener un ilin en la cabeza es lo mejor del mundo, pero ¿todos? ¿Sin excepción? Me parece raro —insiste Lazlo.

—En cualquier caso, una vez que el ilin está dentro, no puede salir —comenta otro estudiante—. Así que, qué más daría que a alguien le gustase más no tenerlo. Si es simbionte, se tendrá que quedar así. ¿De qué le sirve quejarse?

—Da igual. La gente se queja de las cosas que no puede cambiar. Si hubiese alguien a disgusto, se quejaría —argumenta otra chica. Se oyen algunas risitas.

—Será que no hay nadie a disgusto. —La joven simbionte está a la defensiva.

—No me lo creo. Creo que los ilin les impiden decirlo —declara el chico que ha asistido de oyente. Lazlo—. O quizá segreguen alguna sustancia que afecte al cerebro y te haga creer que estás bien aunque no lo estés…

Se está metiendo en el terreno de lo especulativo y la ficción. Algunos de sus compañeros se ríen o sacuden la cabeza. Alguien murmura: «¡Halaaaa!».

—Bueno —Dani llama la atención de la clase—, nos hemos alejado un poco del tema, pero no importa. Esto que ha dicho Lazlo tiene que ver con algunas de las críticas que se hicieron en el año 2000. En las lecturas recomendadas tenéis un ensayo de Belinda del Río que me gustaría que leyeseis. Hablaremos sobre él la semana que viene.

Hace diez minutos que pasó la hora a la que oficialmente finaliza la clase, así que el aula se vacía deprisa. Los que no tienen otra lección después tienen que coger el tren; los que sí, llegan tarde. Es algo que sucede con frecuencia en las clases de Dani, pese a sus esfuerzos por evitarlo.

Quiere hablar con Lazlo, pero el chico se marcha de los primeros. Dani recoge sus cosas con calma y se dirige a su despacho. Tiene que encender la luz, la profesora con la que lo comparte se ha ido ya. Él se sienta detrás de su escritorio y piensa en cuando aún era simbionte. Lo recuerda como una época feliz, pero es cierto que no puede saber si esta percepción estaba siendo alterada por el propio ilin.

Se pregunta si la felicidad sería menos real en ese caso. No es capaz de decidirse: al fin y al cabo, en ambas opciones todo sería fruto de procesos químicos dentro de su cabeza. Suspira. Lo único que sabe es que está cansado e inquieto y, como no es simbionte, tiene la certeza de que ambas sensaciones son solo suyas. Eso lo reconforta.

Ari está encantado de que los mayores le permitan acompañarlos en sus planes. No habla mucho, intenta pasar desapercibido y escucha la conversación con los ojos brillantes de entusiasmo. Están sentados a una de las mesas exteriores de una cafetería barata, pegada a una plaza en la que Guille ha quedado con su próxima clienta. Los demás no tenían nada que hacer, así que lo han acompañado: es sábado y a cambio del precio de un refresco por cabeza pueden acaparar la mesa y pasar allí toda la tarde. Al camarero no le hace demasiada gracia, pero no hay mucha gente y, salvo lanzarles un par de miradas de disgusto, no hace nada para expulsarlos.

—¿De cuánto tiempo ha hecho la reserva? —pregunta Juan con incredulidad.

—Hasta mañana por la mañana —confirma Guille, con una sonrisa tonta, y se encoge de hombros—. Yo qué sé, la última vez estuve toda la tarde y nos supo a poco. Dice que me va a llevar a cenar y que, como acabaremos muy tarde, no quiere que vuelva solo a casa.

—Ya, claro. Pues suena a otra cosa —resopla Álex.

—¿Qué dices, tía? No es eso.

—No, pero ¿te gustaría? —lo interroga ella a mala idea.

Guille se ríe y se encoge de hombros. Los demás chillan y arman jaleo. Aunque la mayoría de sus clientes son abuelos, ellos saben que esta no. A Ari le sigue pareciendo muy vieja, porque rondará los treinta años.

—A ver, si Guille quiere liarse con una mujer mayor que él, puede, que para algo tiene dieciocho —dice Gala—. Ilegal no es.

—Que no nos vamos a liar —dice Guille y guiña el ojo —. Por ahora.

—Si es su clienta sí que es ilegal, ¿no? —pregunta Álex.

—No creo —dice Gala, pero no lo tiene claro—. Lo que no sé es si se meterá en líos en la empresa. Igual te echan,

Guille.

Él sacude la mano en el aire quitándole importancia. Juan cruza los brazos y se apoya en la mesa.

—Y a mí que siempre me tocan señoras de cien años y señores paranoicos. Le tenía que tocar la rubia pibón a Guille.

—Pero los que te han tocado han sido majos, ¿no? —pregunta Gala. Juan asiente, aunque no parece muy convencido—. Por lo menos no has tenido a la loca que pensaba que yo era su hija o la que quería que le limpiase la casa y me tiró un zapato cuando le pareció que lo hacía mal. No os riais, que casi me dio…

El refresco de Ari se ha terminado hace un buen rato, pero el hielo ha ido derritiéndose y vuelve a haber líquido en el vaso. El niño bebe. Es un agua extraña con sabor a limón y no está muy buena, pero es mejor que nada.

—Yo nunca podría hacer esto —declara Álex—. No os juzgo, ¿eh? Es que yo no podría.

—No es para tanto —dice Juan—. Es solo pasar un rato con personas que están muy solas. No tiene nada de malo. Además, estamos ganando bastante dinero.

—Sí, es bastante más rentable que lo de ir a cantar por ahí con la guitarra —añade Gala.

Eso es lo que está haciendo Marcos ahora mismo. Ari se siente un poco culpable por haber ido con los demás en lugar de acompañarlo.

Un coche rosa se detiene al otro lado de la plaza y toca la bocina. Ari se cubre los ojos con la mano, protegiéndolos del sol, para mirarlo. Es un buen coche: un BMW X4 elegante y aerodinámico. A Ari le gustan los coches y conoce bien este. Se pone de pie en la silla para admirar el techo de cristal panorámico. No sabía que los vendían de este color tan llamativo.

—Tu cita, Guille —dice Juan.

—Pasadlo bien, niños —se despide Guille con una sonrisa.

Echa a correr rápido como un lagarto basilisco. Se detiene junto al coche, la ventanilla de la puerta del

copiloto se baja. Guille se inclina para intercambiar un saludo con la conductora, luego entra y se sienta junto a ella. La ventanilla sube de nuevo y el BMW desaparece por una calle transversal.

—Niños, dice —se queja Gala—. Como si ahora tuviera treinta años él también. Qué payaso.

—¿Lo que ganáis os está dando para vivir, entonces? —pregunta Álex.

—Sí, más o menos —responde Juan—. Bim aún nos ayuda con algunas cosas. Esto es temporal, hasta que encontremos algo mejor. Estoy yendo a unos cursos de informática que dan en el centro cultural. Son gratuitos. Cuando los acabe igual puedo encontrar algo de eso.

—No te pega nada ser informático —dice Gala.

—Pues molan mucho los cursos. Deberíais apuntaros. Además, la informática es muy interesante. Y puedes especializarte en robótica. Eso mola un puñado.

—Lo que tú digas.

Ari dobla una servilleta hasta convertirla en algo parecido a un muñeco. Se tuerce hacia un lado, pero logra mantenerse de pie. Se imagina diseñando robots. Podría hacerle uno nuevo a Bim, aunque quizá tenga que perfeccionar un poco su técnica primero. Se le escapa una risita al imaginarse al ilin intentando habitar su monigote de papel.

Los mayores se han aburrido de estar allí y se ponen de pie.

—¡Vamos, Ari!

La mesa se tambalea y el robot de servilleta se derrumba. Ari decide que no merece la pena conservarlo, está demasiado arrugado. Lo deja ahí.

Echan a andar por la acera, pero antes de llegar a la esquina, Ari siente que no puede soportar la culpa. Vuelve corriendo a la terraza, ignora los gritos de impaciencia de los mayores. Llega a tiempo: el camarero aún no ha recogido la mesa.

—Lo siento —susurra al muñeco de papel.

Se lo guarda en el bolsillo y regresa con los demás.

Cecilia saca la tetera del fuego y piensa en esa cita de James Joyce que no puede sacarse de la cabeza desde que Ximena se refugia en su casa. La tiene tan presente que incluso está afectando al enfoque de su propia novela, la que escribe por las mañanas, en la mesa de la cocina, porque su amiga todavía duerme en el despacho. Hay un sofá allí y le ha cedido ese cuarto por considerarlo más privado que el sofá-cama del salón. Aunque eso signifique renunciar a su lugar de trabajo.

Mucho de lo que escribe Cecilia tiene una clara influencia de la obra de James Joyce, su autor de cabecera. Podría decirse que incluso su vida tiene mucho de James Joyce. Y esta no es la única situación para la que puede encontrar una cita apropiada. Quizá la razón por la cual no puede dejar de darle vueltas es que las circunstancias actuales son extraordinarias, y por eso que haya un pasaje tan adecuado resulta asombroso.

Estas son las palabras de Joyce con las que Cecilia titularía este capítulo de su vida: «La gente aguantaba que le mordiera un lobo, pero lo que verdaderamente la sacaba de quicio era que le mordiera una oveja». Es de *Ulises*. Está subrayada en el ejemplar que Cecilia guarda en la estantería de su dormitorio, la que está reservada a las obras más significativas para ella. El resto habita los estantes del despacho.

El lobo cuyos mordiscos soporta Ximena en silencio es el asesinato de su novia. Si llora por ella, lo hace a escondidas, de noche, nunca delante de Cecilia. No quiere compasión ni que la consuelen, Ximena es así. Cecilia lo respeta, pero lo lamenta. Le gustaría poder estar allí para abrazar a su amiga en los momentos más duros. Sin embargo, de lo que sí quiere hablar Ximena es de la mentira, de la traición, de Berta callándose que se había apuntado a las listas de espera para las colonias. Fue Ru el que trajo la noticia. Esta misma tarde se ha presentado en casa de Cecilia y les ha hablado del investigador privado.

Su tarjeta reposa ahora sobre la mesa, junto a la carpeta con las pruebas, que acaban de abrir. Porque Ximena decía que no, que era imposible, ¿cómo iba a querer irse su novia sin decírselo a ella? Si Berta no quería viajar ni al país de al lado, jamás se habría decidido a subir a una nave y visitar un planeta lejano. Entonces, Ru dijo que él no sabía nada y señaló la carpeta.

Cecilia entra en el salón con la bandeja llena de tazas, a tiempo para verla leyendo el primero de los documentos con gesto serio. Un mechón de cabello rojo le cae sobre la frente, ella lo aparta y lo esconde detrás de la oreja sin dejar de leer. Le pasa la hoja de papel a Ru y lee la siguiente. Los documentos transitan entre los tres amigos.

Está claro que Berta estaba inscrita. Estos papeles son oficiales.

—No puede ser —murmura Cecilia.

—Pero es —responde Ximena cortante. Está muy tensa. A Cecilia le gustaría decirle algo, ponerle la mano en el hombro, acariciarle el pelo. No sabe cómo hacerlo sin incomodarla, así que, en lugar de eso, le ofrece una taza de té. Ximena la acepta con un murmullo de agradecimiento.

Beben y callan, asimilando la información. Ru relee los documentos una y otra vez, Cecilia revuelve el azúcar en su taza, Ximena mira la pared con expresión ausente. Hasta que estalla:

—La gente que está en las listas no puede abandonar el país —dice con voz temblorosa. No es de dolor. Es de rabia —. ¡Por eso no quería viajar! La hubieran quitado de ahí. Y no me lo podía explicar, claro, porque… porque…

—Tenía miedo de que te enfadaras —adivina Cecilia.

—Tenía miedo de romper conmigo —exclama Ximena —. No tenía el valor de hacerlo, la muy desgraciada. Siempre le asustaron los enfrentamientos. Le resultaba mucho más cómodo callarse y desaparecer, dejar una nota o algo, y que me gestionase yo sola el cabreo y el dolor y todo… La muy… ¡Pensaba desaparecer y punto!

Cecilia y Ru cruzan una mirada preocupada. Él está bloqueado, no sabe qué decir. Tampoco se le dan muy bien

los enfrentamientos o las conversaciones serias. Es ella la que habla:

—A lo mejor le dolía demasiado a ella también. No sabemos por qué decidió irse, Xim. Puede ser que le resultase demasiado duro decírtelo, porque te quería…

Ximena deja la taza en la mesa con demasiada fuerza. Cecilia cierra los ojos sobresaltada por el golpe.

—Sigue siendo de una cobardía increíble. Y muy egoísta también: como a ella le resultaba duro, que me joda yo, ¿no?

Y entonces se echa a llorar. Eso es inesperado tanto para Ru como para Cecilia. Aunque ella lo entiende. Llora porque es difícil estar enfadada con su novia muerta, porque le pueden la traición y la rabia, pero a la vez se siente fatal por estar cagándose en los ancestros de alguien a quien no va a poder ver nunca más, salvo en vídeos de cómo la policía encuentra su cuerpo en trocitos.

Cecilia se pone en pie, se acerca a ella, la rodea con los brazos. Ximena se deja. Está rígida; no sabe dejarse querer, pero no pasa nada: Cecilia sí sabe cómo hacer aquello. Puede dejarlo en sus manos.

—Me mintió —solloza Ximena—. Me mintió, me mintió, me mintió y ahora… ahora… ni siquiera voy a poder echárselo en cara.

Tarda unos minutos en serenarse. Cuando lo hace, aparta a Cecilia. La mira con agradecimiento. Se frota los ojos, intenta recomponerse. Lo único que consigue es tenerlos hinchados y rojos, la cara llena de manchas.

—Lo siento —dice Ru.

—Joder. Es que es como cortar por mensaje de texto, pero un paso más allá en el camino de la cutrez emocional —dice Ximena. Intenta sonreír, intenta burlarse del dolor.

Siguen hablando sobre ello hasta bien entrada la noche. Analizan cada uno de los recuerdos en los que Berta dijo algo que podía haberles dado una pista, todas las veces que fue obvio que pasaba algo pero ellos no lo vieron. No vuelven a mencionar su muerte, solo su traición.

Esa es la mordedura de la oveja.

Cynthia echa un vistazo al reloj y comprueba que pasan diez minutos de la hora de irse a casa. Con un bostezo, se vuelve hacia la pantalla del Human. No ha terminado lo de los registros, pero puede dejarlo para mañana. Por su naturaleza, le gustaría dejar las cosas acabadas antes de irse, pero ha aprendido a recordarse a sí misma que las horas extra no se las pagan. Y si no cobra, no tiene por qué estar allí. Ella no trabaja por vocación.

El que sí lo hace es Luis, que está trasteando en su mesa. No es raro que se quede hasta más tarde que ella, pero aun así Cynthia se siente culpable cuando se va y lo deja ahí, como si estuviese fugándose. Tal vez sea que está acostumbrada a ser la más responsable en cada situación y encontrarse con alguien aún más devoto a sus tareas que ella la descoloca.

Bueno, no es nuestra obligación quedarnos pasadas las ocho, le recuerda Hia.

Cynt lo repite mentalmente como un mantra mientras apaga el ordenador, se quita las gafas que lleva colgando del cuello con una cadenita de cuentas de plástico amarillas y las guarda en un estuche dentro del bolso. Apaga la luz del flexo sobre su escritorio. Está encendida la del techo también, pero es demasiado tenue; la sensación es de penumbra.

La comisaría es un lugar lóbrego que nadie se ha molestado en hacer más hospitalario. Las paredes blancas están sucias, el suelo de losas azul oscuro parece sacado de la cocina de un reformatorio, las mesas de plástico gris no tienen encima nada más que pilas de archivadores y los Human. Es absurdo seguir utilizando tanto papel, pero Cynthia lo agradece, porque al menos aporta algo de calidez a la habitación desnuda.

La otra nota de color es su abrigo fucsia colgado del perchero en la entrada, junto a la cazadora marrón de Luis. Se lo pone despacio y piensa que si ella se va, aquel lugar estará un poco más muerto. No es que a Cynthia le importe

demasiado. A ella la espera en casa el alegre recibimiento de Pelusa, su cruce de caniche.

Está a punto de despedirse de Luis cuando suena el teléfono. Duda un instante. Ya ha decidido que se iba. No son horas. No está trabajando. No debería responder.

Sabes que lo vamos a hacer, ¿no?, piensa Cynt.

Sí, responde Hia con resignación.

Se acerca a su mesa y descuelga el auricular.

—¿Hola?

Escucha presentarse al hombre al otro lado del teléfono y lanza una mirada alerta en dirección a Luis, que no se entera de nada. El corazón de Cynthia se acelera. ¿Estará hablando con un asesino? No lo sabe. Tal vez. Si es un asesino, está loco. Más loco aún de lo que hace falta estar para matar a un montón de gente. Loco como para hacer eso y luego encima llamar a comisaría y decir que sabes dónde se va a producir el siguiente asesinato. A Cynthia le crispa ese morbo, esa necesidad de atención, ese matar para sentirse protagonista. Puede entender matar por miedo, por venganza o incluso por odio, pero esto no.

—Está bien —responde—. Envíaselo a mi ilin.

Recibe la petición de conexión y la acepta. Está vinculada a ese hombre. A su ilin. Es escalofriante pensarlo.

No parece un monstruo, dice Hia. *No creo que haya sido él. No puede. Su ilin es inocente*.

Supongo que es más probable que el asesino sea alguien sin ilin, concuerda Cynt, de mala gana.

Está muy dispuesta a creer que este tipo es el asesino y le molesta que haya evidencia de que no lo es, que la propia Hia ponga en duda sus sospechas.

—Se lo comunicaré a los compañeros a cargo de la investigación. Yo no puedo decirle nada al respecto. No —miente—. No se encuentran aquí. No se preocupe, se lo transmitiré lo antes posible. Gracias por su colaboración.

Cuelga y pide a Hia que corte la conexión por la Red. No quiere tener que ver con ese hombre ni con su ilin. Después, con el bolso aún colgando del hombro y el abrigo puesto, camina hasta la mesa de Luis.

—Era Benji Serra —informa—. Dice que sabe dónde se va a producir el próximo asesinato.

Luis levanta la mirada hacia ella y en su expresión se lee una mezcla de sorpresa y desagrado.

—Qué cojones —responde. No suena como una pregunta.

—Ha marcado en un mapa las localizaciones relativas a los asesinatos en Madrid y, según él, hay un patrón.

El policía se pone en pie con brusquedad y da dos zancadas hasta la pared en la que él mismo colgó un mapa con señales rojas en los puntos en los que se encontraron los cadáveres.

—Eso es una tontería. No sabemos con seguridad dónde se produjeron la mayor parte de los ataques —refunfuña—. Es imposible que lo sepa él, salvo que sea el asesino.

Cynthia se estremece, pero no hace ningún comentario al respecto.

—No es eso. Dice que todas las víctimas estaban registradas en las listas de las colonias. El patrón lo ha encontrado en las localizaciones de las oficinas del MAE y la SYMBALL que tramitan estos listados.

—Absurdo. No todas las víctimas iban a viajar a las colonias. Para empezar, ninguna de las menores de edad estaba en esas listas. No es de extrañar que vea patrones si solo cuenta las víctimas que le cuadran. Así también puedo empezar a encontrarlos yo —se burla él.

—Entonces, ¿no tomamos nota de esto?

—Sí, archívalo en la carpeta de Serra. Pero no vamos a tomarlo en serio para la investigación —responde Luis—. Bastante ocupados estamos como para seguir pistas falsas.

—Muy bien.

Podríamos hacerlo mañana, indica Hia. *Si no se va a tener en cuenta, no corre la menor prisa*.

Las dos saben que lo van a hacer ahora, porque Cynt es incapaz de irse a casa y relajarse si lo deja pendiente. Con un suspiro, se sienta y enciende de nuevo el Human. Ya que está, terminará también el documento con los registros.

HUÉSPEDES Y ANFITRIONES

Simbiontes «de nacimiento»

Salma Díaz Gallego
Madrid, 16 JUN 2001

La decisión de que su hijo acoja a un huésped ilin afectará a todos los aspectos de su vida. Ante este dilema se encuentran los padres y las madres del mundo entero.

«Será como tener dos hijos», declara una de las mujeres que hace cola para presentarse voluntaria. Al decirlo se acaricia la barriga de embarazada. Va a salir de cuentas la semana que viene, pero ya tiene claro lo que quiere para su bebé.

Antes de conocer a su ilin, el niño se someterá a una serie de pruebas para evaluar si es apto para el procedimiento. En caso afirmativo, se planificará la intervención, seguida de un seguimiento posoperatorio y de terapia con logopedas y psicólogos para garantizar que los resultados de la simbiosis sean óptimos.

El procedimiento en sí es muy natural para los ilin. Estos se introducen por la nariz del humano y, tras descubrir una aguja plegada en su cuerpo, abren un agujero en la lámina cribosa. Este es lo bastante grande como para colarse por él y acceder al cerebro. A su paso, producen una sustancia pastosa que se seca y solidifica en unas milésimas de segundo sellando el agujero.

Poco después de la metamorfosis, antes incluso de poder conectarse a la Red, los ilin son capaces de llevar a cabo este proceso, que para ellos es instintivo. Aun así, un equipo de profesionales humanos e ilin lo monitoreará para garantizar la seguridad de ambos bebés.

SIMBIOSIS ENTRE ILIN Y HUMANOS

Primeras uniones entre niños e ilin

Ariadna M. Prieto

Madrid, 19 JUN 2001

Este verano se ha realizado la primera simbiosis entre un ilin y un humano recién nacido. El bebé se llama Jus y el ilin, Tin, y juntos son Justin Morris. Un único ser y a la vez dos. Una paradoja hecha realidad.

En los próximos meses, se calcula que más de 10.000 niños se convertirán en simbiontes solo en España, de los cuales dos terceras partes son niños de edades muy tempranas. Los médicos aseguran que lo aconsejable es que los bebés reciban a su huésped antes de alcanzar las cuatro semanas de edad. Tanto desde el punto de vista fisiológico como del psicológico, cuanto más joven sea el humano, con más facilidad podrá adaptarse a la nueva situación.

A pesar de los esfuerzos de la ONU, los gobiernos nacionales y la recién formada SYMBALL, todavía hay mucho desconocimiento sobre el procedimiento. Los ilin atraviesan el orificio respiratorio de sus futuros anfitriones, perforan la lámina cribosa y se conectan directamente al cerebro, al que son capaces de enviar señales. Esto es indoloro para los anfitriones. Los adultos que han pasado por el procedimiento han descrito una sensación de sueño y amodorramiento, parecida a la que produce la sedación.

El proceso por sí solo no es suficiente. El humano tendrá que aprender a interpretar las señales del ilin. Es decir, es necesario un tiempo de entrenamiento para desarrollar la armonía con el huésped y acostumbrarse a su presencia,

distinguir sus pensamientos de los propios y ser capaz incluso de, con su ayuda, acceder a la Red a través de MIND. Este periodo de aprendizaje permitirá a ambos seres entenderse, comunicarse y relacionarse consigo mismos y con el medio. Además, podrán aislarse el uno del otro, por lo que tanto el ilin como el humano disfrutarán de momentos privados.

«Lo mejor es conectarlos cuanto antes para aprovechar la plasticidad cerebral de los primeros años y conseguir los mejores resultados», afirma Marisa Solani, portavoz de SYMBALL.

CONSPIRACIONES DE ACTUALIDAD

Los ilin son un invento del Gobierno estadounidense

Javier Puig
Madrid, 2 SEP 2001

Ni siquiera tres naves extraterrestres que aterrizaron en distintas partes del mundo convencerán a algunos humanos especialmente obcecados de que la Tierra es un globo y no un disco. Este movimiento ha sido considerado ridículo en cada rincón del planeta (que es esférico) por esgrimir teorías que, según ellos, están basadas en la ciencia. Están tan dispuestos a demostrar que el concepto de la Tierra redonda es una invención humana que han tenido que venir seres inteligentes desde el espacio para contarles que no, que tanto este como los otros muchos planetas que han visitado y colonizado son esferas. Y ni con esas.

Claro que a lo mejor tenemos que creerles. ¿Quién no está dispuesto a pensar que el Gobierno miente y que estamos controlados por grandes poderes oscuros? Con los robos y la corrupción que sabemos que existen, bien podrían también estar tomándonos el pelo con el tema del planeta esférico.

Así que sí. Déjenme convencerles de que la Tierra es plana.

En la reciente convención de terraplanistas celebrada en Chicago, algunas eminencias de este mundillo explicaban en sus conferencias que ha sido precisamente el apogeo del movimiento terraplanista y la cantidad de personas que se han unido a sus filas lo que ha asustado tanto a la NASA. Al ver que su gran engaño se tambaleaba, esta puso en marcha el Plan Ilin: hacer creer al mundo entero que teníamos visitantes de otros mundos y que estos

corroboraban las teorías y los montajes de las agencias espaciales.

«La verdad es que nadie ha visto a un ilin — afirmó Margaret Smith en una de las charlas — . Las imágenes que nos han mostrado en la televisión son una puesta en escena y ni siquiera está demasiado cuidada. Si miras con atención, puedes ver las estructuras de madera que sostienen la nave. Se trata de un decorado poco elaborado».

Otro de los conferenciantes, Markus Helm, declara que «todos los que dicen ser simbiontes son actores conocidos en Europa. Si uno se fija en el lenguaje no verbal de los políticos que pretenden tener uno de esos ilin en la cabeza, como son peores intérpretes, puede observar numerosas señales de que están mintiendo».

Todos los asistentes comparten la conclusión que se saca de esta convención: que una vez más han intentado engañarnos, pero han fracasado. Puede que la mayor parte de la población de la Tierra siga creyendo en este fraude, adoctrinada por la NASA y los medios de comunicación, pero por suerte aún queda gente despierta y dispuesta a blandir la verdad delante de las narices de científicos de todo el mundo.

Y de los ilin también.

Ainara quiere ayudar a Juan, así que coge los platos y empieza a poner la mesa. Él le dirige una media sonrisa sin decir nada. No hace falta. Las personas reservadas y calladas comprenden el silencio de las otras, es así. A ella y a Juan nunca les han hecho falta las palabras para entenderse.

Lo echa de menos en el día a día, porque aunque viene de visita de tanto en tanto, no es lo mismo. Desde que se mudó, es un invitado y una anomalía cuando viene de visita; a Ainara le gustaba más cuando su presencia formaba parte de la cotidianidad. También echa de menos a Guille, pero es distinto.

Es demasiado pronto para que los mayores estén en casa, porque es viernes y han salido. Tampoco está Bim, así que ha venido Juan a cuidarlos hasta que el ilin vuelva. Cocina salchichas en el microondas y espaguetis con tomate en la vitrocerámica.

—No te acerques al fuego —le dice a Ainara. Ella frunce el ceño y sonríe extrañada porque no hay fuego por ningún lado, es una de esas cosas que se dicen aunque no tengan mucho sentido—. Y llama a los demás, que esto casi está.

Ella obedece, sale al pasillo:

—¡A cenar! ¡A cenar!

Su voz es bajita, no se le da bien alzarla. Juan aparece detrás de ella y llama por encima de su cabeza:

—¡Chicos, a cenar! ¡Inés! ¡Sergio! *¡Larantonio!* —Ha pronunciado los dos nombres por separado, pero los Hijos de la Tormenta están tan acostumbrados a decirlos y escucharlos seguidos que suenan como una sola palabra.

Inés baja corriendo las escaleras. Lleva falda porque le gusta y pantalones cortos debajo porque no es capaz de parar quieta y a veces la falda se le suelta. Dos coletas: un intento de Bim de que su pelo se enrede un poco menos, pero fallido, porque están deshechas. Ainara lo lleva suelto y ordenado. No tiene ese problema. Luego Sergio, que pone

los dos pies en cada escalón antes de bajar al siguiente. Una mano sobre la barandilla. Queda demasiado alta para que la postura sea cómoda, pero no le importa. En su cabeza mide un metro más y es cuarenta años mayor. Los mellizos lo adelantan como dos remolinos entrelazados. Pelean por quién se sentará a la cabecera de la mesa. Llegan a la vez y se empujan el uno a la otra hasta que Juan interviene y los separa.

—Echadlo a piedra, papel o tijera —dictamina. Ellos obedecen. Pierde Antonio y se sienta en otra silla llorando. Nadie le hace caso.

Entra Ari, que ha estado en el jardín y ha tenido que cambiarse de pantalones. Saluda en voz baja. Juan sirve la comida mientras Ainara coloca un vaso detrás de cada plato y los llena uno a uno. Cuando se sienta, los demás ya han empezado a comer.

—Con la boca cerrada, Lara —indica Juan.

—Lo siento —dice la niña. Con comida en la boca.

—No pasa nada. Hazlo mejor a partir de ahora y ya está —responde Juan. Ainara sonríe. Esa frase no es de Juan, sino de Bim. Es él quien la dice siempre.

Sergio, que también estaba comiendo con la boca abierta, se aplica el cuento. Ainara se ríe al verlo y él le da una patada por debajo de la mesa, pero falla.

—¿Por qué no ha venido Guille? —pregunta Inés.

—¿No te parezco suficiente yo?

Ella sonríe, con esa expresión ambigua que pone cuando no está segura de si su interlocutor está hablando en serio o en broma.

—Bueno. Sí —responde—. Pero siempre venís juntos.

—Está trabajando esta noche.

—¿Trabajando de qué? —pregunta Inés.

Juan no responde. Su silencio hace que Ainara se interese más y lo mira con curiosidad.

—Es como de algo de compañía —dice Ari con una risita nerviosa—. ¿Verdad, Juan?

—Sí.

—¿Y va a estar toda la noche?

Los labios de Juan se aprietan hasta formar una línea muy fina, casi invisible.

—No lo sé, Ari, no me aprendo de memoria sus horarios. Estará lo que haga falta que esté.

—Es que no viene casi nunca —se lamenta Inés—. Está trabajando siempre de noche. A ver si se va a convertir en un vampiro o algo.

—Los vampiros no existen —dice Lara.

—Sí existen —responde Antonio, que ha dejado de llorar—. En las películas.

—Esa señora debe de tener un montón de dinero —comenta Ari—. Seguro que es rica, millonaria. Porque es un montón de dinero el que le está dando a Guille, ¿no? Y su coche parecía muy caro. Era un BMW.

Inés se revuelve en la silla y señala a Ari con el tenedor. Varias gotitas de salsa de tomate vuelan por el aire hacia él.

—¡Inés! —regaña Juan.

—¿Tú lo has visto? —pregunta ella.

—Sí —asegura Ari—. Juan, ¿y si le pide a Guille que se vaya a vivir con ella?

Juan tiene el ceño fruncido. Se pone de pie y empieza a recoger los cacharros que ha utilizado para cocinar. Es raro, porque no ha terminado de cenar todavía.

—Tú calla o no volveremos a llevarte a ninguna parte —dice con voz muy suave.

Se abre la puerta principal y entran Marcos y Gala. Juan les lanza una mirada interrogante.

—¿Qué tal? —saluda Gala—. ¿Hay espaguetis de sobra?

Se sirve los restos que quedan en la olla y se sienta a la mesa. Marcos se apoya en la encimera y sacude la cabeza con incredulidad.

—Tía, te acabas de tomar dos hamburguesas.

Gala se encoge de hombros.

—¿Y Álex? ¿No había salido con vosotros? —pregunta Juan.

—¿Con nosotros? No.

—Me dijo que iba con vosotros. —Juan está nervioso por culpa de Ari y su tono suena brusco y lleno de tensión.

Marcos levanta las manos con las palmas hacia arriba, un poco burlón:

—Vale, vale, no nos pegues, ¿eh? A ti te dijo eso, pero a nosotros no. Hemos salido con otros amigos y ni idea de Álex. Estará al llegar, aún es pronto.

—Sí, me suena que la gente de la clase iba a hacer algo —dice Gala—. A lo mejor se ha apuntado a su plan.

Juan mira al infinito: está contactando con Álex por MEEND, pero ella no contesta, porque él se queda igual de serio y consulta el reloj de la cocina.

—Es verdad que es pronto aún —murmura.

Termina de recoger y no se acaba la comida de su plato.

Mercedes había perdido la esperanza cuando recibió el mensaje. Siempre había pensado que su hija podía decidir no verla, que tal vez no tuviese interés en dejar entrar en su vida a un fantasma como ella, a una desconocida. Sí, se había esforzado en tener esa posibilidad presente, pero en el fondo no había creído que fuera a pasar. Otra voz en su cabeza decía que Alejandra querría acercarse a sus orígenes, que entendería que estar junto a su madre es lo que debe hacer, su deber incluso. Sin embargo, al no recibir noticias de ella tantas semanas después de que Bim confirmase a su ilin, Des, que el mensaje había sido entregado, se hizo a la idea de que la chica no quería saber nada de ella.

«Malcriada —pensó Merce—. Desagradecida».

Y cuando leyó el mensaje sintió que se quedaba sin respiración.

Sigue sin ella mientras espera en el café. Ha conseguido una mesa junto a la ventana. Las cortinas están parcialmente echadas y crean una atmósfera recogida y confidencial. Mercedes se ha sentado de cara a la puerta del local, para verla entrar, y se pone en pie cuando lo hace. Qué guapa es, qué sana se la ve, qué gordita, incluso con expresión de desconfianza y dureza. Parece una niña a la que nunca le ha faltado de nada. Mercedes se siente orgullosa y esperanzada.

Alejandra la reconoce, claro. Se parecen mucho. Se acerca a ella. Las dos dudan, no saben cómo saludarse la una a la otra. Mercedes no se atreve a abrazarla y en la postura de la chica no hay nada que pueda interpretarse como una invitación. Al final, le sonríe y hace un pequeño movimiento con la mano antes de sentarse de nuevo. La joven se instala al otro lado de la mesa.

—Alejandra —dice Mercedes. Disfruta al pronunciar el nombre.

—Álex —corrige ella.

—Perdona. Álex. Qué bueno es verte.

—Ya.

Piden algo de beber. Mercedes no tiene dinero, pero confía en que a la nena no le parezca mal invitar a su madre.

—¿Tienes ilin? —Álex es un poco brusca.

—Sí. Des.

—Ah.

—¿Por qué lo preguntas?

—Yo no soy simbionte. ¿Sabías que me trataban fatal en el Hogar por eso?

Mercedes no contaba con ir a hablar de aquello tan pronto. Busca palabras de consuelo, pero las únicas que encuentra son:

—Ay, mi vida. Ojalá hubiera estado contigo.

—No haberme abandonado.

Algo en la habitación se resquebraja. Mercedes quiere decirle que no se puede hablar así a la gente, que no es nadie para juzgar, que quién se ha creído que es, pero se contiene.

—Álex. —Suspira otra vez, con paciencia.

Ella revuelve el té que le han traído, como si nada de aquello fuese asunto suyo.

—Solo he dicho lo evidente, vamos.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

Pausa. Mercedes cree que ella se va a negar, que ha venido a hundirla en reproches y nada más, pero empieza a hablar de golpe.

—Vivo con un montón de chicos y chicas y algunos niños no simbiontes. Nos acogió Bim, que es un ilin. Ya lo conoces, en realidad. Voy al instituto y no tengo malas notas. Mejores que las de Gala, que es mi mejor amiga. Ella tiene trabajo y yo no. Fui a ver dónde trabajabas tú y me decepcionó bastante, pero bueno, es tu vida, yo qué sé. Tampoco se me ha perdido a mí nada ahí.

—Es verdad —murmura Mercedes—. Es mi vida.

—Sí. Tú tienes la tuya y yo tengo la mía.

—Estoy muy contenta de que te hayas decidido a venir. Empezaba a pensar que no lo harías.

—Y no iba a hacerlo. No quería conocer a mi madre. Luego me di cuenta de que daba igual, porque ya no eres mi madre.

Es gracioso que diga eso, porque se parecen como dos gotas de agua, pero Mercedes ni siquiera esboza una sonrisa. La escucha con gravedad y asiente.

—Vale. Como quieras. Quizá no merezca ser tu madre. Pero sí soy familia… Soy alguien a quien le importas y que quiere ayudarte. Eso no es algo que se deba desdeñar, Álex.

Ella se encoge de hombros.

—Lo que tú digas…

—Ya me gustaría a mí tener a más personas a las que les importe que yo esté bien.

Esas palabras logran tocar algo en el interior de la adolescente. Su expresión cambia. Es casi imperceptible. Se incorpora un poco en la silla.

—¿Qué más quieres saber sobre mí? —pregunta.

—Todo.

—Pues… No sé. Me gusta escribir. No dibujo muy bien, pero lo hago de todos modos. También canto. Más o menos. No tengo pareja. Los niños no me gustan y no quiero tener hijos. Supongo que tú tampoco querías. Así que, bueno. Eso lo entiendo.

—No fue por eso.

—Claro que fue por eso. No me querías tener y me dejaste.

—No, no fue por ti. —A Mercedes esto le ha parecido obvio siempre y le apena darse cuenta de que para Álex no está tan claro—. Te dejé porque *yo* no podía hacerme cargo de ti. Tú no tenías nada que ver. Eras una niña tan buena… Pero yo no era capaz de cuidarte.

—Podrías haber pensado eso antes. La gente siempre quiere adoptar a los pequeños.

—No lo pensé…

—Ya.

—Álex… —Mercedes ladea la cabeza con expresión de dolor. Sabe que los adolescentes son difíciles y que Alejandra está a la defensiva, pero comunicarse con ella

está siendo más tortuoso de lo que había imaginado—. Lo siento.

Ella pone los ojos en blanco. Mercedes nota su impaciencia, su desdén, su distancia. Se pregunta por qué ha acudido.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pregunta Álex, en tono exasperado, como si no fuese ella la que ha sacado el tema.

Mercedes se pliega a sus deseos. Hablan del instituto, de las asignaturas que le gustan, de las que no. Como si Mercedes fuera una vecina con la que se ha encontrado en la cola del supermercado. Conversación cordial pero despegada.

Al despedirse, Álex se acerca y le da un abrazo. Resulta acartonado.

—Pagas tú, ¿vale? Yo te invito la próxima vez —dice Mercedes. Cuando lo piensa, cree que es una buena forma de asegurarse de volver a verla, pero en voz alta suena distinto.

Álex aprieta los labios. Y paga.

Mercedes ha pensado en preguntarle cuándo puede volver a quedar, pero decide no hacerlo. De momento.

Hugo ve por la ventana esa furgoneta blanca y anodina. Aunque los cristales están tintados, sabe que hay un hombre dentro, sentado en el asiento del conductor. Lleva ahí toda la tarde, sin salir, sin arrancar el automóvil, sin hacer nada. Está esperando.

Sabe que le espera a él, por supuesto. Precisamente por eso no piensa poner un solo pie fuera de su apartamento. Se pregunta quién es ese tipo y lo vigila desde detrás de los visillos. Son blancos y horribles, no se los ha llevado ni los ha vendido. Los dejará ahí, en el piso. Él estará en el espacio y los visillos se quedarán cogiendo polvo, olvidados, como la reliquia anticuada que son.

Puede que los vecinos hayan contratado a ese hombre. Hugo sabe que lo odian. Le pincharon el teléfono hace tiempo, el presidente de la comunidad trabaja para los servicios de inteligencia del Gobierno. Creen que Hugo anda metido en algo ilegal, en temas de contrabando, pero se equivocan; él no ha hecho más que trabajar toda su vida en la farmacia de su jefe, el señor Triguero. El pobre anciano se sorprendió mucho cuando Hugo dejó el empleo hace varios meses. Quizá esperaba que algún día tomase el relevo. No va a pasar.

Hugo va a irse a las colonias porque es la única manera de librarse de los vecinos. No aguanta más el acoso al que lo someten. Están siempre atentos tras las mirillas, escuchan sus conversaciones, utilizan el telefonillo para saber cuándo entra y sale del portal. Le pasan mensajes con ondas en una frecuencia que sus oídos no captan, pero su subconsciente sí; le dicen que el tiempo de entregarse y negociar ha terminado, que se ha convertido en una amenaza y que lo van a matar. Hugo ha intentado explicarles en numerosas ocasiones que él no tiene nada que ver con ellos, pero los vecinos no quieren atender. Corren cuando se los cruza por la escalera, desvían la mirada y se niegan a abrirle la puerta de las casas, incluso aunque él grite que solo quiere hablar. Están decididos a acabar con él y si le mirasen a los ojos se

arriesgarían a sentir compasión.

El asesino de la furgoneta blanca tiene paciencia, pero se va a hartar de esperar, porque Hugo no piensa salir. Al cabo de varias horas, la puerta del conductor se abre y el hombre baja. Hugo sonríe. Lo sabía. Su hermana habría dicho que eran imaginaciones suyas, que no había nadie sentado en la furgoneta, pero él sabe que no se inventa las cosas. Es real. El asesino ha estado ahí todo el rato. Y, como si quisiera terminar de confirmar sus sospechas, cierra el vehículo, se lleva una mano a la frente para evitar que el sol del atardecer lo deslumbre y mira directamente a la ventana de Hugo.

Es un hombre de estatura media, trajeado, y no es el primer día que viene. Se pone ahí y espera, espera, espera, dentro o fuera de la furgoneta. Él y Hugo están echando un pulso desde hace casi una semana. El gato espera delante de la madriguera, el ratón es listo y se queda dentro.

Menos mal que Jam y Cream ya no están allí. Hugo habla con su hermana por teléfono para que le cuente cómo se aclimatan los gatos a su nuevo hogar y le repite siempre que no venga a visitarlo. No quiere que el asesino la tome como rehén.

El asesino comprueba algo en la pantalla de su teléfono móvil y después se acerca al portal. Desaparece del rango de visión de Hugo, que se tensa. Aguarda a oír el telefonillo, pero el asesino no llama. Se queda ahí, en el portal, invisible. Hugo no deja de mirar a la calle. Ve llegar al repartidor de Glovo en su moto. Aparca junto a la furgoneta blanca, desaparece de la vista de Hugo y llama al telefonillo.

—¿Quién es?

—Glovo —responde la voz.

—¿Hay alguien más ahí?

Un segundo de pausa.

—No.

Debe de haberse marchado pegado a la fachada de los edificios, por eso Hugo no lo ha visto. Eso o el repartidor de Glovo lo está engañando. Hugo abre, pero corre la cadenilla

de la puerta por si acaso. Quiere aceptar el paquete, porque es la compra semanal que no puede hacer él en persona sin abandonar el único lugar en el planeta en el que se siente seguro. Ha pensado en pedírsela directamente al supermercado, pero esos transportistas entran en la casa a dejar las bolsas y Hugo no quiere que nadie pase. Los de Glovo son más discretos.

Por la mirilla ve cómo la puerta del ascensor se abre. Sale el chico de Glovo con su voluminoso paquete a cuestas. Es un chaval de veinte años o menos, negro, alto, con vaqueros. No es el asesino y va solo.

Aun así, Hugo no abre la puerta. El asesino podría estar escondido en el ascensor o en las escaleras.

—Deja el paquete frente a la puerta y márchate —indica levantando la voz.

—Vale. Buenas tardes, señor.

El chico se va. El ascensor vuelve al piso de abajo y Hugo ve cómo el repartidor se monta de nuevo en su moto.

Abre la puerta con cuidado, tira del paquete al interior y cierra deprisa. Pesa mucho; debe de ser por los cartones de leche, aunque cree que solo ha pedido seis. Tal vez se hayan equivocado y hayan puesto alguno más. O quizá hubiese una promoción.

Va a la cocina para despejar la mesa antes que nada. Es entonces cuando cae en que los repartidores de Glovo nunca dejan el paquete amarillo. Lo abren y entregan el contenido.

Siente que el cuerpo se le crispa, se le pone la piel de gallina. Quiere darse la vuelta y correr. Tal vez pueda salir al descansillo, huir escaleras abajo. No puede ser. Hay alguien en la puerta, bloqueando la salida. Un hombre trajeado, sonriente, con un puñal en la mano.

—Ha sido difícil, pero aquí estamos —comenta el asesino con simpatía.

Es rápido y se abalanza sobre él, aparta con elegancia el brazo con el que Hugo intenta protegerse. Caen al suelo, forcejean. Hugo se mete la mano dentro de la camisa. El puñal le rasga la piel del cuello. Piensa que va a morir, pero

también piensa que tiene la salvación al alcance de los dedos. El asesino no puede impedir que pulse el *panic button*.

Suena el teléfono.

Se miran el uno al otro. Hugo graba en la memoria los rasgos del asesino. Él comprende lo que sucede. La llamada es para comprobar que no se trata de una falsa alarma. Si Hugo no responde, acudirá la policía.

El asesino reacciona rápido. Se pone en pie y abandona la habitación. Hugo oye cómo cierra la puerta del piso al salir. El teléfono da tres timbrazos más y después deja de sonar. La sangre fluye cada vez más deprisa, forma un charco en el suelo de la cocina.

Andreas está aparcando delante de casa cuando recibe la llamada. Ni siquiera tiene que volver a subir al coche, ya está en él. Arranca manteniendo la conexión a través de la Red con los ilin de los compañeros. No le han ordenado que acuda a la escena del crimen, sino a recoger a otra persona. Un investigador privado.

—¿Está vinculado a este caso? —pregunta Andreas.

—No. Sí —responde Arnet—. El caso es que nos dio la localización del crimen. Nos avisó. Tráelo. Puede ser útil.

Si avisó, ¿cómo es que no vigilaron la zona?, pregunta Andre.

As tarda unos segundos en responder. Está consultándolo con otros ilin.

Su hipótesis se desestimó por no tener suficiente base. Este hombre es el padre biológico de Cax Durán Peña. Al parecer un familiar de otra de las víctimas lo ha contratado para investigar el caso. Como su empeño en colaborar lo hacía sospechoso, se decidió continuar vigilándolo a él en vez de controlar la zona que había indicado.

Ya. Así que es un colaborador, suspira Andre. Le fastidia que los investigadores privados se entrometan en asuntos de la policía. Como si fueran mejores o tuvieran más medios que ellos.

No pasa nada. Cuantos más seamos buscando a esa niña, mejor, opina As. *Qué más da quién la encuentre*.

En eso su ilin tiene razón.

Supongo que ya no lo consideran sospechoso, adivina.

Si aún lo hicieran, no lo meterían en la escena del crimen, asiente As. *No, yo creo que más bien Luis y Arnet están mordiéndose los puños de rabia porque este hombre les dijo dónde iba a cometerse el siguiente asesinato y ellos no hicieron nada para evitarlo*.

¿Cómo lo sabría?

As no lo sabe, así que no responde. Casi han llegado a la ubicación que les han enviado. Andreas hace una parada en segunda fila. El coche de la policía es muy fácil de

reconocer y pronto se le acerca un hombre con mucha prisa y golpea la ventanilla con los nudillos. Andreas baja el cristal.

—Hola.

—¿Señor Serra?

—Soy yo.

—Suba.

El investigador se sienta de copiloto y los dos viajan sin hablar. Andreas lo observa de reojo de vez en cuando. Serra, en cambio, no se fija en él en absoluto. Tiene el gesto serio, mira al frente, está muy concentrado. En cuanto el coche se detiene, baja y se dirige al portal sin hablar con nadie. Andreas lo sigue.

Frente al edificio hay otros coches de la policía y una ambulancia.

—Va conmigo —avisa a los compañeros que acordonan la zona.

Serra corre escaleras arriba, saltando escalones de dos en dos. La puerta del apartamento está abierta. Entra, saluda con una inclinación breve de la cabeza a Arnet.

—¿Dónde? —No hay tiempo para preguntas completas.

—En la cocina.

—¿Vivo?

Andreas sigue a Serra hasta la cocina, en la que dos enfermeros y una médico de urgencias tratan de contener la vida que se escapa del hombre que hay en el suelo, al menos durante el tiempo suficiente para montarlo en la ambulancia y trasladarlo al hospital.

El investigador se agacha junto al hombre.

—Ayúdeme a atrapar a su atacante —dice con voz suave, serena—. ¿Puede hablar?

—No —responde por él la doctora—. Márchese de aquí.

—Parpadee una vez si era un hombre, dos si era una mujer —pide Serra.

La víctima parpadea. Una vez.

Intenta decir algo, pero se está ahogando con su propia sangre.

—No hable —ordena la médica.

Uno de los enfermeros intenta sacar de allí a Serra. Le pone una mano en el hombro. Andreas interviene y lo obliga a soltarlo.

—Parpadee una vez si era menor de veinte, dos menor de treinta, tres menor de cuarenta, cuatro menor de cincuenta. Seis si era mayor de cincuenta.

La víctima no despega la mirada de Serra. Parece estar deseando dar información. Parpadea tres veces. Levanta una mano, pero el gesto es vago. Está señalando en dirección a la puerta de la cocina.

—¿Hay algo ahí? —pregunta Serra.

Entonces los ojos del hombre se vuelven vidriosos. Algo cambia en él. Los movimientos de la médica y los enfermeros se vuelven frenéticos durante unos segundos, uno de ellos aparta definitivamente a Serra. Después, queda claro que no pueden hacer más e impera la calma.

El investigador privado se ha dado la vuelta y camina en la dirección que ha señalado la víctima. Llega al pasillo, al salón. Lo examina ante la mirada curiosa de los agentes de policía, pero no parece encontrar nada.

—Por poco —comenta en voz alta Arnet—. Él podría haber identificado al asesino.

—Es un hombre de entre treinta y cuarenta años —dice Serra en voz alta.

—¿Lo ha dicho él?

—Sí.

—A nosotros nos dijeron que no podía hablar. —Arnet frunce el ceño en dirección a Andreas, que no responde.

Serra se ha detenido frente a la ventana. No puede avanzar más, ha llegado todo lo lejos que podía en esa dirección.

Quizá nos señalaba algo que estaba fuera, sugiere As.

Andreas lo repite en voz alta.

El investigador privado asiente en silencio y mira por la ventana. Andreas se acerca también, pero allí no hay nada. A excepción de la ambulancia y los coches de la policía, la calle está desierta.

LLEGA LA GENERACIÓN SIMBIONTE

La mayoría de los niños nacidos en 2002 serán simbiontes

Ariadna M. Prieto
Madrid, 12 ENE 2002

Un 97% de los niños españoles nacidos este año serán simbiontes, según señalan los resultados de una encuesta de SYMBALL. Llevan por nombre *generación simbionte* o *posmilénica*, y son los primeros en toda la humanidad en nacer en un mundo en el que los ilin están plenamente integrados, por lo que las nuevas tecnologías ilin no son ajenas a ellos y serán capaces de adaptarse más rápido a las que estén por venir.

«La mayoría de ellos nacerán en el contexto de mercados emergentes y países en desarrollo, y tendrán perspectivas mucho mejores que sus padres y abuelos, dado que el nivel de vida está mejorando muy deprisa gracias a la intervención ilin», explica Marisa Solani, portavoz de SYMBALL.

La generación simbionte está constantemente conectada a la Red, así como cada vez más adultos de su entorno. Por esta razón, la comunicación mental y emocional es la base de su manera de conocer el mundo.

«Los niños simbiontes están criados en familias que poco a poco se adaptan a la nueva realidad de nuestro planeta, con relaciones transparentes, comunicación honesta y empatía. Ninguna generación anterior ha tenido esta suerte», afirma Solani.

La experta en relaciones con los ilin cree que los niños que forman parte de la generación simbionte vivirán mejor que sus padres no solo en términos de ingresos y de estabilidad

medioambiental, sino también de calidad de vida en cuanto a capacidad de elección, oportunidades de educación y cuidado hacia los otros.

Los niños no simbiontes, aquellos que no han podido vincularse a un ilin por incompatibilidad o negativa de sus padres, en cambio, obtendrán menos interacción y menos intercambio social. La incapacidad de acceder a la Red repercutirá en su desarrollo personal y en sus estudios. «El mundo analógico está cada vez menos presente en nuestra vida —declara Solani—. Como padres, es una irresponsabilidad condenar a los bebés a quedarse atrás. Los niños no simbiontes se enfrentarán a la marginalización y la precariedad, pero serán una minoría».

REALIDAD AUMENTADA ALLÁ A DONDE VAYAS

MIND permitirá a los humanos simbiontes acceder a la Red ilin

Fátima Peña Suarez

Madrid 22 FEB 2002

La tecnología ilin ha llegado a la Tierra impulsando una extraordinaria evolución en los últimos años, que culminará con el chip que nos llevará más allá de las capacidades normales del cerebro humano.

Se llama MIND y permitirá a humanos simbiontes acceder a la Red ilin, que mantiene en comunicación constante a estos seres y que es la base de su comportamiento empático y pacífico. Mediante la Red, los ilin comparten ideas, pensamientos y sensaciones. Ahora también lo haremos nosotros.

Podremos capturar imágenes estáticas o en movimiento, grabar nuestros sueños y compartirlos de forma instantánea con otros humanos simbiontes o con la Red entera.

La implantación del chip es un procedimiento sencillo, que se podrá hacer a partir de los 10 años de edad del humano, y su coste será subvencionado a nivel global por SYMBALL. Según la portavoz, esta será la contribución ilin que más afectará nuestro día a día. Sus efectos serán tan positivos que inclina significativamente la balanza de los beneficios de esta simbiosis en nuestro favor. La deuda que contraemos con nuestros aliados ilin es cada vez mayor.

Sara lleva toda la tarde esperando a que sus vecinos vuelvan a casa. Después de comer vio salir a Santiago con el coche, seguramente para recoger del colegio a la pequeña Natalia, y apenas unos minutos después llegó la mujer con el sobre. Tocó varias veces al timbre. Fueron tantas que el sonido llamó la atención de Sara, que se asomó por la ventana para ver qué pasaba.

—¡Están fuera! —le gritó a la mujer.

Ella, de pie frente a la puerta de la casa de al lado, se giró hacia ella.

—¿Sabe cuándo van a volver?

—Dentro de un ratito, media hora como mucho.

La mujer desconocida salió de nuevo a la calle y se acercó a entrada del jardín de Sara. Esta cerró la ventana y abrió la puerta principal.

—Disculpe. Allí vive Benji Serra, ¿verdad?

—Sí —confirmó Sara.

—Tengo una carta para él. ¿Sería tan amable de entregársela de mi parte cuando vuelva?

El buzón de Benji y Santiago está al aire libre y ha estado lloviendo esta mañana. No es buena idea dejar un sobre de papel en él, así que Sara asiente. La mujer se lo entrega.

—¿De parte de quién es?

—No tiene remite. —Se encoge de hombros—. Yo solo soy la mensajera.

Después de cerrar la puerta, Sara deja el sobre en el mueble de la entrada y vuelve a concentrarse en lo que se trae entre manos: un mural en la pared del pasillo, que empieza en lo alto de las escaleras y llega hasta el recibidor. En ello sigue, aunque con mucha más pintura en las manos, los brazos y la ropa. No queda apenas un centímetro cuadrado de pared blanca. En su lugar, hay ramas y hojas de distintos tonos de verde. Sara está orgullosa, porque la sensación de profundidad le ha quedado muy lograda.

Cuando termina, se lava las manos, limpia los pinceles con aguarrás y recoge el papel de periódico del suelo. Después se da una ducha, aunque no logra deshacerse de toda la pintura que se le ha quedado pegada a los brazos. No pasa nada. La gente que la conoce bien está habituada a verla así. Se pone el pijama y va a la cocina para merendar. De camino ve el sobre en el recibidor. Se había olvidado por completo.

Echa un vistazo por la ventana. El coche de Santiago vuelve a estar aparcado delante de su casa. Como no quiere salir así vestida, saca el móvil y lo llama.

Si los dos fueran simbiontes, no haría falta utilizar el aparato. Reflexiona sobre ello mientras oye los pitidos.

—Tengo algo para ti y unas galletas de dinosaurio para Natalia —informa.

En el rato que tarda Santiago en llegar, ella saca unos batidos y la caja de galletas. Los coloca en el salón. Siempre se alegra de ver a los hijos de Santiago y Benji, porque le encantan los niños y estos son muy agradables. El pequeño Vito le tiende los brazos en cuanto abre la puerta. Sara lo levanta y le da un abrazo encantada.

—Pasad, pasad. ¿Quieres algo tú, Santiago? ¿Un café?

Dejan a los niños merendando en el salón y van a la cocina para poner la cafetera. Sara se acuerda de la carta y se la entrega a Santiago.

—Es para vosotros.

Santiago se sienta a la mesa de la cocina y abre el sobre, intrigado. Sonríe en dirección a Sara al sacar el papel, como si sospechase que ella tiene algo que ver en aquello. Sara se encoge de hombros. Él lee, frunce el ceño.

—Vaya, esto parece una cita.

—¿Una cita?

—Si no es eso, entonces no tengo ni idea.

Sara echa un vistazo al papel: «Ok, hablemos. Martes 22:30 bar el gato. X».

—Sí, parece una cita.

—Debe de ser para Benji, porque a mí no me dice nada.

—Huy, Santiago, qué pillada. Espero no haber destapado algo que preferías no saber —bromea Sara.

Él se ríe.

—No sé, ¿se puede tener una doble vida si se es simbionte?

—Cielos, a poco que el ilin sea más fiel, la batalla interna sería real —comenta Sara arqueando las cejas.

Están muy cómodos el uno con el otro, tal vez porque ninguno de los dos sabe lo que es convivir de forma tan íntima con un ser alienígena y en el interior de la cabeza de cada uno de ellos hay una sola conciencia. Sara agradece hablar con alguien a quien puede ver la cara y saber que su expresión se corresponde con la mente que hay detrás. Le inquieta pensar que otros seres humanos con los que interactúa pueden estar en ese mismo momento intercambiando comentarios con sus ilin sin que ella pueda saberlo.

Con los no simbiontes es todo más fácil, más simple. Más real.

Pone algo de leche en el microondas y sirve su café y el de Santiago. Los dos se trasladan al salón. Vito y Natalia están jugando con las galletas de los dinosaurios. Ella inventa historias y da a cada personaje una personalidad; él se limita a rugir y sigue jugando con las figuritas mutiladas después de morderlas. Natalia intenta incorporar las galletas de su hermano a la historia. Es estupendo que se diviertan juntos pese a la diferencia de edad.

Sara mira de reojo a Santiago. Aunque haya bromeado al respecto, está un poco preocupada por la carta. Es cierto que la mujer que la trajo dijo que era para Benji. No lo había pensado, ha caído en el descuido de considerarlos a los dos una unidad solo por estar casados. Pero no, la mujer dijo claramente que el mensaje estaba dirigido a Benji Serra. Sara se pregunta quién es X y espera no haberle dado un disgusto a Santiago. Si lo ha hecho, no se nota en absoluto. Él parece muy tranquilo.

Ella decide no darle más vueltas. Abre otra bolsita de galletas y hace galopar un triceratops por la mesa.

Guille sonríe para sí, con el ojo pegado a la mirilla de la puerta. Juan sube los escalones del chalé con precaución, como si no confiase en su estabilidad. Espera no estar colándose en casa de alguno de esos ricos sin permiso. Está seguro de que, si quisieran, podrían dispararle y después tapar el asunto con billetes de quinientos. Guille nota que respira con más tranquilidad cuando él abre la puerta y lo saluda. Juan sube al trote y choca la mano de su amigo.

—Vaya casita —comenta en tono indiferente. Guille sabe que es falso—. Pensé que tu clienta era rica.

Guille cierra la puerta y lo conduce al interior de la mansión. Está orgulloso, casi como si fuera suya, porque lo es un poquito. Al fin y al cabo, su dueña lo ha dejado al cargo. Quedó con él ayer, para cenar, y pagó por toda la noche y el día siguiente completo. Por la mañana, se fue a trabajar y lo dejó ahí. Le gusta tanto tener a Guille en casa que está dispuesta a pagarle incluso aunque ella esté fuera.

Se ríe como un tonto solo de pensarlo. Es genial que alguien valore tanto la presencia de uno.

Guille y Juan se pasean por la cocina infinita con mesa de chef, el salón amplio de dos pisos, tipo *loft*, con rollito industrial, la pared de ladrillo descubierto, la tarima del suelo, las barandillas negras de metal, el sofá oscuro y los sillones de cuero. Ni un libro. A Delia le parecen antiestéticos, son imanes para el polvo. La mesa del comedor está hecha con una puerta antigua, reciclada, que alguna vez perteneció a un castillo o un convento o algo así. En el piso de arriba, irónicamente, hay un rincón de lectura. Sofás blancos y un puf. Una mesita de café baja con algunas revistas encima, que la persona que se encarga de limpiar la casa en días alternos cambia cada semana. Más allá, sin paredes de por medio, el dormitorio principal; a un lado, la puerta que da al baño con bañera de hidromasaje; al otro, la cama inmensa, blanca, llena de cojines.

A Guille no le gusta que Juan se lance sobre ella, pero no lo puede evitar. Una cama grande provoca esa reacción

en la gente. Él también lo habría hecho la primera vez que entró en la casa si no hubiese sido por Delia. No había narices de tirarse en la cama como un salvaje delante de ella.

—Pues mola mucho —dice Juan—. ¿Tiene jardín?

—Y piscina.

—Joder. Si me lo hubieras dicho, me habría traído el bañador.

—Ya, claro, no te jode. Y si pasa cualquier cosa, me la cargo yo.

Los ojos de Juan se tiñen de una mezcla de seriedad y emoción por el peligro.

—¿No te ha dado permiso para invitarme?

Guille se encoge de hombros.

—A ver, sí. Dijo que como si estuviera en mi casa. Que hiciera lo que quisiera, que usase el teléfono, el Human… No sé. Yo creo que no hay problema en que hayas venido, ella no va a volver hasta las cuatro. Pero meterse en la piscina me parece demasiado. ¿Quieres beber algo?

Bajan a la cocina para ver qué hay en la nevera. Se parten de risa sacando las botellas, a cuál más extravagante. Algunas llevan alcohol, otras no. Refrescos que nunca habían visto antes, de importación. Abren tres o cuatro, para probarlos, y van a sentarse al porche. Desde allí ven el jardín y la piscina.

—Tiene abajo un cuarto de invitados también —explica Guille—. Y me ha dicho que puedo colocar mis cosas en ese armario. En plan que el armario entero es para mí. Y los estantes del baño.

—¿Qué quiere, que te mudes?

—Pues… —Guille se encoge de hombros—. Creo que estamos ahí ahí. Es que nos llevamos muy bien.

—Entonces… Pero… —Juan está perplejo. Parpadea y tarda unos segundos en recobrar el habla—. Entonces, ¿no vas a vivir conmigo?

Guille se ríe.

—Pues si me mudo, no, no viviré contigo, claro…

—Pero ¿te quieres mudar?

Él ha pensado en esto y sabe qué va a responder. Desvía la mirada y deja que se pierda en el horizonte, más allá del seto que delimita el jardín.

—Si me lo propusiera, diría que sí. Me gusta mucho vivir aquí.

—¿Trabajando de nada?

—No sé, ya vería. De momento, no lo necesito. Delia me ha abierto una cuenta y mete en ella dinero para cuando me tiene que pedir que haga algún recado y cosas así… Pero también puedo usarlo para lo que considere yo. Es mío, vamos. Ella me ha dicho que… Bueno, ha mencionado que podríamos vernos sin la empresa de por medio, ¿sabes? Dejar NEW FRIEND y venirme con ella y ya está.

—¿Como pareja? —Guille sonríe y no responde. Juan sacude la cabeza—. ¿Es tu novia y no me he enterado? Qué cabrón. Tenías que ser tú el que te echases la novia rica, está claro. Oye. ¿Habéis…?

Guille se ríe en voz alta y lo empuja. Juan no se mueve de la silla.

—Claro.

—¿Qué dices? ¿Con una señora…?

—Oye, oye, sin juzgar, eh. El amor no tiene edad.

—No tiene edad cuando son dos personas adultas —rebate Juan mosqueado.

Guille chasquea la lengua. Entiende que su amigo se siga sintiendo demasiado joven, porque sus circunstancias son distintas, pero él es adulto ya. Es tan adulto como Delia, lo sabe. Se siente mayor cuando está con ella. Y eso que él nunca ha sido de los que entran en la categoría de «maduro para su edad». Al contrario, siempre ha sido muy payaso, muy tontorrón, muy chiquillo. Con Delia es distinto y a Guille le gusta la diferencia.

Se oyen unas llaves abriendo la puerta principal. Juan se tensa, Guille se incorpora. No está asustado, sabe que Delia le va a dar la bienvenida a su amigo. Quizá incluso se alegre de que Guille se encuentre tan cómodo con ella y en su casa que haya traído a Juan.

Aparta la silla y se pone en pie para saludarla con un beso en los labios cuando sale al porche.

—Hola, cielo —dice ella. Y entonces se fija en Juan—. ¿Y esto? ¿Tenemos visita?

—Es Juan —lo presenta Guille—. Ya te he hablado de él. Mi mejor amigo…

—Hola. —Juan se pone en pie e intercambia dos besos en las mejillas con ella—. Tiene una casa preciosa.

—Huy, por favor, no me llames de usted —responde Delia—. Encantada de conocerte, Juan. Tendremos que hablar en otra ocasión, porque Guille y yo tenemos planes.

—Claro. Hasta la próxima —dice Juan y mira a Guille.

No tienen ningún plan. Delia está cansada y quiere relajarse, tal vez darse un baño, perecear con Guille en el sofá. Sin embargo, él no va a contradecirla. Esboza una sonrisa de disculpa y acompaña a su amigo hasta la puerta.

—Nos vemos pronto —se despide.

—¿No vienes esta noche a casa?

—No lo sé. No creo. ¡Hasta luego!

No espera a que Juan haya salido a la calle, cierra la puerta cuando va por el segundo escalón. Siente una punzada de culpabilidad al echar una ojeada por la ventana y ver que él se ha detenido para mirar hacia atrás y encontrarse con que no puede ver a Guille.

Oye a Delia llamarlo desde el piso de arriba. Sin pensarlo, se aparta de la ventana y acude a su lado.

Diego se considera raro; es decir, es consciente de que ha tenido sus más y sus menos en las complejas dinámicas de la interacción social. No es ni mejor ni peor por ello, pero es raro. Además, es artista, con los complejos y las inseguridades que esto conlleva, y tiene una ansiedad del copón. Diagnosticada. A ver, le han diagnosticado la ansiedad, no que sea del copón, eso no lo pone en el informe.

Sin embargo, no es tan raro como el chaval que tiene enfrente, que parece perdido en el universo de los humanos. Se han sentado a la mesa de la esquina de una cafetería polvorienta y cualquiera diría que es la primera vez que ese chico hace algo semejante. Se ha colocado al borde de la silla, con una mano aferrada a él. Con la otra sujeta el platito de su taza de té como si fuese el volante de una nave que no sabe pilotar bien. Tiene los ojos, calculadores, clavados en Diego; se está preguntando cuánto va a tardar en cansarse de él y marcharse.

—¿Y por qué no hablaste con ellos? —pregunta Diego.

El chico se encoge de hombros sin desviar la mirada.

—Se conocían —afirma. Eso basta como explicación. La barrera era demasiado alta.

—Ir a la clase fue buena idea, si te sirve para entender mejor tu situación —dice Diego en tono alentador—, pero creo que te ayudaría conocer a otros no simbiontes.

—Ya, pero nadie respondió a mi *post*, así que, bueno.

—Nadie, salvo yo. —Aunque no lo había visto hasta mucho tiempo después de que se publicara en MEEND.

El café está quedándose frío. Diego se lo termina.

—¿Me dejas organizarte la vida? —pregunta un poco en broma, pero, sobre todo, en serio—. Sin ánimo de ofender, no te está yendo muy bien de momento.

Es cierto: está viviendo en la calle, duerme por las noches en un hospicio para los desamparados, cuando quedan camas libres, y pasa los días dando tumbos por la ciudad en busca de su gente. Diego se pregunta si tendría

algún dinero cuando se fue de casa. Tal vez lo gastase en obtener la conexión a MEEND. Las transacciones ilegales no son baratas.

—No —asiente Lazlo—, pero no sé qué hacer.

Es demasiado joven. Diego, que roza los treinta, se acuerda perfectamente de la pesadilla que es tener veinte años y no encontrar ni dónde empezar a vivir ni dónde caerse muerto. Además, sentirse aislado del resto de las personas es mortal para cualquier humano a largo plazo.

Pobre Lazlo.

—No voy a poder ayudarte mucho, pero te daré consejos. —Diego ha quedado con él por piedad, pero se va dentro de unos días a Galicia para pasar un año en la residencia artística Mateo Moruga. Es una oportunidad increíble para un no simbionte y Diego ya tiene la mitad de la cabeza en el norte.

—Agradezco los consejos —asegura Lazlo.

—Necesitas un trabajo. Yo conozco un sitio donde buscan gente y contratan no simbiontes. La dueña desconfía de los ilin.

—No tengo nada de experiencia.

—No importa. No es el mejor trabajo del mundo, pero te lo darán si te presento yo. —Lazlo asiente, con expresión de asombro. Diego se da cuenta de que él cree que es un inútil—. Es en un almacén. Cuando tengas las cosas más claras en el futuro, te buscas un curro que te guste más o en el que te exploten menos.

—Vale.

—Una vez que tengas el trabajo, necesitarás un sitio donde vivir. Un piso compartido. Busca uno en el que puedas estar unos meses, no todo el año. Es como con el trabajo: que te sirva un tiempo para no tener que pensar en ello; cuando estés mejor podrás ponerte a buscar uno que te guste más. Pero no te metas en ningún sitio raro, ¿eh? Uno de universitarios te vendrá bien. Procura comer sano, dúchate a diario y haz ejercicio los fines de semana. Ahorra todo lo que puedas.

—¿Y para conocer gente?

—Hazte amigo de tus compañeros de trabajo, por lo pronto. Aunque no demasiado; igual las cosas han cambiado, pero recuerdo que cuando yo trabajaba allí, había mucho cretino. Da igual. Para tomarte unas cañas tampoco hace falta que seáis íntimos. Y hazte Violet. ¿Sabes qué es?

—No.

—Una red social. En MEEND. Ahora te hacemos un perfil, te va a venir de lujo para hacer amigos.

Lo ayuda a configurarla y sube la primera foto. Un Lazlo con ojos confusos que no resultaría atractivo a nadie, pero por algún sitio hay que empezar.

—Gracias, Diego.

—No hay de qué.

—Sí. No tendrías por qué hacer nada de esto, no me conoces de nada…

Diego se encoge de hombros.

—Me lo devolverá el *karma*.

No lo dice en serio, pero cuando él tenía la edad de Lazlo, también hubo otras personas mayores que él que estuvieron ahí para ayudarlo. Diego no se ha olvidado de eso.

Álex lanza una mirada al móvil que acaba de pitar sobre la encimera. No puede cogerlo, tiene una cebolla en la mano y un cuchillo en la otra. Está llorando a lágrima viva.

—Me ha llegado un mensaje —solloza. Pone tono lastimero y exagera para que los pequeños se rían—. Y yo no lo puedo leer. Jamás sabré qué diceeee…

Ellos se parten, claro. Las carcajadas de Antonio son tan violentas que lo hacen caer de la silla. Lara se levanta y va a ver si su hermano se encuentra bien. Le da un beso en la cabeza. Antonio está perfectamente y sigue riendo, así que ella aprovecha que está en el suelo y le da una patada. Él se abraza a su pie.

Su relación es así.

Sergio está llorando también. Ayuda a Álex llevándose la piel de la cebolla y tirándola a la basura. Después coge las patatas, ya peladas, y las parte sobre un plato, en pedazos pequeños y cuadrados. Es sistemático e intenta hacerlos iguales.

—Ten cuidado —llora Álex—. Sergio, cuidado con el cuchillo. —Los mellizos se ríen como locos, así que ella sigue con la broma—: El último niño que me ayudó a cocinar no tuvo cuidado… ¡y se cortó la nariz! ¡Ay! ¡Ay, qué penita, qué pena!

Echa la cebolla en el cazo, con un poco de patata y de ajo, vacía dentro el tarro de arroz casi terminado y lo cubre todo con agua. Lo pone al fuego. Toca cenar sopa porque es lo que hay.

Manda a los niños al salón y se seca los ojos con el borde de la camiseta antes de mirar el teléfono.

Suspira exasperada. La decepción tiene dos vertientes y Álex intenta tirar hacia la del enfado, porque es más fácil lidiar con un buen cabreo que con la tristeza profunda.

El mensaje es de su madre, por supuesto. Álex lo escucha por segunda vez para asegurarse de que no hay por dónde cogerlo. No es el primero que recibe. Se los manda borracha, le pide dinero.

A Álex, en otra vida, le gustaría ser la joven exitosa y rica que saca a su pobre madre de su trabajo de mierda. A su madre, que la abandonó en la puerta del Hogar sin despedirse siquiera de ella, que le dijo que volvería y no lo hizo. En otra vida, Álex la perdonaría, le compraría un piso y le solucionaría la vida.

En esta vida, sin embargo, Álex está preparando sopa de cebolla y arroz para los Hijos de la Tormenta y no tiene ni un céntimo ni una pizca de simpatía por la mujer casi desconocida, que no es en absoluto como la madre idealizada de sus recuerdos. Cuando Álex no había cumplido aún los siete años, Mercedes parecía fuerte y cariñosa. Ahora solo puede ver a una señora que necesita ayuda.

«Pues yo también la necesito y aquí estoy. Me jodo como todo el mundo —piensa Álex—. Todos estamos solos».

Aunque ella no lo está. Vuelve al salón y se siente culpable por haberlo pensado, porque Inés, Ainara, Sergio y los mellizos están allí jugando, y Marcos está sentado en el sofá con su pelo chillón y sus uñas pintadas de colores. Habla con los niños y es tan él, suave, alegre, con un mundo interior que no enseña.

No, Álex no está sola. Pero si va a ayudar a alguien, será a estos niños. No a una mujer casi desconocida.

Sirve la sopa y ellos la comen sin quejarse, porque saben que no serviría de nada. Luego recogen los platos. Marcos supervisa la operación. Álex les deja hacer y se derrumba en el sofá. Tiene hambre todavía, pero no se molesta en ir a la cocina. No hay nada. En el bote de los ahorros queda algo de dinero; irán a la compra al día siguiente. Tiene la tentación de pasar de todo y pedir una pizza, una familiar, grande y grasienta. Eso le llenaría el estómago.

No lo va a hacer, claro. Por el precio de una pizza hace la compra de la semana.

Saca el móvil de nuevo. Hace cuatro días que no responde a los mensajes de su madre. Mira la hora y sube a

su cuarto para sacar el archivador de Nóbula del escondite detrás del marco viejo y hortera que tiene contra la pared.

Abre el cuadernillo que estaba leyendo. Quiere averiguar si, de irse como voluntaria menor de dieciséis años, podría llevarse consigo a sus hermanos pequeños. Lo encuentra enseguida: sí, si la tutora legal es ella, y a partir de los dieciséis años podría serlo, puede llevarse consigo hasta tres menores a su cargo.

Los niños han vuelto al salón y reanudan su juego.

Juan coloca el último trozo de cinta adhesiva. Se pregunta si en algún momento de su vida sentirá la necesidad de colocar los pósteres dentro de marcos para colgarlos. La idea, hoy por hoy, le parece absurda. Su dormitorio en el piso nuevo queda estupendo así: sus grupos de música favoritos, los carteles promocionales de películas y las fotografías con otros de los Hijos de la Tormenta lo velarán cuando duerma. Se siente un poco más arropado e intenta convencerse de que va a ser capaz de arreglárselas solo. El piso parece muy inhóspito desde que Guille se fue.

Se pregunta si alguno de los Hijos de la Tormenta que cumplen dieciocho en los años siguientes querrá mudarse con él. Piensa que es probable que Gala sí. Siempre se han entendido bien.

Suena el timbre. Juan baja de la silla, deja sobre la mesa el rollo de celo y se despega del labio el trocito que llevaba de repuesto. Hace una bolita y lo tira a la basura. Se arrepiente de inmediato: eso no ha sido nada ecológico. Le echa la culpa a quien sea que ha llamado.

Abre la puerta. Es Guille. Juan frunce el ceño.

—¿Por qué no abres tú solito?

Le jode que haya llamado porque es como si remarcara que es un extraño, que no vive allí. Guille se encoge de hombros y hace un gesto con la cabeza, señalando a la mesa de la cocina. Sus llaves están encima. Es verdad, las dejó antes de irse. Juan no las ha movido del sitio, ni siquiera las ha tocado.

Con una mueca de disgusto, se hace a un lado para que Guille pueda pasar. Él entra, pero se queda de pie en el recibidor.

—Me voy a ir enseguida —explica—. Está Delia esperando abajo con el coche.

—Ah.

Juan se apoya en la pared, con las manos detrás de la espalda. Guille no lo mira a los ojos. Los dos actúan como si aquello no fuese con ellos, como si hubiesen coincidido en

el ascensor y solo supieran el uno del otro que viven en distintos pisos del mismo edificio.

—Mira, es que tenía que decirte una cosa. —Guille no sabe por dónde empezar, balbucea, y Juan lo odia por ello. No sabe de dónde viene ese arrebato—. Tienes que entender… Estoy empezando una nueva etapa de mi vida. Es una oportunidad increíble haber podido conocer a Delia. Yo… La verdad es que estuvo bien lo de NEW FRIEND, pero no es para mí.

—¿Y para mí sí? —pregunta Juan en voz baja—. ¿O para Gala? No es para nadie, idiota. Es lo que hacemos porque no se nos ha cruzado una opción mejor ahora mismo.

—A mí sí se me ha cruzado.

—Me refiero a una opción profesional. No a que te mantenga una mujer que podría ser tu madre…

—Anda, anda. ¿Qué has salido, de una película? Esa frase está tan manida que hasta se nota desgastadilla —bromea Guille—. No he venido a que me cuentes tu opinión sobre nuestra relación.

Juan se encoge de hombros.

—Vale. Entonces qué quieres.

—Mi vida es distinta ahora. Está empezando a serlo. Con Delia. Y necesito que me dejes adaptarme a ello y que no lo entorpezcas…

—¿Perdón? ¿Que no lo qué?

—Me has oído perfectamente. —Los ojos de Guille son esquivos, huyen de los de Juan como si los asustasen—. Tengo que irme. Te llamaré, ¿vale? Dentro de un tiempo, si eso.

Se da la vuelta y pone una mano en el pomo de la puerta. Juan no se mueve. Sigue apoyado en la pared cuando dice:

—¿Te ha mandado Delia que me digas esto?

Guille se queda congelado en el sitio y Juan entiende que la respuesta es afirmativa. Se gira despacio hacia él, lo mira por encima del hombro primero, luego de frente.

No responde.

—En realidad me da igual que ella sea mayor que tú —dice Juan—. Puedes hacer lo que te dé la gana y eso no significa nada. Lo que me parece la hostia de tóxico es que te esté separando de tus amigos. ¿Hace cuánto que no ves a los demás? ¿Y ahora tampoco quiere que me veas a mí?

El rostro de Guille está tenso y muy pálido, con unas notas de color rojo cerca de los pómulos.

—Soy yo quien no quiere verte —responde con una voz metálica y extraña.

Después abre la puerta y la cierra a su espalda. Juan se queda allí, en el pasillo, solo, hasta que el sonido de los pasos de su amigo desaparece escaleras abajo.

Vicente conoce a Ximena desde que iban al instituto. No tenía muchos amigos allí porque ella siempre ha sido muy suya y los adolescentes no llevan bien que alguien de su edad sea tan segura de sí misma e inmune a la presión social. Sus compañeros no se daban cuenta de que lo que ellos entendían como pasotismo y bordería era autosuficiencia y reserva. A Vicente, en cambio, la actitud de Ximena no le ha desagradado nunca. No le importa que ella vaya a lo suyo; sabe que eso no es incompatible con que se preocupe por él también. Le gustan su sentido del humor, su actitud de tenerlo todo controlado y su esfuerzo en alcanzar sus propósitos.

También es verdad que Vicente no es demasiado susceptible a lo que piense la mayoría de la gente. Ser gay y con pluma en el instituto te ayuda a alcanzar ese estado mental en el que te la suda lo que te digan. O eso o te comen vivo. Y Vicente no deja que se lo coma cualquiera.

De los años de instituto se ha quedado con cuatro o cinco amistades. Ximena es una de ellas. Él es leal y tiene capacidad para entregarse a aquellos que merecen la pena: hay poco que no estuviera dispuesto a hacer por Ximena. Cuando ella pide que le abra el bar media hora antes de lo normal, él accede.

—Sin preguntas —solicita ella.

—Muy bien —responde él.

Sabe que no se trata de nada ilegal. Ximena no lo metería en problemas. Fuera de eso, le da lo mismo lo que sea.

—¿Quieres que os deje solos? —pregunta desde detrás de la barra.

—No —responde ella—. Quédate, si no te importa.

Él asiente, le sirve una copa y se entretiene preparando los vasos para la noche. Ha puesto música, pero más baja que normalmente, y la iluminación del local es tenue. Como si estuviera abierto, pero no.

Vicente lanza una mirada a Ximena. No ha hablado con

ella de lo de Berta más allá de ofrecerle sus condolencias. No ha surgido. Quizá debería hacerlo, pero no sabe cómo.

La puerta se abre y entra un hombre a quien Vicente no conoce. Ximena tampoco, porque lo mira y espera que sea él el que se acerque.

—¿Ximena Silva? —Ella asiente, así que le estrecha la mano. Ximena es más alta que él—. Benji Serra. Gracias por acceder a hablar conmigo.

—No sé qué quiere que le diga.

—¿Quiere tomar algo? Deje que la invite.

Benji Serra mira en dirección a Vicente. Él se acerca.

—No hace falta que me llames de usted. Un Old Fashioned —indica Ximena mirando a Vicente— sin la guinda.

Sonríe al decirlo. En una ocasión, casi se la traga entera. Qué susto, pero ahora pueden reírse al recordarlo. Siempre solicita que se la quiten cuando pide una bebida que la incluye.

—Otro para mí —dice Benji Serra.

Vicente saca los vasos, las botellas y los ingredientes. Ha hecho el cóctel mil veces, puede prepararlo sin dejar de escuchar. No se corta, porque si Ximena quisiera que fuese discreto, se lo habría dicho.

—¿Nos sentamos en algún sitio más privado? —pregunta Benji Serra señalando los asientos que hay en los rincones, alejados de la barra.

—No. Puedes hablar con tranquilidad.

—Está bien. En tu trabajo me han dicho que has dejado el puesto. ¿De qué te estás escondiendo? —Ximena no responde—. ¿Mataste tú a Roberta?

De reojo, Vicente ve el rostro lívido de Ximena.

—No.

—Es mi deber informar a la policía de mis averiguaciones y eso incluye tu vínculo con la víctima si me parece que eres sospechosa.

—¿Lo soy?

—Sí, porque te estás escondiendo. ¿De quién? ¿Del asesino o de la policía?

—Del asesino.

Vicente sirve las dos copas. Benji Serra lo mira, Ximena no. Se aparta y vuelve a ocuparse de sus cosas, aunque permanece atento. Nota sus propios músculos en tensión.

—¿Qué sabes de él?

—Nada. Pero sabía que esto iba a pasar antes o después. Estaba claro. El siguiente paso a la conquista de nuestro planeta es empezar a matar a los no simbiontes.

Benji Serra frunce el ceño.

—¿Crees que es un crimen de odio? ¿Incitado por los ilin?

Vicente se pregunta si ese hombre es simbionte. Seguramente lo sea, tiene esa pinta. Su ilin tiene que estar flipando. Igual que la ilin de Xim. Vicente tiene que recordarse a sí mismo que Ena existe. Como él no es simbionte, se le olvida a veces que su amiga es en realidad dos entes.

—¿Por qué no? Los ilin no pueden cometer actos violentos hacia otros ilin, pero nada les impide asesinar a humanos no simbiontes. No están conectados a ellos a través de la Red —insiste Ximena.

—¿Por qué nos han ofrecido la posibilidad de viajar a las colonias si pudieran matarnos? —pregunta Benji Serra —. Gastan muchos recursos en enviarnos al espacio.

—Para que no nos rebelemos.

Benji Serra asiente y hace una pausa. Bebe un trago. Vicente sabe que no se está creyendo ni una palabra, cree que Ximena es una conspiranoica. La verdad es que un poco conspiranoica sí que suena.

—Pero tú eres simbionte, según el registro del MAE. ¿Por qué te escondes?

El vaso de Ximena está casi vacío. Ella se lo lleva a los labios. Parece que va a responder, pero ignora la pregunta:

—Lo que debería preocuparte no es lo que haga yo, sino cómo frenar los ataques. Lo de las colonias no es más que un cuento para que la gente se sienta segura, pero está todo amañado. ¿No te has fijado en que últimamente las naves troposféricas que llevan a futuros colonos a las bases

de entrenamiento para el espacio tienen muchos accidentes al despegar?

Vicente ve que Benji Serra desenfoca la mirada un instante y sabe que está comunicándose con su ilin. Unos segundos después, este debe de haber hecho una rápida labor de documentación en MIND, porque el humano dice:

—No es cierto.

—Habéis buscado de las principales. Tenéis que revisar las pequeñas, las naves que salen de prelanzaderas secundarias.

—Conectaos a nosotros para enviarnos tus fuentes —solicita él.

—No. Buscadlo por vuestra cuenta.

Hay una breve pausa mientras el ilin de Benji Serra busca en la Red. Mientras espera, Ximena se termina la bebida. Vicente le hace un gesto interrogante por si quiere otra, pero ella niega con la cabeza.

—Es cierto —dice Benji Serra por fin—. Desde hace unos meses, ha habido un sorprendente número de accidentes.

—Y dentro de poco sale una aeronave troposférica de la prelanzadera principal aquí, en Madrid. Será la primera grande que despega desde que se empezaron a producir los accidentes. Va a pasar algo, ya verás.

Benji Serra tiene suficiente información. Pregunta a Ximena si podrá ponerse en contacto con ella en el futuro. Ella, más tranquila, accede y le da un número de teléfono. No es el suyo de siempre, sin embargo; Vicente se lo sabe de memoria. Tal vez haya comprado uno desechable.

El hombre le da las gracias, se despide, paga las dos copas y se marcha. Vicente se acerca a su amiga.

—En los líos en los que te metes, querida mía —comenta.

—En los que me meten —corrige ella.

—¿Quieres contármelo?

—Mejor no. Lo haré cuando lo tenga un poco más claro todo, ¿vale?

—Vale.

A Vicente le gustaría tomarse algo con ella, pero es la hora de abrir el bar.

No tiene nombre porque nunca lo ha necesitado y ahora mismo no le serviría de nada, porque está subiendo y bajando y subiendo subiendo subiendo subiendo. Es de noche y no se ha acostumbrado a aquellos ojos y la criatura está aterrada, así que sus pensamientos rechazan rechazan rechazan bloquean bloquean y no le permiten conectar. Intenta hacerlo porque quiere calmarla, quiere provocar la liberación de hormonas que permitan asociar su presencia a algo positivo, pero no puede, la conexión no es estable. La criatura quiere deshacerse de ella, y dice ella porque antes fue una ella, cuando estuvo vinculada con aquella humana, la niña, Daniela, Dani, y ella se llama Ela, aunque no necesitaba un nombre y sigue sin necesitarlo, porque en el ave no existe más identidad que la de ave.

Puede conectarse a la Red, eso sí, y pedir ayuda, pero no quiere. Sabe que lo que ha hecho está mal y que habrá una penalización, porque cuando Dani murió, Ela tendría que haber muerto con ella, es lo que está estipulado, es lo que los ilin hacen. Porque al tiempo de estar dentro de otro ser, crecen demasiado y no pueden salir. Claro que ese tiempo es mucho más largo de lo que los otros seres creen. Ellos piensan que el vínculo es irrevocable casi desde el principio, pero no es así. Ella vivió con Dani más de tres años y aún no había crecido tanto como para no poder volver a perforarle el cráneo y salir a la superficie cuando la nena murió. Porque ella no quería morir. No quería. No hacía falta. Pudo desvincularse antes de que el cerebro se apagase.

No podía sobrevivir mucho tiempo sola, se moría de hambre, se moría de sed, estaba ciega, así que avanzó sin ver hasta que encontró otro ser vivo, esta ave, dormida, y la invadió por su canal auditivo y se las arregló para hacer la conexión, pero entonces el ave se despertó y salió volando.

Es un animal nocturno y no ve nada, está controlado por el pánico. Así que la ilin viaja dentro de su cabeza sin poder comunicarse con él ni detener su vuelo. Entiende por

qué los ilin procuran no parasitar a seres que no pueden comprender qué es lo que sucede, criaturas con las que no es posible que haya un consenso.

Así que vuelan y vuelan, baten y baten las alas, dan tumbos por el aire y por el suelo. La ilin chilla en la Red para que alguien la ayude, porque no se atreve a escapar y arriesgarse a caer al suelo. El impacto podría ser fatal; ella sigue sin querer morir.

Otra conciencia conecta con ella a través de la Red y le envía mensajes de serenidad y calma. Es otro ilin, no un simbionte. *Tranquila, estoy aquí, voy a sacarte de este lío, cómo vas a ayudarme si no tienes cuerpo, algunos no lo necesitamos*. La está localizando, la ha localizado, no hay palabras, no hay una conexión tan estructurada como la que tenía con Dani, solo la mezcolanza de pensamientos y sensaciones en la que nadan los ilin cuando se comunican entre ellos.

Entonces el ave desciende o eso parece y hay un choque y se ha golpeado se ha hecho daño el sistema nervioso del animal logra transmitírselo a la ilin y ella no sabe si el pensamiento es suyo o del otro ilin, pero dice: *sal de ahí ahora mismo, desconecta, puedes saltar. Te está bloqueando su dolor, desvincúlate*. Así que lo hace y vuelve a salir por donde entró, porque no quiere hacerle no quiere daño no quiere hacerle daño daño.

Por fin está fuera. Es ella, nada más.

El ave huye volando, busca la oscuridad; la ilin no puede verlo, pero está recibiendo mensajes del otro ilin, percibe lo que él percibe, siente lo que él siente.

La recogen, sigue teniendo tacto, y a la vez está recogiendo a alguien, no, esos son los sentidos del otro. *Te tengo, estás a salvo, qué ha pasado*. Ella se lo cuenta. Él es joven pero es mayor que ella. Su cuerpo no es orgánico. Ella no quiere saber, está demasiado asustada, pero él le habla del robot que habita, de esa posibilidad. *No tienes por qué parasitar a otra criatura, devorar su miedo, arriesgarte a no tener el control si ella también lo pierde. Hay otros ilin que no parasitan, que están en contra de esto. ¿Incluso con*

consenso? Sí, incluso con consenso, porque la criatura no sabe qué está aceptando hasta que el ilin ya está ahí, porque hay una violencia intrínseca en el hecho de penetrar la mente de otro ser vivo.

Ella quiere saber qué puede hacer para ser así, para obtener un cuerpo no orgánico que sea suyo y no tener que compartirlo con ninguna otra conciencia. Él le dice que puede ayudarla, que le presentará a los ilin que le consiguieron el suyo.

Entonces ella pregunta si alguna vez ha parasitado a un humano y él dice que no y ella pregunta por qué él es él, entonces, si los ilin no tienen género, y él dice que ha adoptado ese porque a los humanos les resulta más fácil tratar con él así, aunque haya humanos que no son él ni ella, pero la mayoría sí es una cosa o la otra y él ha hecho por amoldarse a la norma, porque al fin y al cabo le daba igual. Y ella pregunta sí, pero por qué ese y no el otro, y él dice *porque una vez amé a alguien que se sentía atraída por este género*. A ella el concepto le resulta extraño y pregunta si la quería tanto como para adaptarse y él dice *sí*.

SE ACTUALIZAN LAS REDES

La World Wide Web deja paso a la Red ilin

Cristina Beraza
Madrid, 07 MAR 2002

Este año la World Wide Web dejará de ser de dominio público para dejar paso, en su lugar, a MIND. Este servicio proporciona a los seres humanos simbiontes la posibilidad de conectarse a la Red ilin y es gratuito.

La primera comunicación entre un servidor y un cliente mediante el protocolo HTTP se estableció en noviembre de 1989. Cuatro años después, el CERN de Ginebra entregó las tecnologías de forma gratuita para que cualquiera pudiera utilizarlas y la web entró así al dominio público.

Sin embargo, según la resolución tomada en Ginebra el pasado 4 de marzo, a partir de mediados de este año el uso de la web se restringirá a usos concretos que precisarán una autorización especial. Los servicios de acceso directo a internet como MSN y AOL también se limitarán a un público específico. Los programas de mensajería, correo electrónico y páginas web generales tendrán en la Red ilin tanto réplicas idénticas como, en la mayoría de los casos, versiones mejoradas, y se podrá acceder a ellos con MIND. Destaca la plataforma de comunicación en línea Mauve, que aúna diferentes funciones como servicios de red social, mensajería instantánea efímera y servicio de citas.

MODIFICACIÓN DEL CÓDIGO CIVIL

La mayoría de edad pasa de los 18 a los 16 años

Joaquín Teso
Madrid, 28 AGO 2002
Hasta el momento, la edad a partir de la cual un individuo se considera plenamente capaz ha sido distinta en diversas partes del mundo: en algunas partes de África, la mayoría de edad se alcanza a los 13 años, mientras que en la mayor parte de los países occidentales, esta está comprendida entre los 16 y los 21 años.

Desde septiembre de este año, por acuerdo de los Ministerios de Actividades Extraterrestres, la ONU y SYMBALL, se establece la mayoría de edad global a los 16 años.

Una vez que se alcance, se producirá la extinción de la patria potestad o tutela en su caso, y se podrá votar en las elecciones, beber alcohol, conducir un coche y emigrar a las colonias.

El Gobierno de España modificará consecuentemente el Código Civil para reducir la edad mínima para estas y otras acciones.

Asimismo, se ha propuesto subir a 16 años la edad legal de consentimiento sexual, que actualmente está situada en los 13 años. Para hacerlo, se ha ofrecido consenso a todas las fuerzas políticas y organizaciones de infancia. España es el país de Europa con la edad mínima de consentimiento sexual más baja, a excepción del Vaticano, que establece la mayoría de edad sexual en los 12 años.

A partir de los 16 años, en todo el mundo tendrá también la capacidad para decidir sobre tratamientos sin necesidad de consentimiento ni conocimiento

paterno, incluyendo participar en ensayos clínicos, someterse a tratamientos de reproducción asistida y abortar.

Las personas mayores de 16 años podrán trabajar sin necesidad de autorización del representante legal (madre, padre, tutor o institución legal que la tenga asumida) y asimismo ingresar en prisión, con una sanción máxima de ocho años de internamiento en régimen cerrado y tres en libertad vigilada hasta los 18 años, con algunas excepciones concretas en las que la sanción podrá superar estos límites.

Rubén está teniendo un día muy largo. Siempre es así cuando hay un lanzamiento, pero él no termina de acostumbrarse. Las salas de espera de la prelanzadera se llenan de pasajeros que no saben muy bien adónde tienen que ir y familias que lloran al despedirse armando un jaleo de espanto. Una vez que comience su preparación para salir al espacio, no tendrán más contacto con su familia y amigos. Los colonos cortan el contacto con la Tierra desde antes incluso de abandonar el planeta. Aunque las personas que se despiden no son lo peor. Los que encogen el corazón de Rubén son los viajeros que llegan solos, serios y miran la aeronave troposférica casi sin atreverse a sentir esperanza.

Les habla con amabilidad cuando se acercan a darle sus datos. Procura transmitir con el tono de voz que todo va a ir bien, que están en buenas manos. Sonríe, bromea, se muestra relajado. Los pasajeros que hablan con él parecen un poco más tranquilos.

Hay otros con los que no llega a cruzar palabra: los niños que vienen con el Ministerio de Actividad Extraterrestre acompañados por chavales de dieciséis años o más. A Rubén le parecen demasiado jóvenes para ser responsables de menores de edad.

Puede ser comenta En. *Pero es mejor que viajen cuanto antes*.

Ya, lo sé.

Él no tiene hijos y no sabe lo que haría si le saliera alguno no simbionte. La vida para ellos tiene que ser difícil, muy solitaria. Quiere creer que sería un padre razonable y enviaría a sus hijos no simbiontes a las colonias, si se diera el caso, pero la sola idea lo llena de una tristeza que apenas llega a comprender.

No tiene por qué pasar, interviene de nuevo En. *Nuestros hijos serían simbiontes*.

Hay gente que no puede serlo aunque quiera. Por problemas en el cráneo o algo así.

Venga, ¿cuál es la probabilidad de que pase eso?

Pero si pasara…

En esta ocasión hay dos personas nuevas en la galería, de pie junto a los ventanales que muestran la pista de despegue. En cuanto ven que Rubén termina de apuntar al último pasajero y le indica que baje las escaleras hacia la zona de preparación para embarcar, se acercan a él.

—Disculpe —llama el hombre—. ¿Es usted el encargado del registro de colonos del MAE?

Hace un momento, una joven viajera se ha acercado para preguntarle si estaba encargado del registro y Rubén le ha dicho que no, que en realidad era el doble de culo de Sean Connery, pero que llevaba una temporada en paro y para entretenerse venía a la prelanzadera a apuntar nombres en un papel. La chica se rio mucho, pero este tipo parece muy serio, así que Rubén se contiene y no repite el chiste.

—No, no trabajo directamente en el Ministerio, sino en la prelanzadera. Pero llevo el control de los pasajeros —responde.

El hombre asiente y señala el documento que Rubén tiene sobre el mostrador:

—¿Es esa la lista de pasajeros? ¿Me permitiría verla?

—No puedo, señor. Contiene información privada.

El hombre le muestra un documento que lo identifica como detective privado. Rubén lo examina y se queda con el nombre del tipo: Benji Serra.

—Es parte de una investigación en curso.

Rubén no tiene muy claro qué es lo que debe hacer en estos casos. Su ilin, En, envía una petición de contacto a su supervisor a través de la Red, pero este no se encuentra disponible. Tras dudar un instante, Rubén se encoge de hombros y asiente.

—Está bien, pero no se la lleve de aquí ni la fotografíe.

La mujer, pelirroja y alta, sigue observando los preparativos de la nave a través del ventanal, como si esperase ver algo que pase desapercibido para los demás. Mientras tanto, el hombre consulta la lista.

—Algunas de las víctimas estaban inscritas aquí —

comenta. Señala los espacios en blanco junto a los nombres de los pasajeros que no se han presentado.

La mujer se acerca para verlo y frunce el ceño.

—¿Están investigando a ese asesino… la Sombra? —pregunta Rubén emocionado—. He visto todo sobre él en las noticias. Estoy totalmente al día con eso.

Benji Serra le lanza una mirada indescifrable.

—Pese a que faltan algunos, todas las plazas están ocupadas —indica—. ¿Quiénes son estos? ¿Y por qué hay tantos niños que viajan solos?

—Los viajes interplanetarios son demasiado caros para hacerlos con plazas libres —explica Rubén—. Cuando hay bajas, el MAE ofrece esos puestos a los jóvenes no simbiontes del programa Nóbula. Los mayores de dieciséis años pueden viajar con los menores que estén a su cargo como acompañantes. Siempre hay algunos por aquí. Los traen del programa y esperan a ver cuántos sitios libres quedan. Los que no caben en este viaje vuelven para probar suerte en la próxima y así.

—El MAE soluciona la falta de jóvenes en las colonias y se deshace de comunidades marginales de no simbiontes y de huérfanos sin tutores adultos de un solo tiro —dice la mujer con algo de disgusto—. Pues mira qué bien.

Rubén se siente incómodo y retira la lista de las manos del investigador.

—Es mejor para los niños —argumenta a la defensiva —. Se tendrán que ir antes o después, porque no son simbiontes, y es preferible hacer el viaje en la infancia. Necesitan menos tiempo de preparación psicológica para adaptarse a la vida en la nave y al nuevo entorno una vez que lleguen a la colonia. Se crean una identidad en el otro planeta. Para los adultos, que tienen raíces aquí, es más duro.

No te preocupes, Rub, lo calma En. *No tienen ni idea.*

Pues, entonces, que no opinen.

—Entiendo —responde Benji Serra neutral—. ¿Tiene una lista de los jóvenes del programa Nóbula?

—No —responde Rubén—. Pero está en la Red. Los

simbiontes pueden acceder a ella a través de MIND.

—Gracias.

Benji Serra y su acompañante se apartan los dos un poco y se colocan otra vez junto a los ventanales. Rubén finge que está ocupado, pero atiende a su conversación. Ellos hablan bajito y piensan que no los escucha nadie.

—Ji ya la tiene —dice Benji Serra—. Un montón de nombres y datos de jóvenes y menores de edad no simbiontes. Y sí. Entre ellos están los de algunas de las víctimas.

—Si cualquiera puede ver esta lista, tu asesino también —dice ella.

—Solo si tiene un ilin —puntualiza él—. Y si lo tiene y está conectado a la Red, entonces los demás ilin sabrían lo que hace. No puede ser.

Ella va a decir algo, pero la megafonía de la prelanzadera la interrumpe. Los pasajeros están preparados y han embarcado. Los presentes, familiares y amigos de los que se van, investigadores privados y acompañantes pelirrojas, personal de la prelanzadera, todos clavan los ojos en la pista para contemplar el espectáculo del despegue.

Winden está acostumbrada a que la gente no la tenga en cuenta. No es tonta y sabe perfectamente a qué se debe: le pone nerviosa hablar en público, así que las palabras se le enredan dentro de la boca y hay que tener mucha paciencia para entender lo que quiere decir. La mayor parte de las personas no se para a escuchar y prefiere dar por hecho que Winden no va a decir nada que merezca la pena.

En su familia tampoco la toman muy en serio y por eso ni su padre ni su madre ni ninguno de sus hermanos sabe muy bien a qué se dedica. Creen que hace trabajo de escritorio en una oficina de la prelanzadera, porque no pueden imaginar que alguien tan mequetrefe como ellos la consideran pueda hacer una labor de tanta importancia como controlar el despegue de las naves troposféricas que se dirigen a la base para la preparación de los colonos.

A Winden le gusta pensar que no le importa. Le apasiona su trabajo y cuando hay que comunicarse con los compañeros es su ilin, Den, la que se ocupa. Así que Win no tiene que decir nada en voz alta. No hay balbuceos ni tartamudeos. En la prelanzadera, los demás la tienen por alguien reservado pero de confianza. En una ocasión, su supervisora le dijo que era «un puntal». Cuando tiene un mal día, Winden piensa en ello.

Se hacen las últimas comprobaciones y la aeronave troposférica despega. O al menos comienza a hacerlo. Algo va mal, aunque Winden no sabe todavía qué es. Se oye una detonación y uno de los alerones se inclina hacia un lado; no, es la nave entera la que lo hace. Una explosión. En cadena. El motor auxiliar se desprende y choca con el suelo. Llamas. Winden echa a correr hacia la nave, pero un dolor agudo e imposible de ignorar se la lleva por delante como una ola y la derriba. Rueda por el suelo. No sabe qué es lo que le ha dado.

No es nada. Es la Red. Es su mente la que se retuerce. El pánico y el sufrimiento es de otros, el horror es de Winden. Otros humanos están ardiendo vivos y sus ilin

retransmiten su experiencia por la Red. Todos los que están conectados entre sí arden, dentro de la cabeza, y se retuercen aunque estén lejos del incendio.

Corre, corre, corre, agua, agua, agua, apágalo, apágalo, quítamelo.

No es real, dice Den. *No es real, no nos está pasando a nosotras*.

Es real, dice Win.

Si alguna vez ha dudado de que a alguien con un ilin en la cabeza le resultaría imposible hacer daño a otro simbionte, no volverá a hacerlo. La sensación compartida es demasiado intensa.

Tenemos que bloquearlo. Necesito que te calmes, dice Den.

No puedo. No puedo dejar de sentir que se me cae la piel.

No, pero puedes convencerte de que no te está pasando a ti. Notaremos el dolor, pero aceptaremos que es ajeno, insiste la ilin. *Si dejas que tu cerebro asuma que estamos ardiendo, cuando ellos mueran moriremos también*.

La nave se ha derrumbado. Las llamas y el humo se la tragan. Winden se pone de pie con dificultad. Algunas personas han logrado sobreponerse también y salen del edificio. Está prohibido pisar la pista de aterrizaje, pero la conmoción es tal que a nadie le importa, el personal de seguridad no pone trabas. Se oyen gritos, pero ahogados, como si estuvieran muy lejos.

Dos o tres miembros de la tripulación de tierra corren hacia la nave. Winden obliga a sus piernas a ponerse en movimiento. No las siente suyas. Cómo puede ser que no duelan.

No es mi piel. No es mi cuerpo. No soy yo la que arde.

El aire cerca de la aeronave troposférica vibra, puede ver las ondas en él. Le pican los ojos por el humo, la asfixia el calor. La compuerta está abierta, uno de los tripulantes ha accionado el mecanismo de emergencia. Un trozo alargado de algo, una pieza de material ennegrecido cuelga hacia afuera. No. No es eso. Es un brazo…

Winden tose. Alguien le golpea el hombro. Hay un

hombre a su lado. No va de uniforme. Debe ser uno de los familiares, no debería estar aquí. Lleva un pañuelo en la cara, como un bandolero de cómic. Puede respirar a través de él. Es buena idea. Winden no tiene pañuelo. El hombre le tira algo, una prenda de ropa. Húmeda. Ella asiente y se la ata a la cabeza, pero él no llega a ver el gesto: se ha metido entre los restos de la nave. Winden lo sigue. No ve bien, hay demasiado humo. Hace mucho calor. No deben tocar las paredes, no deben tocar nada que esté hecho de metal.

El olor a carne quemada es horrible.

La idea de que aquello pueda explotar se enrolla en torno al cuello de Winden y aprieta con fuerza.

Un niño debajo de uno de los asientos. ¿Vivo? Winden no está segura. Lo saca de ahí, lo levanta. El hombre la ve bien, se acerca. Winden le entrega al niño y le hace señas para que lo saque y vuelva a seguir ayudando. Mientras tanto, ella buscará más. Él debe entenderlo, porque abandona la nave con el cuerpecillo inmóvil del chico.

Los cuatro o cinco que se han metido ahí dentro trabajan durante los minutos siguientes, en cadena, y sacan a todas las personas que pueden. No son muchas: doce o trece de las doscientas setenta y cinco que había a bordo. La mayor parte de las zonas de la nave son inaccesibles, la mayor parte de los humanos que encuentran están muertos, la mayor parte de las víctimas no son simbiontes y no pueden pedir ayuda a través de la Red.

La orden llega demasiado pronto: tienen que alejarse de la nave, es demasiado peligroso. Winden se quita la tela de la cara y agradece volver a respirar aire sin humo. Al mismo tiempo, contiene el llanto de impotencia al pensar en los que se quedan dentro, atrapados, quizá vivos.

Gritos, verbales y en la Red. Fuera de ahí.

Otra explosión.

Los guardias de seguridad de la prelanzadera los obligan a permanecer pegados al edificio. Al lado de Winden, el hombre que entró en la nave con ella, con la cara llena de manchurrones negros. Es a la vez desconocido

y cercano.

Sus ilin conectan instintivamente, sin pretenderlo.

Winden, dice ella en un pensamiento como un jadeo.

Benji, dice él en respuesta.

No hablan, no es el momento.

El fuego lo consume todo.

Ximena es una persona independiente, acostumbrada a arreglárselas sola. Vive en un mundo en el que los que la rodean son parte de una gran comunidad que comparte pensamientos y emociones, un colectivo global. Su especie, que era social por naturaleza, se ha convertido en una colección de seres que funcionan constantemente conectados unos a otros por influencia de los ilin.

Los seres humanos juegan en equipo, pero a Ximena eso nunca se le ha dado bien.

Tiene a Cecilia y a Ru, eso sí. Confía en ellos, por supuesto, pero esa relación es producto de muchos años de trato. Menos mal que existen, porque de otro modo no habría tenido a nadie que le diese refugio después del asesinato de Berta. Ella es consciente de eso y lamenta haber tardado tanto en dejar de considerarlos simples conocidos. Se da cuenta de que les importa; no se habrían metido por ella en algo tan peligroso de no ser así. Si le hubieran preguntado hace dos meses a Ximena si alguien haría eso por ella, habría respondido que no. Ni siquiera de Berta lo habría esperado. Tal vez de Vicente sí. No está segura.

Nunca había pensado que tenía otros amigos además de él. Entonces, alguien asesinó a su novia y esa peña con la que apenas se llevaba bien le salvó el culo. Hay que joderse, las vueltas que da la vida.

Así funciona Ximena. No cree en la gente hasta que no tiene otra.

Tampoco se fio de Benji Serra de primeras, aunque lo que decía tenía sentido y no parecía un mal tipo. Solo se convence de que va en serio y está actuando de buena fe cuando lo ve entrar en ese incendio y empezar a sacar cuerpos.

Ximena piensa que los seres humanos son en general egoístas y que si uno está a salvo no se va a meter en un fregado que ni le va ni le viene para salvar a otros. El altruismo real es infrecuente. Y si Benji está bien con su

familia, con sus hijos, ¿por qué iba a tocarle las narices a un asesino siguiéndole la pista? Ni de coña, no es lo bastante imbécil.

Claro que, si no lo fuera, no arriesgaría el pellejo entrando en el fuego. Ha sido un acto estúpido y gratuito: todas las personas rescatadas están muertas o moribundas. No se ha salvado nadie.

Se quedan en la prelanzadera hasta bien entrada la noche, iluminados por las llamas y las luces de emergencia. Cuando queda claro que no se puede ayudar de ninguna forma, salen a la calle. Benji tiembla por el cansancio y por el subibaja de adrenalina.

Ximena le pone una mano en el hombro.

—Vamos a beber algo.

Él no quiere, está exhausto y horrorizado por lo que han presenciado, pero asiente de todas formas. Ella lo guía hasta un local tranquilo, oscuro, en el que pueden ocupar un rincón. Allí no los molestará nadie. Pide Ximena por los dos.

—No tengo sed.

—Necesitas algo que te reanime.

Él bebe. Le sienta bien.

—Gracias.

Ximena asiente.

—Vamos. Cuéntame de una vez por qué te has enredado en esto —dice.

Él lo hace. Sin medias verdades, sin historias. Solo la verdad, desnuda y agotada:

—Cuando era adolescente mis padres me echaron de casa. Pasé unos años horribles, luego me estabilicé, conocí a mi marido, estudié, empecé a trabajar, me casé. Pero en ese tiempo en el que estuve mal cometí muchas imprudencias y tuve una hija. La di en adopción, no podía ni quería criarla. No he vuelto a saber de ella hasta que, al parecer, la Sombra la secuestró.

Ximena sabe que está siendo sincero. Lo nota en su tono, en su expresión. Es imposible que alguien mienta así.

—¿Cax Durán? —pregunta. Ha oído el nombre mil

veces en las noticias.

—Sí.

—¿La estás buscando porque es tu hija biológica?

—No. Bueno, sí. También porque la madre de otra de las víctimas me ha contratado para ello.

Eso no se lo cree ni él. Ximena suelta una carcajada.

—Ya, claro, es una cuestión de trabajo. Mentiroso.

—Es verdad que me han contratado —suspira él.

—Está bien —resuelve ella—. Voy a ayudarte.

Esta vez es Benji quien se ríe incrédulo.

—Lo dices como si te lo hubiera pedido.

—No me lo has pedido, pero lo necesitas. Antes dijiste que alguien sin ilin no podría acceder a la lista de Nóbula. Te equivocas.

—Sin ilin no puedes utilizar MIND.

Ximena sacude la cabeza.

—No, pero puedes utilizar MEEND. No lo conoces porque eres simbionte. Es un implante hackeado para conectarse sin extraterrestre en la cabeza.

—Pero ¿cómo va a conectarse a la Red?

—No se conecta a la Red ilin. Se conecta a internet.

La expresión de perplejidad de Benji es cómica.

—Eso tiene que ser ilegal.

—Pues claro. El caso es que si nuestro asesino lo usa, puede ver la lista aunque no sea simbionte. Seguro que el MAE lo tiene en internet.

Callan un momento mientras Benji procesa esa información. De pronto, arruga el ceño. Se acaba de dar cuenta.

—¿Cómo sabes esto si tú eres simbionte?

—¿Puedo contártelo sin que tu ilin lo comparta con el universo entero?

Silencio. Ben y Ji están hablando dentro de su cabeza. A Ximena le resulta inquietante.

—Puedes.

—¿Por qué me va a guardar el secreto? ¿Es más leal a ti que a su especie entera?

Benji está muy serio.

—La prioridad de Ji es encontrar a Cax. A mí no me puede mentir, Ximena. Te aseguro que lo que digas quedará entre nosotros tres.

Ella no se fía. Benji puede estar seguro de que su ilin no puede engañarlo, pero Ximena lo duda seriamente. Piensa que los ilin juegan como quieren con la mente de sus humanos.

—Dejémoslo en que no soy simbionte —dice—. Y centrémonos en MEEND. Existe toda una comunidad de no simbiontes que lo usan y se conectan a través de él. Algunos simbiontes lo saben cuando sus ilin tienen buenos motivos para no cantar el secreto.

—¿Alguien con MIND puede conectar con un no simbionte que utilice MEEND?

—Sí. Necesitas un plugin.

—¿Sabes dónde puedo conseguirlo?

Ximena sonríe.

—Sí. Te llevaré, pero a cambio tú pagas las copas. —Lo sigue hasta la barra y espera mientras él saca la cartera. Cuando Benji vuelve a mirarla, añade, por si quedaba alguna duda—. También es ilegal.

MIGRACIÓN INTERPLANETARIA

Viaje sin retorno a Cardalan

Javier Puig
Madrid, 3 AGO 2004

El despegue de la Messenger está previsto para hoy. La nave partirá desde Cabo Cañaveral con la misión de llevar a los primeros humanos a Cardalan, una de las colonias ilin más cercanas a la Tierra. Está situada en el exoplaneta homónimo y cuando dicen que está cerca de nuestro mundo es relativamente: la fecha prevista para alcanzar la órbita de Cardalan es 2046. Y eso que las naves ilin van mucho más deprisa de lo que jamás podrían hacerlo las nuestras.

Claro que el listón no estaba demasiado alto, porque no es como si nosotros fuésemos capaces de pasearnos por el espacio por nuestra cuenta. Si dentro de cincuenta años nos diera por enemistarnos con los ilin, los descendientes de los colonos de Cardalan no podrían volver.

Eso no es preocupante. Primero, porque los ilin son empáticos, pacíficos, angelicales: nunca se enemistarían con nadie, no saben cómo hacerlo. Segundo porque, como bien sabemos, a los colonos todo les da lo mismo y se muestran entusiastas ante la posibilidad de ser lanzados al espacio para afincarse en planetas lejanos. La Messenger también transportará cinco pequeños satélites que albergan potentes ordenadores y que colocarán en la órbita de Cardalan.

Los futuros colonos llevan meses colapsando la Red y la televisión con entrevistas, festejos y documentales. Los hemos tenido hasta en la sopa y a partir de ahora se nos hará extraño no saber nada de ellos por un tiempo, dado que durante el trayecto experimentarán una hibernación artificial para mitigar las molestias, principalmente psicológicas, del largo viaje. Aunque seguro que en 2046,

en cuanto vuelvan a conectarse a la Red, los cotilleos y las retransmisiones en directo regresarán para tenernos al tanto de los detalles de su vida. Esperemos que sea más interesante que lo que nos han contado hasta ahora; excepto por su animosidad para emigrar del planeta, son unos seres de lo más anodinos.

«Estamos deseando comenzar esta aventura», declara Jorge Marín, uno de ellos. Que tanta paz lleven como descanso dejan.

Ari se pasa la vida en MEEND. Lo tiene desde que cumplió doce años, fue un regalo de Bim. No puede decírselo a nadie y no lo va a hacer. Sabe que está prohibido tenerlo, lo cual es una injusticia, porque sus compañeros de clase tienen MIND y les resulta mucho más fácil documentarse, contrastar información y organizar trabajos en grupo, entre otro montón de cosas.

Gracias a MEEND puede comunicarse con los no simbiontes que también lo tengan. Hay muchísimos canales de chat, grupos y plataformas por los que navega sin moverse de donde esté. A veces lo hace desde el instituto, cuando las clases son demasiado aburridas. Los profesores piensan que está atendiendo y que probablemente sea el único, porque los demás son simbiontes y se pueden abstraer. Ari encuentra un placer secreto en engañarlos.

No es que él hable con mucha gente fuera del grupo de los Hijos de la Tormenta. Se pasa la vida en plataformas sobre animales porque le gusta aprender sobre la última criatura de un lugar remoto del planeta con la que se haya obsesionado. La de este mes es el moloch. También lo llaman *diablo espinoso*. Es un reptil australiano que parece un dinosaurio de ojos sabios. Bebe por la piel y aprovecha así la humedad del ambiente del medio desértico en el que vive. Cuando se siente atacado, el moloch se hace una bola y saca un montón de pinchos, como un erizo prehistórico.

Hay ocasiones en las que a Ari le gustaría poder ser una bola de pinchos. Los Hijos de la Tormenta mayores lo son cuando no quieren que él los acompañe. Piensan que es demasiado pequeño para casi todos sus planes y levantan una barrera infranqueable entre ellos. Por otro lado, Ainara e Inés son las más cercanas a Ari en edad, pero cuando ellas quieren invitar a alguien a sus juegos, suelen decantarse por Sergio. No puede acercarse ni a unos ni a otras. Ari no sabe sacar pinchos, pero a veces siente que está rodeado de ellos.

Algunas personas en MEEND son mucho más amables. Suelen ser biólogos y zoólogos que están encantados de

saciar la curiosidad de un niño de doce años fascinado por la materia en la que son expertos. Ari pone preguntas en las plataformas y deja abierta su vía de contacto para que ellos puedan enviarle mensajes con las respuestas. Se ha hecho amigo de algunos, como de la doctora en biología marina que le habló de las lampreas, unos peces con la boca llena de círculos de dientes concéntricos para agarrar a sus presas y beber su sangre. Ari le está muy agradecido y cada poco tiempo intercambia con ella mensajes sobre sus descubrimientos.

Los demás Hijos de la Tormenta tienen las vías de contacto cerradas para que solo puedan enviarles mensajes personas conocidas. Por eso es Ari el único que recibe el de aquel hombre del que nunca antes han oído hablar.

Desconfía de inmediato. No puede fiarse de alguien que quiere saber sobre los Hijos de la Tormenta, que le pregunta si viven solos, que quiere conocerlos. No, Ari nunca queda con desconocidos que le escriban por MEEND.

Salta de la cama y baja corriendo las escaleras hasta el salón. Los pequeños están jugando allí.

—¿Dónde está Bim? —pregunta Ari.

—No sé —responde Inés. Sigue jugando enseguida. No le ha dedicado ni dos segundos de atención. El resto ni siquiera ha interrumpido lo que estaba haciendo.

Ari resopla con desdén. Estos niños no tienen ni idea de nada. Sube las escaleras de nuevo y llama a la puerta del dormitorio de Bim. Él responde y el chico entra. El ilin está utilizando su Human, pero baja la pantalla cuando ve a Ari y regresa a su posición habitual sobre las cuatro patas.

—¿Estás bien? —pregunta. No es humano, pero sabe reconocer las expresiones en el rostro de los Hijos de la Tormenta.

Su preocupación reconforta a Ari. Bim se va a encargar de todo.

—Me ha llegado este mensaje por MEEND.

Se lo tiene que leer. Bim no puede conectarse.

—¿Qué has respondido?

—Nada.

—Pídeles una dirección postal. Les haré llegar un mensaje.

Ari lo mira sorprendido.

—*¿Postal?* —Envía el mensaje al mismo tiempo que hace la pregunta.

—Sí. Una llamada de teléfono se puede localizar. También la comunicación a través de MEEND. En cuanto te den la dirección, anótala y apaga MEEND.

Esta petición es tan insólita que deja a Ari sin palabras durante unos segundos largos. Nunca se desconecta de MEEND. Sería como dejar de respirar.

—¿Del todo?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo te avise. —El tono de Bim es terminante—. Ari. No me discutas ahora. Esto es serio.

Ojalá pudiera hacerse una bola de pinchos, pero no puede. Así que se acerca a la mesa de Bim, agarra un trozo de papel, escribe la dirección que le han pasado y sale de la habitación. Mientras sube las escaleras, cuelga un mensaje en las plataformas que suele frecuentar. No le da tiempo a elaborar una despedida, así que dice: «AUSENTE».

Después, obedece y desconecta MEEND. Y se queda más aislado que nunca.

Araceli sube la calle con paso vivo. La gente la mira al pasar, pero hace tiempo que a ella le da lo mismo. Es como si no estuvieran, les hace el mismo caso que a los árboles o a las papeleras. Está concentrada en encontrar la dirección que le ha proporcionado la pareja de su clienta. Siempre se pierde en las callejuelas de Lavapiés, pero por fin logra encontrar el sitio. Llama al telefonillo:

—Espera, que bajo yo —dice Ximena—. Así no tienes que subir.

—No, no te preocupes.

Le abren, entra y se encuentra con cuatro pisos de escaleras y ningún ascensor. Entiende ahora la oferta de Ximena, pero no pasa nada. Araceli no tiene miedo a los desafíos y su vida está repleta de ellos. Hasta el momento los ha superado todos.

Sube poco a poco, escalón a escalón. Va despacio, pero no tiene prisa.

Ximena está esperando en la puerta. No sonríe y Araceli lo agradece. Odia esa mueca incómoda que hace la gente cuando tiene que esperarla y fingir que no se da cuenta de por qué ha tardado tanto.

—Pasa. Gracias por venir.

—A ti.

Ese no es el piso al que se iban a mudar Ximena y Roberta, es el de otra mujer a la que Araceli no conoce. La dueña de la casa se presenta como Cecilia y les trae una botella de agua y dos vasos antes de desaparecer en una de las habitaciones. Ximena y Araceli se quedan en el salón.

—¿Cómo estás? —pregunta Araceli.

Ximena se encoge de hombros y no responde. Cómo va a estar. Ella lo entiende. Es una pregunta de mierda, pero hay que hacerla. Que nadie se interese es mucho peor. Es como decir «lo siento» cuando una se entera de la muerte de alguien cercano a la persona con la que está hablando: no lo siente, no lo siente en absoluto, salvo que ambas sean simbiontes.

Araceli tiene nombre de simbionte, pero no lo es. La pilló demasiado mayor el asunto. Hay una edad a partir de la cual no te da la gana de meterte un alien en la cabeza, eso es así. Salvo que seas político y te obliguen por cuestiones de transparencia.

En el gremio de Araceli, por suerte, no se lleva mucho eso de ser simbionte. A los abogados y los notarios, que el personal de la sala sepa cómo se sienten y qué es lo que piensan no les va nada bien. Aunque en el fondo eso había sido irrelevante: incluso si hubiese sido al revés y aunque sus compañeros se hubieran hecho simbiontes, ella no habría cedido.

Ximena le señala una silla junto a la mesa. Ella misma toma asiento al otro lado. Araceli sigue su indicación; la pierna orgánica se dobla con elasticidad, la mecánica con un suave sonido de bisagras y motor en movimiento. Los ojos de Ximena vuelan hacia ella, aunque los aparta enseguida. Araceli aprieta los labios.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta la otra mujer.

Araceli levanta su cartera, la coloca sobre la mesa y saca de ella una carpeta blanca. La abre y saca dos copias de un mismo documento.

—He venido para hablar del testamento de Berta. Tendremos que reunirnos con el notario, pero quería comentarte a ti antes…

La expresión de Ximena se endurece. Araceli reconoce el gesto como propio. Significa que hay sentimientos que no quiere mostrar.

Le entrega el documento y Ximena lo lee dos veces, una en diagonal, por encima, otra con detenimiento. Araceli espera paciente. Le gusta que las cosas se hagan bien, concienzudamente, sin prisa. Sin tomar atajos. Una siempre acaba llegando antes o después a los sitios, no hay por qué correr.

Piensa en qué haría ella si alguien le dejase en herencia varios cientos de miles de euros. Pagar deudas. Comprar una casa en alguna ciudad del extranjero. Nada del campo o la playa, Araceli detesta el barro y la arena. Una cosa es

no tener miedo a nada y otra meterse en situaciones incómodas gratuitamente. Un piso en la ciudad está bien. Amplio, de dos plantas quizá, un *loft* decorado con una estética industrial que le vaya como un guante a su prótesis mecánica.

Una luz parpadea y la pierna se pone en modo de ahorro de batería. No es que lo necesite, porque va casi cargada y dura varios días, pero es mejor prevenir que curar. En esto sí les está agradecida Araceli a los ilin. La tecnología humana nunca le había dado una opción tan buena de suplir una pierna amputada por encima de la rodilla. La delicadeza de la maquinaria ilin y la energía avai, lo bastante económica como para resultar asequible para cualquiera, le habían permitido desterrar de su vida las muletas.

Si alguien le dejase varios cientos de miles de euros en herencia, tal vez los invertiría en una pierna de repuesto. No quiere ni imaginar lo que haría si se le estropease la suya.

No tiene sentido preocuparse por eso, porque ni es un problema real ni tiene una solución a corto plazo. Araceli no conoce a nadie que posea varios cientos de miles de euros y mucho menos que se los vaya a dejar a ella en su totalidad. Roberta le ha dejado a Ximena casi todo, excepto un pequeño porcentaje que ha destinado a la cuenta corriente de su madre.

—No sabía que Berta tenía tanto dinero —admite Ximena, finalmente, levantando la vista.

—La gente está llena de secretos. Me pidió que te diera esto.

Araceli le da el sobre cerrado y se pone de pie. La verdadera razón de su visita era entregar la carta, porque prometió hacerlo en persona. Ximena la imita, aunque no le está haciendo caso: abre el sobre y lee el pedazo de papel que hay dentro. Después lo suelta y se cruza de brazos. Respira profundamente, mira por la ventana, es toda contención.

La nota ha quedado boca arriba sobre la mesa. Araceli

no puede evitar leerla: «Ahora podrás hacer esos viajes —dice—. Espero que me puedas perdonar».

Paco niega con la cabeza, riéndose. Sus compañeros de trabajo, a su alrededor, gritan unos por encima de otros, beben de los vasitos de cartón y dan mordiscos a sus respectivos bocadillos. El mueble en torno al cual se apelotonan es de metal ligero y se alza tembloroso sobre una única pata central. Es una mesa brillante, inestable, cutre. Han pasado por ella miles de comensales antes que ellos. Pese a las bandejas que la cubren, una mancha amarilla de mostaza la ha alcanzado. Amarilla de verdad, no ese tono tostado, sino del color brillante de la salsa barata que viene en un bote de plástico.

A Paco le gusta este sitio. Los viernes vienen a comer aquí y él lo prefiere a la cafetería de la empresa, donde recalienta los *tuppers* de su madre en el oloroso microondas. Es un aparatejo horrible, con manchas marrones por dentro. Impregna la comida de un regusto agrio. O tal vez el sabor desagradable lo tengan los propios recipientes.

Se termina el bocadillo de pollo con mayonesa y se limpia los dedos en una de las servilletas. Son de esas impermeables que no sirven para nada. La arruga e intenta encestarla en la papelera que hay junto a la pared. Falla. La bola de papel sucio se queda en el suelo.

—Bueno, bueno, Lázaro, ¿tienes planes esta noche o querrás venirte con nosotros? —pregunta. Interrumpe la conversación de los demás, pero a nadie le molesta. El recordatorio de que han quedado después del trabajo basta para desatar una oleada de aullidos y risas.

—Es Lazlo —corrige el chico nuevo, que además de ser jovencísimo tiene pinta de sosainas—. ¿Qué vais a hacer?

—Pues mira, es un plan complejo y sofisticado, con muchos detalles, tardaría mucho en explicártelo —bromea Paco—. Así que te lo voy a resumir. En una palabra, vamos a follar. —Los demás se ríen y Paco sonríe de oreja a oreja —. A follar como animales —matiza con expresión de falsa modestia.

—¿Vais a ligar o…? —Lazlo no parece muy

convencido.

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza?

—No es lo mío —admite el chico.

Los compañeros de Paco rugen de risa. Pobre chaval, mira lo que le han hecho decir en voz alta. Ellos saldrían a ligar si quisieran, claro. Muchos fines de semana lo hacen. Beben, se lo pasan bien, alguna vez logran liarse con alguna. Cuando sucede, lo celebran y comentan durante semanas.

Ninguno de ellos diría jamás que ligar no es lo suyo.

—Que no, hombre, que no —dice Paco. Lazlo se encoge cuando le pone la mano aún ligeramente pringosa en el hombro y lo sacude—. No te preocupes, te enseñaremos a ligar otro día, que esa asignatura no se te puede quedar pendiente. Pero hoy no.

El chico frunce el ceño y sigue tenso cuando Paco lo suelta. Él decide no tenérselo en cuenta. Está tontito, pero es cosa de la edad.

—No, gracias —responde—. No tengo interés.

Si Paco tuviera un ilin en la cabeza, lo podría ver de lo mucho que está poniendo los ojos en blanco.

—Hombre, tendrás interés en las chicas, ¿o no? Bueno, bueno, o en los chicos, sin juzgar, que yo respeto, ¿eh?

—No —vuelve a decir Lazlo.

La reacción de los que lo escuchan es de incredulidad.

—Todavía no has conocido a alguien que te haga… —dice otro de los compañeros, en broma, y hace un gesto muy explícito con el dedo.

Lazlo se encoge de hombros. No quiere entrar en detalles, pero es evidente que no.

—Sí me gustaría conocer gente para hablar —comenta el chaval muy serio—. Aunque tampoco se me da muy bien.

—¡Para hablar! —Risas—. Ya, ya, claro. Claro. Para hablar y cogeros de las manos, ese es el único interés que tienes tú —se burlan.

—A mí a lo que me suena esto es a que has intentado meterla en algún sitio y te han dicho que no —declara otro de ellos—. Pero es que si al primer rechazo vas a tirar la

toalla, mal vamos.

—Por eso hay que ir a lo seguro a veces, para no desesperar —afirma Paco frotando el pulgar con el dedo del medio y el índice—. Mira. Vamos a salir con unas que son lo más. Te cuento cómo funciona. Son simbiontes, ¿no? Pues sus ilin cogen y le mandan señales a su cerebro —Paco no tiene una idea muy clara de cómo funcionan los cerebros, pero no pasa nada— para que se mueran por proteína, ¿no? Así que ellas se lo tragan *todo*, pero quiero decir que se lo tragan como si su vida dependiese de ello, con verdaderas ganas. Es increíble. Como que se mueren por…

—Ya lo he entendido —lo corta Lazlo.

Parece molesto. Y empieza a cabrear un poco a Paco, que venía de buenas, pero no tolera que le vengan con remilgos.

—¿Qué pasa? ¿Te parece mal que las chicas y sus alienígenas hagan negocios? Tío, ellas sabrán, ellas decidieron ponerse un bichito en la cabeza —dice, a la defensiva. No se da cuenta de que está alzando la voz—. Tú decidiste no tener ilin, ¡aprovecha!

—Tío, que no lo decidió él —dice otro de los colegas—. Tu ilin la palmó, ¿no? —añade en dirección a Lázaro o Lazlo o como sea.

—Sí —responde el chaval.

Ha terminado de comer, así que se pone en pie.

—Pero bueno, ¿te marchas?

—Ya es la hora —dice él sin mirarlos.

Ellos se miran e intercambian sonrisitas. Paco va a decir algo, pero se interrumpe al ver que una muchacha de la mesa de al lado les acaba de sacar una foto.

—Tenemos una fan —comenta. Le guiña un ojo a la chica y le manda un beso volado. Ella se ríe, termina su refresco y se acerca al mostrador para pagar su cuenta. ¿A qué habrá venido aquello? Tal vez los haya confundido con alguna celebridad.

Paco consulta la hora. Es cierto que ha acabado el descanso de la comida, pero los viernes nadie vuelve

puntual. Los jefes lo entienden. Puede que Lazlo, que es nuevo en la empresa, no lo sepa, pero no se lo pueden decir porque ya ha salido a la calle.

—Así no va a hacer muchos amigos —comenta Paco, despreocupado.

Se olvidan de él y siguen a lo suyo.

Marcos conoce a Bim desde que era un niño pequeño, pero aun así se siente intimidado cuando está con él a solas. Le gustaría poder decir algo interesante y conversar, pero no se le ocurre qué. Le da miedo que el ilin piense que sus ideas son una tontería y que le responda por obligación. Normalmente Marcos no tiene este problema, sabe que cae bien a la gente y le resulta fácil hacer reír; pero con Bim es diferente.

Se sienta al borde del sofá del piso vacío, en el que quizá en un futuro vaya a vivir él, solo o con Álex, no lo sabe todavía, y mira al ilin con nerviosismo. Es difícil saber si Bim está aburrido o concentrado en sus pensamientos. Marcos se muere por agradarle, pero no sabe si el modo de hacerlo es hablando o guardando silencio.

—Puede que no venga —dice él.

Marcos da un respingo. No sabe si prefiere que ese desconocido que habló con Ari por MEEND se presente o no. Bim le ha enviado las señas y lo ha citado allí, pero no había forma de que el otro hombre le respondiera, así que solo les queda esperar. A Marcos le parece muy sospechoso que un señor contacte con un niño de doce años y le pregunte detalles sobre las personas con las que vive. Tiene que ser alguien siniestro y con intenciones ocultas.

No sabe muy bien por qué Bim lo ha elegido a él para acompañarlo en aquel encuentro tan extraño. Quizá no signifique nada, pero se siente honrado.

—Puede —responde.

En ese instante suena el timbre.

Es Marcos el que se pone en pie para descolgar el telefonillo, porque Bim tarda más en incorporarse sobre las patas traseras. Por la pantalla ve a un hombre y a una mujer.

—Vengo con alguien —dice él. Como si hiciera falta.

Marcos se vuelve hacia Bim, pero este asiente con la cabeza.

—Este señor es un simbionte —revela—. Estoy

comunicándome con su ilin.

Es curioso cómo, aunque Bim no tiene tono de voz, Marcos es capaz de percibir que está mucho más relajado. Si el desconocido es simbionte, no puede hacerles daño. Los ilin son pacíficos, si están conectados les resulta imposible atacarse. El dolor de uno es el del otro.

—Si es simbionte, ¿qué hacía en MEEND?

—Estará estigmatizado. Abre la puerta y ve a sentarte al salón.

Mientras espera a que sus invitados suban, Marcos consulta MEEND y averigua que se llama «estar estigmatizado» a utilizar MIND con una extensión para conectar con los usuarios de MEEND. La razón es que el servicio técnico de MIND se niega a prestar asistencia a quienes tengan el plugin instalado. Archiva toda esta información y se pregunta cómo lo sabía Bim. Para conocer la jerga de los simbiontes hay que tener relación con ellos.

El hombre y la mujer entran en el salón seguidos por Bim. Este se queda de pie, como de costumbre. Marcos se cruza de brazos, inseguro. No sabe bien qué se espera de él.

—Él es Marcos —lo presenta Bim.

—Hola —saluda el hombre. Él también está un poco confuso; hace un gesto en dirección a Marcos, como si quisiera estrecharle la mano, pero se contiene y esboza una sonrisa incómoda—. Encantado. Yo soy Benji.

—Ximena —dice la mujer.

—Sentaos —indica Bim—, por favor.

Ellos se acomodan en el segundo sofá, al otro lado de la mesita. No parecen tener mucha confianza entre sí. Marcos es bueno leyendo el lenguaje no verbal y juraría que se conocen desde hace poco. O eso o se gustan, aunque no pegan ni con cola. Ella es muy alta y su gesto es duro, de alguien que ha vivido circunstancias complicadas. Su cabello es largo y está bien cuidado, pero no tiene pinta de ser presumida; más bien disciplinada. Se sienta con la espalda contra el respaldo y arquea un poco el cuello. Parece que nada le importa demasiado. Él, en cambio, tiene una mirada intensa, de prestar atención a cada detalle de lo

que pasa. En su rostro hay arrugas: ha hecho con demasiada frecuencia gestos de preocupación. También se ve que sonríe a menudo. El contraste intriga a Marcos.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta Bim.

A los dos desconocidos parece sorprenderles que sea tan directo, pero se adaptan. Benji decide ir al grano también:

—¿Qué sucede con tus protegidos cuando cumplen la mayoría de edad? ¿Van a las colonias? —pregunta.

—¿Qué sabéis de… mis protegidos? —responde Bim.

—Que no son simbiontes y que tú ejerces de tutor —responde Benji—. El MAE lo sabe y no interviene.

Bim tarda un segundo en responder. Marcos se pregunta si es la primera noticia que tiene de que el Ministerio de Actividad Extraterrestre conoce la existencia de los Hijos de la Tormenta. No, seguro que Bim estaba al tanto de eso.

—¿Y por qué os interesa a vosotros?

—No trabajamos para el Gobierno —aclara Ximena con impaciencia.

—Soy investigador privado —explica Benji—. Estoy trabajando en el caso del secuestro de Cax Durán.

—La Sombra —dice Bim.

—Eso es lo que piensa la policía. Ximena está ayudándome.

—¿Es investigadora?

Una pausa. Benji no quiere revelar nada sobre Ximena. Marcos supone que no han hablado de esto, por lo que no sabe si a ella le va a parecer bien lo que diga.

—Ella está vinculada de otra forma al caso. —Se escapa por la tangente—. Hemos descubierto información que puede interesarte, pero quiero dejar claro que es nuestra y que creo que la policía ha decidido activamente no incluirla en la investigación oficial. Hemos venido a hablar contigo a título personal. No necesitamos nada, solo queremos ponerte en aviso de un peligro.

—¿Cuál?

No hay ni un ápice de verdadero interés en la pregunta

o eso es lo que interpreta Marcos. Entorna los ojos intentando entender por qué Bim muestra tanta pasividad.

—La Sombra está tomando como objetivos a las personas que van a viajar a las colonias. Y también, por extensión, a los jóvenes que están registrados en Nóbula.

—¿Por qué ha decidido la policía no utilizar esta información?

—Interpreto que es porque no quieren excluir a la mayor parte de la población como posible víctima con pruebas que les parecen poco concluyentes.

—A ti no te parecen poco concluyentes.

—No.

—Muy bien. Me doy por advertido —responde Bim—. Gracias. Para vuestra tranquilidad, ninguno de mis protegidos viaja a las colonias.

Benji frunce el ceño.

—¿No? Llegamos hasta vuestra plataforma a través de Nóbula. Al menos uno de ellos debe de estar registrado.

—Imposible. Debe de ser un error.

Bim tiene razón. ¿Quién va a estar en Nóbula? Marcos no y Gala o Álex tampoco, porque él lo sabría. Juan está trabajando en la empresa de simular que es amigo de sus clientes y Guille parece que ha dado el braguetazo del año. Ninguno de ellos está pensando en irse del planeta.

—Será —responde Benji. Es evidente que no lo cree, pero no quiere discutir con Bim—. En cualquier caso, eso era todo lo que queríamos.

—Gracias —repite Bim—. Entonces, ¿están intentando atrapar a la Sombra?

—Estamos intentando averiguar si tiene cautiva a Cax Durán —corrige Benji.

—Y atrapar a la Sombra seguramente sea parte del proceso —interviene Ximena terminante.

Se pone en pie para marcharse. Piensa que ha terminado lo que vino a hacer y no desea perder más el tiempo. En cambio, Benji se queda sentado. Sabe leer el ambiente e intuye que Bim todavía tiene algo que decirles.

Acierta.

—Me gustaría ayudaros —declara Bim—. Si la Sombra está asesinando a humanos no simbiontes, quiero hacer lo que esté en mi mano para detenerlo.

—Eres parte de ese movimiento en contra de la simbiosis, ¿no? —pregunta Ximena. Por primera vez, la conversación ha captado toda su atención.

—No es un movimiento —dice Bim.

—¿Qué es? ¿Una filosofía?

—Más bien. —Ella lo ha preguntado con una sonrisa, pero él responde en serio—. Y sí, lo soy. Las especies no deberíamos depender unas de otras, o eso pienso yo. Quiero decir que… la colaboración y las alianzas son necesarias, pero la simbiosis no debería serlo.

—¿Por qué no? —dice Marcos.

Los dos adultos y el ilin lo miran sorprendidos. Esta ha sido su única intervención; no ha podido contenerse. No puede dejar de pensar en la historia de amor de Bim. Le cuesta entender que una idea pueda ponerse por encima del deseo romántico de una persona amada en su lecho de muerte. Él nunca ha sido simbionte, así que no sabe lo que es compartir su mente con la de alguien, pero piensa que no puede ser tan terrible si los dos seres están enamorados.

—Porque cuando hay una dependencia es fácil que se convierta en abuso de una de las partes —responde Bim.

—Pero ¿qué tiene de malo que las personas que sí quieren ser simbiontes puedan hacerlo? Si es una elección libre… —dice Marcos.

—¿Y las que no quieran?

—Pueden irse a las colonias.

—Nadie tendría que ir a las colonias. Cada especie debería tener derecho a quedarse en su propio planeta.

—Bueno —murmura Marcos—. También se puede hacer eso. Nosotros no vamos a las colonias ni somos simbiontes, y no nos pasa nada.

Aunque sabe que es una mentira a medias. No es fácil ser no simbionte en un mundo de simbiontes. Lo ha notado en el colegio y lo había notado en la familia de acogida en la que vivía antes de pasar a estar bajo la protección de

Bim. Está seguro de que lo notará cuando le toque buscar trabajo.

—Perdonad —dice Bim dirigiéndose a los dos adultos.

Ximena no reacciona, Benji niega con la cabeza para quitarle importancia.

—¿Cómo puedes ayudarnos? —pregunta.

—No lo sé aún —responde Bim—. Cuando se me ocurra o bien os surja algo a vosotros, basta con que Ji y yo nos pongamos en contacto.

—Estupendo.

Ahora sí, se pone en pie. Marcos también lo hace y los sigue por el pasillo hasta el recibidor.

Benji sale primero. Ximena se detiene en la puerta.

—¿Sabes qué? —le dice a Bim—. El problema no está en la simbiosis o no simbiosis. Ni en las colonias o no colonias. Es bonito eso que has dicho sobre el derecho a quedarse en el propio planeta, pero… ¿por qué nadie habla del hecho de que estemos proveyéndoos de recursos a vosotros? ¿En qué momento se normalizó que estéis aquí, en nuestra cabeza o en robots, me da igual… como si estáis en iguanas… robando nuestra agua, nuestro sol y nuestro carbono?

Benji le pone una mano en el brazo, con delicadeza. Ella baja las escaleras y se pierde de vista. No espera respuesta. El detective esboza una sonrisa, se encoge de hombros y se marcha detrás.

El descansillo se queda en silencio. Para Marcos es difícil pasar por alto que Bim no ha respondido nada.

Inés ha estado toda la tarde haciendo galletas con Ainara, Ari y Gala. Los mellizos iban a ayudar, pero no lo han hecho. Qué sorpresa. Se han pasado un buen rato enredando, siendo un estorbo más que otra cosa, y luego se han escondido en los bolsillos toda la masa que han podido. Están en el jardín, comiéndosela. Les da igual que tenga bolitas, tierra y toda la porquería que llevasen en los pantalones y la chaqueta.

A Inés también le gusta la masa cruda, claro, y tanto ella como Ainara toman pedacitos pequeños cuando creen que Gala no está mirando. Pero una pizca cada vez, no a puñados como los mellizos. Porque la masa es para hacer galletas; es el cumpleaños de Álex y van a celebrarlo así. Aunque una tarta habría sido más típico, a los Hijos de la Tormenta les gustan más las galletas que el bizcocho. Quizá sea porque son crujientes. Inés disfruta de la ligera resistencia cuando las muerde. Y las pepitas de chocolate también ayudan.

La fiesta iba a ser sorpresa, pero Álex ha entrado en mitad de los preparativos. Inés gritó hasta que la homenajeada se fue de la cocina: dio igual, ya había visto lo que había. No pasa nada. No es requisito que las fiestas de cumpleaños sean sorpresa. A veces está bien que no lo sean, o eso dice Gala.

Los niños han fabricado los regalos: un barco en una botella que ha conseguido armar Ari (aunque hay que echarle un poco de imaginación para verlo), un dibujo de un castillo que ha hecho Ainara y un cuento que ha escrito Inés. No tiene final porque no se le ocurre, pero el principio es muy bueno. Se lo ha leído en voz alta a Bim y él también opina que es excelente. Los mellizos han hecho un teléfono con dos vasitos de yogur. Es una manualidad del colegio, pero piensan colarlo como regalo de cumpleaños y nadie ha hecho ningún comentario al respecto. Inés se calla, pero sabe que Ainara piensa, como ella, que son una pareja de cutres.

Gala se ha gastado dinero en el regalo: unos cascos buenos para escuchar música. Marcos le ha enmarcado una foto vieja y ha escrito una dedicatoria en la parte de atrás. Y Bim le ha comprado un Human nuevo, pequeño, para que Álex pueda llevarlo a clase con más comodidad. El aparato viejo lo heredará Ari.

Cenan todos juntos, incluso Juan, que se ha acercado aunque sea una noche de entre semana. Guille no ha podido, pero llama por teléfono para felicitar a Álex. La conversación es muy corta.

Después de la cena vienen los regalos y las velas sobre la montaña de galletas. Cantan y Álex los mira y se echa a llorar.

—No pasa nada —asegura cuando ellos se acercan para abrazarla y preguntarle si está bien—. Es que… sois mi familia.

Vaya tontería. Inés no entiende por qué va a llorar alguien por eso. Ni que Álex acabara de enterarse. Para que Inés suelte una lágrima tiene que pasar algo muy triste. No llora ni con las películas, así que le cuesta comprender cuando lo hacen otros, sobre todo si es sin motivo.

Álex sacude la cabeza y, todavía sollozando, sopla las velas.

JUAN PABLO II

El papa recapacita sobre su rechazo a los ilin

Debemos considerarlos hermanos.

Adrián Navarro Guerrero
Madrid, 5 DIC 2004

El papa, que hace unos años definió la aceptación a los ilin como «un intento de destrucción del plan de Dios», se refiere a ella ahora como «una oportunidad para que los seres humanos, en nuestra imperfección, podamos alcanzar una comprensión del prójimo y una armonía que sin lugar a dudas Dios espera de nosotros». Si los ilin han llegado con voluntad de ayudarnos y vivir con nosotros en paz, Juan Pablo II no es nadie para cerrarles la puerta, según sus últimas declaraciones.

La postura oficial de la Iglesia frente a los ilin, hasta el momento, se ha criticado por su nula empatía al considerar la simbiosis pecado y apoyar las manifestaciones religiosas que solicitaban su tratamiento penal e incluso, en algunos países, que se castigase con la muerte.

Juan Pablo II ha cambiado de opinión después de varios encuentros con simbiontes y representantes ilin, y no ve a estos como una amenaza. «Debemos considerarlos hermanos — afirma — y maravillarnos por la acción creadora de Dios, en este planeta y en los demás».

Sin embargo, rechaza la posibilidad de que los simbiontes puedan acceder al sacerdocio.

MEDIOAMBIENTE

Energía avai y el Protocolo de Kioto, protagonistas en la XI Conferencia Internacional sobre Cambio Climático

Cristina Beraza
Madrid, 27 DIC 2005

Este mes tuvo lugar en Montreal (Canadá) la XI Conferencia Internacional sobre Cambio Climático de la ONU, la reunión anual de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC).

Las partes se reunieron por primera vez para el seguimiento del Protocolo de Kioto. El ambiente era de satisfacción general; la intervención ilin en sugerencias, tecnología e infraestructura ha sido notoria.

Por un lado, se confirmó una reducción de las emisiones de dióxido de carbono (CO_2), metano (CH_4), óxido nitroso (N_2O) y gases industriales fluorados (los hidrofluorocarbonos [HFC], los perfluorocarbonos [PFC] y el hexafluoruro de azufre [SF6]) en los países industrializados en un 25% en comparación con las emisiones de 1990.

Por otro, se acordó enfocar los esfuerzos hacia la canalización de financiación y tecnología de apoyo a países en desarrollo. Se aprobó asimismo un nuevo programa para desarrollar capacidades mediante la educación y el entrenamiento sobre cambio climático, así como para crear conciencia pública que permita una mayor participación ciudadana en la toma de decisiones.

De este modo, han quedado sentadas las bases para la continuidad de Kioto después de 2012;

asimismo, la energía avai se ha consolidado como herramienta fundamental para lograr los objetivos de reducción a nivel mundial.

Valeria espía desde la puerta de su habitación. Sabe cómo entornarla para que desde fuera parezca cerrada y, pegando desde detrás la oreja a la rendija, escucha lo que se dice en el salón. Corre el peligro de llevarse un buen golpe si alguien abriera de pronto, pero esa persona tendría que atravesar el pasillo para eso y ella la oiría llegar.

Además, los que vienen por primera vez a casa siempre hacen algún comentario cuando van a ir al baño, porque las paredes del pasillo están llenas de animales: mapaches, monos, ardillas, bichos así. No están vivos, eso sería un disparate. Están muertos y disecados. Son espeluznantes si no estás acostumbrada a ellos, todas las amigas de Valeria lo piensan. A ella le dan igual. Es como si fuesen peluches. Lo único malo de los animales disecados es que por su culpa la madre de Valeria no le deja tener un gato. Está segura de que un felino vivo se afilaría las uñas en sus queridas criaturas muertas.

A Valeria le gustaría tener un azul ruso, aunque haya visto fotos y sepa que en realidad el color de su pelaje es más bien gris. Lo llamaría Siniy y le enseñaría a esquivar a los animales disecados. Si no consigue hacer que su madre entre en razón, le pedirá el gato a su padre cuando ella se vaya a las colonias y Valeria se mude con él. Aunque para eso faltan todavía varios años.

Cuando eran más pequeñas, Eria se pispaba de todo lo que decía el padre de Valeria, porque estaba vinculada a Sar, su ilin. Ellos no se dieron cuenta hasta que su hija era adolescente, así que durante toda su infancia tuvieron información privilegiada sobre los regalos de Navidad, los destinos vacacionales y los rifirrafes entre sus padres antes del divorcio. Cuando Sar cayó en que estaba siendo un enlace entre Val y su padre, restringió la comunicación a momentos puntuales y a la chica y su ilin se les acabó el chollo. Les queda el truco de la puerta, que es más tosco y mucho menos efectivo.

Es simbionte, dice Eria.

Se refiere al hombre que está sentado con su madre en el salón.

¿Puedes contactar con su ilin?

No sin que ella se dé cuenta, y entonces sabría que estamos escuchando.

¿Ella?

Sí, parece que su ilin utiliza este pronombre.

¿Por qué, si él es un chico?

No lo sé. Supongo que, si a él le da igual, a ella también. Para nosotros son solo palabras.

A mí me resultaría raro que fueras un chico. Bueno, no le digas nada, entonces. Mejor que no sepan que estamos escuchando.

Él se llama Ben, y ella, Ji.

La voz de Benji es suave y agradable al oído:

—Usted encaja en el perfil —está diciendo.

—¿Quiere decir que la Sombra quiere matarme? —pregunta Ainhoa. Suelta una carcajada de incredulidad que parece un bufido.

Woah.

—No, pero está en lista de espera para unirse a las colonias y vive en la zona en la que preveo que se cometerá el próximo asesinato. La última vez no me equivoqué —responde el hombre.

—¿Y por qué no trabaja con la policía?

—Soy investigador privado. Sin embargo, toda la información que obtengo se la comunico al equipo de la policía encargado de este caso, no se preocupe.

La madre de Valeria no está por la labor de creerse lo que le cuentan. Siempre es así, desconfiada. Tiende a estar a la defensiva con la gente; es una actitud que una adopta sí o sí al cabo de varios años de dedicarse a la taxidermia.

—Entonces, ¿por qué no nos está comunicando esto la policía?

—No lo sé.

¿Y si fuera el asesino y por eso nos quiere fuera de casa?, pregunta Val con un estremecimiento de emoción y miedo.

Si lo fuera, podría matarla ahora.

Lo bueno es que no sabe que estoy aquí. Si ataca a mamá, nosotras la salvaremos.

Pueden contactar con la policía a través de la Red en menos de un segundo. Después, saldrían por la ventana de su cuarto: en la fachada hay una reja sólida por la que crece una planta trepadora. Es sencillo colgarse de ella y llegar así hasta el balcón. Podrían coger una pala que guardan allí y sorprender al asesino por la espalda.

Val, céntrate, que nos despistamos.

¿Nos hemos perdido algo?

Solo a ellos dos discutiendo.

—¿Qué me sugiere que hagamos?

—No se queden en este piso, alójense en otro lugar. Con discreción y sin llevarse muchas cosas, que parezca que aún están en casa.

—No puedo hacer eso. Trabajo aquí, tengo ahí mismo mi taller. —Es la segunda habitación más grande de la casa después del salón. Los olores que emanan de ella se quedan en las fundas de los sofás, el mantel de la mesa, las cortinas.

—¿No es su vida más importante que…?

—Le digo que no voy a irme de mi casa.

—En ese caso, ¿puede intentar que haya siempre alguien con ustedes? Hasta ahora, la Sombra nunca ha atacado cuando sus víctimas estaban acompañadas.

¿Quién va a venir?, dice Eria. *No es que mamá tenga muchos amigos*.

Los tiene, están Lucía y Adri…

Ya, pero no van a poder estar aquí cada día, en plan vigilancia veinticuatro horas. Tienen un bebé.

Podría venir papá.

Eso no va a pasar.

—Como si se quiere quedar usted —dice Ainhoa—. Mientras no interfiera con mi trabajo o con los quehaceres de mi hija, me da igual.

—¿Yo?

—Sí. Pero quiero una fotocopia de su identificación.

Él lo medita un momento. Es evidente que no se esperaba que la mujer fuese a salirle con esas. No conoce a

Ainhoa. Ella piensa que el resto de la humanidad la juzga y le es hostil, pero a la vez convive en paz con los demás mientras le dejen hacer lo que quiera. Si un extraño quiere sentarse en su salón, mientras no sea peligroso ni molesto, a ella le parece bien. Valeria contiene la risa al imaginarse el desconcierto del detective, que no imaginaba que le iba a caer encima semejante marrón.

¿No querías protegernos? Pues ahora nos proteges, bromea.

Por hablar, añade Eria alegre.

—No puedo estar aquí siempre, señora, lo siento mucho —responde él—. Tiene que ser alguien de su confianza. Que sea simbionte, si puede ser.

—Mi hija es simbionte.

—Yo no utilizaría a mi hija como escudo para protegerme de un asesino.

—Mire, ya está bien.

Ainhoa se pone en pie, Valeria puede oír el ruido de la silla arrastrada por el suelo. Después, los pasos de los dos adultos hacia la puerta. Mamá y el detective se despiden. La puerta se cierra.

Ainhoa termina de preparar el zorro y lo deposita en la superficie de metal de la mesa de trabajo. Es tarde y se le cierran los ojos, tendrá que dejarlo todo para el día siguiente. Suele tener prisa en terminar las cosas, pero su profesión le ha enseñado a ser paciente y a respetar los ritmos de cada proceso, incluidos los de su propio cuerpo. Necesita dormir.

Guarda todo, lo limpia y lo deja dispuesto para poder retomar el trabajo por la mañana. Mira el reloj. Son las doce y cuarto, y Valeria todavía no ha vuelto a casa. Para estas cosas estaría bien tener un ilin; así podría saber qué está haciendo su hija y por qué tarda en regresar. En cualquier caso, la cuestión no le preocupa demasiado, porque aunque Valeria no esté conectada con ella, sí lo está con su padre. César es un gilipollas, pero estará pendiente de su hija.

La casa está muy vacía. Ainhoa tiene calor, en su taller siempre se condensa el aire. No le gusta tener la puerta abierta porque Valeria se queja del olor, pero es necesario que corra la brisa. Abre tanto la ventana del taller como la que da al balcón, de par en par.

Ainhoa se mete en el baño para ducharse y cierra la puerta. No quiere que la luz atraiga los mosquitos de la calle, luego no puede dormir hasta matarlos. No les echa insecticida, otea las paredes como un sabueso y los persigue con una zapatilla, a la vieja usanza. Es una manía que cogió de niña y, desde entonces, no deja escapar ni a uno. Le resulta gratificante aplastarlos por fin, dejar clara su superioridad.

Cierra los ojos en la ducha y deja que el agua se lleve toda la sangre que pueda haber llegado a tocar su cuerpo. Piensa en el pelo suave del zorro y decide que esta noche verá un documental sobre estos mamíferos, para inspirarse. Aunque a veces le divierte disecar los animales en poses artificiales y ridículas, en esta ocasión necesita que tenga una postura más natural. El encargo es para un cliente y

este lo ha pedido así. Una pena, porque el zorro habría quedado gracioso de pie, con las patas como si estuviera bailando, con la mandíbula abierta en una enorme carcajada o retorcido con el morro asomando entre las patas traseras. La gente no tiene sentido del humor.

Sale de la ducha y se seca con la toalla extragrande extraconfortable que compró en las rebajas. Un poco de lujo en la vida cotidiana. Se pregunta si en las colonias habrá duchas como estas, toallas como estas, rebajas como estas. La idea de descubrir un nuevo mundo no le emociona mucho, pero al menos no le deprime enormemente como la posibilidad de quedarse en este. No le gusta mucho vivir con Valeria. Cuando era niña sí, pero de adolescente tiene opiniones y salidas rebeldes. Además, habla todo el tiempo con el marcianito ese de dentro de su cabeza. A Ainhoa no le hace nada de gracia. Está segura de que se burlan de ella en secreto, de que comentan que su trabajo es asqueroso, de que dicen que solo a un monstruo podría gustarle trabajar con animales muertos. Sabe que eso es lo que piensa mucha gente. Las amigas de Valeria nunca quieren venir a casa.

A Valeria le gustaría tener un gato, pero a Ainhoa no le gustan los animales vivos. Le sobran casi todas las criaturas del mundo, en realidad, y por eso las colonias no le parecen una mala opción. Seguro que en esos planetas por explorar hay un montón de espacio sin gente. Kilómetros y kilómetros sin tonterías ni conversaciones corteses ni remilgos.

Se pone el albornoz, apaga la luz y camina a oscuras hacia la cocina. Cogerá algo para cenar y se meterá con ello en la cama. Tiene una televisión en su dormitorio, la verá hasta quedarse dormida. No necesita encender las lámparas para eso.

No llega a la cocina porque hay alguien de pie en el salón.

—¿Valeria? —pregunta Ainhoa con algo de enfado. Su hija sabe que no tiene permiso para entrar por el balcón, no, ni aunque se haya olvidado la llave. Tiene que llamar al timbre como una persona normal—. Cualquier día se va a

caer la reja y tendremos un disgusto —le reprocha.

—A mí me parece bastante estable —responde una voz desconocida y risueña.

No es Valeria. Es alguien mayor, más alto. Un hombre.

Ainhoa piensa primero en el detective que estuvo en casa hace unos días. Le pareció sospechoso y ahora ha entrado en su casa de noche, el muy pirado. Pero no, no es él, la voz era distinta. Este es otro. Entonces piensa en la Sombra. Da un grito de pánico y echa a correr hacia la cocina.

Él la sigue sin alterarse demasiado, le agarra con el puño enguantado el pelo corto, cerca del cuero cabelludo, y la empuja contra la encimera. La cabeza de Ainhoa rebota allí. El dolor es agudo, pero ella está viva todavía y le da un codazo en las costillas. Luego intenta golpearlo con la rodilla hasta que él la suelta. Huye hacia el salón.

Él la sigue. No parece muy preocupado y eso es lo que más miedo da.

En ese instante, se acuerda: no está sola. Tiene a su asistente virtual. Valeria siempre deja su Human encendido.

—Eli —grita Ainhoa—. ¡Llama a la policía!

El hombre alcanza a Ainhoa y la derriba. Ella se debate en el suelo. Ha perdido el albornoz y la desnudez le hace sentir infinitamente más vulnerable.

—Llamando a Lucía —responde Eli.

Él suelta una carcajada que parece cordial. Toma una de las mangas del albornoz y la embute en la boca de Ainhoa. La sujeta con fuerza. Tapa también la nariz. Ainhoa no puede respirar. Todo da vueltas.

—¿Hola? ¿Ainhoa?

Es Lucía. Ainhoa quiere chillar, pero no puede.

—¡Hola! Soy un amigo de Ainhoa —dice el hombre muy tranquilo—. Perdona, me ha dejado su Human para hacer una gestión y te he llamado sin querer. Qué torpe.

—No pasa nada. ¿Está Ainhoa por ahí?

—Está en el baño —dice el asesino mientras la obliga a permanecer en el suelo y se apoya en ella para aprisionarle los brazos con una rodilla.

—Ah. Dile que tenemos que hablar para lo del jueves, por favor. A ver si la puedo llamar mañana.

—Se lo diré. Hasta luego. Y perdona.

—Hasta luego.

La llamada concluye al mismo tiempo que el mundo se oscurece aún más y Ainhoa deja de forcejear.

Marisa bosteza y se detiene en la esquina de la manzana. Las farolas acaban de apagarse, es demasiado temprano para existir. Está acostumbrada a madrugar, pero ayer tuvo el cumpleaños de Leyre y le están pesando mucho las tres horas menos que ha dormido.

Venga, que ya casi estamos. Isa es la reina del optimismo.

Ya casi… Quieres decir que nos quedan dos horas.

¿Qué son dos horas en comparación con la eternidad? ¿Con la edad de la Tierra? ¿Con las pausas publicitarias en medio del capítulo de una serie?

Mar se ríe. De mejor humor, vuelve a empujar su carrito hasta plantarlo en mitad de la acera. Desengancha la escoba y empieza a barrer las hojas. Se detiene junto a uno de los coches aparcados y echa un vistazo a su reflejo en el retrovisor. Su cabello rizado es un caos, no está segura de haberse peinado esa mañana. El paso por el baño antes de vestirse es un recuerdo borroso en su memoria. Sin embargo, sí ha conseguido pintarse los labios de rojo, como siempre. Hay costumbres que están grabadas a fuego en el subconsciente.

Una puerta se abre y la sobresalta. Sale un hombre y camina hasta uno de los coches al otro lado de la calle; por un momento, Marisa piensa que está llorando, pero no, solo está muy alterado. Tal vez esté enfadado con el otro hombre que sale de la casa y lo sigue.

—… se lo avisé —está diciendo el primero—. A la policía, a la propia señora… Mira, no puedo más, unos pasan de mí, la otra me manda a la mierda… Y mira. Joder. Joder. Joder. —El segundo hombre no dice nada, pero se queda cerca y escucha. Parece que le gustaría abrazar al primero, pero todo apunta a que, si lo hiciera, este estallaría. No es buena idea tocarlo ahora mismo, hay que darle tiempo para que se tranquilice un poco—. Qué horror, Santiago, la ha encontrado su propia hija, ahí tirada en el suelo.

—¿El asesino ni siquiera se ha llevado el cuerpo esta vez? —murmura el tal Santiago—. Y mira que con los otros…

El otro hombre está delante del coche con las llaves en la mano, a punto de entrar, pero sin decidirse a hacerlo.

—El asesino no está siendo cuidadoso porque no tiene miedo. Ve que la policía suda de todo, así que él también. Pues qué bien, ¿no?, porque, si es descuidado, igual es más fácil pillarlo. Eso me han dicho los cretinos de la comisaría. ¿Sabes lo malo? Que muere gente.

—Estoy seguro de que a la policía le importa eso.

—Pues yo no lo estoy tanto. Porque no son simbiontes. Son personas que se iban a ir a las colonias, así que no cuentan. Es como si ya no estuvieran en la Tierra y a la gente le da igual si desaparecen en una nave o desaparecen enterradas. Qué asco. Joder.

Ahora sí. Santiago abraza al otro, que se apoya en él. Silencio.

Marisa tiene la incómoda sensación de estar espiando, así que agarra la escoba otra vez y barre ostentosamente. Santiago la ve y murmura algo. Siguen abrazados, pero se separan cuando ella llega con el carrito a su altura.

—Buenos días —saluda Santiago.

—Muy buenas —responde ella y continúa adelante sin mirarlos.

Oye cómo se dan un beso. Se abre la puerta del coche.

—Has hecho lo que has podido —dice Santiago en voz baja—. Y lo seguirás haciendo.

—Te quiero —responde el otro.

—Y yo a ti.

—Ten un buen día.

—Y tú. Y ve contándome cómo vas.

El coche arranca.

¿Estos están ensayando para una película o qué?, observa Mar.

Tendrá que ver con el asesino en serie, dice Isa. *La Sombra*.

Todo el mundo ha oído hablar de él. No hay muchos

crímenes violentos hoy en día, así que el caso está siendo muy sonado.

Marisa ha llegado casi al final de la calle. Se vuelve para ver a Santiago entrar de nuevo en su casa. No lo ha hecho inmediatamente: ha esperado a que el coche desapareciera tras la esquina.

Manuel contempla la aguja de ganchillo que resbala de entre los dedos de Lidia. Ella está sentada junto a la ventana, con la vista perdida en algún punto de la acera. Hace dos horas movía las manos, pero estas llevan quietas todo ese rato y ella ni siquiera se ha dado cuenta. Sus ojos están hundidos, devorados por las ojeras, el dolor pesa sobre su piel como si cumpliera años por cada vuelta que da el segundero del reloj.

El metal tintinea contra el suelo. Lidia no reacciona. Se queda así, con las manos lánguidas sobre el regazo, en silencio. Está, pero no está.

Él piensa que ella no es consciente de su presencia y se sobresalta cuando le dice:

—Si supiéramos algo, lo que sea…

Parece una idea fácil, pero no lo es. Es fruto de largas horas de reflexión. Al principio los dos esperaban tener buenas noticias; que encontrasen a su hija sana y salva, que un coche de policía la llevara de vuelta a casa, que no hubiese sido nada más que un susto. Ahora, Lidia quiere noticias, da igual si buenas o malas; saber qué ha pasado con Cax, llorarla en un funeral, consolarse pensando que no sufrió durante mucho tiempo. Manuel también piensa, a estas alturas, que preferiría que se tratase de un asesinato a un secuestro. Una muerte instantánea, sin dolor, sin llegar a entender qué estaba sucediendo es más compasiva que meses de confinamiento, sometida a quién sabe qué castigo.

No pienses en eso, señala El.

Tiene razón. No ayuda en nada.

Vosotros sabéis algo, dice Ia.

Ella y El están conectados, pero hace tiempo que Manuel y Lidia pactaron que los ilin no compartirían con sus respectivos humanos información que estos hayan decidido no revelar.

Podríamos contárselo, propone El.

¿Ayudaría en algo? Manu no está seguro.

Puede ser, dice Ia.

Manuel se acerca a su mujer y se sienta frente a ella. Lidia levanta el rostro hacia él. Aparta las agujas; presiente que quiere hablar con ella o tal vez se lo haya advertido su ilin.

—El otro día intentó contactar conmigo el padre biológico de Cax —suelta Manu sin rodeos.

Lidia parpadea atónita.

—¿El padre? ¿El padre de Cax?

—El… Bueno. La madre. —Manuel está hecho un lío—. La madre es el padre.

El padre de Cax es transgénero, dice El, que se ha documentado y carece de prejuicios humanos asociados a la normatividad tradicional. *Es un hombre, pero gestó y dio a luz al bebé. Por lo tanto, es su padre biológico*.

—Pero si lo dio a luz es su madre —dice Lidia sin entender.

Si es un hombre, el término correcto es «padre», insiste El.

—Pero ¿sabía algo? ¿Es… él quien tiene a Cax?

—No permití que estableciera conexión con El —admite Manu—. Quizá sepa algo, pero… En ese momento no pude. Bloqueé el contacto.

Callan los dos, en perfecta sincronía gracias a la Red. A ninguno le hace gracia abrir la puerta de su vida a la familia biológica de su hija. Manuel siente que el padre biológico de Cax, la gente en general, la propia niña, podrían poner en duda su relación con ella. Nunca han ocultado a Cax que es adoptada, pero se han esforzado para que esa información vaya de la mano con la certeza de que es exclusivamente hija suya y da miedo pensar que ese pilar pudiera tambalearse en la mente de la joven.

No tendría por qué pasar, dice El. *Ella sabe que la queréis, es muy evidente lo sólida que es su relación con vosotros*.

Sí, pero…

En esas circunstancias, sin saber si volverá a ver a Cax, necesita más que nunca la seguridad de que todo es como siempre ha sido.

—Tenemos que saber qué quiere —dice Lidia.

Por suerte, El aún puede localizar a Ji. Entabla

contacto con ella sin ningún problema; los ilin intercambian mensajes más deprisa que los humanos, así que en apenas unos segundos han aclarado la situación y concertado una cita.

¿En casa?, pregunta Lid incrédula.

Es mejor, asegura Manu.

Se siente protegido allí, en su salón. Benji Serra será un extraño sentado en el sofá, no otro hombre en un territorio neutral.

No mencionan el tema hasta que llega el día señalado, pero está ahí, entre los dos, provocando una tirantez huidiza, síntoma de esperanza y de miedo.

Tendríamos que contar esto a la policía, piensa Manu.

Podemos dar el aviso cuando se haya marchado, responde El. *Oigamos primero qué es lo que nos quiere decir*.

Suena el timbre y Manu sabe quién es, porque Ji ha establecido contacto con El en cuanto se ha acercado a la casa. Lidia se levanta y se coloca en el quicio de la puerta del salón. Mira a Manu: quiere que vaya a abrir. Él se adelanta, cruza el pasillo y el vestíbulo.

El hombre que está de pie en su porche es al menos diez años más joven que él. Se miran sin hablar durante dos segundos que le bastan a Manuel para reconocer en Benji Serra los ojos de su hija; los rizos, que son, sin duda, la causa de los bucles ondulados de ella; la forma de la nariz; las orejas; la mirada seria e inquisitiva. Benji Serra podría ser el hermano mayor de Cax o su primo.

—Hola. —Manuel le estrecha la mano.

—Gracias por recibirme en su casa, señor Durán.

—Pase.

Lo sigue hasta el salón, saluda a Lidia. Ella lo invita a sentarse.

—¿Quiere beber algo? —pregunta Manu. Benji Serra dice que no, pero él trae de todos modos una bandeja con una botella de agua y tres vasos.

—¿Qué sabe de nuestra hija? —pregunta Lidia.

Benji Serra se inclina hacia delante para mirarla. Ella está al otro lado de la mesa de café, sobre una butaca que le

otorga cierta altura en comparación con él, que se hunde en el sofá. Lidia no aparta la vista, pero Manuel sabe que está cohibida por la misma razón que él: el parecido entre el desconocido y Cax.

Él les explica que está investigando el caso y Manuel se tensa.

—Soy investigador privado —explica Benji Serra— y la madre de otra de las víctimas me ha contratado para esto.

—¿Para competir con la policía? —pregunta Lidia.

—Para apoyar a la policía —corrige él.

Lidia se cruza de brazos. Intenta parecer menos tensa, pero logra lo contrario. Manuel se coloca a su lado y le pone la mano sobre el hombro.

—¿Nos está diciendo que no tiene ningún motivo personal para intentar encontrar a Cax?

—Señor —Benji Serra vuelve los ojos hacia él. Parecen cargados de paciencia, pero quizá sea exasperación—, yo ni siquiera sabía que su hija se llamaba Cax hasta que vi su fotografía en las noticias.

Ha dicho «su» hija, ha puesto distancia entre sí mismo y la niña. Manuel no se lo cree. Hay algo que este hombre no le está contando y le molesta sentir que le están tomando el pelo. Frunce el ceño y lo observa con cuidado mientras él habla con Lidia. Busca el error, la incoherencia, la prueba de que tiene segundas intenciones.

—¿Qué quiere de nosotros? —pregunta Lidia.

—Solo que me respondan a algunas preguntas. ¿Estaba Cax apuntada a una lista de espera para viajar a las colonias?

Lidia frunce el ceño y responde con brusquedad:

—Por supuesto que no. ¿Qué le hace pensar eso?

—El resto de las víctimas de la Sombra lo estaba —dice Benji Serra sin perder la calma—. Que ella no lo estuviera apunta a que puede estar reteniéndola otra persona.

Manuel calla y se queda quieto, aunque está tan nervioso que le cuesta toda su energía. Calla, calla, calla.

—¿Por qué Cax no es simbionte si ustedes lo son? —pregunta Benji Serra.

No deja de decir su nombre.

—Lo era —explica Lidia—. De recién nacida alojó a una ilin llamada Ley, pero sufrieron una enfermedad que la mató… Cax estaba buena al día siguiente, solo tuvo un poco de fiebre y malestar… Creo que le dolía la cabecita a la pobre… Ley no sobrevivió.

—¿Se la extrajeron? —pregunta Benji Serra.

—No. Nunca lo hacen. El organismo humano absorbe el cuerpo del ilin —dice Manu.

Hace mucho tiempo que no habla de esto y le molesta, porque es volver atrás a cuando Cax acababa de nacer. Cuando Benji la parió.

Entonces la mirada del investigador se desvía hacia una fotografía enmarcada que hay sobre la mesa. En ella está Cax: sonríe, alegre, en una imagen tomada durante las vacaciones de verano del año pasado.

Benji Serra sigue hablando, pero se le han llenado los ojos de lágrimas.

Los dedos de Manuel se crispan sobre el hombro de su mujer. Está enfadado, la emoción del otro hombre es inapropiada. Nadie tiene derecho a sentir dolor por su hija, no más que Lidia y que él. Benji Serra no conoce a Cax, no puede entender la tragedia que supone su desaparición. No sabe lo que se siente, no puede saberlo.

No quiere que se note su incomodidad, así que murmura una excusa y sale del salón con la bandeja, aunque la botella sigue llena y nadie ha tocado los vasos.

Lidia recuerda el día en el que la llamaron para decirle que había un bebé esperándolos en un hospital de Madrid. Fue inesperado, porque tanto ella como Manuel estaban mentalizados para aguardar durante años desde el momento en el que se inscribieron en la lista. Incluso cuando llegaron a los primeros puestos, porque sabían que solo en contadas ocasiones se llevan a cabo más de dos o tres adopciones al mes. Ella pensaba que les asignarían un niño de cuatro años como poco, nunca había imaginado que sería una bebé recién nacida.

Les comunicaron por teléfono algunos datos sobre ella y preguntaron si la querían. Sí. Claro que sí. Tenían que recogerla al día siguiente, así que siguieron las veinticuatro horas más frenéticas que Lidia puede recordar. Hacía falta comprar ropa, pañales, biberones, leche para bebés, un capacho, una sillita, gasas, mantitas. No tenían nada en casa, aunque la habitación que en algún momento fue un despacho estaba recién pintada y limpia, con una cómoda de madera y algunos juguetes que a la nena le iban a quedar grandes.

Vieron por primera vez a su hija en el servicio de Neonatología del hospital. Lidia la tomó en brazos. La madre, les dijeron, había firmado el documento mediante el cual renunciaba a la potestad de la menor. En él constataba que en el futuro no deseaba información acerca de la situación de la bebé. Quería una adopción cerrada, en la que ni los padres adoptivos conocieran su identidad ni ella la de ellos. Nunca podría establecer contacto con la niña.

La trabajadora social explicó a Lidia y a Manuel que se llevaban a la bebé en acogida, porque hasta un mes y medio después del parto la madre biológica tenía derecho a dar marcha atrás en el proceso de adopción. Lidia intentaba mantener aquello presente, pero no lo logró. Cuando se llevó a Caxley a casa, parecía definitivo.

Era su hija.

Todo fue bien y, finalizado el periodo de reflexión, la

madre biológica anónima dio su consentimiento para entregar la tutela de su hija a la familia adoptiva. En el Registro Civil, la pequeña constaba como Caxley Durán Peña, con los apellidos de Lidia y Manu.

Después de eso, no había marcha atrás. Lidia había pensado mucho en la madre biológica, en esa figura misteriosa que le regalaba una hija. Se había preguntado si tendría problemas económicos o sociales, de exclusión, de salud mental, si sería menor de edad, si carecería de una familia que la apoyase. Sobre esto reflexionaba Lidia antes de Cax. Con el bebé en casa, su mente estuvo pronto ocupada en otros asuntos y solo de vez en cuando se acordaba de esa mujer, cuya imagen se desdibujaba poco a poco en su imaginación.

Ahora tiene delante a Benji Serra y es incapaz de visualizar a esa persona con una niña pequeña en brazos, a punto de cederla a la enfermera que se la llevaría para siempre.

No quiere sentir simpatía por él, pero no lo puede evitar cuando ve sus ojos brillantes.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —responde Benji Serra. Su voz es serena, parece sincero.

Lidia no entiende que parezca a la vez a punto de llorar y tranquilo.

No es él, revela Ia. *Es su ilin*.

—Me he preguntado… —Se siente culpable por haber dejado que la costumbre de tener a Cax en casa y la rutina diaria le hubieran permitido olvidar la figura de la madre biológica—. Me he preguntado muchas veces cómo estarías. Me imagino que debió de ser un momento muy duro —añade. Quiere ser compasiva, cercana. Tender un puente.

Benji Serra permanece inexpresivo.

—Sí.

—Espero que para ti no sea más difícil debido a nuestra postura… Quiero decir que nosotros pese a todo esto seguimos prefiriendo que no tengas contacto con ella. No queremos que nadie se haga líos.

—Lo entiendo perfectamente.

Lidia distingue una sombra distinta en la voz de Benji Serra. Lo interpreta como disgusto y se pone nerviosa. No quiere pensar que esta persona pueda estar haciendo esto para encontrar una forma de acercarse a Cax. Seguramente no sea eso, pero la idea es tan inquietante que, pese a la improbabilidad de que sea acertada, le preocupa.

—Bien. Sé que es una situación complicada y también que a mi marido le incomoda el tema, pero siempre he imaginado que, llegados a una situación como esta, nosotras nos entenderíamos…

—Nosotros. —La corrección es como un latigazo, aunque Benji Serra ha hablado en voz baja.

—Sí —dice ella apurada—. Nosotros, claro. Perdón. Es que siempre había pensado en mí y en la madre biológica; entonces, claro, en mi cabeza… no puedo evitar…

—Sí puede —interrumpe él—. Pero no pasa nada.

Él está siendo muy correcto y ella se ve en evidencia. No sabría explicar por qué, pero la situación y su actitud son inadecuadas. No ha llevado bien el tema, aunque era necesario tocarlo: no se habría quedado tranquila sin poner las cartas sobre la mesa. No está bien que la familia biológica de Cax sepa dónde vive y pueda acercarse en cualquier momento. A Lidia le incomoda esto y sabe que a Manu todavía más.

Tanto que la ha dejado sola con su invitado durante una pequeña eternidad.

—¿Dónde se habrá metido mi marido? —dice Lidia con las mejillas ardiendo—. No sé qué le habrá pasado. Voy a ver si necesita ayuda.

Sale precipitadamente de la habitación y se siente ridícula por estar huyendo de un desconocido en su propia casa. Intenta justificarse: Benji Serra ha sido brusco con ella; esta gente no pasa ni una, no es tan importante. Al fin y al cabo, quien da a luz es una madre, eso es así… No logra sentirse mejor. Recuerda el rostro calmado de Benji Serra, su voz terminante pero suave, y se traga la vergüenza como puede.

Ji espera el reproche de Ben, pero este no llega. A veces, a ella le gustaría que él se quejase por las cosas importantes; su silencio es mucho peor. Invade el salón entero hasta que incluso respirar es tragar silencio. Benji se pone de pie y se acerca a la fotografía de Cax. Indiferencia herida por parte de Ben, arrepentimiento por la de Ji.

Si yo utilizase pronombres masculinos…, empieza a pensar ella.

No cambiaría nada, responde él. *No es por ti por lo que esta señora se cree que soy una mujer*.

A Ji le da lo mismo. Cuando acordó con Ben que ambos se cambiarían de nombre para adoptar uno que reflejase el género de él, y no el que se le había asignado al nacer, también quiso saber si ella debía pasar a referirse a sí misma en masculino. Ben le había dicho que daba igual. Su lucha era por su propia identidad, no la de su ilin. Ji podía quedarse como estaba.

Claro que entendía que los ilin no tuvieran género y que el uso de unos pronombres u otros fuese arbitrario. Para Ji no suponía ningún cambio relevante pasar de ser *ella* a ser *él*. Sin embargo, decidieron dejarlo así. En cuanto su vida se estabilizó, ser trans dejó de ser importante para Ben; es un hombre, es gay, es padre, es investigador privado, es un montón de cosas. Ser trans está entre sus rasgos menos remarcables, más o menos entre ser diestro y tener un lunar en el hombro. La mayor parte del tiempo ni siquiera lo tiene presente, no es activista ni tiene un papel en el movimiento LGTBI más allá de su propia existencia. Que su ilin continúe utilizando pronombres femeninos es uno de sus escasos actos de rebeldía cotidianos contra la cisnorma.

Al mismo tiempo, Ji sabe que le sigue haciendo daño que haya personas que cuestionen su identidad. Incluso a estas alturas.

Estoy hablando con la ilin de Lidia, informa. Ben no piensa una respuesta, pero sí le transmite una sensación de

inquietud huraña. *Siente mucho habernos hecho sentir incómodos*.

Creo que se ha sentido más incómoda ella, dice Ben. *Me gustaría que lo superase, volviera y siguiésemos hablando de Cax, que es a lo que hemos venido*.

A ver si se lo puedo decir diplomáticamente.

Ben asiente.

Al cabo de un rato, regresan Lidia y Manu. Sus ilin, Ia y El, los han convencido de que son más capaces de manejar la situación que ellos, porque los dos humanos esbozan sonrisas conciliadoras y se sientan en silencio. Manuel ha traído de nuevo la bandeja, esta vez con unas galletas y un poco de té.

Mira a Ben sobresaltado.

—¿O tomas café? —pregunta, como si hubiesen estado hablando de ello.

—No, está bien así —asegura Ben—. Gracias.

Están decididos a evitar los escollos con los que se toparon en el anterior intento comunicativo. Sirven el té y beben mientras los ilin hablan entre ellos. Permiten a los humanos escuchar e incluso intervenir, pero estos no lo hacen.

Nos gustaría quedar en contacto con vosotros y colaborar para encontrar a la niña, explica Ji. *Cualquier información puede ayudar*.

Haremos lo que podamos. Nadie tiene más interés en encontrarla que nosotros.

Perfecto.

Si Cax regresa, cuando todo volviese a la normalidad, no querríamos que tuviérais ningún contacto con ella. Es El quien insiste en esto. Si lo hubiese dicho en voz alta, habría resultado demasiado categórico, pero los ilin no hablan a la defensiva y lo que transmite su mensaje es seriedad.

Por supuesto, responde Ji.

Siente la duda en sus interlocutores. No están convencidos de tener derecho a mostrarse posesivos: temen que sea un indicio de su propia inseguridad respecto a su relación con Cax. Es ridículo sentirse amenazados por dos

desconocidos, piensan. Somos sus padres, no debería afectarnos esto.

Si alguien se hubiese llevado a mi hija, dice Ji, *también yo desconfiaría de cualquier extraño*.

Ellos se muestran agradecidos. Los humanos se miran incómodos; pese a llevar años en simbiosis, sigue siendo raro que sean otros los que se comuniquen por ellos. Ya está todo dicho. Se estrechan las manos para despedirse.

No son mala gente, comenta Ji una vez que ella y Ben están en la calle.

Él inicia el movimiento de encogerse de hombros. Un observador externo no lo habría percibido, pero el amago es suficiente para Ji.

ESCÁNDALO EN LA RED

WikiLeaks llega desde internet

Isabel Molina
Madrid, 13 NOV 2007

A ver si se creían los ilin que nos íbamos a quedar callados. Como ellos saben lo que piensan unos y otros constantemente, no se imaginaban las intrigas y la conspiranoia humanas.

Para los que no tenéis acceso a internet, os cuento: WikiLeaks es una organización internacional sin ánimo de lucro que publica a través de su sitio web (sobra decir que mediante una conexión ilegal) informes anónimos y documentos filtrados con contenido sensible en materia de interés público. En su base de datos, que las autoridades borran regularmente pero resurge una y otra vez, se acumulan más de un millón de documentos; aunque solo puedan leerlos o bien personas autorizadas para acceder a internet o bien otros usuarios ilegales.

La organización recibe filtraciones que desvelan comportamientos no éticos de los gobiernos, con énfasis especial en los ministerios de actividad extraterrestre, la organización SYMBALL y la actividad cooperativa con los ilin.

Los creadores y colaboradores de WikiLeaks, que dicen ser periodistas y científicos disidentes de todas partes del mundo, no han sido identificados, por lo que se desconoce quién lleva las riendas de la organización.

Durante un tiempo, estas filtraciones se han mantenido ocultas a los usuarios de MIND pero, aunque los no simbiontes carezcan de acceso a la Red ilin, nada les impide comunicarse con los simbiontes analógicamente. Los rumores corren como la pólvora en el mundo humano.

[FORO EN MEEND]

02-feb-2008, 06:10 #1
Sil324
TITULO: invasión ilin y WIKILEAKS: se destapó la verdad?
Lo habéis leido?

Se ha hablado largo y tendido de la actuacion de Wikileaks en el panorama internacional y de sus filtraciones.

Pero me ha sorprendido mucho que lo que no están diciendo en las noticias es una de las noticia smas importantes que reveló wikileaks, la filtración para llegar a creerse que los «acuerdos» del 2000 fueron mentira… que ni negociación y ofertas ni nada, que fueron amenazas puras y duras. Añadir que lo mas jodido es que esto no ha sido publicado ni informado al público por televisión NUNCA.

Tambien es que quién se iba a creer que dijéramos SÍ, VENID A VIVIR EN NUESTRAS CABEZAS con toda la alegría, es que por mucho que intenten decirnos los simbiontes que es lo mejor quién se lo cree? Está calro que les han lavado el cerebro. Lo que si me creo es que llegasen, reunieran a los de la onu y les dijeran: mirad nos vamos a instalar aquí y punto, podéis decidir si os matamos o si cooperais con nosotros. Y entonces tuvieran que pasar por el aro.

Esto es básicamente lo que dicen en wikileaks. Si lo leeis podréis ver que hay pruebas suficientes para creer que lo que vimos por la televisión y en los periódicos es mentira.

Ademas hay muchas otras pruebas de audio, actas falsas que el Gobierno aportó… incluso en una entrevista a uno de los peces gordos, cuando aun no tenia un alien en la cabeza, el hombre se pone nervioso y en vez de decir «colonizacion» soltó «invasión» o algo así y se te queda cara de :/

Osea que somos unos cobardes que nos hemos dejado invadir y encima sonriendo…

Última edición por Sil324 fecha: 02-*feb-2008 a las 06:14*.

Sil324 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:13 #2

mrcat

Antes creía un 5% en la humanidad. Hoy un 0%.

mrcat está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:15 #3

nonono

Es lo que hay.

nonono está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:20 #4

heroe

vale

ok

heroe está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:25 #5

2310435342005

Tu te crees todas las tonterias que lees con meend no?

2310435342005 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:25 #6

maquinista1006

creéis que los de wikileaks entran con MEEND o tienen una autorización porque son gente del ejército o algo así?…

maquinista1006 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:25 #7

rob

Tienen implantado MEEND seguro, vamos. Es que ni aunque tengan autorización, no van a conectarse desde su cuenta oficial para entrar en Wikileaks con todo el morro.

rob está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:26 #8

sneik

pero como van a implantarse el chip siendo gente importante, como si fuera legal… te crees que se arriesgarían?

sneik está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:29 #9

rob

Es ilegal, pero ¿cómo controlarlo? La gente se lo pone.

rob está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:30 #10

Sil324

y la impotencia que te entra cuando te enteras de que estas cosas no son teorías locas deconspiraciones, que son verdad.

Sil324 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:33 #11

Harry2

Fuentes? Enlaces? Wikileaks no va

Harry2 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:35 #12

hipsteriana

Pillo sitio para leerlo cuando me levante.

hipsteriana está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:43 #13

Sil324

wikileaks sufre ataques practicamente cada minuto. No pasa nada, ahora lo subiran otra vez. Solo tienes que entrar y pinchar en «enlaces». Veras los links que tienen, cientos.

Sil324 está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 06:49 #14

incredula

ESTUPIDEZ >>> maldad

incredula está desconectado *Responder Con Cita*

02-feb-2008, 07:03 #15

corazondemelon

el asunto es que si fueron amenazas, que iban a hacer los de la onu? Hicieron lo único que podían, que es decir que ok, que nos invadan, yo que se. Entonces por que os estais enfadando, veo a todo el mundo aquí en plan joder nos hemos dejado invadir, que estúpidos

tal… a ver joder que queríais que hicieran? Que habriais hecho vosotros, listos?

corazondemelon está desconectado *Responder Con Cita*

CARTAS AL DIRECTOR

Vida social interior

Álvaro Santos León
Madrid, 14 SEP 2009

Hace unos días pude observar a un grupo de adolescentes que pasaban la tarde en el parque. Estaban sentadas en el césped, no muy lejos unas de otras. No interactuaban, o al menos no entre ellas. Se reían y hacían gestos, como si hablasen, pero dentro de la cabeza. Se comunicaban con sus ilin, imagino, y estas a su vez entre sí mediante la Red. Fui entonces consciente de que esta generación tendrá irremediablemente estos límites. Los jóvenes, acostumbrados a transmitir mensajes de forma instantánea, no tienen paciencia para las conversaciones verbales con sus pausas, sus reflexiones, su ritmo. Poco a poco, lo que no sea inmediato se perderá. No se leerán libros, no se escucharán discos, no se verán películas. Nuestros nietos no comprenderán el lenguaje no verbal porque estarán hechos a la sintonía mental. No captarán los dobles sentidos o las ideas entre líneas. Todo tendrá que ser como lo hacen los ilin: directo, superficial, insustancial. Estamos abocados a la banalidad; mensajes que se transmiten deprisa, ilimitados, que se olvidan a los segundos de haberlos respondido.

Verónica sabe reconocer el miedo cuando lo ve y el chico que está sentado a un lado del colchón está aterrorizado. Es ella quien ha elegido el hotel y reservado la habitación. Le dijo que esto era costumbre, pero es mentira. Es el cliente el que decide el sitio. También es falso que lo haya escogido ella. Le han pagado por esa mentira.

Es una habitación del primer piso. La ventana da a un pequeño jardín descuidado, con suelo de gravilla, y a la carretera. No se ven luces fuera, excepto las de los coches que pasan. Reina un relativo silencio, el mayor que puede darse en la periferia de una gran ciudad. Lo que más lo perturba es el crepitar de la bombilla pelada que hay en el techo. A Verónica le apetece apagarla, pero piensa que a su cliente le podría dar un pasmo si se quedasen a oscuras.

Se acerca a él despacio y se acomoda al otro lado de la cama. Cuando se sienta, su camisón semitransparente se levanta y le descubre las piernas. El chico traga saliva. Ni siquiera la mira.

No es solo miedo lo que siente. También es rechazo.

—Tus amigos vinieron el viernes —dice ella.

—No son mis amigos.

La respuesta es rápida. No lo serán, pero él ha venido por influencia de ellos.

—Vale.

La sospecha cruza el rostro de él, que se contrae en una mueca. Está atando cabos.

—Nadie más pregunta por lo de las proteínas —adivina —. Solo ellos. Por eso has sabido… —Verónica sonríe y él entiende ese gesto como una confirmación—. No es verdad.

—No. —Ella se encoge de hombros—. Pero a ellos les pone mucho.

—Ni siquiera eres simbionte —dice él.

—No, no lo soy.

—No tenía mucho sentido —admite él—. No sé por qué me lo creí.

—El morbo no tiene por qué tener sentido —responde

ella sin darle importancia. Hace una pausa para examinar la expresión del chico—. Aunque a ti no te daba mucho, ni con sentido ni sin él, ¿no?

Él mira al suelo y no responde.

—¿Te gusto yo? —pregunta ella. Él calla. Verónica se acomoda en la cama, se estira—. ¿Quieres que me vaya? —Parece que el chaval va a llorar de pura frustración. Verónica suspira. No tiene ganas de andarse con rodeos—. Eh. Mírame. No pasa nada si no te gusto. Hay mucha gente a la que no le van las tías o que no le va el sexo. ¿Es alguna de esas dos cosas? —Él asiente—. Vale.

—Te puedes ir si quieres —dice él—, aunque yo preferiría que te quedases.

—Oye, yo me quedo encantada. —Le está pagando por cada treinta minutos. Él y también el hombre que quería que estuviesen allí esa noche. Solo tiene que irse antes de la hora acordada—. No te apures. No eres el primero que quiere estar conmigo pero no follar. Está bien. Tengo buena conversación también. O podemos ver una película.

Él sonríe.

—He sido un idiota —confiesa—. Pienso que esa gente es gilipollas y aun así he acabado viniendo.

—Hijo, si te contase yo la de tonterías que he hecho por ser parte de un grupo —dice ella. Se recuesta sobre los cojines—. Incluso aunque sea un grupo de mierda.

Ven la película. Él se queda dormido y a ella le enternece. Es jovencísimo, no ha cumplido aún los veinte años. Este es el momento para levantarse e irse, pero perecea en la cama. Siente un poco de cargo de conciencia. Es la primera vez que traiciona a un cliente y saber que en su cuenta corriente acaban de ingresar una cantidad considerable de dinero le provoca agobio en lugar de satisfacción.

Se hace tarde. Sea lo que sea lo que va a suceder, Verónica no quiere que pase mientras ella está en la cama con ese chico. Se pone en pie para vestirse. Está cansada y es casi de madrugada; bosteza y se frota los ojos. No tendría que haberlo hecho. Se le ha metido algo debajo del párpado

y pica como un condenado. Debe de ser un poco de maquillaje.

Entra en el baño y cierra la puerta para no despertar al chaval. Se enjuaga la cara y se mira en el espejo. Aún no ha conseguido localizar lo que le molesta cuando oye abrirse la puerta de la habitación. Se queda paralizada.

Tendría que haberse marchado ya.

Un crujido en la cama. El chico se ha puesto en pie. El recién llegado esperaba encontrarlo agotado y profundamente dormido, pero no. Hablan. Verónica no es capaz de distinguir qué es lo que dicen.

Podría quedarse en el baño, pero no es capaz. Quiere saber qué es lo que pasa. El picor del ojo pasa a un segundo plano mientras ella abre la puerta y regresa al dormitorio. El recién llegado está junto a la cama y acorrala al chico contra la pared: tiene en la mano una pistola con un silenciador.

Verónica lanza una exclamación. Se lleva las manos hacia los labios, pero ya se le ha escapado el sonido. El recién llegado no esperaba a nadie más y se sobresalta. Se gira hacia ella. El chico aprovecha la oportunidad y lo embiste: el cuerpo del hombre choca contra la ventana. El impacto no es lo bastante violento como para romper el cristal, pero sí para abrir de golpe el viejo pestillo. La ventana cede y se abre, el recién llegado cae junto a su pistola. Se oye un ruido sordo y horrible.

—¡Lo has matado! —grita Verónica.

—Tenemos que irnos —solloza el chico. A ella le sorprende que esté llorando; un instante después entiende que lo que ve en su rostro no es pena, sino pánico.

—No —dice ella. No se va a ir de allí con él. Algo le dice que están en grave peligro.

El chico se asoma a la ventana. Ella lo sigue, pero su curiosidad se ve decepcionada: no hay un cadáver junto a la fachada. El hombre ha huido con el arma.

Sin decir más, el chico sale de la habitación. Va descalzo, igual que ella, pero eso no lo detiene. Baja la escalera.

Verónica no quiere saber adónde se dirige. Duda unos segundos y decide que tiene que desaparecer. El hombre que le pagó por dejar al chico en aquella habitación, el recién llegado, está vivo y seguramente no muy contento.

Se marcha tal cual va, sin molestarse en vestirse. No se da cuenta hasta que está en el coche y siente el tacto del asiento en los muslos desnudos. Da lo mismo. Arranca el motor y sale del aparcamiento. No regresa a Madrid: se aleja hacia la autopista.

La carretera es larga y oscura. Verónica sabe que se sentirá mejor bajo la luz anaranjada de las farolas, pero no logra llegar. Un coche la espera atravesado en la vía. No hay espacio para dar la vuelta y se ve obligada a frenar.

Dos personas se apean del otro vehículo. Ella pone el seguro en las puertas del suyo, aunque está convencida de que eso no la mantendrá a salvo.

Mir sonríe y, sin dejar de tocar, hace una pequeña inclinación de agradecimiento cuando el policía deja caer una moneda de dos euros en la funda de su violín. Es un montón de dinero. La gente suele dejar diez céntimos o veinte, cincuenta es ya un desembolso importante. Casi nadie da monedas de dos euros. Este señor lo hace siempre que la ve, es decir, los viernes, que es cuando Mir toca en la esquina de la calle de la comisaría. Le gusta mucho su música o le gusta mucho Mir. Tal vez lo que le agrade sea encontrar algo tan bonito y armonioso como el sonido de su violín al salir de trabajar. Su día a día no debe de ser muy desenfadado. Iam, la ilin de Mir, conecta fugazmente con el ilin del policía para transmitirle su agradecimiento.

Sería interesante mantener el contacto, porque es una experiencia escuchar tocar a un músico mientras se comparten sus emociones, pero ellos no se conocen apenas y cortan la conexión deprisa. Una pena. Mir sueña con tocar sobre un escenario, vinculada mediante la Red a toda la sala. Se imagina la sensación chispeante, como si una corriente eléctrica los uniese a todos. Comunicaría sentimiento puro por dos vías a la vez. Algún día lo hará, pero hoy el concierto es para un único oyente.

Él se queda escuchando un buen rato, pero un chaval moreno, descalzo, desharrapado y con cara de extremo cansancio, como si hubiese dormido muy poco y caminado durante horas, llama su atención al tocar a la puerta cerrada de la comisaría. Está alterado y no se para a leer el cartel del horario. Llama, llama y llama, con desesperación.

—Eh —dice el policía—. Está cerrado. ¿Qué te pasa?

El chico vuelve hacia él unos ojos asustados.

—¿Cerrado? ¿No hay una farmacia de guardia o algo así? Digo, una comisaría de guardia. Tiene que haber alguna abierta. No tengo mi teléfono para llamar a urgencias. Lo he dejado en el hotel.

Hace veinte años, las comisarías estaban abiertas las veinticuatro horas del día, pero eso no es necesario en la

actualidad. Con el índice de criminalidad por los suelos, la policía local cierra a las ocho entre semana y a las dos los viernes y los sábados. Para incidencias fuera de horario hay que dirigirse a la Dirección General de la Policía, en Diego de León.

Miriam lo va a decir, pero no hace falta; el policía interviene primero.

—Yo soy policía. ¿Qué ha pasado? —Se acerca a él despacio, seguro de sí mismo.

Mir separa el arco del violín y baja el instrumento. No es que quiera cotillear, pero tocar en ese momento parece una falta de respeto. Tanto ella como su ilin callan.

—Me han intentado asesinar —dice el chico—. Me he escapado, he venido andando siguiendo la carretera, pero por los campos, por si me perseguían, estoy… creo que me sangran los pies… Tenía miedo de que me persiguiera. Es que me quiere matar…

—¿Quién?

—No lo sé. Un hombre…

—¿Te han atracado?

—No, no me ha pedido nada, creo que me odia.

El policía suspira. Mira al joven con desconfianza y no es capaz de adivinar qué ha debido de consumir.

—Cuéntamelo todo.

—Estaba dormido en el hotel, me he despertado y la… la… la chica que estaba conmigo ya no estaba. Había entrado un hombre con una pistola. Lo empujé por la ventana.

—¿Lanzaste a un hombre por la ventana?

—Sí, ¡pero no lo he matado! —El chaval está aterrado —. Cuando fui a buscarlo, había desaparecido.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y tenía una pistola.

—¿Acababas de despertarte?

—Sí.

—¿Has bebido?

—No. Por favor, acaban de intentar asesinarme…

—No eres simbionte, ¿verdad? —pregunta el policía

desganado. El chico niega con la cabeza y el hombre vuelve a suspirar. Tomar declaración a través de la Red es muy sencillo. Los ilin no pueden mentir al compartir recuerdos. Sin embargo, lo que diga un humano tiende a ser falso. Los no simbiontes no son muy fiables—. Mira, tendrás que ir a Diego de León para que te atiendan, que está abierto todo el día.

—Pero no puedo estar ahora caminando por Madrid… Este asesino puede estar en cualquier parte…

El policía mira alrededor y sonríe.

—Yo no me preocuparía demasiado si fuera tú. No parece que vayan a asesinarte a corto plazo.

—¿Y si ha sido la Sombra? —pregunta el chico.

—Chico, el de la Sombra es un caso muy sonado y ha salido en la tele —dice el policía—. Si todas las personas que vienen aquí jurando que la han visto tuvieran razón, a estas alturas habríamos capturado a la Sombra al menos cincuenta veces. Si no quieres ir a denunciar el caso, no lo hagas. Mi recomendación es que te vayas a casa, te tomes una tila, duermas bien y vuelvas mañana. A las ocho estaremos aquí.

El policía se da a vuelta, se detiene un momento para saludar a Mir al pasar delante de ella y se aleja calle abajo. Ella le sonríe nerviosa y empieza a guardar el violín, que sigue teniendo en la mano. Se acerca la hora de la siesta y no es buen momento para tocar, es mejor dar la jornada por concluida.

No puede evitar mirar de reojo al joven, que se sienta en el escalón de la puerta de la comisaría y esconde la cara entre los brazos. No solloza, pero está a punto.

No podemos irnos y dejarlo así, dice Iam.

El policía ha pasado de él porque no es simbionte, las dos lo saben. No es justo, pero no pueden hacer nada contra eso. Está claro que el chico también lo sabe.

Mir cierra el estuche, se lo echa al hombro y da unos pasos hacia él. Se agacha a su lado.

—Hola —saluda cuando él levanta la cabeza—. Perdona, he escuchado la conversación. ¿Estás bien? —

Sacude la cabeza inmediatamente—. Huy, perdona, qué tontería, claro que no estás bien… Estarás aún encogido del susto. ¿Puedo ayudarte?

—¿Sabes dónde está el sitio que ha dicho él de Diego de León?

—Es la Dirección General de Policía. Puedo consultarlo en la Red.

Ya tengo la dirección, dice Iam.

Lo acompañan y pagan su billete de metro con el dinero que acaban de ganar, porque les da demasiada pena y Mir piensa que, si alguien intentara asesinarla algún día, pero lograse sobrevivir, no le gustaría nada tener que ir a poner la denuncia sola, andando y descalza. Le pregunta si quiere llamar a sus padres o a alguien, pero el chico dice que no. Así que van hasta Diego de León, hacen cola durante horas entre gente que quiere resolver problemas de tráfico o renovar el pasaporte; cuando finalmente los atienden, está cayendo la noche. La agente, cansada y aburrida detrás de su escritorio, pide a Lazlo que se vincule con ella para registrar con más rapidez los hechos. Él dice que no es simbionte. Mir es testigo de cómo su caso pierde relevancia de inmediato. Toman nota, lo archivan de modo que parece que morirá en un cajón y ahí acaba la historia.

Cuando salen, está oscureciendo y los tres saben que han perdido medio día inútilmente.

—Vamos a cenar —dice Mir—. Invito yo.

Comen y al menos ella se siente un poco mejor.

Oye, llama Iam. S*i cree que le ha atacado la Sombra y la policía pasa de él, quizá convendría que hablase con otra persona*.

¿Quién lo va a ayudar si no es la policía?

Hay un investigador privado que está intentando pillar a la Sombra. Seguro que está dispuesto a oír lo que este chico tenga que contar.

¿Cómo lo sabes?

El agente estaba pensando en ello nada más salir de la comisaría. Lo vi cuando nos conectamos para darle las gracias.

Cotilla. ¿Puedes contactar con el ilin del detective?

No. Ha rechazado mi solicitud de conexión. Esto es extraño e Iam lo sabe, pero no hace ningún comentario.

Mir se pregunta qué pueden estar haciendo el investigador y su ilin que no quieren que se sepa. Si fuese algo íntimo, lo normal sería que el humano estuviese desconectado pero el ilin no. Es lo que hacen Iam y ella, al menos.

¿Entonces?

He encontrado sus señas.

—Ay —dice Mir. Se ríe avergonzada al darse cuenta de que ha tardado un buen rato en seguir hablando—. Perdona. Me dice mi ilin que hay un detective que está investigando lo de la Sombra. Igual él te puede ayudar también.

Marcos acompasa sus pasos a los de Álex. Los crujidos del puente disparan pensamientos invasivos y el chico se imagina precipitándose a la autopista entre escombros. Sin embargo, la construcción no se derrumba y consiguen llegar hasta la mitad, donde se detienen. Son los reyes del río de luces de la M30.

Ella le da un codazo. En la pared que divide el puente en dos dice: «DE MADRID AL CIELO». Sobre su cabeza, otro mar de luces.

—Antes en Madrid no se veían las estrellas —dice Álex —. ¿Te lo imaginas?

—No.

Ella se ríe. Los nudillos de él palidecen por la fuerza con la que se aferra a la barandilla. El viento hace que el puente parezca frágil.

Debajo de ellos, en la ribera del río de coches, los arbustos se ondulan como fantasmas. Los faros iluminan sus ramas resecas. Qué feas son las autopistas. Algunas zonas están valladas para proteger a un hipotético peatón que caminase entre la maleza, junto al arcén. Nadie hace eso jamás. Ahí abajo solo hay plantas y un bulto oscuro que tirita en la penumbra.

—¿Qué es eso? —pregunta Marcos. Álex sigue la dirección que señala él, pero no ve nada. Marcos insiste—: Hay un fardo o algo.

—Será algo que se le ha caído a alguien por la ventanilla —sugiere Álex—. Un jersey o algo así.

—No puede ser. ¿Cómo va a haber atravesado la valla? Además, es más grande que un jersey.

Ella mira con más atención. Sus ojos se entrecierran hasta convertirse en dos ranuras estrechas.

—Parece una bolsa de deportes, de esas de lona — adivina—. Será el botín de un contrabandista.

—¿En Madrid?

—Pues de un vendedor de droga.

—Creo que se mueve —insiste Marcos preocupado.

Puede que sea el viento, pero no está seguro. Se ve fatal, está muy lejos y la única iluminación es la de la autopista. Marcos se asoma un poco más, la curiosidad vence al vértigo.

—A lo mejor han abandonado unos cachorros dentro —dice Álex—. O una camada de gatitos. Hay gente que hace eso, los mete en una bolsa y los lanza por encima de la verja de la perrera o de la autopista. Deberíamos ir a ver.

Marcos se encoge de hombros y la sigue mucho menos decidido. No tiene ganas de verse envuelto en una actividad ilegal y está seguro de que la bolsa contiene sustancias prohibidas. Se pregunta qué harán si su dueño les pilla robándole la mercancía. Él no sabe luchar, pero supone que podría dar una buena patada en caso de necesidad.

Bajan del puente por Moratalaz y rodean el centro comercial hasta el parque que hay al otro lado. No daría miedo si estuviera vacío, pero se pueden distinguir figuras enredadas en algunos de los bancos menos iluminados. Son amantes inmersos en sus asuntos o atracadores a la espera de una nueva víctima, nunca se puede estar seguro. Marcos acelera el paso.

El final del parque se confunde con el principio del jardincillo de la autopista en una pendiente que cae abruptamente. Descienden por ella con cuidado, Álex camina de lado, a la cabeza; Marcos la sigue como puede. Ella se agarra a las plantas por seguridad, pero él teme que haya telarañas y se arriesga a caer para no tocarlas. Consiguen llegar hasta la valla y caminan a su lado. Desde arriba era más fácil distinguir el punto en el que se encontraba el bulto oscuro.

Es Álex la que lo encuentra, gracias a la luz que un autobús privado arroja sobre el arcén. Se trata, en efecto, de una bolsa de deportes de color gris y verde, poco llamativa. Es vieja y está muy polvorienta, nada indica que contenga algo valioso. Marcos la levanta: no pesa apenas.

—No tiene perritos dentro —declara—. Parece casi que esté vacía.

La acercan al quitamiedos para poder ver lo que

contiene con la iluminación que proporcionan los coches. Abren la cremallera y encuentran unos pantalones vaqueros, una camiseta roja con un dibujo geométrico blanco y una sudadera muy suave de color azul. Son prendas de chica y, en contraste con la bolsa, no parecen viejas ni en mal estado.

—Son más o menos de la talla de Gala —dice Marcos —. Vaya despropósito tirarlas, la verdad. Están nuevas.

—¿Qué dices, que se las regalemos a Gala? Tú estás pirado. Esta ropa tiene que ser de alguien —bufa Álex—. Será mejor que la dejemos aquí. La chavala que la haya dejado volverá a por ella.

Vuelven a guardarlo todo en la bolsa, pero Marcos no está seguro de que lo correcto sea dejarla. Duda y la abre de nuevo para examinar las prendas una vez más.

Por la autopista pasa un coche de policía con las luces encendidas.

Ben está sentado delante del escritorio de su despacho, a oscuras. Lleva así tres cuartos de hora, sumergido en una confusión brumosa dentro de su propia cabeza y haciendo esfuerzos inútiles para aclararla. También Ji calla, sus pensamientos son inconexos.

Tienen la sensación de que se ha acabado todo, pero no es así. Todavía queda encontrar a la Sombra, porque es lo que les ha encargado la señora Ocampo.

Esto nunca fue para salvar a Cax, piensa Ben.

Venga ya, replica Ji.

Estaban en la cama, leyendo junto a un Santiago profundamente dormido, cuando les llegó el mensaje de Bim. Todavía no había salido en los periódicos, pero él les garantizaba que la noticia era cierta: habían encontrado la ropa de Cax en un arcén de la M30.

No significa que esté muerta, había dicho Ji de inmediato.

Ben ni siquiera se molestó en contradecirla. Llevaban tres meses buscándola. Cada vez era más probable que estuviese muerta. La bolsa de ropa parecía una confirmación.

Tendríamos que contárselo a sus padres, piensa Ji.

No, es mejor no molestarlos más. Se lo dirá la policía cuando sea oportuno.

Silencio, durante un largo rato. Es Ji la que lo rompe:

¿Vamos a continuar con la investigación?

Podrían dejarlo y renunciar a sus honorarios. La señora Ocampo no se lo perdonaría, pero ellos podrían vivir con ello.

Ben observa las fotografías, los recortes de periódico, el material que está colgado en la pared del despacho. Piensa en las otras víctimas.

Un ruido los obliga a levantarse y quedarse de pie en el pasillo, atentos. Lo vuelven a oír. Es alguien que llama a la puerta principal; sin utilizar el timbre, golpea suavemente la madera con los nudillos. Una, dos, tres, hasta ocho veces.

Ximena tarda en encontrar el sitio, que está apartado de todo lugar habitado de Madrid. Es pacífico, está lleno de plantas y la carencia de edificios altos hace que el cielo parezca más grande sobre él. Se oye cantar a los pájaros y una brisa suave acaricia el rostro triste de las personas de luto que desfilan en grupos pequeños hacia el interior.

Ella entra sola al recibidor amplio con suelo de mármol: lo odia. Una mujer trajeada que espera junto a la escalera le ofrece un saludo solemne, a media voz, pronunciado en tono de melancólica comprensión: lo odia. Sigue sus indicaciones y atraviesa el pasillo de piedra decorado con plantas colgantes, hasta la estancia que debería parecer una capilla pero recuerda a un teatro: la odia.

Allí está la madre de Berta, Antonia, el centro neurálgico del evento. Ximena se las arregla para acercarse a ella entre la multitud y le ofrece la mano, porque no se siente con suficiente confianza como para darle un abrazo:

—Lo siento mucho.

Antonia se lo agradece sin mirarla. No la identifica, no sabe quién es. Una amiga de Berta, su novia, la única persona de la ceremonia que la recuerda con más rencor que pena porque le mintió, da lo mismo. Es una cara más en medio de los sentidos pésames.

En el escenario se encuentra un féretro, imponente y horrible. A Ximena le incomoda la sola idea de que pueda haber un cuerpo ahí dentro. El mismo cuerpo junto al que ella ha dormido muchas noches, ahora inerte y descompuesto. Siente náuseas. Se dice a sí misma que es imposible que el cadáver esté dentro, Berta murió hace meses. Se trata de un enser de utilería vacío, tan de mentira como las flores de los jarrones. Su presencia es asquerosa y de mal gusto.

Los amigos y la familia de Berta se sientan poco a poco, pululan entre las filas de asientos como si estuvieran buscando su butaca con la entrada en la mano. Harían falta

acomodadores, pero no hay. Ximena fuerza una sonrisa cuando por accidente cruza la mirada con alguien. Quiere odiarlos a todos, pero en lugar de beligerante se siente desinflada. No es capaz de sentarse cerca del ataúd, así que se acerca a las escaleras laterales para subir al anfiteatro. Pasa junto a un jarrón y se contiene para no chasquear la lengua en desaprobación de su propio cinismo: las flores son preciosas e inmaculadas, pero naturales.

Se sienta en la última fila, como una adolescente rebelde en el autobús escolar. Poco a poco, otros asistentes se animan a subir también. Tardan casi media hora en estar acomodados; en el mundo de las conmemoraciones fúnebres nadie tiene prisa, no es como si ellos también fuesen a morir antes o después. Ximena sonríe al pensar aquello. Qué impresentable es al permitir que algo le haga gracia en un evento en memoria de una muerta. Ojalá a Berta, esté donde esté, le moleste.

Empieza el espectáculo. Alcanza las expectativas: es terriblemente aburrido. Ximena desconecta y piensa en que Berta habría muerto de todos modos de haber subido a la nave del entrenamiento para las colonias. Su asesino ha trabajado en balde. No tiene sentido molestarse en matar a alguien que está condenada ya, en una lista de espera para un accidente.

Salvo que la nave troposférica que iba a transportar a Berta sí hubiera llegado a despegar. El pensamiento la asalta y no se aparta de ella. No lo ha comprobado. No sabe si esa nave en concreto logró salir de la prelanzadera. Es cierto que muchas lo hacen, la mayoría. Por eso la cantidad de accidentes aún no ha llamado la atención de la prensa.

Está en el sórdido evento conmemorativo, atrapada, y no puede dejar de preguntarse si las víctimas de la Sombra están apuntadas para zarpar en las naves que luego explotan o en las que emprenden el viaje. Si es la segunda opción, significa que el asesino sabe qué despegues van a ser boicoteados. Es irrespetuoso conectarse a MEEND durante un acto solemne. Bastante malo es que no esté escuchando. No puede hacer eso. Se contiene e intenta

hacer caso a la persona que habla, un viejo amigo de Berta, pero es imposible. La letanía monótona es un repelente para la atención.

Ximena está cabreada con Berta por no decirle que iba a ir a las colonias, por atraparla en un evento lúgubre y larguísimo, y por hacer amigos de mierda que dan discursos infumables. Suspira en voz baja. La única persona que también se ha sentado en la última fila, a un par de asientos de distancia, la mira y sonríe. Es una mujer mayor, vestida de gris oscuro y con un fular rosa enroscado en el cuello. Es un color demasiado alegre para la ocasión; Ximena siente un arrebato de simpatía hacia ella por llevarlo. Le devuelve la sonrisa con aire de disculpa.

La razón de su enfado es que sigue queriendo a Berta, aunque le gustaría no hacerlo. Ojalá después de una traición fuese posible borrar los sentimientos hacia la persona en cuestión. Ojalá poder quedarse con los buenos recuerdos y superar lo demás. Ximena no sabe cómo hacerlo; suena bien, pero es imposible.

Una notificación de MEEND aparece en su lentilla inteligente. No quiere abrirla, pero es de Benji Serra. El muy idiota tiene que escribirle mientras está en el acto de las narices en memoria de la judas de Berta. No hay un momento mejor. Ximena abre el mensaje y entiende que debe salir de allí. Por suerte, deben estar a punto de terminar.

Se equivoca. Aquello se alarga unos cuarenta minutos más y cada uno de ellos se hace eterno. Cuando por fin el público se levanta (sin aplaudir), Ximena está decidida a saltar la barandilla si es necesario con tal de escapar cuanto antes.

La mujer del fular rosa le dedica una mirada cargada de condolencia.

—Yo le di clase en el colegio —dice con voz suave—. Siempre fue muy especial. —Ximena asiente en silencio. No sabe cuánto tiempo tiene que quedarse después de que le hayan dirigido la palabra antes de poder marcharse sin ser maleducada—. ¿Era amiga suya?

Ella clava los ojos en la expresión amable de la mujer, el fular rosa, las manos cruzadas bajo el pecho.

—No —responde en el mismo tono que ha utilizado ella—. Solo éramos conocidas. Discúlpeme.

Es de las primeras en bajar la escalera y logra evitar a la gente que se apelotona en la salida. Se marcha con la sensación absurda de haber esquivado una bala.

Santiago se levantó tarde e incluso antes de desayunar supo que iba a tener una de las mañanas más raras de toda su vida. Nunca se había despertado para encontrar sentado en su sofá a un chico al que no conocía de nada y que no había estado allí la noche anterior. Le sonrió y se presentó, para desconcierto del chaval, que estaba aún más asombrado que él. Entonces, Benji apareció con un par de tazas de café, le dio una al joven y se llevó a Santiago a su despacho para explicarle la situación.

Los niños se sentaron a la mesa del comedor y desde entonces han estado charlando alegremente con Lazlo. Por suerte, ni Natalia ni Vito son tímidos. Se les hace tarde desayunando, pero a ellos les parece estupendo; un *brunch* casero es de lo que más les gusta en el mundo. Al acabar, se llevan a su nuevo amigo al sofá; Santiago recoge la mesa y trae las cosas a la cocina. Benji friega los platos:

—De verdad que siento la sorpresa —repite.

—No, no pasa nada —asegura Santiago—. Eso sí, me preocupa que nuestra dirección esté en la Red, a la vista de todo el mundo.

—Ya le he pedido a Ji que corrija eso —responde Benji rápidamente—. También me ha parecido alarmante a mí. Es difícil controlar qué información es pública en la Red. A partir de ahora lo revisaremos periódicamente.

—Está bien.

—Lazlo dice que la Sombra ha intentado matarlo —dice Benji bajando la voz—. He avisado a Ximena, que me está echando una mano con la investigación; estará al llegar. Lo digo por si prefieres salir con los niños.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, salvo que prefiráis manteneros al margen. No seré yo quien te diga que tenéis que iros de casa, faltaría más. —Benji duda—. De hecho, no me gusta que esta reunión tenga lugar aquí.

Santiago sacude la cabeza.

—Ha surgido así. No le demos más importancia. Si te

parece bien, mandamos a los niños a jugar al piso de arriba y vosotros os instaláis en el salón. Así no tendréis interrupciones. Y si la cosa se alarga, me los llevo a comer fuera para no estar trasteando en la cocina.

—No va a alargarse.

—Bueno, pero si se alargase. —Benji hace una mueca porque no le gusta que lo contradiga, Santiago se ríe de él y le da un beso en la nariz fruncida—. Yo hoy estoy libre, ¿puedo quedarme con los mayores o prefieres que vaya a jugar al piso de arriba también?

Le hace reír.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Es tu premio por ser el dueño de la casa.

—Sabía que entre pagar impuestos y preocuparme por las goteras tenía que esconderse alguna ventaja.

Deja a su marido en la cocina, le pregunta a Lazlo si quiere algo más y aprovecha para enviar a sus hijos a su cuarto. Llaman a la puerta, así que echa un vistazo por la mirilla antes de abrir:

—Tú debes de ser Ximena —saluda—. Santiago. Encantado. ¡Pasa, por favor!

Benji sale de la cocina. Hace un gesto que sirve para saludar a Ximena e indicarle en qué dirección está el salón, todo a la vez. Ella asiente, sonríe cortésmente a Santiago y acepta la invitación.

Entran a tiempo para ver a Lazlo regresar a la realidad. Tenía la expresión ausente de los usuarios novatos de lentillas artificiales. Santiago lo ha visto antes en documentales y películas, nunca en la realidad, porque están prohibidas. Las que lleva Lazlo seguramente sean de quita y pon, aunque las hay permanentes. La sola idea de estar viendo imágenes todo el tiempo le da grima a Santiago, más o menos igual que la perspectiva de tener en la cabeza a otra criatura que pueda leerle el pensamiento.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunta Ximena. Su tono de voz es como el disparo de un arma de fuego. Lazlo la mira con perplejidad—. Sí, tú. Estabas en MEEND, ¿no? ¿Qué hacías?

—Esta es Ximena —dice Benji—. Ximena, él es Lazlo.

—Sí, sí. —Ella no va a soltar su presa—. Venga, chaval, ¿estabas conectado o no?

—Sí —balbucea Lazlo, que lleva encima una falta de sueño importante y una reserva introspectiva igualmente considerable—. A Violet.

—¿Para qué? —Ximena ni siquiera se ha sentado.

—Cuando me intentaron matar estaba con una chica —dice él, como si no se lo creyera—. Le he escrito para preguntarle si está bien, pero no ha respondido. No quiso huir conmigo.

—Apaga MEEND inmediatamente —ordena Ximena.

—Pero... —empieza a decir el chico.

Benji lo interrumpe antes de que termine de pronunciar la palabra:

—¿El chip de MEEND tiene un sistema de ubicación?

—Sí —dice Ximena—, y Violet lo usa. Seguro que este no lo tiene desactivado.

—No lo sabía —se defiende Lazlo.

—¡Apaga MEEND! —ladra Ximena.

Ha levantado la voz. Santiago lanza una mirada escaleras arriba, procupado por la alarma que el grito pueda haber provocado en los niños, pero no parece que hayan oído nada. Por si acaso, cierra la puerta del salón.

—Ya está apagado —dice Lazlo asustado.

Santiago piensa en el coche negro que estuvo vigilándolos unos días, hace varios meses, y siente que el desayuno se le ha quedado atascado en la garganta.

—Benji, si viene alguien será mejor que no estemos aquí —dice. Su propia capacidad para mantener la compostura le sorprende—. Me llevo a los niños a casa de mis padres. Vosotros tenéis que marcharos también.

De inmediato, además. Llevan en casa toda la mañana con un tipo al que un asesino está buscando y que tiene un localizador, prácticamente. Santiago no quiere sucumbir al pánico, pero piensa que tiene razones de sobra para hacerlo.

—¿Creéis que la Sombra va a venir aquí? —pregunta

Lazlo.

—No lo sé —responde Santiago—. Pero prefiero ser un exagerado vivo que un valiente muerto.

Mira a Ximena, que frunce el ceño y niega con la cabeza.

—A mi casa no. No es seguro. Me estoy quedando en la de una amiga, de hecho, y obviamente allí tampoco vamos a ir.

—A cualquier bar —dice Benji—. Para hablar no tenemos que estar en casa de nadie.

—Cualquier bar no nos vale. Y a este hay que meterlo en algún sitio donde pueda pasar un tiempo. Seguro que la Sombra sabe dónde vive si ha estado conectado a Violet como un imbécil.

Los labios de Lazlo están tan apretados que han perdido el color.

—Santiago, vosotros marchaos ya —pide Benji preocupado.

—No quiero que os quedéis aquí —protesta él.

—La Sombra no va a atacar a Lazlo con testigos delante. Nunca lo ha hecho, siempre espera a que sus víctimas estén solas.

—No —dice Lazlo—. Entró en la habitación de hotel y estábamos los dos, por eso logré escapar… Ella le sorprendió y yo pude atacarlo. —De nuevo, no parece creerse sus propias palabras.

Esto no tranquiliza a Santiago. Benji se da cuenta:

—Tranquilo, nos iremos enseguida.

—Pídele ayuda a Bim —propone Ximena—. Ji puede hablarle de ilin a ilin, ¿no?

Todo este tiempo, Santiago había asumido que Ximena era simbionte, pero por su comentario se entiende que no lo es. Así que hay mayoría de humanos no simbiontes en la casa en ese momento. No es algo que suceda con frecuencia.

—¿Quién es Bim? —pregunta Lazlo.

—A callar —responde Ximena—. Bastantes problemas has causado ya.

Él obedece. Está teniendo una racha muy dura: primero el intento de asesinato, luego la incredulidad de la policía, ahora Ximena. A Santiago le gustaría envolverlo en una manta y decirle que ya pasó. En lugar de eso, sube al piso de arriba y procura meter prisa a sus hijos, sin asustarlos, para que se pongan los zapatos.

Benji sale al recibidor para darle un beso a cada uno.

—Ten cuidado —dice Santiago.

—Tranquilo —responde él—. No va a pasar nada. Estoy seguro.

Suena a mentira piadosa.

Gala es la orgullosa dueña de un búnker en el jardín de la casa de los Hijos de la Tormenta. Empezó siendo una zanja para plantar los dos jóvenes frutales que le había regalado una de sus profesoras, pero al final decidió colocarlos al otro lado, junto al muro trasero, por miedo a que, cuando creciesen, la gente que pasase por la calle pudiera llevarse la fruta. No sirvió de nada: los árboles, un par de ciruelos, nunca se dignaron a echar ni una flor.

La zanja se hizo cada vez más profunda. Gala cavaba en ella siempre que necesitaba aislarse del mundo. En ocasiones con Álex o Marcos sentados cerca, dándole conversación, pero en la mayoría de ellas a solas, trabajaba en el jardín como si aquello tuviese algún propósito. Siempre había pensado que cavar era una actividad que se hacía con el objetivo de tener un agujero como resultado, pero descubrió que también podía tratarse de disfrutar del proceso.

Cuando llegó a una roca que le impedía seguir hacia abajo, se dedicó a ensanchar el hoyo. Tuvo que reforzarlo con listones de madera por miedo a que el suelo del jardín se derrumbase sobre su madriguera. Cuanto mayor la hacía, más se convertía en una habitación subterránea. Dejó la excavación de lado y empezó a construir; colocó estantes, apisonó el terreno, abrió tragaluces para ventilar.

Sacó esquejes de una mala hierba densa y persistente, y los plantó a los lados de la zanja original, que servía como entrada al búnker, hasta que la taparon por completo. Su refugio era secreto, excepto para los Hijos de la Tormenta, claro. Álex y Marcos tenían permiso para entrar con ella. Juan y Guille también, a veces, aunque nunca hubiesen mostrado un desmedido interés. En cambio, los pequeños estaban fascinados por aquel lugar prohibido para ellos y acercaban las naricillas para husmear siempre que podían. Los mayores les contaban terribles historias de maldiciones para mantenerlos alejados y, hasta el momento, parecían funcionar.

Antes de entrar en el búnker, Gala comprueba que los tallos de la mala hierba guardiana estén tal y como los dejó. Trae un par de macetas pequeñas con flores que va a plantar frente a los tragaluces. Así los disimulará y, además, adornará las inmediaciones de su refugio. Una vez ha comprobado que todo está bien, entra en la zanja, coge las herramientas que guarda en un cubo y sale para ponerse a trabajar.

No lleva ni media hora cuando se acerca Álex. Se queda de pie, un poco inquieta, en lugar de sentarse o de echar una mano. Gala levanta la mirada hacia ella y hace una mueca que pretende ser una sonrisa.

—Hey —saluda—. ¿Qué pasa?

—Nada —responde Álex, con vaguedad, aunque está claro que ha venido a decirle algo. Gala pasa y sigue trabajando; sabe que lo mejor es no presionar—. Oye, tú de las colonias qué piensas.

No suena a pregunta y Gala responde en el mismo tono:

—Cómo que qué pienso.

—Pues eso, que qué piensas. Si tú te irías.

—No, paso.

—¿Por qué?

—¿Tú te quieres ir?

—No, a ver. No sé. —Álex suspira. Coge el cubo, lo vuelve del revés y se sienta encima—. Es que a veces pienso en qué narices voy a hacer el año que viene o el siguiente o así, y me dan ganas de irme. O más bien, pienso que igual sí que no vendría mal vivir en un sitio donde no hay simbiontes y te dan un trabajo y una casa…

Gala se ríe. Sabe que Álex ha sido siempre contraria a la idea de pirarse de la Tierra para dejar hueco a los simbiontes. Le hace gracia la duda existencial que de pronto tiene su amiga.

—Venga ya —responde.

—Joder, que te estoy hablando en serio.

—Pero si a ti las colonias te dan repelús.

—Ya, pero es que, ¿de qué vamos a trabajar?

—Yo estoy trabajando —le recuerda Gala.

Últimamente apenas está en casa, tiene siete mil clientes de NEW FRIEND. Resulta que se le da bastante bien acompañar a la gente. Esto le sorprende a ella la que más, que siempre se había considerado hosca. Se ve que su forma de ser, con pocas florituras y rodeos corteses, es agradable para más personas de las que creía.

—A eso me refiero. Que vamos a tener trabajos de… pues de vendernos nosotras, no de vender lo que hacemos. Y no me apetece nada.

—Oye, me vas a perdonar, pero a mí por lo que me pagan es por mi tiempo, como a todo el mundo, vamos, digo yo —bufa Gala—. A ver qué te crees.

—Por ahora —augura Álex lacónica.

—Vete a la mierda.

—Eso es lo que pienso que nos espera. Lo has pillado —se burla ella. Intenta ser graciosa, pero ha conseguido poner a Gala de mal humor.

—Mira, que no es culpa mía que tú no tengas curro —dice sin mirar a su amiga—. No vengas a llorarme porque yo sí tengo algo que se me da bien.

—¿Vas a hacer eso para siempre?

—Huy, no. Tienes razón. Mejor nos vamos mañana a las colonias. Venga.

Álex se pone en pie y se cruza de brazos. Va a decir algo, pero sacude la cabeza.

—¿Qué? —pregunta Gala.

—Te ha comido el seso el sistema —suelta Álex—. Te crees que es normal que porque no seas simbionte no puedas tener cualquier trabajo, sino solo los que no quieran o no puedan hacer ellos.

—Mi trabajo lo podría hacer perfectamente un simbionte.

—Sí, pero no quieren, porque pueden hacer cosas mejores. Tú eres básicamente una mascota.

—Venga, vete a la mierda de una vez —repite Gala—. Tienes ganas de bronca y yo paso, tía. Vete, hala. Salpica.

Ella se marcha sin decir nada más y Gala lo agradece.

Sigue cavando. Entiende la frustración de Álex, claro; ella también tiene días de ver el futuro muy negro, pero por lo menos tiene su curro, que será poco importante, pero es algo. Sentirse una carga es muy jodido y, si encima da la sensación de que no se tiene un futuro, pues peor. Vale, es comprensible; pero eso no significa que Gala tenga que aguantar que le toque la moral. Cuando esté más tranquila, si quiere, que venga a hablar de buenas, que para algo son amigas. Hasta entonces, Gala prefiere concentrarse en sus flores.

Juan se había olvidado de que todavía tiene la llave del segundo apartamento en el manojo: sigue tal cual se lo entregó Bim cuando se independizó. Lo lleva en el bolsillo durante el camino, aunque el peso tire de su chaqueta y lo obligue a llevar un lado más hacia abajo que el otro.

Intenta negárselo a sí mismo, pero se alegra de haber tenido este despiste y no haber devuelto la llave en su momento. Le parece estupendo tener que ir a abrir la puerta para Bim, siente que hace algo útil y, además, le verá a él y a la gente a la que quiere ofrecer el piso; parece una tontería, pero es la primera vez que Juan va a socializar fuera del trabajo en lo que va de mes. Odia estar solo en su apartamento vacío, odia echar de menos a Guille y odia sentirse fracasado al pasar con frecuencia por la casa de los Hijos de la Tormenta. Cada vez que los visita le resulta más difícil fingir que todo le va bien, que está contento y que no se siente como un náufrago en una isla desierta. No le gustaría tener que admitir eso ante los demás, que son más pequeños, y menos aún ante Bim.

Se le hace raro llevar MEEND desconectado, pero Bim ha sido muy claro y Juan es capaz de ver el peligro escondido detrás de esa orden desacostumbrada. Se da prisa en llegar; tiene la impresión de que sus pasos suenan demasiado fuerte sobre la acera y de que los transeúntes con los que se cruza son sospechosos.

No hay nadie en el portal cuando llega. Empuja la puerta, sube al cuarto piso por las escaleras, porque no tiene paciencia para esperar al ascensor, y entra al apartamento a oscuras. Llega a tientas hasta los plomos: no se atreve a subir las persianas para dejar pasar la luz del día.

Después, se sienta en el salón. El sofá huele a viejo y a cerrado, hace meses que nadie pasa por allí. Juan tiene la tentación de conectarse, porque no está acostumbrado a pasar ratos muertos consigo mismo, pero la incertidumbre lo obliga a hacer caso a la advertencia de Bim. Entonces,

suena el timbre.

Abre sin saber quién es porque el telefonillo está roto. Corre hasta la puerta y pega el ojo a la mirilla: el ascensor tarda un rato en llegar, pero lo hace finalmente.

El que sale de él es Bim. Con un suspiro de alivio, Juan lo deja pasar.

Le gustaría poder decirle que se alegra de verlo. Preguntarle qué tal le va y si necesita ayuda en algo. Tal vez, si la situación es propicia, dejar caer que no se opondría a que Álex o Gala o Marcos se mudasen a vivir con él. O pedirle consejo sobre cómo obtener un trabajo mejor. Juan no está muy contento en NEW FRIEND; aunque le sale natural generar confianza con otras personas y hacerlas sentir bien, y le gusta hacerlo, hay veces que la empresa le ha enviado a sitios de dudosa seguridad con clientes demasiado inquietantes. Juan piensa que sería más feliz en otro puesto, más serio, que también tuviese que ver con cuidar y acompañar a otras personas; pero no sabe por dónde empezar.

Saluda a Bim, agradecido por tener este momento a solas con él, pero el ilin se adelanta:

—Quiero que te marches de aquí —dice.

—¿Qué pasa?

—No tiene que ver con nosotros. Deja las llaves y vete.

El timbre suena otra vez. Juan fuerza una sonrisa.

—Me voy a quedar al menos para abrir la puerta. Me es más fácil coger el telefonillo que a ti.

Pulsa el interruptor y los dos esperan a que el ascensor baje y vuelva a subir. La puerta de la casa está abierta, así que pueden ver cómo salen de él dos hombres, uno de ellos de la edad de Juan, y una mujer. Ninguno de ellos se sorprende al ver a Bim, pero sí lanzan miradas de asombro a Juan.

—Siempre estás acompañado por alguien distinto, ¿eh? —comenta Ximena—. Conoces a un montón de chavales de menos de veinte. Sería sospechoso si fueses un humano.

A Juan no le hace gracia el comentario y sus implicaciones. Le gustaría responder, indignado, que Bim es

prácticamente como si fuera su padre, pero se calla porque sabe que suena ridículo. Es un ilin y, de hecho, si todavía cabe en la pequeña cabeza de su cuerpo de metal, no debe ser demasiado grande. Por lo tanto, es un ilin joven.

—No pinches el bote salvavidas, anda —le dice el hombre mayor—. ¿Podemos pasar?

—Sí —responde Bim—. Juan, cierra la puerta, por favor.

Los tres desconocidos entran en el apartamento y se acomodan en el salón. Bim no se mueve. Mira a Juan. No añade nada, pero él entiende.

—Quiero ayudar —declara en voz baja—. Ya veo que esto tiene que ver con un secreto o algo, pero yo puedo guardarlo. ¿No soy de fiar o qué?

—Sí lo eres, pero este asunto es peligroso y no quiero que tengas nada que ver con él. Prefiero que vayas a casa y estés disponible por si te necesitase. ¿Me harías ese favor?

Él asiente. Saca las llaves de ese apartamento del manojo y las deja en la mesita junto a la puerta. Bim se ha vuelto hacia los desconocidos, así que él se marcha sin despedirse. No va a su piso, sino a la casa de los Hijos de la Tormenta. Se encargará de que todo esté en orden allí hasta que Bim regrese; como Guille sigue desaparecido, él es el único adulto.

Si lo está haciendo por ayudar y no por no encerrarse en su piso, solo y sin conexión a MEEND, no es un fracaso. Es echarle una mano a Bim, aunque no se lo merezca. Juan piensa que está en una isla desierta, que Guille lo ha abandonado en ella y que Bim pasa por delante con su barco, ciego a sus señales de socorro; está decepcionado y enfadado con los dos.

Ji no es capaz de entender por qué siente más tristeza por la hipotética muerte de Cax que por la de su ilin, Ley. No conoció a ninguna de las dos, sus vínculos con ellas son teóricos. Ni la niña ni la ilin son hijas suyas, genéticamente hablando. ¿Por qué sufre por la humana y no por su congénere? ¿Será porque la muerte de una ha sido más reciente?

Es porque conocimos a Cax cuando nació, responde Ben impertérrito.

Es verdad. También vivió con nosotros durante unos meses.

Bueno, ¿con nosotros? Eso es un eufemismo. Vivisteis las dos dentro de mí, si quieres.

¿Tú crees que se parecía a Natalia a su edad?

Ji, para. Estás regodeándote en el dolor por una pérdida ajena, intentas hacerla tuya sea como sea. Ya está bien. Tenemos otros asuntos que resolver, bufa Ben. *Y no. No se parecen tanto. Natalia es un calco de Santiago*.

Mientras los humanos hablan, Ji hace una revisión en la Red para ver si encuentra alguna información sobre la mujer que acompañaba a Lazlo en el hotel. Consigue averiguar detalles sobre su historia y quiénes son algunos de sus contactos, pero no su paradero o estado actual. A la vez, intercambia ideas con Bim.

Es una pena que Lazlo no sea simbionte. Si tuviese un ilin, este podría acceder a sus recuerdos y transmitir a Ji y a Bim una imagen precisa de la Sombra. Como no lo es, tienen que fiarse de sus descripciones para esbozar un retrato robot. Benji conoce a un dibujante que se dedica a esto y Ji puede contactar con su ilin. Bim tiene un Human en aquel piso abandonado; es capaz de conectar su propio cuerpo mecánico a él e imprimir las imágenes que le reenvía Ji. Lazlo las ve, corrige, y poco a poco van afinando.

Cuando se acerca el mediodía, Ximena toma las llaves y baja a la calle para hacer una incursión a una tienda de comida preparada. Trae para todos. A Ji le hace gracia que

los humanos se sorprendan de que Bim coma.

Parece un robot, se defiende Ben.

Pero dentro hay un ser vivo, ¿qué pensabas, que hace la fotosíntesis?

¿Sería imposible?

Quizá si tuviera una placa solar en el lomo…, bromea ella.

No interrumpen el trabajo. Este es un proceso lento y desesperante, pero al cabo de varias horas, consiguen un retrato que, según Lazlo, es acertado. Ji lo envía a un contacto en la policía que les debe un favor; él tiene autorización para conectarse a internet y un completísimo programa de reconocimiento facial, pero la búsqueda no da ningún resultado.

—Os juro que lo he visto —dice Lazlo—. No sé si sería la Sombra, pero era un tío que ha intentado matarme, de verdad.

Benji le pone una mano en el hombro.

—Esto no significa que no sea real, solo que no está en la base de datos de la policía —lo tranquiliza—. Ni en Mauve.

—Ni en Violet —añade Ximena—. Lo acabo de comprobar.

Empieza a caer la tarde y el desánimo es palpable. Es difícil combatir la sensación de haber perdido el día; Ji se obliga a pensar en el retrato robot y en que es un paso gigantesco saber cómo es el asesino que buscan. Si es que el hombre que ha intentado matar a Lazlo es la Sombra.

—Tengo que volver con mi familia —dice en voz alta Ben—. Bim, ¿puede quedarse Lazlo aquí?

—Claro —responde el ilin.

Ximena se pone en pie y Ji detecta un atisbo de compasión en sus ojos cuando los vuelve hacia Lazlo.

—Estamos en contacto, chaval —le dice—. Puedes navegar mientras no vuelvas a activar la ubicación. No más errores de novato, ¿eh?

Él asiente.

—Gracias. No tendríais por qué ayudarme y…

—No digas tonterías —lo interrumpe Ben—. No vamos a dejarte solo cuando hay alguien que está intentando hacerte daño.

Alguien, repite Ji. *No la Sombra. Alguien*.

No sabemos si es la Sombra, admite Ben. *Nada en su testimonio apunta a ello*.

Así que puede ser que hayamos hecho un retrato robot, pedido ayuda a Bim para dar refugio a la víctima y alertado a Ximena para nada.

Para nada, no. Para ayudar a este chico al que alguien ha intentado hacer daño. ¿O es que dudas de su palabra? ¿Quizá porque no es simbionte?

Ji decide no responder a eso.

Por otro lado, ¿cuál es la probabilidad de que haya dos asesinos a la vez?, pregunta Ben. A Ji se le ocurre que es una pregunta muy contemporánea. Hace un cuarto de siglo no habría tenido sentido. Y hace un cuarto de siglo, ella no hubiese estado en la Tierra para hacer esa reflexión. *Si partimos de que ha sido la Sombra quien lo ha atacado, tenemos que replantearnos muchas cosas. Él no estaba alistado en las colonias, así que tal vez no sea por eso por lo que los ataca. Tal vez ataque a no simbiontes y esas listas de espera sean una forma sencilla de localizarlos*, medita Ben.

Bajan con Ximena en el ascensor, pero al llegar a la calle ella se marcha en la dirección opuesta.

Es una persona muy curiosa, comenta Ji. *Siempre que se va dudo de si la volveremos a ver*.

Yo creo que sí la veremos. No se va a quedar tranquila hasta que encuentre a la Sombra.

Ji piensa en el ilin de Ximena, en si existe o no y en por qué no habla. Si no es simbionte, ¿por qué lo oculta? Precisamente en presencia de Bim y de Lazlo, que no son extremistas prosimbiosis, podría decirlo.

Y nosotros no estaremos tranquilos hasta que estemos con Santiago y los niños, añade Ben al no obtener respuesta. *Vamos a darnos prisa*.

Sí, responde Ji. Siente el intenso deseo de Ben de estar junto a Santiago y lo comparte. Hay veces que no sabe

cuánto del cariño que siente por ese hombre es sinceramente suyo y cuánto se lo contagia Ben. En realidad, tratándose de amor, Ji supone que da lo mismo.

Lazlo no quiere quedarse solo. En cada rincón de aquel apartamento vacío ve la silueta de la pistola y el rostro relajado del asesino. No se atreve a decirlo y los humanos se marchan. Solo queda ese ser inquietante, que parece un androide pero es un ilin.

Le da repelús pensar en el bicho acomodado en la máquina. Es uno de esos que mueven los hilos en la cabeza de sus padres, que acechan tras los ojos de la gente. Nunca se sabe quién es humano y quién es humano controlado por ilin. Los dedos de Lazlo tamborilean la inquietud sobre la mesa, toc toc toc toc toc-toc toc toc-toc toc toc toc-toc toc-toc, cinco toques, tres toques, cuatro, dos, uno, primero dos impares, luego dos pares, luego un impar, dos parejas (par) y una unidad (impar). Se le acaba enseguida la secuencia y sufre porque podría haber empezado por siete o por nueve o incluso por números más altos. No sabe qué hacer y el ilin se acerca y se queda de pie a cuatro patas, mirándolo.

—¿Quieres que me quede contigo? —pregunta.

No, no quiere, porque lo odia, porque lo teme. Le enfurece sentirse agradecido por su ayuda; no lo entiende, ¿por qué querría un ilin salvar a un no simbionte? Seguro que ese tiene segundas intenciones y va a hacerle daño, aunque vaya de amigo.

—Sí —responde Lazlo—. Por favor.

—No eres simbionte —dice el ilin—. ¿Por qué?

Hasta este momento, Lazlo nunca ha encontrado a nadie a quien contarle su historia verbalmente, cara a cara. Empieza y no es capaz de detenerse. El ilin resulta ser un oyente atento. Lazlo habla, habla, habla.

Cuando termina, tiene la boca seca y los ojos enrojecidos de sueño. El ilin lo acompaña a la cocina y le indica dónde están los vasos. Se queda con él mientras bebe y se asegura de que cene algo: los restos de la comida preparada que tomaron a mediodía. Lazlo bosteza y se acomoda en el sofá. El ilin ha sacado una manta del armario. Sus movimientos son lentos y torpes; admirables

para una máquina, poco eficientes para un ser vivo.

—¿Y tú por qué no eres simbionte?

El ilin duda.

—No es ético. —Sobran los argumentos, no tiene que convencer de eso a Lazlo—. Tampoco es necesario, con la tecnología actual. Hay muchos ilin que piensan como yo.

—¿Que os podéis valer por vosotros mismos?

—Que no está bien explotar a otros para mejorar nuestra calidad de vida. —El tono de la máquina es neutro, pero aun así puede sentirse el énfasis del ser que la controla —. Es que ni siquiera es una cuestión de supervivencia. Todavía si lo fuera…

—Sobrevivir a costa de otros tampoco es legítimo.

—No, pero es *comprensible*.

A Lazlo no le gusta eso, pero no puede decir en voz alta que es mejor morirse que aprovecharse otro ser vivo. Él mismo se alimenta de plantas y animales y no sabe qué sería capaz de hacer en una situación extrema si tuviera que elegir entre su vida y la de otra persona. Se consuela pensando en que otros humanos sí se sacrificarían a sí mismos, está seguro.

—¿Cómo llevan los otros ilin que no quieras ser simbionte?

—Soy un paria —responde el ilin sin emoción—. Es difícil encontrar el equilibrio entre la ética y la lealtad hacia la propia especie.

—No entiendo eso.

—Yo tampoco lo entiendo mucho. —Su vaguedad parece deliberada—. Es uno de esos temas de conversación ideales para filosofar a altas horas de la madrugada, pero creo que te hará bien dormir un poco. Y yo tengo otros no simbiontes a mi cargo a los que he descuidado esta noche. ¿Estarás bien si te dejo solo?

Lazlo asiente. El ilin enciende la luz de uno de los dormitorios y se asegura de que haya ropa de cama a mano. Después, se dirige a la puerta.

—Buenas noches —se despide.

—Espera —lo llama Lazlo—. ¿Cómo te llamabas?

Se lo ha dicho, pero lo ha olvidado. Hay un agujero en su memoria por el que se cuelan los nombres, las fechas y las citas importantes. Le angustia pensarlo, pero es real.

—Bim.

—Gracias.

—Vendré a verte mañana.

La puerta se cierra y Lazlo se queda a solas con sus miedos. Los ahuyenta dándose una ducha larga. Hay un tubo de pasta de dientes en el armarito del baño; él lo saca y utiliza el dedo índice como cepillo. Hace la cama y se mete desnudo entre las sábanas limpias. Relaja los músculos sobre el colchón viejo. Hay un muelle que se le clava en la espalda, debajo del omóplato izquierdo; da igual, Lazlo está demasiado cansado como para moverse.

Intenta reflexionar sobre la lealtad a la propia especie, pero se queda dormido y no despierta hasta pasado el mediodía.

LA IGLESIA SIMBIONTE

Los ilin pueden ser nuestro puente hacia la salvación

El Vaticano subraya los efectos positivos de la Red

Adrián Navarro Guerrero
Madrid, 5 OCT 2015

Las declaraciones del papa Francisco siguen en la línea de las de sus predecesores. Tras rechazar categóricamente todo lo que tuviera que ver con los ilin en los primeros años tras su llegada, la Iglesia católica no solo acepta ahora la simbiosis, sino que la considera vital para el buen funcionamiento de su institución. Según el Catecismo de la Iglesia, se debe integrar en la sociedad a aquel que busque a Dios y las nuevas voces claman que tal vez la coexistencia con los ilin nos ayude a acercarnos a Él. No se puede negar que los índices de criminalidad han bajado en estos quince años hasta casi desaparecer, las tensiones internacionales se han relajado perceptiblemente y la convivencia ha mejorado en las ciudades, en los barrios, en las familias.

«Siempre me he sentido conectada a los demás cuando en misa cantamos a coro — comenta Anita, de 52 años— , pero desde que Ita vive conmigo, la conexión es más real, mucho más intensa. Sé exactamente lo que sienten los demás, lo percibo como si todos fuésemos uno. Estoy segura de que Dios nos los ha mandado por eso.

El papa ha mencionado que no se puede limitar el papel de los simbiontes en la Iglesia y su deseo de que este se vuelva aún mayor y de más peso. Él mismo se convertirá en simbionte dentro de poco, afirma. El ilin que se le ha asignado es joven pero muy reflexivo, «hay una sabiduría muy especial en su forma de ver el mundo y es muy

respetuoso con respecto a los seres humanos y sus creencias». Normalmente le correspondería el final del nombre de su compañero humano, pero dado que «-co» es impronunciable para los ilin, se ha acordado que adquiera la última sílaba del antiguo nombre del papa, Jorge. Por lo tanto, el ilin de Francisco será Ge.

«La conexión a la Red me permitirá estar en un contacto directo con las personas, sus necesidades y emociones, lo cual es de suma importancia para mí — asegura el pontífice — . Este será un paso más hacia la transparencia y la honradez que deben imperar en el Vaticano».

PROTECCIÓN A LA INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Se modifica la regulación para facilitar la adopción nacional de menores

Fátima Peña Suárez
Madrid, 4 FEB 2017
En la actualidad, el tiempo de espera para conseguir adoptar a un niño o niña procedente del territorio estatal se sitúa entre los diez y los quince años, según el departamento de Derechos Sociales. Los trámites administrativos no son la causa de esta espera, dado que el proceso es muy rápido: tan pronto como se manifiesta la situación de desamparo de un bebé, se valora la situación y, si se considera imposible que permanezca con su familia biológica, se propone inmediatamente una acogida con fines preadoptivos. Sin embargo, hay muy pocos menores en esta situación y la lista de espera para adopciones nacionales cuenta con casi ciento cincuenta familias.

El problema es que la gran mayoría de ellas busca un bebé de entre 0 y 3 años, que son una minoría entre los 40.000 niños tutelados por el Estado, de los que 20.000 viven en instituciones. La probabilidad de que un niño encuentre una familia se hace menor a medida que pasan los años. El 63% de los niños adoptados tiene entre 0 y 3 años; el 19,3%, entre 4 y 6; el 10,5%, entre 7 y 10. La mayoría de los que viven en instituciones tiene entre 9 y 12 años.

«Lo que no tiene sentido es que haya familias que no consiguen adoptar porque después de años esperando resulta que se han hecho demasiado mayores —declara Juan José Pérez, director de Ayuda

a la Infancia— y que a la vez haya miles de menores institucionalizados». Alude a que uno de los requisitos establecidos es que los padres adoptivos no superen en más de 45 años la edad del menor.

Entre los temores de los posibles padres adoptivos, que los llevan a rechazar la adopción de niños mayores, se encuentran la incompatibilidad, el no lograr crear vínculos afectivos con el niño, el desconocimiento de las experiencias pasadas, posiblemente traumáticas, del menor y la posibilidad de que este tenga un comportamiento problemático.

Como solución, el Ministerio de Actividad Extraterrestre dispone de una propuesta de modificación de la Ley 21/1997 avalada por la SYMBALL, así como por diversas instituciones nacionales de protección a la infancia y la adolescencia. Esta Ley, que regula la adopción en España, tiene como clave la integración del menor en la familia, protegiendo su interés frente a otros, y contempla por lo tanto la necesidad de valorar la idoneidad de los adoptantes. El cambio que se propone va en sintonía con esto e implica que todos los menores tutelados por el Estado sean simbiontes para garantizar así, mediante la intervención de los ilin y su capacidad de conexión a través de la Red, que las familias adoptantes y los menores sean compatibles. Esto agilizará el proceso de valoración de idoneidad, ahorrará el coste que este supone y ayudará a disipar los miedos de los adoptantes, cuyos ilin tendrán un pleno conocimiento del menor adoptable o acogible, sus circunstancias e incluso su historia.

Una vez que se apruebe esta modificación de la Ley, que se ha categorizado como urgente y se espera poder efectuar en menos de tres meses, se iniciará el proceso de vincular a los menores de edad institucionalizados con sus parejas ilin. Las autoridades confirman que, tras la llegada de la

última nave cuna, a España se han destinado suficientes ilin en estado larvario tanto para los bebés que nazcan este año como para estos menores; además, el Gobierno cuenta con otros ciudadanos, tanto niños como adultos, que puedan desear convertirse en simbiontes.

Anticipándose a que algunos de los niños tutelados por el Estado no puedan ser simbiontes por razones médicas, se ha propuesto una salvaguarda para animar a posibles padres adoptivos a dar una oportunidad a estos niños (que, sin embargo, serán minoría). En el caso de adopción de niños no simbiontes, tras un proceso de adopción fallido, los padres tendrán la posibilidad de transferir la autoridad parental a otra familia que esté buscando adoptar.

MENORES NO SIMBIONTES EN SITUACIÓN DE RIESGO

Mercado de niños de segunda mano

Claudia Pascual Ramos
Madrid, 10 DIC 2017

La nueva regulación de adopciones nacionales entró en vigor este verano y ya se dan casos de padres adoptivos que traspasan a sus hijos sin supervisión del Gobierno. A la vez, y precisamente por esto, el número de niños adoptados que vuelven al sistema de protección ha descendido; que esto sea una buena noticia no está tan claro como los informes oficiales quieren hacernos creer.

Los estudios señalan que la mayor parte de las reasignaciones se realizan en el entorno de los 13 años, pero en realidad es posible adoptar a niños no simbiontes de cualquier edad sin necesidad de pasar un examen de idoneidad.

Es el caso de Clara, que a los 12 años llegó a la que es su familia definitiva, después de pasar por otras dos. Su madre, Julia, habla de su situación con rabia ante las horribles experiencias por las que ha tenido que pasar su hija: «Ha sufrido un enorme daño emocional. Cuando llegó, pensaba que se merecía que la echasen de casa. Incluso en el caso de la segunda familia con la que estuvo, que era conflictiva y no la trataba bien, ella creía que tenía la culpa. Nos costó mucho que recuperase la confianza en sí misma, casi tanto como que la pusiera en nosotros. Somos sus cuartos padres, ha tenido a los biológicos, que no pudieron hacerse cargo de ella, y luego otros dos que le dijeron que la querían y luego la abandonaron o maltrataron».

Para los futuros padres que quieren hacer las cosas

dentro de un marco legal han surgido agencias que gestionan la adopción. Están avaladas por el Estado y anuncian un proceso más rápido y barato que una adopción tradicional. Ponen en contacto a los padres actuales con los que desean adoptar y contratan abogados para transferir la custodia provisionalmente, durante un periodo de prueba de dos meses. Si todo va bien, se legaliza la adopción mediante un documento firmado ante notario. El procedimiento, sin embargo, requiere tiempo y dinero. Hay otros circuitos que garantizan una gestión gratuita e inmediata, aunque no recomendable. Mediante la extensión ilegal MEEND, adultos no simbiontes pueden acceder a una red de adopción paralela, un mercado de niños de segunda mano al margen de las instituciones. Las adopciones que se lleven a cabo de este modo, siempre y cuando se firmen los documentos adecuados, serán igualmente válidas.

Dado que los servicios sociales solo efectúan un seguimiento de los niños adoptados simbiontes, los que no lo son quedan indefensos ante adoptantes inadecuados, malintencionados o violentos, bajo cuya responsabilidad se les ha puesto sin ningún tipo de evaluación ni pronóstico de riesgo.

El perfil de estos niños es siempre parecido. Los adoptan siendo mayores de seis años, por lo que son muy conscientes de su situación. Se saben doblemente solos en un mundo de niños con familia y de humanos simbiontes; viven la adopción con esperanza. Cuando se les demuestra que su familia adoptiva no los quiere, llegan a la segunda politraumatizados y es habitual que tengan comportamientos extremos, como si retasen a sus nuevos padres a abandonarlos cuanto antes: es lo que han aprendido a esperar.

Se ha perdido de vista que lo principal es el interés supremo del menor. Hay que prevenir las adopciones fallidas con formación y asegurar los procesos de seguimiento postadopción para niños no simbiontes. La adopción debería ser plena e irrevocable, y convertir a los niños en hijos de sus adoptantes para siempre.

Aída ha visto en el canal de noticias de Mauve el vídeo del hallazgo de la ropa de la chica desaparecida. Le da toda la pena, como es natural. Ella no es mucho mayor que Cax y va al mismo instituto, aunque esté un par de cursos por encima. Lo que más miedo le da en el mundo es que la secuestren, es algo que la asusta desde que era pequeña. Por eso se pasa el resto de la mañana sin poder quitarse el asunto de la cabeza. Hay algo que la inquieta, pero no sabe qué es. Es A, su ilin, la que cae:

¿Cuándo fue la última vez que vimos a Cax?

Aíd frunce el ceño y sacude la cabeza. No tiene sentido utilizar el lenguaje no verbal con su propia ilin, pero le sale solo. También le pasa cuando habla por la Red.

No lo sé.

Nos ha sonado la ropa, insiste A. *Por eso estamos dándole vueltas, hemos visto la ropa en el vídeo y hemos caído en que la hemos visto antes*.

Igual nos cruzamos con ella por el pasillo ese mismo día, antes de que la secuestraran, intuye Aíd. *Es que no estoy segura*.

Visualizan a Cax, su cara (la misma que en la fotografía que han estado emitiendo por televisión, porque es la que tienen más reciente) y la ropa. Sí, la han visto; pero ¿dónde? ¿Cuándo? En el pasillo; no, en el patio; no…

Fue en un sitio en el que estábamos haciendo cola, piensa A.

Sí, es verdad, nosotras estábamos con alguien, con Soraya, ¿no? Y estábamos hablando del examen de la semana siguiente, que al final lo cancelaron por todo el tema de Cax. Bueno, estábamos hablando del examen y Soraya decía que no entraba no sé qué tema y yo que sí… Y entonces tú dijiste que a ver si podíamos pedir ya, porque estabas harta de la conversación, rememora Aíd. Cuantos más detalles recuerda, más clara se vuelve la memoria.

Sí, pero eso no fue en el instituto.

Fue en una cafetería de fuera. Nos habíamos escaqueado

de Educación Física, dice Aíd. *En la que está al otro lado del edificio, fuimos a esa para que no se nos viera desde el gimnasio. ¿Cómo se llama? ¿La Esquina?*

Se lo cuenta a su padre, que el lunes se pone en contacto con la policía. Pasa por la comisaría y los agentes toman nota; unos días después, estos visitan la cafetería La Esquina: unos chicos que van a la clase paralela ven el coche parado junto a la puerta. Aída se pasa por allí con Soraya, cuando la policía ya se ha ido, y pregunta por el asunto al dueño de la cafetería. Está encantado de saciar su curiosidad, es evidente que se muere de ganas de hablar sobre el tema. Sin embargo, su aportación no es muy interesante:

—Os digo lo mismo que les he dicho a ellos, que ni me acuerdo. Por aquí pasáis muchas adolescentes, ¿qué le voy a hacer? Si hubiese sabido que era ella y que la iban a secuestrar, habría…

Ellas escuchan la actuación heroica del hombre en una situación hipotética, por cortesía, y regresan al patio del instituto decepcionadas.

Esa misma tarde, cuando Aída llega a casa, su padre le dice que quiere hablar con ella. Se sientan en el sofá y él le cuenta que ha vuelto a hablar con la policía, por si podían ayudar en algo más, y ellos le han dicho que en principio no, pero que hay un detective que está trabajando en el caso también y que colabora con ellos, así que, si quieren, pueden ponerse en contacto con él. El ilin del padre de Aída ha conectado con el del detective. Se llama Ji y le gustaría poder hablar con ellas en persona o a través de la Red, como prefieran.

—¿A ti te gustaría?

—Sí —responde Aída de inmediato—. Me da igual si en persona o por la Red.

Su padre dice que mejor en persona; no le hace gracia que su hija se conecte con desconocidos. Así que quedan con el detective en la cafetería La Esquina.

Ella imaginaba que sería un hombre grande, moreno, de hombros anchos y figura imponente, pero no. El tipo que

se sienta frente a ella y su padre es bastante corriente. Mejor, porque no intimida; de hecho, sonríe un poco y resulta cercano.

—Gracias por venir —dice en tono tranquilo—. Y por tu paciencia al querer contármelo todo otra vez.

—No me cuesta nada —responde Aída. Y se lo describe lo mejor que puede: la cola, la ropa, el examen de la semana siguiente.

—¿Iba sola? —pregunta el detective.

—No me acuerdo. Solo me fijé en ella.

Él pone sobre la mesa un dibujo impreso.

—¿Has visto alguna vez a este hombre?

Lo reconoce A antes que Aíd, pero las dos están completamente seguras.

—¡Sí! También lo he visto. Creo que iba con ella. No me acordaba, pero ahora sí, y mi ilin se acuerda también.

—¿Tomaron algo? ¿Recuerdas qué?

Aída hace memoria. Tenía ganas de que los atendieran cuanto antes, pero el hombre estaba hablando con el camarero (ahora lo recuerda perfectamente) y cuando por fin les tocó a ellas, ellos dos se alejaron de la barra. No se quedaron esperando a que saliera su pedido ni fueron a coger una mesa.

—Creo que no —responde titubeante—. Me suena que se marcharon.

Fue por un tema de intolerancia a la lactosa o algo así, dice A.

—¿Se marcharon?

—Sí, se fueron, porque ella era intolerante a la lactosa, creo —dice Aída no muy convencida.

El detective se vuelve hacia el camarero y le hace un gesto para que se acerque.

—Perdone, ¿tienen leche de soja?

—No —responde él—, lo siento. Tenemos varios tés y zumos naturales que no tienen leche.

—Lástima, quería pedirle un café para llevar —dice él —. Voy a tener una tarde larga.

—Mire, en esa calle que gira a la derecha, doblando la

esquina del instituto, hay otra cafetería —indica él—. Se llama Chocolate Blanco, Chocolate Negro. No sé si tendrán de soja, pero trabajan leche de almendras y de arroz y ese tipo de cosas. Estoy casi seguro de que ponen cafés para llevar.

—Gracias —responde él—. Luego me pasaré por allí.

El camarero se aleja y el detective vuelve a mirar a Aída.

—Gracias —dice—. Me has ayudado mucho.

Marcos se estira en el sofá hasta que apoya la cabeza en uno de los reposabrazos y los tobillos en el otro. Es un mueble largo, pero él ha crecido mucho en los últimos dos años. Gala pasa por el salón y le pregunta en tono burlón si está cómodo; él responde que sí, pero ella no lo oye. Está subiendo las escaleras.

Él mira al techo sin verlo: está utilizando sus lentillas inteligentes e intercambiando mensajes con Asra, con quien ha entablado amistad hace poco y que es la persona más interesante de su mundo en este momento, porque toca el ukelele y sabe echar las cartas del tarot. Marcos no cree en eso, pero le fascina. Juega con la idea de que la brujería sea real y le pide que prediga su futuro y su presente. Asra le vacila, le dice que no, que se lo tiene que ganar. A Marcos le gusta el intercambio de desafíos, el tira y afloja. Se pasa horas escribiendo y recibiendo mensajes, moviendo los ojos sobre el teclado invisible. Está ahí y no está.

Ni siquiera se da cuenta de que Bim entra en la habitación hasta que lo oye charlar un rato con Ari. Después el niño se va y llega Álex. Marcos alarga una mano para que ella la choque y su amiga no lo decepciona. Está hablando, pero no es con él, así que pasa. Escucha a medias, sin prestar atención. No sé qué de las colonias. Álex está muy en contra de las colonias, las menciona solo cuando le dice a alguien que se vaya a ellas como otra forma contemporánea y acorde al espíritu de su generación de mandar a la mierda. Al menos hasta donde sabe Marcos.

Hoy tiene que estar diciendo algo distinto, porque está muy nerviosa y su exaltación choca contra la frialdad metálica de Bim. Marcos se sobresalta cuando oye al ilin decir:

—No digas tonterías.

Es raro oírlo dirigirse en esos términos a uno de los Hijos de la Tormenta; tanto que Marcos deja a un lado los mensajes y a Asra para escuchar.

—Que no lo estoy diciendo de broma, joder. ¿Has visto

el programa?

—No me interesa ni el Nóbula ni ninguna otra cosa que esté fomentando el MAE —replica el ilin cansado—. Álex, sabes que esa gente no tiene una idea buena.

—No me has querido escuchar.

—Te puedo escuchar, pero no vas a hacer que cambie de opinión. Sabes lo que pienso de las colonias. No quiero que ninguno de vosotros acabe en ellas.

Marcos puede sentir la frustración de Álex. Los adultos son así a veces y Bim no es una excepción.

—¿Y si yo me quiero ir?

—No, Álex. No es buena idea. Por favor, deja el tema.

Ella le hace caso: se da la vuelta y abandona la habitación sin decir nada más.

—¿Qué le pasa? —pregunta Marcos.

Bim sabe algo que él no, está claro, porque tarda en responder.

—Tiene muchas cosas en la cabeza —dice al fin.

—Igual tiene razón —dice Marcos sin pensarlo demasiado—. En las colonias tienes trabajo y casa, y prácticamente te hacen la cama y te llevan la comida a la boca, ¿no? Y aquí a los no simbiontes como mucho nos dan una patada.

—Qué pasa, ¿te quieres ir tú también?

—No. —Marcos suelta una carcajada—. ¿Qué te crees, que estoy loco? Yo estoy muy bien en la Tierra, muchas gracias.

—Me alegro.

—Y ni loco me metía en una nave con Álex ahora mismo. Que me muerde.

Bim no se ríe por la broma ni responde. Está preocupado.

—¿Puedes hablar con ella? —pregunta.

—Sí. —Quizá más tarde. Sigue hablando con Asra, que es más agradable que Álex. Cuando está de mal humor, no hay quien la soporte.

Hablará con ella esa noche. En la cena no es buena idea. Después ella cierra la puerta de su dormitorio y

Marcos no se atreve a perturbar su tranquilidad. Al fin y al cabo, habrá una oportunidad mejor mañana, cuando se le haya pasado el sofoco y estén más relajados.

Tiene toda la razón: al día siguiente hay más de una ocasión en la que podría hablar con ella, pero a Marcos se le ha olvidado y no lo hace.

Sara lleva todo el día preocupada; tanto, que del despiste se le ha secado la mitad del segundo mural. Está segura de que cuando siga le resultará difícil que no se note una división entre lo que ha hecho y lo que queda, porque parte de los colores los ha obtenido con mezclas y no va a saber conseguir el mismo tono. Aun así, esto es lo de menos. Lo importante es que el coche de Santiago lleva ausente desde el sábado pasado y no parece que ni él ni su marido ni los niños estén en casa.

Y los desconocidos han entrado de todos modos. Vinieron el jueves, muy temprano, cuando aún no había amanecido. Sara los vio desde detrás de las cortinas. Se había despertado con un dolor de cabeza horroroso e iba a la cocina a por una pastilla, pero la adrenalina le quitó la migraña. Vigiló a los extraños hasta que se marcharon y no pudo volver a pegar ojo después.

Durante las siguientes horas, duda si debería llamar a la policía o no. Al final aguarda, con la esperanza de que Santiago regrese, pero no sucede nada hasta que por la tarde llega un chico con una maquinita y también se acerca a la puerta de la casa vecina. De día los desconocidos dan menos miedo, así que Sara se pone los zapatos y sale corriendo a la calle. Llega hasta la de sus vecinos con un trote muy poco digno.

—¡Eh! ¡Hola! —saluda—. Perdona, ¿qué quieres?

El chaval parece meditar si debería cavar un agujero en el suelo y esconderse. Decide no hacerlo y en vez de eso mira al robot, un animalito de metal que debe de ser su mascota electrónica.

—Disculpe, señora, ¿conoce a Benji? —pregunta la máquina.

Sara tarda un instante en contestar porque se ha quedado perpleja. Nunca había hablado con un robot y no está segura de si hace el ridículo dirigiéndose a un objeto.

—Soy amiga suya y de su marido —responde por fin—. ¿Y vosotros quiénes sois? —añade mirando al humano.

—También amigos suyos —responde él.

—Pues no están en casa. Tendréis que venir en otro momento.

—El sábado estuve aquí con ellos —explica él.—. Estoy en peligro y Benji me echó una mano. Como no querían arriesgarse a que sus hijos corrieran ningún riesgo, decidieron dejar la casa vacía. Por eso no están. Hemos venido a ver si todo está en orden.

Aquello suena demencial, pero por otro lado Benji trabaja en asuntos muy turbios relacionados con crímenes terribles, o eso se imagina Sara. Así que puede que sea verdad.

Reflexiona un momento sobre ello y decide que si alguien va a entrar en casa de sus vecinos, es mejor que sea bajo su supervisión.

—Vale —asiente—. Voy con vosotros.

El chico está visiblemente incómodo.

—¿Seguro? Es mejor que no.

—Déjala —dice el robot—. ¿Sabe usted si ha entrado alguien antes?

—Sí, pero se fueron por la mañana —contesta Sara. No le sale mirar a la máquina, aunque sea ella la que ha hecho la pregunta. Así que responde dirigiéndose al chico.

—Me quedo más tranquilo —confiesa el robot.

Dicho esto, echa a andar. Sara y el chico lo siguen. Ella lanza una exclamación: alguien ha forzado la puerta, que está entornada y desangelada. El chico la empuja y los tres entran sin dificultad.

Han saqueado la casa. Todo está revuelto: los libros de las estanterías por el suelo; el contenido de los cajones del escritorio también. No parece que se hayan llevado muchas cosas, pero sí algunas: el Human de Santiago, por ejemplo.

—Estaba buscando información —dice el robot dirigiéndose al chico—. Quiere saber qué sabe Benji sobre ti y sobre él mismo.

—Sobre ellos —corrige Sara—. Han sido varias personas.

—Así que no trabaja solo —afirma el robot—. Tiene

sentido. Es demasiado eficiente. Está claro que tiene que tener apoyo de algún tipo.

—¿Como un gánster? —pregunta el chico.

—Como un grupo de criminales muy bien organizado —dice el robot—. No es lo mismo que el crimen organizado. Los gánsteres tienen una red de contactos que los protegen de ser perseguidos —explica—. No sabemos si es el caso de esta gente.

Sara recoge un cojín del suelo y lo coloca sobre el sofá. No sirve de mucho, el salón sigue estando patas arriba, pero al menos siente que ha hecho algo.

—¿Eres experto en grupos criminales? —pregunta.

—No. Tengo acceso a la Red —replica la máquina.

A ella la recorre un escalofrío. Así que es un ilin. Estos seres aparecen donde una menos se lo espera.

Le asusta pensar que bandas de gánsteres puedan estar detrás de Santiago, Benji y los niños. Ojalá ellos le hubiesen dejado a Natalia y a Vito en casa antes de meterse en estos temas tan complicados. Ella habría estado encantada de cuidarlos el tiempo que hubiese hecho falta.

—Vámonos de aquí, por favor —dice el chico—. Habrá que contarle esto a Benji, ¿no?

—Sí —concuerda la máquina.

Los tres regresan a la calle. Sara se pregunta si debería invitarlos a pasar y ofrecerles algo de beber. Decide no hacerlo. No le han dado buena impresión.

—Saludad a Benji de mi parte, por favor —les pide—. Decidle que si puedo hacer algo por ellos, no tienen más que pedírmelo. Soy Sara, su vecina. ¿Se lo diréis?

—Por supuesto —asegura el robot—. No se preocupe.

Se marchan a pie. Sara vuelve a su casa y contempla el mural con desánimo. Le puede la impotencia. Rememora el momento en el que los gánsteres aparecieron a primera hora, con la penumbra previa al alba, y se colaron en la casa de Santiago para robar y destruir. Si ella no hubiese tenido migraña, podía haber salido. Les habría increpado y ellos no se habrían atrevido a cometer allanamiento de morada con una testigo. Una pena que el dolor de cabeza

no le haya permitido defender a sus amigos.

Suspira y alarga la mano para agarrar uno de los botes de pintura verde. Lo abre con el mango de la brocha. El olor familiar la anima un poco.

Cuando Santiago y Benji vuelvan, los invitará a merendar y les contará cómo vio a extraños entrando en su propiedad dos veces y cómo, la segunda, se atrevió a averiguar quiénes eran y qué querían. Fantasea con la idea mientras mezcla gotas de pintura en un cacharro vacío. Chasquea la lengua cuando se atreve a dar la primera pincelada en la pared. No. El tono no es el mismo, al menos, con la pintura húmeda. Qué se le va a hacer.

Cax no tiene ganas de despertarse, pero lo hace. Volver al mundo es siempre incómodo, está desorientada y a su alrededor todo es confuso. El sofá, demasiado blando, se la traga; la luz que entra por la ventana de la terraza le hace daño en los ojos. Gime en voz alta una protesta sin palabras. Sabe dónde está. En el sofá. Pero ella no se durmió en el sofá, se durmió en su cama. Y era de noche. Ahora la luz que entra es la de primera hora de la tarde. Ha dormido toda la mañana.

Él se sienta a su lado, los cojines se hunden un poco bajo su peso. Responde a sus quejas con un murmullo de consuelo y le alarga algo. Es una toalla húmeda y fresca. Cax la acepta y se la pasa por la frente, por el cuello. Le alivia el sofoco y arrastra parte de la pesadez del sedante.

—¿Pruebas? —pregunta. No le da la cabeza para hacer preguntas completas.

Por suerte, él la entiende.

—Sí. Esperemos que esta vez sea la última. ¿Te encuentras bien?

Cax gruñe en respuesta. Él se ríe, aunque no era una broma. Se levanta y se aleja, sale a la terraza. Tiene el móvil en la mano. Va a decirle a Virginia que Cax está despierta y bien, otra vez en casa. Ella no ha visto nunca a Virginia, pero sabe que él responde ante ella.

Aprovecha para incorporarse. Se lleva las manos a la cara y se frota los ojos. Odia estar somnolienta de día. Bosteza, aparta la manta y se pone de pie. Atraviesa el salón, grande y luminoso, y se mete en el baño. Se enjuaga la boca, primero con agua y luego con el suplemento de flúor. Siempre la nota pastosa cuando se despierta. Examina su cuerpo. Está bien, normal, como siempre. No es la primera vez que la duermen y nunca ha pasado nada, pero ella no confía. Sabe que la sacan del apartamento, pero no adónde la llevan ni quién la manipula cuando está inconsciente. Eso es intrigante y siniestro. No le gusta pensar en ello.

Se quita el esparadrapo con el algodón y descubre la única marca que tiene: el puntito rojo de un pinchazo en el brazo. Le han sacado sangre.

Sigue en pijama, así que del baño pasa al dormitorio. Hay dos. El más grande es el suyo. No tiene ventana, así que en realidad no debería ser un dormitorio, pero en el manual del buen secuestrador aconsejan no dejar que la víctima pueda comunicarse a gritos con los coches que pasen por la carretera desierta. Eso supone Cax.

Se pone su ropa. Es nueva; tiene dos vaqueros y cinco camisetas, todas bastante básicas, de colores apagados. Con ellas puestas parece un maniquí en época de rebajas. Enrique se rio cuando se lo contó y le dijo que otro día se la llevaría de compras y luego a Disneyland. Era broma; él las hace con la misma expresión que cuando habla en serio, eso las hace más graciosas. Cax ha aprendido a encontrarle el punto a su sentido del humor.

No está segura de si Enrique sabe que ella se hace un poco la tonta con él o no. Está demostrado que le da ventaja que su captor la infravalore. Por ejemplo, él no sabía que ella llevaba el teléfono móvil encima cuando se encontraron por primera vez. Cax le dijo que no le daban permiso para llevarlo al instituto y él ni siquiera se planteó que ella le hubiese mentido a la cara y porque sí, cuando aún no tenía motivos para desconfiar. Pero a Cax le gusta tener información que los demás ignoran. Le da un pequeño poder. En este caso, le sirvió para que Enrique no le quitase el teléfono.

Claro que en cuanto él le propuso que lo acompañase, Cax pensó que era posible que no le permitiera volver. Es verdad que en ese momento pensó que estaba siendo paranoica (ahora se daría golpes contra la pared por ingenua, ¡mejor paranoica que secuestrada! ¡Obvio!), pero, aun así, dejó su móvil atrás. Si alguien lo encontraba, le serviría para seguirle la pista. Y si Enrique la dejaba ir, como le había prometido, entonces ella misma iría a buscarlo. Todo estaba pensado.

Sobra decir que no pudo ir. Y de momento parece que

nadie lo ha encontrado, pero quién sabe. Al menos está ahí. Menos mal que lo tiró, porque, si no, Enrique se lo habría quitado cuando le obligó a deshacerse de toda su ropa antes de llevarla al apartamento.

Se reúne con él en la terraza, vestida con su conjunto de maniquí. Apoya los codos en la barandilla y se deja resbalar hasta que también tiene la cara a esa altura. Enrique sonríe. No le preocupa que la vean, porque la terraza da a un terreno privado al que no se puede pasar desde la calle. Y los demás pisos están vacíos.

—¿Cómo va la vacuna? —pregunta.

Una mariposa verde se posa en la barandilla, cerca de la mano de Enrique. Es una *Saturnia liquidambae*; hasta ahora, Cax solo las había visto en fotos. Siente una punzada de añoranza porque su padre y ella van cada verano a cazar lepidópteros, y no sabe si este será el primero en el que no lo hagan.

—Siempre me dicen que mejor que antes pero que todavía no la tienen —responde Enrique con sinceridad—. No te preocupes. En cuanto esté lista, serás la tercera en saberlo.

La segunda será Virginia.

—¿Quién será la primera?

Enrique sonríe. El primero será él. Cax lo ha entendido, pero siempre pregunta. Es parte de su interpretación.

—Yo.

Ella se ríe por lo bajo.

Él la mira de reojo y ella sospecha por un instante que Enrique sabe que está jugando, sabe que se pispa de todo, ve perfectamente su estrategia. Sin embargo, no dice nada al respecto. Cax tendrá que quedarse con la duda hasta que uno u otro se vea forzado a mostrar sus cartas.

Lo malo de Enrique, lo realmente malo, es que en el fondo ella duda de si tiene o no razón. Le ha presentado pruebas, pero le cuesta creerlas. Si lo que dice él es verdad, sus padres son *monstruosos*. Es difícil enfrentarse a esa idea; sabe que son molestos, irritantes y profundamente ignorantes, como todos los padres de adolescentes (los echa

de menos al pensarlo), pero no puede asimilar que sean crueles y malas personas. Piensa en El y en Ia, sus padres ilin, y vuelve a cuestionarse si los conoce de verdad. Siempre ha creído que sí, incluso sin ser simbionte ella misma.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Enrique.

Su calidez engaña, su sonrisa transmite una confianza envenenada.

O no. O es honesto. Nunca la ha tratado mal. Todo lo que le ha contado es posible.

Cax piensa que lo que de verdad te obliga a crecer de golpe es la sospecha de que tus padres no son los héroes buenos, aburridos y monofacéticos que creías. Sonríe de vuelta a Enrique.

—Mucho mejor —le miente—. Gracias.

Él asiente y le dice que se va a quedar esa noche con ella. Mejor. Lo prefiere a los otros dos carceleros, un hombre y una mujer que se turnan para no dejarla sola; ambos son callados y poco interesantes.

—Bien —dice en voz alta—. Eres mi secuestrador favorito.

Enrique se ríe.

MUNDO SIMBIONTE

La empatía de los ilin salva vidas humanas

Ariadna M. Prieto
Madrid, 16 JUN 2018
La Red de los ilin conecta a todos los individuos de la especie, por lo que en muchas ocasiones tiene más sentido hablar de un ente colectivo. Esto les permite, además de comunicarse con una efectividad total, percibir y procesar estímulos que están recibiendo sus congéneres. Los ilin sienten el sufrimiento propio y el ajeno, por lo que les resulta absurda e incomprensible la idea de infligirlo.

De la misma forma, si un ser humano simbionte se rompe un hueso, los ilin que estén vinculados al suyo podrán experimentar su dolor. Dado que los ilin en sí no tienen las mismas terminaciones nerviosas que nosotros, esto puede ser difícil de entender. ¿Cómo puede un ser que no tiene extremidades *sentir* una torcedura de tobillo, por ejemplo?

El dolor es algo que sucede en el cerebro. Cuando los tejidos se dañan, se activan unos sensores moleculares especializados en las terminaciones nerviosas microscópicas que recubren la piel y los órganos. Estos generan señales eléctricas que recorren las fibras nerviosas hasta llegar a la médula espinal, donde se conectan con las neuronas. Durante el dolor, se activan muchas áreas distintas del cerebro que procesan la información y la evalúan. Es en este punto en el que los ilin la perciben: por ello, aunque carezcan de las mismas partes del cuerpo que nosotros, son capaces de sentir nuestro dolor.

Esto está limitado tanto por el historial de vínculos que se hayan tenido con otros simbiontes

como por la cercanía geográfica. Por lo tanto, es difícil que sintamos el dolor de una persona simbionte que se encuentra al otro lado del mundo y a la que no conocemos, mientras que es probable que percibamos el de un ser querido con el que tenemos mucha intimidad, esté donde esté, o el de una persona desconocida que se halle muy cerca. También son factores relevantes la intensidad del dolor y la sensibilidad de cada persona, por lo que sin lugar a dudas hay un componente subjetivo en la apreciación del dolor ajeno a través de la Red.

Aun así, pese a que los humanos simbiontes podamos o no percibir estos estímulos dependiendo de diversos factores, los ilin son incapaces de bloquear lo que les transmiten otros de su especie, por lo cual ellos siempre sabrán qué es lo que sienten los demás ilin. Esta percepción es, desde un punto de vista humano, casi inconcebible. Es una suerte que los ilin sepan gestionar esa sobredosis de estímulos. Si no fuera así, podríamos temer por los simbiontes que sufren mucho dolor físico. Para ellos podría suponer una condena a la *soledad social*, ya que pocos humanos estarían dispuestos a vincularse con ellos por la Red y padecer su mismo dolor. En estos casos, sus propios ilin serán los que regulen tanto el dolor que sus humanos sean conscientes de percibir, alterando la forma en la que sus cerebros procesan estas señales eléctricas, como lo que envían a los demás simbiontes con los que estén conectados. De este modo, los ilin podrían disminuir la sensación de dolor de los seres humanos enfermos. Para esto es necesaria la colaboración del humano, que deberá encontrarse en un estado de ánimo sereno.

Por otro lado, la empatía ilin será de especial ayuda en las consultas médicas y hospitales, donde los doctores simbiontes podrán saber exactamente qué y cómo le duele a su paciente. En las facultades de Medicina, durante las prácticas, los estudiantes

tendrán la oportunidad de experimentar mediante la Red los síntomas de distintas enfermedades sin ponerse en peligro en ningún momento, para facilitar su reconocimiento cuando ejerzan. Asimismo, serán capaces de monitorizar a distancia la evolución de sus pacientes; los padres podrán hacer lo mismo con sus hijos cuando estos estén enfermos.

LA EMPATÍA INVASIVA DE LOS ILIN
¿Quieres que un alien lea tu diario íntimo?

Javier Puig
Madrid 26 OCT 2018

Está muy bien esto de que los ilin sientan todas nuestras emociones y lloren nuestras lágrimas. Nunca he visto los Teletubbies, pero imagino que serán por el estilo. Estupendo. Lo que no parecen pensar quienes los aclaman es que quizá no siempre sea bueno ser plenamente conscientes de los sentimientos de la gente a nuestro alrededor. Antes del año 2000, había ocasiones en las que ibas en el metro al lado de alguien que opinaba que tu peinado era un atentado contra la estética y tú te bajabas en tu parada sin tener ni idea del intenso desagrado que proyectaba esa persona. Y estaba bien, oye. No te interesaba lo más mínimo, no iba a contribuir a alegrarte el día y, de hecho, tampoco el inspector de moda y peluquería que te estuviera juzgando podía hacer nada por evitar esa sensación espontánea que le provocaba tu peluca.

A veces da igual lo que sientan los demás. A veces no queremos saberlo. A veces no hace falta.

Me horroriza pensar en lo complicadas que se han vuelto muchas relaciones. No hablo de situaciones profesionales, eso es evidente: ¿a quién le conviene que su jefe conozca los sentimientos que le inspira? No: me refiero al universo romántico. Ir de cita a ciegas cuando la mujer o el hombre con el que uno se encuentra sabe lo que se te pasa por la cabeza debe de ser una experiencia salvaje.

¿Y si en el ocaso de una historia de amor empezamos a sentir que se apaga la llama, pero no queremos abordar el tema hasta aclarar nuestro corazón? ¿Nos dejarán los ilin apagar su transmisor emocional hasta que decidamos por qué está muriendo la pasión o se empeñarán en lanzar nuestros secretos por aspersión a varios metros a la redonda?

Ari lleva a un mellizo colgando de cada mano. Les ha puesto los abriguitos y desoye sus protestas. Aunque es cierto que no hace mucho frío todavía, el sol de la tarde es débil y tal vez se les haga de noche en el camino de vuelta. No tiene permiso expreso para sacar a los pequeños de casa, pero Álex está con Sergio en urgencias porque se ha caído por las escaleras y se ha hecho una brecha; Gala y Juan están trabajando; Marcos ha salido; Bim lleva un par de días pasando poco tiempo en casa. Así que Ari es el mayor y el responsable. Es jueves por la tarde, el día en que los supermercados tiran la comida recién caducada para reponer a tiempo para el fin de semana, así que toca hacer una visita a los grandes contenedores de basura.

Le ha tocado a él liderar la expedición y explicar el *modus operandi* a Lara y Antonio, que es la primera vez que van. No puede evitar irse por las ramas y hablarles del *Tenebrio molitor*, al que se suele llamar «gusano de la harina», aunque en realidad es una especie de coleóptero…

—¿Un qué? —Lara interrumpe sus quejas para preguntar.

—Un escarabajo.

Las larvas de tenebrio pueden alimentarse exclusivamente de poliestireno hasta llegar a la etapa adulta, así que se utilizan para reducir el volumen de basura plástica heredada del siglo XX. Antes de la llegada de los ilin, cada año se producían más de trescientos millones de toneladas de plástico; solo en Europa, unos sesenta millones. Las larvas de tenebrio se encargan de descomponer parte de este plástico gracias a unas bacterias que tienen en el aparato digestivo.

—¿Comen plástico? —pregunta Inés, que va detrás de los mellizos, con Ainara de la mano.

—Bueno, solo poliestireno. Es el de las bandejas de comida congelada en las películas. Para otros tipos de plástico hacen falta distintos insectos. Las polillas, por ejemplo, comen polietileno.

—¿Dónde está ese plástico?

—En las bolsas…

Ellos llevan bolsas de tela, anudadas unas a otras. Las reparten al llegar a los contenedores. Las dos niñas van juntas y los mellizos con Ari, para que pueda tenerlos controlados. Buscan comida que tenga buena pinta: platos preparados, latas, productos lácteos, frutos secos. Cualquier cosa que tenga azúcar es excelente, mermeladas, chocolate, golosinas. Nada que sea de nevera; ni carne ni huevos ni pescado. No quieren arriesgarse a tener que ir al médico.

Ari piensa en Sergio y se preocupa. No puede recibir noticias de Álex porque sigue con MEEND desconectado por indicación de Bim. Es como estar aislado del mundo entero, pero se ha acostumbrado deprisa.

—Ari, mira —dice Ainara en voz baja.

Un coche tuerce la esquina del vertedero. Es gracioso verlo, tan elegante y descarado; el contraste con el descampado y los edificios marrones es llamativo. Ari reconoce el vehículo. Es el BMW X4 rosa de la novia de Guille.

«Su *sugar mommy*», piensa Ari. Oyó a Gala llamarla así en una conversación con Marcos y Álex que ella no sabía que alguien más escuchaba. Ari tiene esa edad en la que a veces es invisible para los adultos e irrelevante para los niños.

—¡Es Guille! —grita Inés—. Vamos a verlo bien.

Echa a correr hacia la acera con los demás niños en los talones. Es sentido único, así que el coche va a tener que torcer y pasar delante de ellos. Ari duda un momento, pero después corre detrás hasta alcanzarlos. Se detienen de frente a la carretera. Su estampa debe de ser lastimosa: cuatro críos y un preadolescente sudorosos cada uno dentro de su abrigo, algunos con bolsas en la mano que desvelan por qué están rebuscando en la basura.

El coche pasa despacio; la conductora se ha perdido y está intentando ubicarse. Guille va de copiloto y mira por la ventana. Ven su cara con claridad, sus ojos que los reconocen, sus labios apretados. Los mellizos saludan. Son

los únicos. Inés frunce el ceño y compone una expresión dura. Ainara está circunspecta, se envuelve en el aire de quien ya se lo veía venir. Ari se siente triste.

El coche se va. Guille no responde a los saludos ni hace ningún gesto. Seguramente va a ver una película y luego a cenar a algún sitio caro. Ari no los ha visto bien, pero cree que estaban arreglados. Lo que está claro es que, vayan a donde vayan, están en el barrio equivocado. Tendrán que darse prisa en encontrar el camino si quieren llegar a tiempo. Por eso no habrán parado a saludar. Claro.

Las justificaciones y las excusas no aportan el menor consuelo. Nunca lo hacen. De todos modos, Ari se las repite a sí mismo mientras él y los demás vuelven a registrar los contenedores.

Consiguen un buen botín antes de que oscurezca. Esa noche, si los mayores no regresan pronto, podrán cenar lo que quieran. Hablan sobre eso y no intercambian ninguna palabra respecto al encuentro con Guille hasta que están llegando a la casa de los Hijos de la Tormenta. Entonces, Ainara dice:

—Será mejor que no le digamos a nadie que lo hemos visto.

—Sí, porque se enfadarán —añade Inés—. Al menos, yo me he enfadado.

Entran en casa. Los mellizos sueltan las bolsas en la cocina, se hacen con un paquete de gominolas y huyen escaleras arriba. Inés y Ainara los persiguen. Aunque son buenas, no sale de ellas ofrecerse a ayudar. Ari sabe que lo harían si él se lo pidiese, pero prefiere recoger solo. Lo reconforta estar en casa, como siempre, haciendo algo cotidiano como ordenar la comida en la despensa.

Se hace tarde sin que llegue nadie, así que sigue interpretando su nuevo papel de padre de familia: llena una bandeja de yogures, chocolate y zumo, y, de camino al salón, grita que es la hora de cenar.

Álex asiente cuando la recepcionista le pregunta si es la tutora legal de Sergio. Aprieta contra su pecho la carpeta de papeles importantes que Bim guarda en su dormitorio y que está a disposición de los Hijos de la Tormenta mayores de dieciséis para que acudan a él en caso de emergencia. Contiene los documentos oficiales de todos ellos, las partidas de nacimiento y los certificados. También una hoja por cada uno de los menores de edad, firmada por Bim, de traspaso de tutela. Si pasa algo para lo que haga falta el tutor y Bim no está, Juan, Guille, Marcos, Gala y Álex tienen permiso para tomar las riendas de la situación y poner sus datos en los espacios en blanco. Eso es lo que ha hecho ella, con letra temblorosa, y ahora es la tutora legal de Sergio.

La mujer revisa el documento y los DNI de Álex y Sergio. Están en orden:

—Pasad a la sala de espera, por favor.

No hace falta, pero ella pone una mano sobre el hombro del niño para tranquilizarlo. Sergio no pone objeciones. Camina a su lado con una mano dolorida contra el pecho y la otra pegada a la cabeza, apretándose un trapo ensangrentado contra la frente.

—¿Estás mareado? —le pregunta Álex preocupada.

—Un poco —responde él circunspecto—. Es por la *pérdida de sangre* —paladea esas palabras como si llevase toda su vida esperando a usarlas—. Estoy bien.

Ella asiente. Menos mal que él es así, serio, contenido, un señor disfrazado de niño pequeño. Álex no habría sabido manejar la situación con un crío que llorase a gritos.

No tienen que esperar mucho y una enfermera los hace pasar a la consulta. La doctora examina la herida del niño y la mano. Determina que hay que ponerle puntos y hacerle una radiografía. Álex tiene que aguardar fuera.

Cuando se queda sola, abre la carpeta. Está segura de que Bim no la revisa jamás. Puede hacerse tutora de cualquiera de los Hijos de la Tormenta y él no lo sabría.

Según el programa de Nóbula, podría llevarse consigo a tres de ellos. Uno sería Sergio, claro. Elegir otros dos le rompe el corazón. No puede separar a los mellizos, así que serían ellos dos o bien Inés y Ainara. Ellas se portan mejor, son más razonables, muy independientes. Se llevan bien con Sergio y los tres pueden pasarse horas jugando sin necesidad de supervisión. Inés tiene una fuerza de voluntad increíble y es muy lista. Ainara es adorable y graciosa. Tiene mucha inteligencia emocional. De mayores serán chicas extraordinarias. Y Sergio es muy especial también. Será un político o un abogado o un hombre de negocios; tiene esa forma tan suya de ser diplomático y grave, de no perder nunca los papeles.

Sí, a Álex no le importaría viajar con ellos al espacio.

Sin embargo, ¿qué van a hacer los mellizos en la Tierra? Son exigentes, traviesos, pesados. Viven en su propia burbuja, les da igual todo. No se los imagina de adultos y de adolescentes seguro que serán una pesadilla. ¿Serán capaces de arreglárselas con la poca ayuda que puede proporcionarles Bim? ¿No lo tendrían más fácil en las colonias, donde no tengan que competir con personas simbiontes y extremadamente empáticas, sino con seres humanos revoltosos y egoístas como ellos mismos?

Álex está segura de que Inés y Ainara podrán prosperar en la Tierra. Y en cualquier sitio. Respecto a los mellizos tiene más dudas. Por otro lado, no sabe si se siente preparada para hacerse responsable de tres niños pequeños, dos de ellos especialmente disruptivos.

Saca el documento que se refiere a Inés, agrega sus datos y lo firma deprisa, sin darse tiempo a cambiar de opinión. Después, rellena también el de Ainara.

Ya está hecho.

Se da cuenta demasiado tarde de que no ha pensado siquiera en Ari y siente una punzada de culpabilidad. De todos modos, no puede llevarse a uno de los mellizos o a una de las niñas para hacerle hueco a él. Eso es imposible. Álex suspira. Pobre Ari.

La puerta de la consulta se abre y entra la doctora con

Sergio, que lleva la frente remendada y un brazo en cabestrillo. Les hace una receta para que compren antiinflamatorios y un analgésico. Álex la toma y sale con Sergio de la mano.

—¿Estás cansado? —le pregunta—. ¿Quieres volver a casa o podemos ir a hacer un recado antes?

—Estoy bien —asegura el niño—. ¿Qué recado?

Álex no le puede contar este secreto a ninguno de los Hijos de la Tormenta, mucho menos a uno que no ha cumplido aún los seis años. No puede arriesgarse a que Bim sepa esto; sabe que él está en contra. Intentará ponerle obstáculos y convencerla de que se quede, e impedirá que pueda llevarse a ninguno de los niños.

Ella quiere a Bim y lo respeta, pero piensa en su madre. No quiere ese futuro. No quiere ser una ciudadana de segunda. Quiere vivir entre iguales, sin simbiontes de por medio, trabajar, tener su propia casa y comida todos los días. La Tierra no puede ofrecerle eso, así que está dispuesta a irse. A escondidas si es necesario.

—Es un asunto secreto mío —le dice—. Te prometo que te lo contaré cuando llegue el momento. ¿Vale?

—Vale.

Pasan por casa para recoger la carpeta de Nóbula y algo de dinero del bote de las emergencias; luego van a la farmacia para comprar las medicinas, que no son muy caras. Siguen hasta la sede del Ministerio de Actividad Extraterrestre, donde está el despacho de Leonor y también la oficina del programa Nóbula. Álex deja a Sergio sentado en una fila de sillas de plástico en el pasillo y llama a la puerta antes de entrar.

La recibe una mujer joven sonriente. Le proporciona información que Álex ya conoce, porque el archivador que le dio Leonor contiene todo lo que hace falta saber sobre el programa; después, recoge la solicitud y hace fotocopias de los documentos de Álex, Sergio, Inés y Ainara.

Le da un resguardo y anuncia que están en la lista de espera.

—¿Cuánto tiempo se tarda en viajar? —pregunta Álex.

—Dependemos de las bajas que haya en las naves de las colonias, así que es difícil estimarlo —responde la mujer —. Puede ser muy poco tiempo, últimamente vamos muy deprisa y no hay mucha gente por delante de vosotros. Cuenta con que será menos de un mes, tal vez incluso cosa de días. Te llamaremos.

Ella se contiene para no decir que mejor contacten con ella por MEEND. Sería más rápido, pero el chip es ilegal y aunque esté hablando con otra no simbionte, no puede olvidar que se encuentran en el edificio de un organismo oficial.

Da las gracias y recoge a Sergio. Se fija en lo pequeña que es la mano del niño dentro de la suya.

Andrea reconoce enseguida en el retrato robot al tipo que vino con la chica y percibe la ola de excitación que recorre el rostro del detective cuando ella asiente. Su ilin es quien habla por él:

Cuéntenoslo todo. Qué dijeron, adónde fueron, qué pidieron, cualquier detalle puede ser útil.

Ella pidió un chocolate vegano, dice Rea. *Estuvieron hablando un buen rato. No sabíamos que era Cax Durán Peña*.

Se la veía muy tranquila y cómoda, añade And. *Se fueron juntos, no parecía que él la estuviese obligando a nada*.

¿Tenía un teléfono móvil a la vista?, pregunta el detective. *Sus padres dicen que ella llevaba uno, pero está apagado desde esa tarde*.

No, no lo sé, dice And. *No me acuerdo*.

Hablan durante un rato más, pero la poca información que puede darles es irrelevante. Andrea se siente frustrada. Le gustaría ayudar más.

—Gracias —se despide finalmente el detective con amabilidad—. Volveremos a contactar con ustedes si se nos ocurren más preguntas.

—Claro. —Ella estruja el trapo que tiene en la mano y hace una mueca de disculpa.

—Se sentaron en esa mesa, ¿verdad? —La señala y Andrea asiente—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Sí, por supuesto. Por donde quiera.

Ella se mete detrás de la barra y dobla el trapo. Lo mira de reojo: se ha sentado en el mismo sitio que el secuestrador y mira por la ventana. Puede que esté meditando, atando cabos y sacando conclusiones, pero es más probable que converse con su ilin. A Andrea le gustaría saber qué dicen, pero sería de muy mala educación que Rea intentase vincularse a ellos para cotillear.

El detective le pide un té y ella se lo lleva. Le sorprende que no le resulte inquietante estar tomando algo en la misma mesa en la que se vio por última vez a una chica secuestrada. A Andrea sí le da un poco de repelús.

Nunca va a poder ver del mismo modo ese sitio junto a la ventana, que es el mejor del local.

El resto de la mañana es normal, aunque el detective esté allí sentado. Su mirada ausente deja claro que está trabajando, conectado a la Red. Los demás clientes entran y salen como si nada. A Andrea le inspira muchísima curiosidad el investigador. Ojalá poder comentar a cada cliente que pasa que algo extraordinario está sucediendo; que ese hombre, ahí donde lo ven, es un detective tras la pista de un secuestrador y un asesino. Es como estar en una película. De todos modos, logra aguantar sin decírselo a nadie.

Al final, se acostumbra a su presencia y lo archiva como la anécdota emocionante del día. Mañana será otra. No es que haya sido un notición, tampoco: no ha *encontrado* a la chica, simplemente está sentado e inmerso en sus cosas. *Está muerta*, comenta Rea con tristeza. *La Sombra es un asesino, no un secuestrador. La ha matado y lo único que pasa es que no han encontrado el cuerpo todavía*.

Seguramente.

Al cabo de un rato largo, el detective se acerca a la barra para pagar en efectivo. Ella le da el cambio y sigue su mirada, que se ha quedado clavada en la caja de objetos perdidos del estante de fondo.

—¿Objetos perdidos? —pregunta el detective.

—Sí. Los chicos del instituto se dejan cosas cada lunes y cada martes —responde ella.

—¿No dejaría algo uno de los dos por casualidad? Una prenda de ropa, unas gafas de sol…

Está desesperado, es evidente, dispuesto a aferrarse a un clavo ardiendo. Andrea se encoge de hombros.

—No sé. No me suena, pero si se dejaron algo, estará ahí. Lo suelo encontrar todo antes de irme, cuando recojo las sillas, así que nunca sé exactamente de qué cliente es lo que encuentro. Por aquí pasa mucha gente.

Él hace un gesto vago de comprensión.

—¿Puedo echar un vistazo, por favor?

Andrea saca la caja y la coloca sobre la barra. Él abre

para rebuscar dentro. Libros, cargadores de teléfono, cuadernos, un montón de bolígrafos, unos guantes, una gorra, un jersey de bebé y un teléfono móvil apagado.

Saca el móvil.

—¿Y esto?

—Ah, sí. Este no lo ha venido a buscar nadie y es raro, porque la gente se suele dar cuenta enseguida de que se lo ha dejado.

—¿Puede que sea suyo? —El detective le da la vuelta al aparato. Tiene una pegatina por detrás: el logotipo de Imagine Dragons—. Perdone, ¿me lo puedo llevar? Si no es suyo, se lo devolveré.

Casi ningún adolescente tiene teléfono móvil, pero es lógico que una chica no simbionte sí. De algún modo tienen sus padres que localizarla.

Andrea se encoge de hombros.

—Lleva aquí varios meses. Si me dijera que es suyo, se lo daría. Así que sí, lléveselo. Yo no lo quiero…

Ojalá sea de Cax Durán Peña, porque si eso ayuda a la investigación, Andrea está encantada de haber colaborado. Esté viva o muerta.

El caso es encontrar a la Sombra, le dice a Rea. *Y que no pueda hacerle daño a nadie más*.

El detective coge uno de los cargadores de la caja, se acerca a un enchufe de la pared y pone a cargar el aparato. Al cabo de unos segundos, la pantalla se enciende.

—Tenga cuidado —advierte Andrea—. Tiene cinco intentos.

Él marca «2005». Es el año de nacimiento de Cax Durán Peña. Error. Luego «1407».

—¿Qué es eso?

—Su fecha de nacimiento —dice él.

Error.

—¿Cómo sabe que era ese día?

Él no responde. Hace una pausa: su ilin está comprobando algo. Marca «2012».

El teléfono se desbloquea.

El detective intercambia una sonrisa con Andrea, le da

las gracias y sale de la cafetería. Es una pena que se vaya, porque a ella le gustaría ver qué pasa después, pero entiende que es un asunto privado. Si el hombre ha acertado el código de desbloqueo gracias a algún dato sobre la chica, que ha obtenido gracias a su trabajo como detective, entonces es evidente que el teléfono sí es de Cax Durán Peña. Y la información que vaya a conseguir debe ser confidencial.

¿Por qué habrá elegido 2012?, le pregunta a Rea.

Su ilin tampoco lo sabe. Le dan vueltas a eso durante toda la tarde.

Ji siente temblar las manos de Ben sobre el volante del coche, que todavía no está en marcha. Ella pregunta en la Red cuál es la comisaría más cercana. Memoriza la dirección.

Salimos en cuanto estés listo, le dice.

Él quita el freno de mano y arranca. A Ji le gustaría que no condujese estando nervioso, pero decide no comentarlo. Entiende su prisa; tiene una pista importante, hay que hacérsela llegar a los responsables del caso cuanto antes.

Entonces, el móvil empieza a sonar. Ben casi da un acelerón del susto, pero logra controlarse y apaga el motor. El coche da un respingo. Él echa el freno otra vez para mirar la pantalla.

Hay una llamada entrante de Enrique.

Deja que suene, propone Ji.

Esperan mientras la música del tono que ha elegido Cax llena el interior del coche. Es difícil resistirse. El teléfono suena y suena y suena hasta que por fin enmudece.

Ben coge el aparato. Revisa las últimas llamadas: la última a la que Cax respondió fue de Enrique. El mismo día de su desaparición y varios antes. Echa un vistazo a sus mensajes, pero de Enrique no hay ninguno. Esta persona quería dejar el menor rastro posible de sus comunicaciones con la menor.

El teléfono empieza a sonar de nuevo. Llamada entrante de Enrique. Benji no puede contenerse: la acepta.

—¿Hola?

Su interlocutor tarda un instante en responder.

—Hola —saluda en tono calmado—. Me acaba de llegar un mensaje avisando de que este número vuelve a estar disponible.

Estoy contactando con la policía para ver si consigo que rastreen la llamada, dice Ji. *No sé si será posible*.

No creo, pero nos vendría muy bien, piensa Ben.

—Lo he encontrado y acabo de encenderlo. ¿Es suyo?

—pregunta.

—De mi sobrina —responde Enrique—. Hace mucho tiempo que lo perdió. Ya habíamos dejado de buscarlo.

—Si quiere, se lo puedo devolver.

—¿Cómo lo ha desbloqueado?

Dicen que sí pueden rastrearla. Necesitan que sigáis hablando. Voy a darles los datos que necesitan, informa Ji.

—¿Perdón?

—¿Cómo ha desbloqueado la tarjeta SIM?

—Tuve suerte.

—¿Sí?

—Sí. La clave era «1234». Tendrá que decirle a su sobrina que es importante cambiar la que viene de fábrica. Aunque en este caso nos ha sido útil que lo mantuviese; de otro modo, no habría podido contactar con usted. ¿Cómo quiere que le devuelva el aparato? Puedo acercárselo a donde me diga.

—No tengo tiempo para que nos veamos en persona. Las tarjetas SIM vienen con un código de desbloqueo al azar. La probabilidad de que sea «1234» es ínfima. Creo que usted adivinó el número porque conoce a mi sobrina.

—No la conozco —dice Ben y es cierto.

—Es usted el primer negociador con el que hablo —comenta Enrique—. Y no me parece muy competente. Escuche, no le va a servir de nada este teléfono. Voy a deshacerme del mío sobre la marcha porque no quiero ningún contacto con ustedes. Pero antes, quiero que sepa algunas cosas. ¿Me escucha?

—Sí.

—¿Trabaja con la policía?

—No directamente.

—Bueno, pues le recomiendo que esto que le voy a decir se lo haga saber también a los que estén llevando este caso. No quiero ningún rescate ni tengo ninguna intención de hacerle daño a la muchacha, siempre y cuando ustedes no me obliguen a hacerlo. Si siento que este asunto deja de merecer la pena porque ustedes me acosan demasiado, pondré fin a toda la aventura. Supongo que esto no les

interesa y, desde luego, no le interesa a la cría. Así que lo mejor que pueden hacer es dejarme en paz.

—¿Esta viva? ¿Está bien?

—Sí, y lo seguirá estando. Está aquí porque quiere. ¿Es usted simbionte?

—Sí. ¿Quiere comunicarse conmigo por MIND? —Es una idea absurda, pero Ji y Ben están muy dispuestos a plegarse a sus deseos. Si logran vincularse con él, podrán averiguar dónde está y qué pretende. Ji es rápida consiguiendo información.

Enrique suelta una carcajada cordial, como si Benji hubiese hecho una broma no demasiado ingeniosa.

—De ningún modo. Debería dejar la investigación, señor. Está usted jugando para el equipo contrario.

No creo que Cax se haya escapado de casa y esté fuera por voluntad propia, reflexiona Ji.

—¿Cómo pretende usted que me crea que la niña está bien? Debería estar con sus padres.

—Ah.

Hay una pausa en la conversación; el hombre ha apartado el micrófono. Ji piensa que va a colgar, pero no lo hace. En lugar de eso, se lo pasa a una segunda persona:

—Hola —saluda Cax. Benji no ha oído su voz antes, pero tiene que ser ella—. ¿Quién es?

—Me llamo Benji Serra —dice él—. Soy un investigador privado y estoy buscándote. ¿Eres Cax?

—Sí —contesta ella—. Benji Serra, estás en manos libres.

—Vale —responde él—. Todo el mundo está preocupado por ti. ¿Estás bien?

—Sí. Bastante relajada. Ya no tengo los exámenes volando como buitres sobre la cabeza. —La chica se ríe—. En lugar de eso, tengo mariposas. ¿Te gustan las mariposas, Benji Serra?

—No mucho.

—A mí sí. El otro día vi una *Saturnia liquidambae*; te aseguro que si hubiese estado en casa, con el instituto, el estrés y toda la pesca, nunca me habría fijado en ella. ¿Tú

la viste? —Se está dirigiendo a Enrique; su voz se oye un poco ahogada—. Se posó en la barandilla de la terraza, ¡y eso que no suelen volar tan alto! —Y añade, otra vez cerca del micrófono—: Vamos, que sí, que estoy bien.

—Cax, te vamos a encontrar. Tus padres…

—No, no. Deja a mis padres fuera de esto. Te digo que estoy bien y que no necesito que me busque nadie; vamos, lo que faltaba. Dentro de unos meses seré mayor de edad. ¿En qué mes estamos? —Se lo pregunta a su captor—. Ah, bueno. Pues falta un poco más de lo que pensaba. Por el tiempo que hace, pensé que sería por lo menos abril. Oye, Benji Serra, me dicen por aquí que tengo que ir colgando. Ha sido guay hablar contigo, pero no hace falta que nos devuelvas la llamada. *Ciao!*

Ha colgado.

Benji mira la pantalla del teléfono con incredulidad y después la deja a un lado, sobre el asiento del copiloto.

¿Y la policía?

Estoy intentando contactar, pero todos están lejos u ocupados. Dame un momento.

A la mierda, Ji. Vamos a buscarla.

Ben arranca y, en lugar de a la comisaría, se dirige al piso de Bim, que está más cerca. Mientras él conduce, Ji investiga en la Red. Tiene un buen puñado de pistas que seguir y sigue concentrada en ello cuando Ben aparca, baja del coche y llama al telefonillo. Sube los escalones de dos en dos y le entrega el teléfono a un Lazlo muy desconcertado.

—¿Bim no está? —pregunta Ben.

—No.

—Necesito que le entregues esto a la policía. Es el teléfono de Cax Durán Peña. Y diles que se pongan en contacto conmigo, Benji Serra, cuanto antes. A través de la Red. Ellos están vinculados a Ji, así que no necesitan nada más.

—Vale. —Lazlo no las tiene todas consigo.

—Cuanto antes, Lazlo, por favor.

Ben se marcha tan rápido como ha llegado y enseguida

vuelve a estar en el coche.

Ji, ¿adónde vamos?

De momento, dirección Arganda. El coche sale hacia la Autovía del Este. *Buscamos un piso alto, de un cuarto para arriba. Es más infrecuente ver mariposas dentro de la ciudad, así que si nos lo ha dicho, es porque están en las afueras, quizá en alguna zona en la que se esté empezando a construir. Por suerte, la* Saturnia liquidambae *solo puede verse en un área muy acotada. Estoy viendo dónde está lloviendo o lloviznando ahora mismo. Ben, estás superando el límite de velocidad*.

Él frena un poco, aunque a regañadientes, y se incorpora a la autovía.

Cax conoce a Enrique. No está segura de si él habrá captado las señales que ella le ha enviado a Benji Serra, pero sí está convencida de que, por si acaso, él no querrá quedarse en ese piso demasiado tiempo. Así que, aunque actúa con normalidad y sigue interpretando su papel, permanece atenta a las conversaciones entre sus secuestradores.

Cuando termina de ducharse, con la puerta entornada como le han indicado, deja el agua correr un rato más mientras arrima la oreja a la puerta y por fin consigue captar algo de información interesante: Carcelero Número Uno comenta con Carcelera Número Dos que hay un coche gris que ha pasado tres veces seguidas por la calle. Es llamativo porque no es precisamente una zona muy concurrida; parece evidente que está patrullando o buscando algo. La tercera vez que pasó, estuvo un buen rato aparcado cerca del edificio, pero nadie salió del vehículo. Quizá estuviera tomando fotografías.

—Si es simbionte, ni siquiera le hará falta eso —dice Carcelera Número Dos en tono lúgubre.

Cax cierra el grifo y ellos callan de inmediato. Si hay planes para trasladarse, no quieren que ella los sepa. Siempre la duermen sin avisar y es obvio que esta vez no será una excepción. O eso piensan ellos. No saben que Cax está preparada y, si de verdad hay alguien buscándola y tan cerca que coloca el coche delante del edificio, ella hará lo que esté en su mano por ponérselo fácil.

Cae la tarde sin que haya ninguna novedad. Cax se va a la cama a la hora acostumbrada, pero se queda despierta en la oscuridad. No es fácil: una modorra pesada y densa lucha por invadirla. Su cena incluía algún suplemento para ayudarla a dormir. Lo combate con todas sus fuerzas.

Tiene dos gomas del pelo en la mano y aguarda hasta que oye movimiento en el pasillo. Justo antes de que se abra la puerta, mete el brazo izquierdo en las gomas, hasta que estas le aprietan por encima del codo. La manga corta de la camiseta de pijama las tapa.

Alguien entra en su habitación. Cax, fingiendo estar dormida, se gira sobre el brazo derecho. Reconoce la respiración de Carcelero Número Uno. Él se acerca, levanta la ropa de cama, se asegura de que la chica no reaccione. Una aguja le atraviesa la piel. Él inyecta el líquido que contiene; después, abandona la habitación. Cax lo oye hablar con Carcelera Número Dos en el pasillo:

—Ya está.

Creen que está dormida; encienden la luz, mueven cosas, hacen ruido. Carcelera Número Dos entra en la habitación de Cax y mete sus pocas pertenencias en una bolsa. Sale con ella.

La puerta principal se abre, alguien llama al ascensor. Van a bajar las cosas al coche. Tiene sentido, así dan un poco más de tiempo a la anestesia antes de mover del sitio a Cax.

Claro que la circulación de sangre en su brazo está cortada. Duele mucho, pero ella está despierta. Y cuando oye que el ascensor empieza a bajar, se pone en pie de un salto para salir de su dormitorio. El apartamento está vacío y la puerta abierta.

Corre. Nunca ha ido tan deprisa en su vida. Vuela por el pasillo, el descansillo, las escaleras, el ascensor baja y ella lo adelanta y corre corre corre. El recibidor del edificio. Ve el interruptor que abre la puerta del portal, lo pulsa de un puñetazo con la mano derecha. No sabe cuánto tiempo puede tener así la izquierda y le da miedo hacerse daño, perder los dedos, perder el brazo. Está siendo catastrofista, ¿o no? Si se quita las gomas, la anestesia surtirá efecto y se dormirá. Tiene que calcular cuánto tiempo puede aguantar, pero en el fondo no hay elección, no puede quedarse dormida hasta encontrar un lugar seguro.

Ha abierto el portal. Corre por la acera. Los carceleros estarán en el aparcamiento, cargando el coche, y subirán otra vez en ascensor, tiene al menos cinco minutos de ventaja. Quizá más. Va en dirección contraria a la que indican las señales de tráfico; con suerte, se encontrará con un coche; y con mucha suerte, será el gris que han visto los

secuestradores. Si no, llegará a alguna vía más grande antes o después, y en las carreteras importantes hay gasolineras. En una de ellas podrá quitarse las gomas y pedir que alguien llame a un hospital o a la policía antes de quedarse dormida.

Salvo que la encuentren ellos antes. Ellos, que deben de estar subiendo o tal vez hayan descubierto que ha huido. No saben en qué dirección se ha marchado. Irán uno para cada lado; Cax cruza a la acera de enfrente y dobla una esquina al azar.

No puede mover los dedos de la mano izquierda. Si se quita las gomas escondida en algún portal, ¿despertará en algún momento? ¿La anestesia deja de hacer efecto al cabo de un rato o hace falta otro fármaco para despertar? No está segura y no quiere arriesgarse. Piensa que si se queda sin mano, se queda sin mano, joder. Se le saltan las lágrimas; son de miedo, no de autocompasión.

Quizá también un poco de autocompasión.

Tiene que detenerse porque no está acostumbrada a correr y su cuerpo no da más de sí. Sigue caminando con el corazón desbocado. Aunque hace frío, el sudor le cae en gotas enormes de la frente. Su brazo está amoratado. Cax se da cuenta de que está descalza y va en manga corta cuando debería tener un abrigo o al menos un jersey.

Alguien le grita. Ella reconoce la voz; se da la vuelta para saber dónde está. Lo descubre a tres o cuatro manzanas de distancia. Corre, así que ella corre también, pese al cansancio, pese al frío, pese a los pulmones que duelen.

—¡Cax! —grita Enrique.

Tiene que detenerse, no puede más. Lo mira. Él está quieto ahora. Tiene algo en la mano: una pistola. Cax se apoya la mano derecha en la rodilla y jadea. Su aliento forma una nube de vaho en el aire.

—Cax, vuelve.

—¡No me dispares! —chilla ella.

No está segura de que él la haya oído.

—Vuelve —repite él a gritos.

Le apunta. Cax piensa que es un farol. Ha estado sentada en el sofá junto a ese hombre, comiendo palomitas y viendo comedias románticas malas. Ha cenado con él. Lo ha escuchado hablar de sus ideas, de su causa y de Virginia.

Él dispara. El sonido es más fuerte de lo que Cax esperaba. Casi se cae al suelo del susto.

Ha fallado el primer tiro.

Cax se mete en un portal, pero esa idea no es buena. Él vuelve a avanzar. Ella sale corriendo a la acera y huye hasta el siguiente refugio. Enrique la apunta con el arma, ella se escabulle antes de que le dispare. La súbita idea de que él se está divirtiendo la asalta.

Se oye el frenazo brusco de un coche que acaba de aparecer por una calle transversal. Está parado en medio del cruce, a unos metros de distancia de Cax. Es gris.

—¡Cax! —grita el conductor. Abre la puerta del copiloto.

Ella corre hacia él. Otro disparo. Ella grita, de susto y de dolor; le ha dado, le duele mucho la pierna. Llega hasta el coche, entra, logra cerrar la puerta con la mano derecha, retorciéndose, y el vehículo está en marcha y se aleja en dirección contraria: da igual, lo importante es quedar fuera del alcance de Enrique.

—¿Te ha dado? —pregunta el conductor—. Cax, dime algo.

Tiene muchas cosas que decir.

—Me han anestesiado —declara—. Y me voy a dormir. Él era Enrique. No sé si es la Sombra o si colabora con ella. Tiene una jefa: Virginia. Ella pone la pasta. Tienen mucha. Él está loco, pero es un mandado. Creen que los ilin comen humanos y que la Tierra es una granja para ellos. En su planeta hay una especie de supergusano caníbal que no tiene nada más de lo que alimentarse. Por eso están haciendo esto. Tú eres Benji Serra, ¿verdad? Necesito que me lleves a un hospital.

—Estamos de camino a uno. No te preocupes por nada. Estás a salvo.

Cax suspira. No siente el brazo izquierdo y tiene que

forcejear con el otro para quitarse las gomas. La sangre regresa con hormigueo y un dolor tan agudo que el sopor de la anestesia es un alivio.

RADIOGRAFÍA DE LA GENERACIÓN SIMBIONTE

Los herederos de la Tierra

Ariadna M. Prieto
Madrid, 30 MAY 2019

La generación simbionte o posmilénica, con edades comprendidas entre los 15 y los 19 años, viene dispuesta a comerse el mundo.

Se encuentra con una Tierra más conectada que nunca, en la que es fácil comunicarse y viajar. Un estudio global realizado por grandes agencias de viajes en la Red ha revelado que esto tiene una gran influencia en los jóvenes y sus aspiraciones en la vida.

El 84% de los integrantes de esta generación desean viajar, tanto para conocer mundo como para aprender más sobre sí mismos. Explican entre sus motivos que la Red ilin les proporciona un vistazo de otras culturas mediante las conexiones transoceánicas y esto les inspira a tener un contacto directo con ellas.

Destacan también por estar dispuestos a viajar solos. Ante la perspectiva de abandonar el núcleo familiar, la mayor parte de los jóvenes se declara preparada para enfrentarse a nuevos retos y experiencias por su cuenta, siempre acompañados, eso sí, por sus ilin. Ser independientes es, de hecho, una prioridad para esta generación. Más del 35% tienen planes para viajar solos en los próximos diez años, ya sea de mochileo o para tomarse un año sabático. Entre ellos destaca una aplastante mayoría de mujeres.

Los destinos soñados de estos viajes son muy variados. Muchos de los jóvenes escogen gracias a las

fotografías que los *influencers* suben a la red social Mauve lugares de los que nunca antes habían oído hablar.

Sin embargo, estos jóvenes se niegan a hacer listas de viajes pendientes, dado que, según explican, sus gustos cambian con demasiada frecuencia siguiendo los caprichos de las conexiones en la Red ilin. El 72% de ellos afirma que no planea sus viajes con antelación, sino que decide hacerlos de forma espontánea.

La generación simbionte ha crecido en un mundo en el que la estabilidad económica y financiera ha sido la norma a nivel mundial durante las últimas dos décadas, de ahí que el modo en el que prevé gastar su dinero sea un buen barómetro de su actitud ante la vida. Después de invertir en viajar, en la lista de prioridades se encuentran ahorrar para casarse, comprar mobiliario, tecnología y gadgets, y adquirir una vivienda.

Solo para un 21% de ellos es importante conseguir un trabajo y el 67% encuentra atractivos aquellos empleos que permitan conocer otras culturas.

MARKETING

5 claves que ayudarán a las marcas a entender a la generación simbionte

Fernando Santos Sánchez
Madrid, 28 JUL 2019

Los jóvenes de 19 años de edad o menos toman cada vez un mayor protagonismo en la actividad económica. Desde hace varios años, las marcas intentan averiguar cómo conquistarlos.

Para ello es preciso analizar sus principios, sus valores, sus hábitos de compra y su contexto social para trazar un perfil de consumidor que los represente. En este momento crítico en el que este segmento etario se integra en el mundo laboral, se prevé que pronto sean una fuerza del consumo que sacuda el comercio.

Presentamos cinco claves para entender el comportamiento de los jóvenes de la generación simbionte:

1. Turismo

Seis de cada diez jóvenes esperan que su próximo viaje sea a una cultura radicalmente distinta a la suya de origen con la finalidad de «vivir una experiencia auténtica».

2. Monocanal

El 88% de las personas de la generación simbionte realizan la totalidad de sus comunicaciones a través de la Red.

3. *Social media*

Para el 54% de los jóvenes, la red social Mauve es el

principal canal de influencia. En ella, el 93% se informa a través de vídeos-recuerdo que los propios ilin suben a la Red. El 56% de estos usuarios de Mauve señala su preferencia por vídeos que reflejen productos y servicios que ya tiene o en los que está interesado. Un 42% querría que el vídeo fuese interactivo.

4. Entretenimiento

Estamos en plena era de la retransmisión en directo y la generación simbionte es el mejor ejemplo. Casi la totalidad de ellos (un 98%) comparte a diario fragmentos de su vida cotidiana en directo utilizando plataformas como Mauve. El mismo número de jóvenes admite ser consumidor de este contenido y dedica tiempo de ocio a ser espectador de las vidas de otros antes que de películas, series o documentales. Algunas de estas retransmisiones, sin embargo, no son reales, sino guionizadas, y cuentan historias ficticias disfrazadas de realidad; este género, completamente independiente de la industria audiovisual, está ganando cada vez más presencia.

5. Data security

Los jóvenes menores de 19 años no dan mucha importancia a conservar el control de los datos que comparten con las empresas. Una encuesta reciente señala que el 41% de ellos muestra una opinión favorable al hecho de que «todo esté en la Red».

Alicia sale para decirles a los periodistas con toda la amabilidad que es capaz de reunir que pueden irse a tomar viento. Que frían espárragos. Lo que quieran, pero en otro sitio, no en la puerta de urgencias del hospital, porque están bloqueándola y es un despropósito.

Protestan, pero se van. La enfermera da las gracias a los chicos de seguridad; ella tiene mucha presencia, pero que estén ellos ayuda a impresionar. Ellos se ríen y le dicen que están a su servicio. Alicia vuelve a entrar, satisfecha, y se fija en el pobre hombre que espera a un lado de la recepción. Ahí no se puede estar, la sala de espera de urgencias se encuentra al otro lado de las escaleras. Tendría que pedirle que se fuera, pero le da pena.

Es el que ha llegado con la chica, la famosa, la secuestrada. La sacó en brazos del coche y entró con ella en urgencias de modo muy espectacular, causó sensación. Alicia había estado dibujando, como en muchas ocasiones durante las largas horas de la guardia nocturna. En un hospital pequeño, a las afueras, hay noches con muy poca actividad. Las aprovecha para trabajar en los personajes de su serie animada, la que algún día sueña con estrenar. Entonces la llamaron desde recepción y le cambió la cara, como a los demás, cuando vio a quién tenía que atender.

Llamaron a la policía, pero la prensa llegó primero.

Se acerca al hombre, que alza la vista hacia ella:

—¿Cómo está?

—Todavía la están despertando.

—¿Y su brazo?

—Está bien, no se preocupe. Usted la encontró, ¿verdad? —Él asiente—. Mire, si no es familia, no puede estar aquí. Lo siento mucho.

A él le cambia la expresión. Alicia no es capaz de descifrarla.

—Lo entiendo —dice. Se pone en pie.

—A partir de ahora, nos encargamos nosotros. Ella va a estar bien, se lo aseguro.

—Sí. Si me indica dónde está la sala de espera, me quedaré allí hasta que venga la policía —dice él—. Supongo que querrán hablar conmigo.

Alicia lo acompaña antes de pasar a ver cómo está la muchacha. La han dejado en observación, donde despertará poco a poco. Pregunta dónde está, confirma que se encuentra bien, aunque un poco mareada, e incluso bebe un poco de agua. La trasladan a una habitación y hacen pasar a sus padres, que han llegado hace unos minutos.

—No la atosiguen —recomienda Alicia.

La madre está llorando y el padre tiene también los ojos brillantes. Los dos entran en el cuarto como si temieran estar a punto de despertar. La niña les sonríe desde la cama, ellos sueltan exclamaciones inconexas al acercarse, la tocan, la besan, la abrazan.

Alicia se retira para dejarles espacio. Ella también tiene ganas de llorar de emoción. Las visitas son de media hora, pero ella y el otro enfermero de guardia deciden dejar que se queden juntos hasta que llegue la policía. No hay que esperar mucho, enseguida está allí y quiere entrevistar a los implicados.

—A la chica deberían dejarla tranquila hasta mañana por lo menos —les dice la doctora que está a su cargo—. Acaba de despertar de la anestesia.

—Será un momento.

Los padres acceden a que los agentes hablen con la muchacha a solas durante diez minutos. Después, estos conversan con ellos, acuerdan que volverán a pasarse al día siguiente y se acercan a la recepción para preguntar si sigue en el hospital el hombre que encontró a la chica. Alicia se adelanta para indicarles dónde está.

—Ah, sí —dice uno de los agentes—. Ya sé quién es.

Al cabo de un rato, por fin se marchan el hombre y la policía; Alicia vuelve a pasarse por la habitación para indicarles a los padres de la chica que tienen que salir para que entre a verla la psicóloga, Carmen. Ellos pasan a la sala de espera, Alicia vuelve a sus tareas. Al cabo de un rato sale Carmen. Discretamente, le explica a Alicia que la chica está

agotada y que, aunque quiere mucho a sus padres, lleva meses estando sola y en este momento sus llantos y su alegría explosiva la abruman. Ha pedido expresamente quedarse sola para poder dormir tranquila.

Ella no tiene corazón para decirles que su hija necesita descansar de ellos, así que cuando los padres quieren regresar a la habitación se pone un poco estricta y les suelta que el horario de visitas es de 12:00 a 12:30. Hasta el día siguiente no pueden verla, pero seguramente le den el alta entonces para que se la puedan llevar a casa.

Ellos se resisten a dejarla, es normal. Alicia les asegura que va a estar a salvo. Nadie puede entrar ni salir del hospital de noche, excepto el personal sanitario. Su hija va a estar bajo vigilancia constante.

—Nos cuesta mucho perderla de vista ahora —se lamenta la madre—. Lo entiende, ¿verdad?

Aunque Alicia lo entienda, las normas son las normas y la joven necesita descansar. Eso es lo más importante.

Pese a todo, ellos deciden no irse a casa, sino pasar la noche en la sala de espera. Alicia vuelve a concentrarse en sus dibujos. No es capaz de avanzar mucho: a los pocos minutos, se levanta para ir a ver cómo está la chica. Siente que tiene una responsabilidad para con sus padres.

Enrique no tiene la menor intención de informar a Virginia de lo ocurrido hasta que no esté solucionado. La gravedad de que Cax haya escapado radica sobre todo en la información que la chica tiene sobre Enrique y la organización; al margen de eso, no tiene mucha importancia, porque desde el laboratorio han declarado que la investigación está bien encaminada y seguramente no la necesiten más. Por otro lado, precisamente por eso debería haberla eliminado. Tendría que haberlo hecho estando la chica en casa, podría haber sido limpio y discreto.

No es momento de avergonzarse por haber llevado mal la situación. Lo importante ahora es la gestión de crisis. Los salvadores de Cax todavía pueden ser aliados y no enemigos; al fin y al cabo, sus intereses no son opuestos a los de Virginia. El más peligroso, después de la propia Cax, es el que se hace llamar Lazlo; por eso Enrique sonríe cuando, al llamar al teléfono de Cax, es él quien responde.

—¡Qué sorpresa! —saluda—. Lazlo. Precisamente quería hablar con usted.

Él responde con desconfianza:

—¿Cómo sabes quién soy?

Te tutea, señala E.

Es joven, explica Enriq.

—He reconocido tu voz. Tú no me dejaste hablar mucho en aquella habitación de hotel, ¿eh?

Silencio.

—Ibas a dispararme.

—Solo si nuestra conversación no era satisfactoria —intenta consolarlo Enrique—. Aunque creo que lo habría sido. Tengo cosas interesantes que contarte.

Él no dice nada. Está asustado, pero también intrigado. Enrique deja resbalar los segundos vacíos, sin prisa. Sabe que los contactos personales de Lazlo pueden contarse con los dedos de una mano, así que si acudió al hombre del coche gris tras su encuentro en el motel, debe ser porque este es policía o investigador privado.

Benji Serra, dice E. Está consultando a su informante de la policía. *Es el padre biológico de Cax. Tiene un hijo que tampoco es simbionte*.

Qué interesante.

Benji Serra tendría que haber entregado el teléfono a los agentes que estén llevando el caso, pero no lo ha hecho. En su lugar, se lo ha dado a Lazlo. Seguramente tenía mucha prisa en ir a recoger a Cax; es comprensible. Por su parte, Lazlo tampoco ha querido ir a comisaría. Quizá porque desconfía de la autoridad. Eso tendría mucho sentido y además le vendría bien a Enrique.

El chico no responde, pero tampoco cuelga.

—Lazlo, necesitas saber la verdad sobre los ilin y las colonias —dice Enrique al cabo de un rato.

—Odias a los no simbiontes. Odias a la gente que se va a las colonias.

Es infantil incluso para tener dieciocho o diecinueve años. Debe de haber vivido muy recluido durante su adolescencia, razona como un niño.

—No, en absoluto. Les estoy haciendo un favor. Voy a enviarte algo por Violet.

La siguiente pausa hace gracia a Enrique. El chico cree que él es simbionte, pero le es imposible aceptar que un simbionte pueda tener acceso a MEEND. Según la creencia general, su ilin se lo impediría. También le impediría matar a otros seres humanos, por otro lado, pero así son las cosas.

No tiene sentido para ellos que haya un simbionte asesino; pero, si no lo eres, ¿por qué asesinar a no simbiontes que serían como tú? Están tan empeñados en que es un crimen de odio que no piensan con claridad, juzga E.

Podría ser un no simbionte radical, que estuviera en contra de que los humanos abandonen la Tierra, propone Enriq. *Eso estaría más cerca de la realidad*.

—¿Por qué?

—Necesitas verlo. Somos una organización, Lazlo, una comunidad de personas que sabemos secretos sobre los ilin y nos resistimos a la invasión. Tú podrías formar parte. Lo que te voy a enviar son pruebas.

—Sois una secta de locos. Podrías habérmelas pasado desde el principio, pero decidiste apuntarme con una pistola.

En eso tiene razón y es algo sobre lo que Enrique ha meditado en más de una ocasión. Lo que Lazlo por ignorancia no comprende es que él tiene que conseguir constantemente nuevos colaboradores para que se conviertan en las manos, los ojos y los oídos de Virginia, que no debe hacer nada personalmente. Los candidatos perfectos son los no simbiontes de mente abierta dispuestos a escuchar los argumentos de Enrique y a exponerse a las pruebas. Ante la evidencia, algunos de ellos se suman a sus filas. Otros no.

Si dejase que esos segundos siguiesen con vida, se pondría en peligro a sí mismo y, peor aún, decepcionaría a Virginia. No puede arriesgarse. Por supuesto, podría acercarse de buenas y recurrir a la violencia por la espalda, una vez recibida la negativa, pero esos momentos en los que tiene a la otra persona a su merced son vitales para calibrar de qué pie cojea y hasta dónde podrá extenderse su influencia sobre ella. Enrique nunca cala mejor a alguien que enfrentándolo a su propia muerte. Quizá no sea tanto por la posición en la que coloca a sus posibles víctimas, sino por el estado mental en el que se encuentra él: no tiene muchos secretos para sí mismo, es consciente de que le calma estar en pleno control de la situación.

No, negociar y después sacar el arma no vale la pena. Si acaso, cuando tiene observada a la persona lo bastante bien como para estar seguro de que jamás logrará reclutarla, acaba con ella directamente. Eso sí lo ha hecho en más de una ocasión. Para ser sincero, son los casos que más le divierten. A Virginia nunca le confiesa que se ha saltado el paso de la negociación; que él tome pequeños atajos es asunto suyo, nada más.

Le dije que mataría por ella, piensa Enriq. *Y soy un hombre de palabra*.

Mientes regularmente a todo el mundo, replica E, jovial.

No a ella, que es la única que importa, resume Enriq. Su

ilin no lo entiende, es una de las diferencias abismales entre ellos.

Después de matar, ya sea tras una conversación fallida o habiéndosela saltado, tiene el placer de llamarla y comunicarle que, una vez más, sus manos están llenas de sangre en su nombre. Es la mayor ofrenda que Enrique imagina que puede hacer.

Responde a Lazlo con la serenidad de un experto en su campo:

—Si hubieras decidido no colaborar con nosotros, si fueses un cobarde, tendría que haberte matado. Era lo más fácil. No podía permitir que supieras quién soy y lo que hago, y siguieras pululando por el mundo si no eras un amigo. Ahora da igual. El mal está hecho. Hay un retrato robot mío circulando por ahí, ¿verdad?

—¿Lo has visto?

—No, lo supongo.

No será muy fiable, lo habrán hecho a partir de sus descripciones. Si Lazlo hubiese sido simbionte, podrían haber extraído la imagen de su recuerdo y haberla impreso. El resultado habría sido mucho mejor. Aunque habrían tenido que pasar la imagen a un ordenador primero, y eso no es posible desde MIND; en la sociedad ilin no hacen falta pantallas ni impresiones, las imágenes se transmiten de cabeza a cabeza. Hasta donde Enrique sabe, la única persona que está conectada a la vez al MIND simbionte y al MEEND no simbionte, la única que podría haberlo hecho, es el propio Enrique.

Yo también estoy conectado a ambas redes, la humana y la ilin, matiza E.

Sí, vale. Somos dos, entonces. Eres el ilin que guarda los secretos de los humanos. Como título suena muy bien.

—¿Cómo me encontraste? —pregunta Lazlo—. No estoy en las listas de las colonias.

—No voy a perder el tiempo contándote cómo hago las cosas, Lazlo —replica Enrique amablemente—. No soy el villano de una película.

Como si fuera difícil encontrar a alguien hoy en día,

refunfuña E. *Si por lo menos hubiese sido una jugada maestra de la que alardear…*

Enrique alarga la mano hacia la taza que ha dejado en el muro de hormigón de la azotea, junto al quitamiedos de acero inoxidable. Está cayendo la noche y ha llegado ese momento en el que se pregunta si debería cambiar la taza por una copa.

Hace un gesto a Camelia, que está de pie a unos metros de distancia, esperando una indicación. Ella asiente y se marcha. Enrique quiere estar solo para esto.

—Mira, Lazlo. A ti te han engañado muchas veces. Estoy convencido de que sabes distinguir a un mentiroso sin ningún problema. Yo te voy a decir la verdad ahora. Es incómoda, es atroz y da miedo, pero así suele ser la verdad, qué le vamos a hacer. Solo te pido que me escuches. Y que recuerdes que tengo pruebas.

Pausa. Enrique confía mucho en su voz, porque es cálida y transmite confianza, como la de un hipnotizador. Aguarda para ver si su magia ha surtido efecto esta vez y la respuesta de Lazlo le arranca otra sonrisa satisfecha:

—Vale.

Ha aceptado nuestra solicitud de conexión en Violet, informa E. *Puedo ver su ubicación*.

Muy bien.

—Lazlo, los ilin no son nuestros amigos. Lo que nos trajeron no fue simbiosis, sino una invasión. Querían los recursos de nuestro planeta y los iban a tomar quisiéramos o no. La única razón por la que pretendieron negociar con nosotros es que era más sencillo para ellos que fuésemos dóciles. ¿Y qué había en la Tierra que fuera interesante para ellos? Un medio en el que prospera la vida. No solo para tener seres a los que parasitar, porque su cuerpo es muy deficiente, que también; sobre todo, porque la biosfera puede proporcionar un suministro infinito de comida.

—¿Comida?

—Sí. ¿Has oído eso de que los ilin crecen hasta que ya no pueden volver a salir de los cráneos que parasitan? Es cierto. Y si en cambio no parasitan, siguen creciendo. No

dejan de crecer nunca. Viven muchísimo tiempo, no sé cuánto, tal vez su cuerpo vaya regenerándose y sea eterno. No te lo digo porque te mentiría, lo desconozco. Pero se hacen muy grandes, créeme. Y necesitan mucha comida. Los que tenemos en la cabeza se mantienen vivos gracias a nosotros, pero, cuando están solos, tienen que comer. En su planeta de origen, Glebe, han agotado los recursos. Todos. Viven en un desierto estéril. Se han devorado entre ellos hasta que solo quedan los más grandes. Esos necesitan que los demás, los que se expandieron por la galaxia, les envíen provisiones.

—Las colonias —susurra Lazlo.

—Eso mismo, las colonias. El cuento que nos han contado a nosotros también se lo han tragado otras especies en otros planetas. No sé si sirve de consuelo. El caso es que los ilin han estado enviando a Glebe naves cargadas de supuestos colonos que en realidad no son más que ganado. Los mantienen con vida porque son más fáciles de conservar así. Llegan frescos y van a parar directamente a la boca de los ilin de posición más alta. El plan es magnífico. Como no son simbiontes, están fuera de la Red. Los simbiontes de la Tierra nunca se enterarán.

—Pero los ilin…

—Sí, los ilin lo saben, pero nunca se lo dicen a sus humanos. Eso es lo peor, Lazlo. Los ilin que están aquí, que son nuestros amiguitos, que conocen al hijo o al vecino que enviamos a las colonias, ellos lo saben. Y no solo eso. Están conectados a la Red, así que cuando los ilin del planeta de origen devoran humanos, los de aquí pueden compartir la experiencia al completo; el olor, la textura de los huesos crujientes, el sabor.

—No es verdad. —A Lazlo le tiembla la voz precisamente porque sabe que sí que lo es—. ¿Cómo podrías saber esto?

—Me lo ha dicho mi ilin. Su conexión a la Red es disfuncional. —Enrique habla con cierto afecto—. Es un individuo libre dentro de la colmena. Me lo ha enseñado todo, Lazlo. Lo he visto. Y ahora lo puedes ver tú también.

Le pasa las imágenes y los vídeos a través de MEEND. Una vez que los vea, no podrá olvidarlos.

He localizado el piso en el que está, interrumpe E. *Te va a gustar esto: pertenece a un ilin. Se llama Bim y es un filántropo que acoge a huérfanos no simbiontes*.

Lazlo cuelga y corta la comunicación a través de Violet.

El tiempo pasa y él no se mueve. Está a oscuras, con el móvil en la mano, paralizado. Es horrible, pero también verdad, lo sabe. Lo ha visto, lo ha sentido como si fuese él quien devoraba a aquellas personas. El último mensaje de Enrique resuena en su memoria. Cuando lo experimentas a través de la Red ilin es peor. Porque no es solo la imagen. Es todo. Notas el sabor, el olor, el placer.

Enciende el Human y vuelve a ver el vídeo. Sigue siendo real.

Quiere gritar, pero no tiene voz. Quiere vomitar, pero sus arcadas son secas, su estómago está vacío. Él lo sabía. Siempre lo ha sabido. Es una invasión, no puede ser otra cosa. Los ilin controlan a los humanos simbiontes, los engañan, les ocultan cosas. Lazlo siempre lo ha sospechado, lo ha intuido, lo ha llevado dentro.

Suena el timbre.

Es Bim.

No puede mirarlo, porque él es un ilin, él lo sabe. Lo ha sabido todo el tiempo.

Bim quiere saber qué pasa. ¿Ha hablado Lazlo con Benji? Él sí. Ve el teléfono, pregunta.

—Es de Cax. —Las palabras salen de una en una, con dificultad—. Me ha llamado la Sombra.

—¿Has hablado con la Sombra? —La serenidad de Bim es admirable. El tono monótono de la máquina ayuda.

—Sí.

—Lazlo, ¿qué te pasa? ¿Qué te ha dicho?

Así que Lazlo se lo cuenta. Lo hace peor que la Sombra, porque no sabe, pero lo cuenta. Los ilin que comen humanos. La invasión. El fraude de las colonias.

—Y tú lo sabías. —Termina con una acusación rabiosa —. Todos los ilin lo sabéis.

Bim no dice nada, calla, sopesa lo que va a responder. Lazlo no quiere darle tiempo a pensarlo, no quiere escuchar excusas ni justificaciones. Le jode, porque ha desconfiado

de los ilin toda su vida, pero Bim lo ha acogido en su casa, se ha quedado con él por la noche cuando estaba asustado, ha venido a verlo para asegurarse de que se había enterado de las novedades. El resto del mundo trata a Lazlo como si su existencia fuera irrelevante, pero Bim no. Odia sentirse defraudado por él. Odia tener razón.

—Lazlo…

—¿Lo sabías? —Su voz no hace más que temblar. Le enfada, pero no puede evitarlo.

—Sí.

—Entonces nos has traicionado tú también —concluye Lazlo. Para su sorpresa, suena tranquilo. Solo está exponiendo en voz alta un hecho. Nada más—. Eso de no querer ser simbionte, de respetar… de ayudar… ¿te hace sentir mejor?

—Sí —responde Bim inexpresivo—. Hago lo que puedo. Esto también me duele a mí. Se han llevado a algunos de mis niños, ¿lo sabías? Hace años ya. No pude hacer nada.

—Podrías haberlos advertido.

—No pude hacer nada —repite él.

—¡Podrías haber actuado para parar esto! ¡Podrías haberles dicho a los demás ilin que no pueden comérsenos! No me parece una locura —estalla Lazlo.

—No es tan fácil.

—Sí es fácil. Es fácil. Si no hiciste nada para pararlo, entonces eres cómplice. Así de fácil es.

Camina por el salón, frenético, aún asqueado. No puede soportar ver a Bim ahí, quieto, creyendo ser aliado de la especie humana.

—No estaba seguro de qué era lo más efectivo. No tengo tanto poder, ¿crees que si yo dijera a mis congéneres que no pueden hacer esto, ellos me harían caso y dejarían morir de hambre a los que se han quedado en nuestro planeta? Eres un estúpido si piensas eso. Salvar a los que se van a las colonias no ha estado nunca en mi mano.

Lazlo se pone de pie y va a buscar su chaqueta. Después, baja los escalones y se aleja del único refugio que

le queda; ojalá no tuviera que hacerlo.

Abre la puerta del portal y sale a la calle. Se siente fatal. Debería estar lloviendo, pero la noche es sosegada y agradable. La única nota discordante allí es él mismo.

SATÉLITES ILIN EN ÓRBITA TERRESTRE

Todo sobre nuestros satélites artificiales

Joaquín Mas Fernández
Madrid, 14 SEP 2019

Gracias a ellos, podemos ver la televisión de cualquier país, predecir el tiempo y obtener datos científicos. Además, ponen a disposición de los servicios de inteligencia, las Fuerzas Armadas y los gobiernos de casi todos los países del mundo herramientas como internet o el Sistema de Posicionamiento Global. Los satélites artificiales llevan años girando alrededor del planeta, pero mucha gente no conoce su número, sus características o sus utilidades.

Hasta el día de hoy, la Red de Vigilancia Espacial norteamericana, que lleva registrando los lanzamientos de satélites artificiales desde 1957, ha contado más de 25.000 objetos que orbitan el planeta Tierra. Actualmente no todos ellos siguen ahí arriba: la mayoría se ha desintegrado al volver a entrar en nuestra atmósfera, dado que seguía una órbita inestable. Solo unos 12.000 siguen alrededor de la Tierra, de los cuales 4.000 están funcionando. El resto son satélites que no están operativos y chatarra espacial.

La Red de Vigilancia Espacial se dedica a controlar estos satélites para saber los detalles sobre sus órbitas y trayectorias. Es importante para poder prevenir impactos entre ellos o contra nuestro planeta. Aunque lo más usual es que al atravesar la atmósfera se desintegren, como sucedió con el primer satélite artificial, el ruso Sputnik 1, el 8 de enero de 1958.

Desde entonces, la tecnología espacial ha

mejorado de forma exponencial. Los avances más radicales fueron a partir del año 2001, cuando la influencia de los ilin convirtió en obsoleta la tecnología humana del momento. Aunque hasta ese año muchos satélites artificiales se ponían en órbita con fines científicos, hoy la mayor parte de ellos están allí por razones meteorológicas, comerciales o militares. Gracias a los ilin, los costes de lanzamiento y conservación en órbita de satélites han disminuido considerablemente.

Los dos satélites artificiales más grandes que orbitan la Tierra son ilin, pero el tercero es la Estación Espacial Internacional. Su módulo principal y uno de sus nodos son de fabricación exclusivamente humana, pero el diseño y la construcción del resto de sus componentes fueron fruto de la cooperación entre humanos e ilin. Y aunque sus primeros tripulantes, que llegaron a bordo de una Soyuz el 2 de noviembre del año 2000, no eran simbiontes, de las 205 personas que la han visitado hasta el día de hoy, 197 sí lo han sido.

Parecidas a los satélites artificiales, aunque distintas, son las sondas espaciales, que hoy en día ya no se fabrican. En vez de orbitar alrededor de un planeta, viajan para obtener datos del espacio o de un cuerpo celeste concreto. La sonda Voyager 1 es la que más se ha alejado de la Tierra. Se encuentra ahora mismo fuera del sistema solar, tres veces más lejos que Plutón. Desde su lanzamiento en 1977, no se ha vuelto a trabajar en sondas espaciales desde la Tierra, dado que nuestros aliados ilin pueden suministrarnos toda la información que necesitamos.

Inés está de acuerdo en irse a las colonias. El espacio le parece atractivo, y la idea de explorar planetas deshabitados, mucho más apetecible que la de quedarse en la Tierra. Claro que no conoce todo su mundo, solo algunas partes de Madrid, pero siente que eso basta y sobra. Las noticias, los documentales y las películas tampoco prometen que otros sitios sean mucho mejores. Todo está lleno de simbiontes, edificios y gente conectada a la Red que se cree más lista que nadie. Excepto quizá en Villa Las Estrellas, en la isla Rey Jorge, Antártida. A Inés no le importaría vivir en la Antártida, aunque sabe que nadie lo hace indefinidamente, porque no hay tiendas ni ciudades.

En su dormitorio en la casa de los Hijos de la Tormenta, tenía pegada a la pared una imagen de Villa Las Estrellas que recortó del reportaje «Luces australes» de una de las revistas del colegio. Ahora la fotografía está metida dentro de un libro, también robado de la biblioteca de su clase, que piensa llevarse a las colonias.

La espera está siendo muy larga. Llevan horas en una sala secundaria, adyacente a la principal. El encargado les ha dicho que en principio van a poder viajar, porque ha habido suficientes bajas, pero que tendrán que aguardar a que el resto de los pasajeros embarque. Inés se ha leído su libro entero y está un poco preocupada porque no tendrá con qué entretenerse durante el despegue.

—No vas a poder leer en la nave —dice Ainara con aires de superioridad—. ¿No ves que se va a estar sacudiendo?

—Eso es en la nave que va al espacio. Esta es la troposférica, que nos lleva a una especie de colegio para el espacio o algo así. Como un gimnasio, creo —responde Inés —. Además, yo puedo leer en cualquier parte

Es verdad. No se marea ni pierde la concentración. Es uno de sus superpoderes.

Hace calor y empiezan a estar inquietos. Ella, Sergio y Ainara han jugado al máximo de rondas de veoveo que

permite la cordura humana. A su lado, Álex es incapaz de hacer nada más que retorcer las tarjetas de identificación que les han dado, doblando las esquinitas, y mirar por la puerta abierta la sala de espera vecina. Les hace un gesto en cuanto la gente empieza a moverse.

—Ha empezado el embarque —informa—. ¿Estáis listos?

Lo están, pero aún tienen que esperar media hora hasta que el personal de la prelanzadera comprueba sus datos una vez más y los escolta hasta la pista. Inés coge la mano de Ainara y Álex la de Sergio. Caminan juntos, muy pegados unos a otros; tanto, que se hacen tropezar. Subiendo la escalerilla, Inés está demasiado emocionada como para ponerse triste, pero una vez instalada en su puesto para el despegue, tiene ganas de llorar.

Han salido de casa precipitadamente. Álex les ordenó que llenasen una bolsa cada uno con el equipaje imprescindible y después les explicó su plan. Se iban a las colonias, no podían despedirse de nadie, tenían que decidir sobre la marcha si iban con ella o no. Los tres dijeron que sí, aunque no estaban seguros. Álex parecía convencida. Se escabulleron y caminaron hasta el edificio del MAE, donde un minibús los llevó a la prelanzadera, a las afueras de Madrid.

Esto es lo más lejos de casa que Inés ha estado en su vida.

Ella nació en Madrid, no como Ainara, que es de fuera, pero no saben de dónde, porque su documentación era irregular. No es la única de los Hijos de la Tormenta que no conoce los detalles sobre su pasado. Inés, en cambio, sabe que nació en Madrid y que cuando en el hospital dijeron que no podía ser simbionte por una peculiaridad de su cráneo, a sus padres les pareció bien porque tampoco ellos tenían ilin. Quizá si lo hubiesen tenido se habrían mostrado más cariñosos con su hija, porque habrían notado lo mucho que a ella le hacía falta. Inés no se acuerda bien de esto, aunque se lo han contado: empezó a ir al colegio a los tres años, pero los profesores se fijaron en que iba siempre sucia

o diciendo que no había desayunado. Además, faltaba a clase con frecuencia. Lo denunciaron e Inés pasó a vivir en un Hogar. Sus padres iban a verla, porque dependían de una renta social y para cobrarla tenían que visitar a su hija una vez al mes. Eso duró dos años; cuando cumplió cinco, se acabó la renta y ellos no volvieron a ir. Inés dejó de hablar, de comer y de ir al baño. Se sentaba en el suelo y se hacía todo encima. Hasta que se fue a vivir con Bim.

Eso no arregló los problemas de golpe, pero sí inició el proceso. Inés estaba mejor en la casa de los Hijos de la Tormenta y agradecía que hubiese alguien cuidando de ella, aunque fuese un ser que vivía dentro de una máquina. Cada día le preguntaba si ellos eran su nueva familia y si iba a ser para siempre. Bim respondía una y otra vez que sí.

Pero no. No será para siempre. Se va a las colonias.

Empieza a sollozar; Ainara y Sergio la miran preocupados. Ella es la fuerte y la orgullosa, le gusta alardear de que no llora nunca. Aparta la cara, la esconde entre las manos para que no la vean, pero es imposible disimular.

«No me he despedido —piensa—. No me he despedido y Bim no sabe dónde estoy, no lo va a saber hasta que sea demasiado tarde. Ni él ni Juan ni Gala ni Marcos ni Ari ni Guille ni los mellizos».

Luis está empezando a avanzar después de haber tocado fondo. Ha dejado la casa en la que vivía con su pareja. Ella quería quedarse en el piso y él no se lo discutió. Está demasiado lleno de recuerdos. De hecho, el que ella quiera quedarse a Luis le parece inquietante. Es la prueba de que le da exactamente igual estar con él o sin él, de que la relación no valía nada. Eso piensa Luis por las noches, cuando tiene que acostumbrarse a ser el único ocupante de su cama. Algún día dejará de pensar en ella y a él también le será indiferente el asunto. Aún no ha llegado ese momento.

Decorar el apartamento nuevo, colocar en él todas sus cosas y no tener que dar explicaciones por nada ha sido una experiencia gratificante. Se ilumina cada vez que cruza la puerta y ve su salón, su cocina, su dormitorio, diciéndole a gritos que es libre de hacer lo que quiera. No tiene que soportar gritos ni caras largas ni reproches. Tal vez se compre un gato o un perro. Le vendría bien tener a un ser vivo que se alegrase de verlo cuando vuelva de trabajo.

O podríamos salir a ver si conocemos a alguien.

No estoy preparado todavía para otra relación. No quiero ni pensarlo.

Está bien. Tienes que superarlo antes.

Sí.

Así que un gato. Vale.

Su trabajo es otro motivo de alegría. Por fin se ha cerrado el caso del secuestro de la niña, de la mejor forma posible. Luis pensaba que la encontrarían muerta o, peor, que no volverían a saber nada de ella. Sin embargo, hoy tiene el placer de reunirse con Cax en el hospital y escoltarla hasta el coche patrulla en el que la llevará a casa de sus padres.

A la joven se la ve muy bien, es sorprendente después de lo que ha pasado. Luis le sonríe al abrir la puerta del coche. Se esfuerza en ser cercano y agradable. Lo consigue: ella le devuelve la sonrisa. Parece sentirse cómoda. Se

despide de las enfermeras, da las gracias a todo el mundo. Su madre, que también está allí, sube al coche por la otra puerta. El padre los saluda y se marcha para sacar su propio coche del aparcamiento.

Luis quiere conversar con ellas durante el viaje, pero no sabe de qué se habla con chicas de quince años o con su madre. Lo único que se le ocurre podría sonar condescendiente y ni siquiera sabe si a ellas les apetece charlar.

Concéntrate en la carretera, sugiere Is. *No es tu trabajo entretenerlas*.

No, pero algo me dice que su vida va a estar llena de silencios extraños en las próximas semanas. O de gente queriendo que hable de lo que ha pasado. Seguro que agradecen un rato de charla sobre otra cosa.

Sí, pero con sus amigos.

Tiene razón, así que Luis calla. Se contenta con volver a intercambiar sonrisas con ellas cuando se bajan del coche.

—¿Todo bien? —les pregunta.

—Perfecto —responde la madre—. Gracias.

—Muy bien.

Los padres vuelven a estrecharle la mano. Is mantiene el vínculo con ellos, así que se mantendrán en contacto. En cuanto puede, se despide y regresa a su coche. La puerta de la casa se cierra.

La familia está tan feliz que resulta contagioso.

Luis no tiene nada más que hacer hasta después de comer. Todavía le da tiempo a pasarse por el albergue y ver qué animalitos necesitan un hogar.

Nada de animalitos en general. Antes dijiste un gato, lo regaña Is. *Sabes que un perro será un jaleo*.

Sí, sí. Un gato, asiente Luis. *Que me tenga que decir un alienígena qué mascota de mi planeta puedo tener o no, de verdad…*

Is se ríe.

Cax siempre se ha entendido bien con sus padres. Sabe que fue un bebé muy deseado y jamás ha sentido que no tuvieran tiempo para ella. Durante años, los dos respondieron con paciencia todas sus preguntas para ayudarla a entender el mundo igual que ellos; un punto de vista que nunca hubiese tolerado el asesinato sistemático de miles de seres humanos. Le gustaría estar segura de que ellos no saben nada de las colonias, porque si conocen esa abominación y no hacen nada para evitarla, no son quienes ella creía.

Cuando Cax piensa en sus padres, incluye a los ilin. Durante toda su infancia han estado tan presentes como los humanos. Según Enrique, ellos *tienen* que saberlo, porque están conectados a la Red, pero Cax no tiene ni idea de cómo funciona eso. Tal vez puedan bloquear algún tipo de información; aunque esto significaría que voluntariamente cierran los ojos a problemas que saben que existen. Es un misterio para ella, porque no se ha conectado nunca a la Red ilin ni naturalmente, como hacen ellos, ni mediante MEEND, que es lo más parecido a lo que pueden aspirar los humanos.

Decide enfrentarse a sus miedos y aprovecha cuando sus cuatro padres se sientan a tomar café en el salón. Ella se coloca frente a ellos con otra taza entre las manos. Están expectantes, entienden que va a decirles algo importante. Llevan esperándolo todo el día, mientras caminaban de puntillas alrededor de su hija, como si estuviera convaleciente. Sospechaban que tendría la necesidad de expresar sus sentimientos respecto a lo que ha pasado, pero no se imaginan lo que se les viene encima. Cax empieza a hablar; el vídeo, las colonias, los ilin caníbales, las mentiras, la invasión.

—¿Lo sabíais? —Concluye con la pregunta más importante.

Sus miradas vacías revelan que ambos se están comunicando con sus ilin. Quizá incluso estén hablando los

cuatro en un canal del que Cax está excluida. La pausa dura apenas unos minutos. Enseguida la sonrisa de Lidia regresa a su rostro.

—Cax, esa persona horrible no solo te retuvo físicamente, sino que además hizo lo posible por confundirte. Era una estrategia para controlarte. No debes creer nada de lo que te dijo.

—Pero vi el vídeo.

—Los vídeos pueden manipularse. Te mintió —dice Manuel con suavidad—. Es normal que lo creyeras, no tenías forma de contrastar lo que te decía.

—Ahora tampoco.

—El e Ia lo han comprobado. Desde luego, ellos no tenían noticia de esto y han revisado la Red para ver si algún otro ilin lo sabía. Les han confirmado que es falso. Además, hay imágenes de las colonias, las hemos visto.

—Si fuera verdad, ellos tendrían que saberlo —insiste Cax—. No tendrían que confirmar ni preguntar ni nada. Lo sabrían todos los ilin.

Manuel se ha terminado su café y alarga la mano hacia la bandeja que descansa sobre la mesa para ponerse un poco más.

—Exacto —responde—. Y ellos nunca han oído hablar de algo así.

Los dos están muy relajados, como si acabasen de salir de un baño largo o de un masaje. Cax frunce el ceño.

—No quiero ofender a El y a Ia, pero… ¿podría ser que estuvieran mintiendo?

—Cax, por favor.

—Si los ilin estuvieran haciendo esto, tendría sentido que no quisieran que lo supiéramos —razona ella—. Podrían mentiros para que os quedaseis tranquilos.

Le habría parecido normal que se enfadaran, porque los adultos no suelen llevar bien que alguien de quince años los llame mentirosos o ingenuos, pero Manuel y Lidia sonríen y respiran hondo.

—Ya está bien —dice Lidia, muy tranquila—. ¿Cómo puedes creer antes a un criminal psicópata que a tus

propios padres? Basta de tonterías. Estás cansada y es normal. Dentro de unos días te darás cuenta de lo que estás diciendo.

—Tendrás que pedir disculpas a El y a Ia —apunta Manuel.

Cambian de tema y la tarde transcurre sin que vuelva a mencionarse el secuestro ni nada que tenga que ver con él. Cax ayuda a cocinar, pone la mesa y espera que sus padres vuelvan a su estado habitual, pero no lo hacen. Siguen dominados por una felicidad blanda que a su hija le resulta inquietante. Hablan del instituto, de cuándo se reincorporará a las clases, de las vacaciones.

—No hay ninguna presión —dice Lidia—. Siendo casi primavera, conviene más que esperemos y vuelvas en septiembre. Tampoco tenemos ninguna prisa. Un año sabático no suena nada mal, ¿no?

Unos meses sabáticos, piensa Cax, porque ha hecho parte del curso y el resto ha estado encerrada en un apartamento sin acceso a nada ni a nadie. No lo dice en voz alta porque no quiere discutir con esos títeres de cuerdas flácidas que son sus padres.

Si había tenido dudas de que la invasión ilin fuera real, la conversación de la merienda las ha disipado. Está claro que los ilin pueden hacer lo que quieran con los seres humanos; se han ganado su confianza y pueden asegurarles que las masacres que están sucediendo delante de sus ojos son una invención, sin que ellos sientan siquiera la curiosidad por investigar por sí mismos si la información es verídica o no.

Esa noche, Cax ve las noticias con la lente de la incredulidad. No puede creerse nada de lo que cuenta la reportera simbionte. ¿Alguien del equipo de periodistas ha comprobado que lo que transmiten es cierto o se están fiando de los datos en la Red ilin? Sus padres charlan alegremente por encima de las voces de la televisión, sin darle demasiada importancia.

Cax bosteza un par de veces, les da las buenas noches y pasa al baño. Se mira en el espejo. Su propia imagen le

resulta extraña, porque las luces son distintas a las del apartamento de Enrique. Se ducha, procurando no pensar en su cuerpo dormido a merced de personas sin rostro, a las que nunca ha conocido, que clavaban agujas en su piel. Le asusta dormirse, incluso aunque sea en su cuarto, en casa de sus padres, como si el temor a despertar demasiadas horas más tarde y en otro lugar acechase en algún rincón de su memoria. Sabe que no va a pasar, pero le cuesta racionalizar el miedo.

Sus padres son rehenes de los invasores. Cax se mete en la cama e intenta masticar esa idea. No puede fiarse de El ni de Ia. No puede fiarse de Manu ni de Lid, mientras ellos prefieran la versión azucarada de la realidad que les ofrecen los ilin y se nieguen a considerar que pueda ser un engaño.

Cax ha vuelto a casa, pero está sola.

Ximena respira hondo. Siente una pulsación en la sien, una amenaza de dolor de cabeza. El vídeo no la coge por sorpresa, pero no es agradable. A su lado, Benji tiene cara de estar muy mareado: las náuseas deben de ser horribles cuando uno ve esto y tiene un ilin en la cabeza.

El Human sigue encendido, hay notificaciones nuevas que parpadean en la cuenta de Violet de Lazlo. Benji y Ximena están de pie; delante, ella con los brazos cruzados, él apoyado en el respaldo de la silla, como si estuviera a punto de derrumbarse. Bim los mira a los dos, desde lejos. Ximena se imagina que está hablando con Ji, que ella le habrá pedido explicaciones. Debe de ser una horrible traición a su especie entera que les haya enseñado este vídeo a un par de humanos.

A Ximena le da igual.

—¿Es verdad? —le pregunta a Bim.

—Sí —responde él.

Ella mira a Benji.

—¿Es verdad?

Él tarda en responder. Está teniendo una discusión dentro de la cabeza.

—Sí —dice finalmente.

No hay ninguna razón por la que estos dos ilin lo confirmarían si fuese mentira. Al contrario. Por lo tanto, *sí*, debe de ser cierto.

—Esto lo tiene que saber todo el mundo —dice Ximena.

—Cax me lo dijo, pero pensé… —empieza Benji—. Me dijo que la Sombra lo sabía. Y que está a las órdenes de otra persona, Virginia, que es la que pone el dinero. Si ellos lo saben…

—Sí, unos locos lo sabían y estaban adoptando medidas de locos para solucionarlo —le corta Ximena—. ¿Lo han solucionado? No. Mira, te lo digo, esto no es algo que pueda ser secreto. Lo tiene que saber todo el mundo.

Ben sigue lívido, pero asiente. Los dos humanos

ignoran a los ilin presentes, que no intentan intervenir.

—Yo puedo hablar con la policía —dice él—. Y también contactaré con mi cliente. Tiene que saber por qué murió su hijo… Joder, Xim —exclama y no es casualidad que utilice el que sería el nombre humano de ella si fuera simbionte—. Es verdad que la Sombra está loco. Dejó que un tigre devorase a un hombre para impedir que lo hiciera un ilin.

—No pienses en eso y habla con la policía.

Él se pone a ello. No saca el teléfono; se sienta en el sofá del salón y deja que su mirada se pierda en el infinito. Está utilizando la Red. Eso significa que Ji está de su parte o que, al menos, finge estarlo. Ximena se pregunta si los ilin de la policía boicotearán este intercambio.

Ella se conecta a internet. Dice mucho de Bim que proporcione conexión ilegal a sus protegidos; si tiene esto en cuenta, es menos asombroso que esté dispuesto a traicionar a los suyos y revelar secretos a los humanos.

Redacta un mensaje para colgarlo en varias páginas y foros. Después, para hacer tiempo, entra en Violet y le cambia la contraseña a Lazlo. Puede que ella necesite esa cuenta en algún momento. Tarda en recibir respuesta, pero no demasiado: hay muchos no simbiontes que están dispuestos a creer esta historia. Piden pruebas y Ximena sube el vídeo.

Nota la presencia de Bim a su lado.

—Lo estoy filtrando en MIND —afirma el ilin—. Para que los humanos simbiontes puedan verlo también.

Ximena actualiza la página. Han borrado el vídeo. Ella frunce el ceño y vuelve a subirlo. Espera unos segundos y actualiza. Puede ver dos comentarios de usuarios que lo han visto, pero el vídeo ha vuelto a desaparecer. Actualiza otra vez y también los comentarios han desaparecido.

—Qué coño pasa.

—En MIND también lo borran —dice Bim—. Lo he subido tres veces.

—Los puñeteros aliens controlan las dos redes —gruñe Ximena. Mira a Bim de reojo—. Sin ofender.

Él no responde a eso.

—Tenemos que ponernos en contacto con el Gobierno —aventura sin énfasis—. Con los humanos en el Gobierno.

—No es como si pudiéramos entrar tan felices en la Moncloa —replica Ximena.

Benji se pone en pie y se acerca a ellos.

—No nos creen —dice con un poco de desesperación en la mirada—. Priscila Ocampo me ha llamado loco, ni siquiera ha visto el vídeo cuando Ji se lo ha ofrecido. Y la policía tampoco ha querido escucharnos.

—Están controlados por los ilin —espeta Ximena.

—Sí —confirma Bim.

—Cállate —le ladra ella frustrada—. Tú lo sabías y no hiciste nada. Eso es difícil de perdonar.

—Hice lo que pude —se defiende él—. Aunque no haya sido suficiente.

—No, no es suficiente. Es la actitud de mierda de «mientras no le pase a la gente a la que aprecio, me la suda».

—Vamos a dejar de pelearnos entre nosotros —dice Benji. Parece muy cansado, como si llevase un mes sin dormir.

Ximena asiente y no añade nada más, aunque piensa que, en el fondo, es fácil para Ben decirlo porque tiene a Ji dentro del cráneo. Le debe de costar horrores admitir que a él lo han engañado el doble, porque ha permitido a los invasores meterse en su mente, en la mente de su hija.

De pronto, se enciende Eli, el asistente virtual de Human. La pantalla se tiñe del color azul que lo identifica y los altavoces emiten:

—Llamada entrante. —Y como ellos se quedan atónitos y no reaccionan, repite—: Llamada entrante.

—¿Quién tiene los datos de este Human para llamar a través de Eli? —pregunta Ximena deprisa.

—Nadie —responde Bim.

Ximena piensa lo más deprisa que puede. Es una insensatez responder, porque el hecho de que este Human tenga conexión a internet podría meter en problemas a

todos los presentes. A la vez, en este momento crítico, esta llamada podrían ser buenas noticias. Quizá alguien que haya podido ver el vídeo el poco rato que ha estado disponible tenga una solución para colgarlo y que no se pueda eliminar, y ha rastreado la cuenta que lo subió en primer lugar.

—Que responda Bim —dice en voz alta.

Ella y Benji se separan para que la cámara, si se enciende, no pueda detectarlos. Bim acepta la llamada.

—Buenas tardes —saluda una voz profunda—. Soy Felipe Santos de las Casas. Perdonen si los he asustado poniéndome en contacto con ustedes vía Human. Mi ilin ha intentado localizarlos en la Red, pero al parecer ustedes no han aceptado su solicitud. Verán, los llamo desde la Secretaría de Estado de Seguridad. Hemos enviado un coche a recogerlos, les está esperando en la puerta.

Felipe le da las gracias a su ayudante y este cierra la puerta de una de las salas de reuniones de la Dirección General de Relaciones Interplanetarias. Sus tres *invitados* se quedan de pie, incómodos y tensos. Felipe puede entenderlo, pero no simpatiza lo más mínimo con ellos.

Sonríe.

La mujer no es simbionte, dice Ipe. *Y en su documentación consta lo contrario*.

Esta situación es cada vez más irregular.

Es una pena que sí haya ilin presentes. Si Fel estuviese solo, haría desaparecer a Silva y a Serra. Es la mejor forma de asegurarse de que van a callarse el secreto que han intentado hacer público. Dejarlos libres es ingenuo y arriesgado, pero los ilin hacen las cosas así.

Al propio Fel le parecía asombroso al principio que una raza tan pacífica, tan incapaz de hacer daño a otro ser vivo de su propia especie que ni siquiera se plantee eliminar a sus enemigos, sea capaz de ver a otra especie inteligente como comida. No lo es, lo ha entendido con el tiempo. Un ilin nunca haría daño a un ser humano simbionte, a alguien que puede acceder, aunque sea de forma limitada a través de MIND, a la Red. Los ilin están hechos a una forma de comunicación superior, íntima, y aquellos que no pueden llegar a ella son animales para ellos. Los humanos son iguales; también entienden que un caballo siente y padece, pero si es necesario se lo comen porque nunca va a pedir piedad verbalmente. La comunicación de las bestias es menos profunda que la humana, así que es lícito matarlas. Para los ilin es igual. Los no simbiontes pueden tener nombre y cumplir algunas funciones que los hacen útiles, pero esto no quita que, cuando hace falta alimento, sirvan también para ello.

A la vez, les resulta abominable contemplar siquiera la posibilidad de matar o encarcelar a un simbionte o a otro ilin. Y Fel no puede tocar a la mujer tampoco; no mientras los otros dos sean testigos. Podrían retransmitir el asesinato

por la Red y sublevar a los simbiontes. Es un riesgo que no merece la pena correr: al fin y al cabo, para enterrar el secreto, tiene que acabar con los tres.

En el apartamento, Bim y Ji eran capaces de rechazar los intentos de Ipe de vincularse a ellos, pero estando los tres en la misma habitación su proximidad hace que sea imposible evitarse en la Red. Felipe se aferra a esa conexión.

—Hablaremos —declara todavía sonriente—, para que la señorita pueda participar en la conversación. Consta usted en los registros como simbionte y tendrá que poner en orden ese tema antes o después, pero ahora tenemos asuntos más urgentes que requieren nuestra atención. Tienen ustedes un conocimiento que casi ningún humano posee. Eso es un problema.

—¿Hay otros humanos que lo saben? —pregunta Serra —. ¿Quiénes?

—Otros —responde Felipe— como yo.

Tenemos que sacarlos de aquí, piensa. *Obligarlos a embarcar en otras naves de exploración. Que sean útiles, pero fuera de la Tierra. Aquí no dejarán de ser un peligro*.

Mientras puedan conectarse a la Red, son un peligro estén donde estén. Tenemos que ganárnoslos.

—Es información muy sensible que no puede hacerse pública —explica como si estuviese hablando con niños pequeños—. Tienen que entender que hay mucho en juego y se están ustedes enfrentando a las fuerzas que gobiernan nuestro mundo. No se lo aconsejo. Esta reunión tiene como objetivo que lleguemos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo para permitir que sigan enviando a personas al matadero? —pregunta Silva. Sus labios son una delgada línea que señala hacia abajo. A Felipe le parece una expresión infantil.

—Un acuerdo para mantener la paz entre los ilin y los humanos —corrige él—. Tengan en cuenta que los seres humanos nos beneficiamos mucho de esta simbiosis también.

—Mi hijo pequeño no es simbionte —dice Serra en voz

baja.

Felipe lo entiende perfectamente, aunque sus hijos sean simbiontes, por suerte.

—Por supuesto. Estaríamos encantados de ofrecer protección y ayuda tanto a ustedes como a sus familias. A su entorno cercano. Nos podemos encargar de que ninguno de sus seres queridos sienta la necesidad de irse a las colonias. La vida puede ser difícil en la Tierra ahora mismo para los no simbiontes, pero yo puedo encargarme de que no lo sea para los suyos. Piensen en esto como en una oportunidad: les va a abrir puertas que de otro modo encontrarían siempre cerradas.

Mis niños, dice Bim y no necesita añadir nada más. Sus recuerdos, sus historias y los sentimientos del ilin hacia esos jóvenes no simbiontes se vuelcan en Ipe a través de la Red.

Podemos ayudarlos, a estos y a los siguientes. Has tenido muchas dificultades estos años… para nosotros es fácil resolverlas, le promete Ipe. Y él sabe que es verdad.

—¿Cuál es la alternativa? —pregunta Silva.

—Los condenarían por traición. Usted no es simbionte, de modo que la forzarían a ir a las colonias. También usted, Bim, regresaría a Glebe; se confiscaría su máquina y viviría con las limitaciones de los cuerpos ilin no simbiontes. Sus protegidos viajarían a las colonias, por supuesto. Ustedes, Serra y Ji, pasarían a formar parte de la tripulación de una de nave de exploración. No serían embajadores; trabajarían en la nave, a ser posible en aislamiento; no hablarían con otras especies inteligentes. Podrían conectarse a la Red, pero estarían vigilados y nos encargaríamos de borrar sus intentos de difundir esta información secreta.

—Y si nos comprometemos a no hacerlo, ¿no nos vigilarían?

—Lo haríamos —responde Felipe—; si se quedasen en la Tierra seguirían bajo el control que sometemos a la Red, pero nos ahorraríamos la inconveniencia de tener tripulantes hostiles en nuestras naves.

Hay un silencio que solo dura unos segundos.

Está bien. Es Ji la que responde. *Está bien*.

Dice la verdad. Los ilin no mienten. Ipe solicita acceso completo y ella se lo concede. Serra tiene un implante para conectarse a MEEND que tendrá que quitarse; se lo dice y Ji acepta. Por lo demás, todo está en orden: tanto el ilin como el humano están dispuestos a doblegarse y a guardar silencio.

Ipe…, empieza a decir Fel, pero el ilin no necesita escuchar la advertencia:

No puede mentirme. Han claudicado.

—Nosotros vamos a aceptar —dice Serra en voz alta.

Silva le dirige una mirada cuyo significado Felipe no es capaz de adivinar.

—Yo también. —Y vuelve la vista hacia Felipe—. No tengo el menor interés en ir a las colonias y esto no tiene nada que ver conmigo.

Tenemos que tener cuidado con esta.

Bim duda, pero envía a Ipe un mensaje de aquiescencia sin palabras. El ilin de Fel, una vez más, solicita acceso íntimo y sin reservas, y Bim se lo concede. No está conforme con la idea, pero es sincero al manifestar su compromiso: guardará el secreto.

—Me alegro de que hayamos podido entendernos —dice Felipe.

Si estuviera diciendo la verdad, sería el único en la habitación que se alegrase de algo.

Tendremos un ojo puesto sobre los tres, lo tranquiliza Ipe. *Especialmente sobre la no simbionte. Es la única que me preocupa, en realidad*.

David odia tener turno de noche, porque le impide hacer las dos cosas que más le gustan al salir del trabajo: pasarse por la biblioteca y recoger a la salida de su curro a Cristian. Él dice que da igual, que aunque no lo parezca sabe llegar solito a casa, pero aun así David sabe que le hace feliz hacer el recorrido con él para contarle las anécdotas del día. Cristian es camarero, no porque quiera ser otra cosa y esté ahorrando, sino porque le gusta. Es muy sociable y sabe sacar una sonrisa a cualquiera; David está convencido de que mucha gente va a desayunar a su cafetería para verlo por las mañanas.

Él lo haría.

Es la sexta vez que Tian, el ilin de Cris, intenta hablar con Id en lo que va de noche, pero Dav le ha pedido que no le transmita los mensajes. No, porque se ponen a hablar y entonces David no hace bien su trabajo. Entiende que Cristian lo eche de menos y le duele tener que ponerse así de serio, pero no hay otra.

No importa, lo tranquiliza Id. *Está hablándote de un rumor de conspiración que hay en la Red. Alguien ha visto algo que luego ha dejado de estar y ahora están haciendo una montaña de esa tontería.*

Dav se ríe. Es típico de Cristian que le fascinen estas cosas.

Atento, que sale alguien.

Son los dos humanos y el robot que entraron hace un rato. David se fija en la máquina, interesado. No sabe con quién han venido a hablar, pero ha sido una reunión rápida. Los observa sin sonreír, porque ha notado que los demás guardias de seguridad no lo hacen. Los sigue con la mirada hasta que llegan a la calle.

Más tarde, un coche oficial recoge a Rosa, que trabaja en el del Ministerio de Actividad Extraterrestre. Ella saluda a David con un gesto y él se lo devuelve. Pobre Rosa, también le toca trabajar hasta tarde hoy. Debe de haber algún despegue grande de naves troposféricas de las

colonias, porque el MAE siempre envía a alguien a la prelanzadera cuando hay algo importante.

Después de eso, los pocos que aún están trabajando se marchan por goteo y David se queda solo hasta las dos, cuando por fin llega el relevo y él puede volver a casa.

Cristian ha intentado esperarle despierto, pero se ha quedado dormido en el sofá.

COLONIAS Y LANZADERAS

Todas las prelanzaderas paralizadas sin motivo

Javier Puig
Madrid, 21 MAR 2020

La prelanzadera madrileña de Húmera está cerrada a la salida de aeronaves troposféricas y nadie tiene una explicación del porqué. ¿Estarán en huelga los controladores ilin? No lo sabemos. El caso es que de aquí no sale nadie, lo cual es un fastidio para todas las personas que, después de pasar meses en listas de espera, llevan desde ayer encerradas como sardinas en lata no en el edificio de la prelanzadera, sino en la misma nave. Embarcaron creyendo que les esperaba un corto viaje de apenas unas horas hasta las instalaciones habilitadas en el Ártico en las que tiene lugar el entrenamiento necesario antes de salir al espacio, y posteriormente el lanzamiento de la nave que los llevaría a las ansiadas colonias.

Con la suspensión del servicio de las prelanzaderas (porque esto no es una excepción) se prevé que se trastocarán los planes de hasta 200.000 futuros colonos. Los simbiontes que controlan el cotarro no han proporcionado ni una explicación ni una indicación de cuándo podrá reanudarse la actividad normal, aunque una portavoz ha admitido que puede que se haya detectado algún riesgo para los pasajeros y que no seguirán adelante ni con el despegue ni con la apertura de puertas de la aeronave hasta que quede solucionado el problema.

«Sentimos los inconvenientes de hoy, pero la seguridad de nuestros pasajeros y nuestro personal es nuestra prioridad», declaró, sin aclarar nada, en realidad.

Camelia lleva varias horas vigilando el piso en el que se localizó a Lazlo por última vez, que pertenece al ilin Bim, al que una organización filántropa de colaboración ilin-humana apoya económicamente para que saque adelante a todos los huérfanos no simbiontes que pueda. A Camelia la sola idea le parece vomitiva. Ella no es simbionte y sabe lo que los aliens hacen con los humanos, por lo que la sola idea de un ilin fingiendo ser Madre Teresa de Calcuta le da náuseas. Nunca ha tolerado la hipocresía.

Sin embargo, no podría hacer nada contra Lazlo, que es poco más que un niño. No personalmente. Por eso se alegra de que Enrique le haya encomendado la tarea de vigilar el piso y avisar si regresan a él Bim o alguno de los suyos. Todos los implicados son adultos.

La última vez que supieron de ellos fue cuando los recogió un coche con cristales tintados. No han regresado, así que Camelia está casi segura de que el Gobierno les ha quitado un problema de encima. Los aliens no quieren a nadie que diga en voz alta la verdad sobre la invasión; es por esto que Virginia y los que trabajan para ella deben mantener el anonimato y actuar de forma invisible. Esto a Camelia se le ha dado bien toda la vida. Está segura de que la mayor parte de sus compañeros y profesores del instituto no la mencionarían si se les pidiera que recitasen los nombres de los alumnos de su antigua clase.

Suena el teléfono. Es Enrique. Camelia responde a su jefe y escucha. Va a encontrarse con Virginia y ella ha solicitado que Camelia también esté presente en la reunión. ¿Cómo está la cosa por el piso de Bim? No le sorprende escuchar que no ha habido ningún movimiento por allí. Seguramente lo hayan abandonado. Imaginarán que Enrique ha localizado a Lazlo en él. Quizá incluso sepan que Camelia, apostada en el coche aparcado a unos metros del portal, está vigilando.

La casa del detective y la de los huérfanos del ilin están controladas. Enrique recibirá noticias al respecto en una

hora; hasta entonces, Camelia es libre y debe ocuparse de tranquilizar a la cabeza de la organización. Ella le asegura que comprende la situación y que está de camino. En cuanto cuelga, lanza una última mirada a las ventanas del piso y arranca el coche.

Conduce durante algo más de veinte minutos. Su destino está al otro lado de la ciudad, donde no existe zona azul ni verde y puede aparcar delante de la puerta del chalé. El motor se apaga silencioso: odiar a los ilin no impide a Camelia utilizar vehículos de energía avai.

Atraviesa la puerta del jardín y sube los escalones que la llevan a la entrada principal. Enrique, que la ha visto llegar por las cámaras, abre antes de que Camelia toque al timbre.

El amplio recibidor está lleno de luz. Conduce a un salón de doble altura, diáfano, precioso. Virginia se pasea por él descalza, sobre la tarima clara que contrasta con los muebles oscuros. Las ventanas dan al jardín; el murmullo de la pequeña cascada de la piscina transmite paz.

Virginia no.

—¿Te quieres quedar quieto?

Enrique sonríe como si ella hubiese dicho algo encantador.

—Lo siento —responde—. Ha llegado Camelia.

—Hola —saluda ella. Virginia hace un gesto sin mirarla.

—Entonces, ahora mismo saben quién eres: el chico que se te escapó, Lazlo; la chica que se te escapó, Cax; el detective, el ilin, la otra mujer, la policía y, por lo que sabemos, el país entero.

—He enviado a…

—Sí, sí, acabamos con los huerfanitos, acabamos con el detective, lo que tú quieras. —El tono de Virginia es despreocupado, pero esconde una ira salvaje y despiadada —. Eso no soluciona nada, Enrique. Eres inútil, básicamente: no puedes salir, no puedes hacer ninguna gestión, porque tienen tu nombre y tu cara. No te quiero en la comisaría ni en la cárcel, porque serías un peligro para

mí. Sobre todo, siendo simbionte: a tu ilin le pueden arrancar la información que quieran si logran vincularse a él. Me has jodido pero bien, Enrique.

Él está preocupado. No tiene costumbre de aguantar broncas y menos aún si son de Virginia. Camelia está convencida de que el ilin de su jefe es un psicópata, aunque en alien: es el único ilin incapaz de sentir emociones ni de transmitirlas. Eso viene bien cuando Enrique mata gente. No hay eco alguno en la Red. Sin embargo, Enriq, el humano, sí siente. Se nota en el modo en el que mira a Virginia.

—Lo voy a arreglar —asegura—. No se trata de matar a sus respectivas familias. —Habla con suavidad, como si aceptase con elegancia que ella le tenga por un imbécil—, sino de asustarlos hasta que dejen de pensar con claridad. Las familias son el cebo. Eliminaré al detective, al ilin, al chico y a la mujer.

—La policía sabe quién eres, Enrique. No quiero que te arriesgues. Da igual que vivan, el mal está hecho. Te han inutilizado. No pueden hacernos nada más, así que es mejor dejarlo estar.

Él frunce el ceño. No está de acuerdo. Camelia puede leer sus pensamientos como un libro. Para Enrique, el problema no es que la policía sepa su identidad, que se haya caído su personaje de la Sombra. No: lo que le molesta es que esas personas han logrado desenmascararlo. Enrique es perfeccionista y competitivo.

—Deja que me enfrente a ellos. Una oportunidad. Se me ocurrirá algo para arreglar esto —insiste—. Si no lo consigo, haré lo que tú digas.

—Está bien —responde ella. Camelia se esfuerza en que no se le note la sorpresa—. Mañana puedes disponer de la nave 55 durante la tarde. De dos a nueve. Allí estarás seguro. El resto del tiempo la necesito para otra cosa, así que atente al horario. Si a las nueve no has conseguido nada…

—Sí, sí —dice Enrique tranquilamente—. Despreocúpate. Solo he fallado una vez.

—Dos veces. —Virginia se detiene junto a la ventana, de espaldas a él—. También se te escapó Cax.

Enrique cruza una mirada con Camelia. Ella es consciente de que él preferiría estar a solas con Virginia, pero qué se le va a hacer.

—Tenemos la vacuna —recuerda Enrique—. Cax no nos hace falta.

—Vete a preparar lo que sea que vas a hacer mañana —espeta Virginia. No tiene ganas de seguir hablando de ese tema. Camelia lo puede entender: no es la primera vez que lo discuten—. Tú quédate, por favor —añade su jefa mirándola.

Enrique se despide y se marcha. Virginia espera un rato sin decir nada. Las dos mujeres están de pie en el salón, las dos saben lo que está pensando la otra.

—A partir de ahora, respondes ante mí, no ante él —dice Virginia cuando está segura de que el coche de Enrique está lejos.

—Sí, claro —contesta Camelia.

Laura tira de la puerta del taller, que se encalla siempre en el mismo punto. Tendría que cambiarla, pero es reacia a sustituir las cosas que siguen funcionando, aunque estén defectuosas. Le parece una mala costumbre pretender que todo sea perfecto, se conforma con lo que no es un completo desastre. Así que viste vaqueros con manchas perennes, camisetas agujereadas y zapatos antiguos pero robustos. Sus muebles son prehistóricos; su teléfono, del siglo anterior, y no tiene pijamas porque reutiliza ropa agujereada para dormir. Todas sus posesiones están viejas y desteñidas, igual que su piel; manchas oscuras de la edad se mezclan con manchas claras del vitiligo. No importa: la piel, como el resto de sus cosas, sigue cumpliendo su función.

Da un segundo tirón a la puerta y esta se abre por fin. Dentro del taller, los objetos de segunda mano se apilan y aguardan el momento de ser restaurados. Laura trabaja por encargos y tienen prioridad aquellos que debe entregar esa semana. Hace de todo: lija, barniza, pega, clava, cose, borda. Su taller compite con las grandes tiendas en las que todo es nuevo. Por suerte, a las personas les gustan las historias. Eso es algo que los productos recién salidos de las fábricas aún no tienen. Los de Laura sí.

Ra conecta perezosamente a través de la Red ilin mientras Lau saca el banquito a la puerta y se sienta en la acera. Una se entera de las novedades de sus amigos y la otra observa pasar a los desconocidos; así, entre las dos tienen su universo controlado.

Arcadio ha adoptado un perrito. La chica de la tienda de zapatos pasa a toda velocidad para abrir, va tarde, debe haberse quedado dormida. Macarena se va de excursión con sus hijos hasta el lunes. Dos chavales jóvenes cruzan la calle con sus mochilas en dirección a la biblioteca. Emilio se ha peleado con su hermana porque ella no entiende que visitar a su madre en la residencia una vez al mes no es suficiente. Pasa el cartero y saluda a Laura, como todos los días. Un

rumor que ha sido acallado, un vídeo que algunas personas han podido ver antes de que se eliminase. Un señor con bigote de terrier escocés pasea a su terrier escocés.

¿Qué es eso?, pregunta Lau. *¿Qué es eso del vídeo?*

Nada, responde Ra. *La gente y sus conspiraciones*.

¿Qué dice?

Que los ilin hemos invadido la Tierra y que comemos humanos, responde Ra.

Lau intenta contener una carcajada. No lo consigue, pero no pasa nada: vive en un mundo en el que es normal que alguien aparentemente a solas se ría.

Un niño que camina solo por la acera llama su atención. Tiene edad de ir al instituto o quizá incluso al colegio, y lleva algo entre las manos.

—Eh —llama Laura—. ¿Qué tal? Buenos días. ¿Qué llevas ahí?

El chico se acerca, confiado, y le muestra su tesoro: un polluelo de gorrión envuelto en un puñado de hojas secas.

—Estoy buscando su nido —explica—. No lo he tocado, así que igual sus padres lo aceptan. Si no, me lo llevaré a casa.

—Es muy difícil criar un pajarito —dice Laura.

—Por eso estoy buscando el nido.

—¿No deberías estar en clase?

Él se ríe.

—¡Pero si es sábado! Voy a música en el centro juvenil, pero llegaré tarde. No pasa nada. Es más importante el gorrión.

—¿Y tus padres están de acuerdo?

Repite el gesto.

—Están fuera de casa y no se enteran —responde—. ¿Qué te pasa en las manos?

Laura es curiosa y muy dada a hacer preguntas. Sería hipócrita por su parte no mostrarse comprensiva con los chavales que hacen lo mismo.

—Tengo vitiligo. ¿Sabes lo que es? —Él niega con la cabeza—. Una enfermedad. Hace que se me vaya el color en algunas zonas de la piel.

—¿En todo el cuerpo?

—Puede ser en todo el cuerpo. También en el pelo.

—¿Es porque no tienes suficiente melanina? —pregunta él.

Es sorprendente que un chico de esa edad conozca esa palabra. A Laura le cae bien el salvador de pájaros.

—No, es porque las células que la producen no funcionan bien.

—¿Es contagioso?

—No.

—¿Tiene cura?

—Hay un tratamiento para recuperar el color, pero no quita que siga perdiéndolo. A mí no me compensa. Prefiero ponerles color a otras cosas que sé que lo conservarán más tiempo —responde ella. Hace un gesto hacia el interior de su taller.

Agotado el tema del vitiligo, el niño devuelve su atención al gorrión. Parece genuinamente preocupado por el animal:

—¿Sabes dónde puede estar el nido? He mirado en esos árboles de allí y en ese tejadillo.

—Lo suyo es que esté justo encima de donde encontraste al pajarito.

—Lo saqué de la boca de un gato. Puede que sus padres lo rechacen por eso, pero quiero intentarlo.

—Es solo un gorrión.

—Están en peligro —insiste el chaval—. Son un ave autóctona y están siendo desplazados por la cotorra argentina. ¿Sabes cuál es?

—¿Esos pájaros verdes tan ruidosos?

—Sí.

A Laura le divierte la solemnidad del niño.

—Mira, si das la vuelta a la manzana, encontrarás un descampado entre ese edificio rojo y el de al lado. Allí hay algunos árboles bajitos que no se ven desde aquí.

—¡Gracias!

—Nada. Los enemigos de las cotorras argentinas son mis amigos —bromea Laura.

El niño no se detiene a reírse, quizá haya pensado que ella habla en serio. Se marcha con su pajarito.

Laura no tiene hijos, pero piensa que, si los tuviera, no le importaría que fueran intrépidos, amantes de los animales y conocedores de palabras como *melanina*.

De pronto, Ra bloquea la conexión a MIND.

¿Qué pasa?

No quieres ver ni sentir esto. Hazme caso.

Y Lau confía en Ra como en sí misma.

Ximena no es una persona que abandone con facilidad sus objetivos. Se metió en este asunto con la idea de descubrir a la Sombra y asegurarse de que dejase de ser una amenaza; una invasión alienígena no será suficiente para que ella lo deje correr. Ni siquiera la ha pillado por sorpresa. Ella nunca ha creído en la supuesta simbiosis, no es tan ingenua. Se veía venir que estos extraterrestres son parásitos.

Evidentemente, al señor de la policía secreta o de Seguridad del Estado o de lo que fuese le ha dicho lo que quería oír. Le habría cantado villancicos en chino mandarín si hubiera hecho falta. Ella sabe que él no se lo ha creído. Por suerte, la forma de comunicación de los ilin los hace ser confiados, así que el alien del tipo ese, Felipe Nosequé, le obligó a liberarlos una vez que dieron su palabra de honor de que no revelarían el secreto a nadie. Fenomenal. A Ximena le parecen estupendas las pocas veces que ser humana y no simbionte juega en su favor.

Sí la dejó un poco descolocada que Ben aceptase esas condiciones, pero supone que es comprensible. El tío tiene dos hijos, se entiende que los padres estén dispuestos a vender sus almas por salvar a las criaturas. Ximena no lo sabe con certeza porque ella ni tiene críos ni puede tenerlos ni los quiere tampoco. Pero eso es lo que dicen.

Y Bim es un ilin, pese a todo. Le habrá parecido maravilloso conseguir una excusa para seguir siendo leal a los suyos y no meterse en líos. Bien por él.

Ximena se ocupará de la invasión después. Ahora tiene otras cosas que hacer y necesita un Human. No quiere volver a casa de Cecilia, porque teme meterla en problemas, así que se dirige de nuevo al piso que Bim le dejó a Lazlo. Va caminando y se pasea perezosamente calle abajo. Está muy atenta, pero disimula. Si hay alguien acechando, prefiere que la crea desprevenida. Sin embargo, todo está despejado.

Cuando el coche los recogió, ella fue la última en salir y se llevó la llave. Ni Bim ni Benji se acordaron, así que

decidió no devolverla. Abre el portal, pasa, sube por las escaleras, entra al apartamento. Está tal y como lo dejaron.

No es seguro quedarse allí mucho tiempo, así que es mejor que se dé prisa. Enciende el Human y se conecta a la cuenta de Violet de Lazlo. Busca en sus conversaciones privadas: la más reciente es con una cuenta de usar y tirar que sin duda pertenece a la Sombra. Es la que le envió el vídeo a Lazlo.

Ximena le escribe un mensaje: «¿Hola?».

Enrique se conecta inmediatamente. Así que la Sombra tiene MEEND. Está utilizando el chip, no un Human; solo eso explica una respuesta tan rápida. Ximena se pregunta si es no simbionte o si, como Benji ahora, tiene acceso a ambas cosas.

«Hola, Lazlo. ¿Cómo estás? ¿Has podido pensar en lo que hablamos?».

Ella medita un instante. En Violet no consta que hayan hablado de nada, Enrique le envió el vídeo y ya está. Tienen que haberse comunicado por otra vía y ella no tiene forma de averiguar qué es lo que dijeron.

«Sí. Me gustaría saber más», pregunta sin entrar en detalles.

«¿Qué quieres saber?».

«¿Puedo hablar contigo en persona?».

La Sombra dicta, borra, dicta, borra.

«Sí, pero no en ese apartamento tuyo», contesta por fin.

Ximena se tensa, crispa los dedos sobre el *pad* del Human.

«Donde tú digas».

«Te voy a enviar una dirección. Hoy a las cinco de la tarde te esperaré allí».

La Sombra se desconecta y Ximena tarda un segundo en reaccionar. No puede quedarse en el apartamento. Desconecta Violet, internet y el Human. Se pone en pie, se dirige a la puerta con pasos rápidos y, justo cuando la abre, suena el teléfono.

Duda un momento. Después se da la vuelta y busca por el salón, porque no es un fijo, sino un móvil. Lo encuentra

por fin en la misma mesa del Human. En la pantalla puede leerse que el número desde el que llaman está guardado en la memoria del aparato como «CASA».

Tiene que ser Bim. El piso es suyo, así que seguramente el móvil también lo sea. Está llamando desde su residencia habitual, donde vive con los Niños Perdidos o algo así. Ximena contesta.

—¿Sí?

—Hola —saluda una voz joven—. ¿Es el detective? Perdón, no recuerdo cómo se llamaba.

—No —dice Ximena—, no está. ¿Quién es?

—La dueña de este teléfono. Cax. ¿Quién eres tú?

—Ximena. —Su tono se suaviza un poco—. Soy amiga de Benji. ¿Qué pasa? Espero que no te hayan secuestrado otra vez.

—No —dice la chica sin darle importancia—, pero tengo que encontrar a ¿Benji? Porque resulta que ni mis padres ni la policía se creen todo lo que tengo que contarles sobre la Sombra. Y ya es ser tonto, porque sé mejor que nadie en qué anda metido, digo yo.

—¿Qué es lo que no se creen?

—Que los ilin nos están invadiendo. Las colonias…

—Ya, ya, son una farsa. Ya lo sé.

—¿Tú sí te lo crees?

—Sí. Cualquier no simbionte se lo creería, me parece a mí. ¿Qué es lo que quieres, niña? Tengo un poco de prisa. —Ximena ha salido del apartamento y cerrado la puerta. Se lleva el móvil; supone que da lo mismo, dado que está al teléfono con su propietaria y no parece que lo quiera reclamar.

—Encontrar a Enrique, que es la Sombra —dice Cax muy segura de sí misma—, porque está loco y es un asesino. Y pensar en cómo podemos resistir a la invasión sin él. Eso es lo que él está intentando hacer, ¿sabes?

—Sí. Vamos a hacer una cosa. Yo encuentro a la Sombra y hago eso por ti. Tú te quedas quietecita en tu casa. Cuando termine, te llamo a este número y te cuento qué tal ha ido.

Mientras habla, observa por el rabillo del ojo, pero parece que todo va bien. Nadie la sigue, nadie la vigila.

—No —rechaza Cax—. Mira, me tuvo encerrada durante meses. Me dormía y me sedaba. Me siento fatal, me siento rara cuando me despierto porque me parece que ha vuelto a pasar, que he dormido más de la cuenta. No sé por qué te cuento esto. Bueno, sí: para explicar por qué quiero ver a Enrique yo.

Aquello no tiene mucho sentido desde un punto de vista racional, pero Ximena entiende los motivos emocionales. La chiquilla tiene que enfrentarse al monstruo ella misma para sentir que lo ha derrotado. Ojalá no lo comprendiese bien, pero a ella le pasa lo mismo.

—Vale. —Tiene que encontrar otro Human desde el que conectarse, recibir la dirección que la Sombra le va a enviar, organizarse y descansar—. Llámame otra vez dentro de dos horas y te contaré el plan para esta tarde.

No debería hacer esto, pero si alguien viene a pedirle cuentas, a Ximena se le ocurren quince formas distintas de mandarlo a la mierda. La humanidad acaba de descubrir que sus aliados extraterrestres ven la Tierra como una gran despensa. Después de eso, ¿quién va a echarle en cara a nadie que haya permitido a una chica casi mayor de edad que haga lo que le salga de las narices, sea peligroso o no?

—Gracias —dice Cax.

Ximena resopla, sacude la cabeza con incredulidad y cuelga.

Ben no habla con Ji y ella no dice nada. La investigación a la que los ha sometido el ilin de Felipe Santos de las Casas ha convertido su propia mente, que hasta entonces había sido solo suya, en un lugar expuesto a miradas ajenas. Siente que sus pensamientos no le pertenecen en exclusiva ya; a través de su propia ilin, otros pueden acceder a ellos y determinar si dice la verdad o no, si tiene un implante para conectarse a MEEND o no, si va a salvar el mundo o no. Ben se siente profundamente a disgusto.

Le gustaría bloquear a Ji, impedirle acceder a lo que piensa, pero no es capaz. La única forma de aislarse el uno del otro es que ambos estén de acuerdo en hacerlo. Ella quiere escucharlo, aunque él no se dirija a ella. Quizá precisamente por eso.

Por otro lado, él también puede saber a qué dedica ella su tiempo. Está recibiendo numerosas solicitudes a través de la Red; muchos ilin quieren saber qué es lo que ha pasado. Ji las rechaza todas. Es un ejercicio de voluntad; la ciencia de los vínculos ilin no es exacta. Si uno es lo bastante fuerte, puede impedir que otro ilin que no se encuentre cerca fuerce la conexión e incluso es capaz de obligar a otros a aceptar solicitudes. Cuando las emociones son intensas es casi imposible, pero ellos están muy tranquilos, al menos en la superficie. Ben no siente odio ni ira, sino dolor y repugnancia. Aun así, mantener su privacidad requiere un esfuerzo inmenso. Ji empieza a estar cansada, pero no quiere rendirse.

Ben sabe que está intentando protegerle, aunque no entiende por qué: ella es una enemiga que se ha colado dentro de su cabeza. La traición es tan grande que no sabe cómo asimilarla. Decide no pensar en ello más que para contárselo a Santiago.

—No se lo vamos a decir a los niños —dice él.

—Demasiado tarde —responde Ben—. Natalia lo sabe.

Ellas están demasiado cerca y el lazo que une a Ji y a Alia es demasiado íntimo. Es muy difícil esconderles algo

tan grande. Natalia siempre ha sabido todo lo importante que se cruzase por la cabeza de su padre: dio a sus amigos la noticia de que iba a tener un hermano pequeño antes incluso de que Benji y Santiago se lo contasen a nadie.

Los padres de Santiago tienen un cuarto de invitados en el que están las cosas que los niños han ido dejando durante los últimos años, así que son ellos los que lo ocupan. Ben y Santiago duermen en el aparatoso sofá cama. Es como no tener un lugar propio, porque el salón es zona de paso para cualquiera que necesite ir al baño o a la cocina durante la noche. Hay que montar y desmontar la cama cada vez; los pequeños se levantan pronto y quieren ver dibujos animados, el padre de Santiago madruga y le gusta poner en la televisión lo que sea que echen. Ben y Santiago huyen de la inevitable guerra por el control del aparato, se refugian en la cocina y desayunan, con la sensación de tener aún los hierros del sofá clavados en el costado y la espalda. Han intentado descansar porque sabían que las horas de sueño iban a ser escasas, pero no es tan fácil dormir cuando los extraterrestres han invadido el mundo.

Por lo menos, Cax está a salvo. Eso es un capítulo que Ben se alegra de haber cerrado. La niña está bien y él no tiene que volver a pensar en ella, pero lo hace. Qué valiente fue, qué lista, qué hábil para utilizar los pocos recursos que tenía. A Benji le maravilla la forma en la que esquivó la anestesia, cómo corrió bajo las balas. Ni siquiera se quejó cuando la alcanzó una, aunque fuera superficialmente y apenas le arañase la piel. Solo el susto habría sido suficiente para lamentarse, pero ella no lo hizo. Subió al coche, le dio toda la información que hacía falta y después se aseguró de no perder el brazo por la falta de circulación. Luego la entrevistó la policía. La historia de la Sombra, o la que una de sus víctimas pudo entrever, está en manos de la autoridad. La secta, la convicción paranoide, los asesinatos organizados. Todo ese horror descrito con frialdad por Cax. Ben se acuerda de cuando él tenía quince años y la admira un poco más. Ojalá haber tenido de adolescente aquella

presencia.

Y ya está. No quiere saber nada más de la Sombra, de la investigación, de Bim o de Ximena. Le da náuseas recordar cómo los tres dijeron que callarían, lo cobardes que han sido. Aunque seguro que Ximena no no no no NO. No puede pensar en Ximena, no va a pensar en Ximena, él NO SABE lo que Ximena piensa o pensaba o pensará. En lugar de eso, Ben reflexiona sobre Priscila Ocampo y augura que no cobrará los honorarios por su trabajo. Una lástima.

Podría reanudar la investigación para encontrar a la Sombra, pero no lo va a hacer. Ha calibrado el riesgo del asunto y es demasiado. Se quedará con su familia, se mantendrá fuera de peligro.

—No tenemos casa —dice Santiago. Su voz sobresalta a Ben—. La han registrado. ¿Han sido los ilin o los de la Sombra?

—La Sombra —aventura Ben—. Cuando lo hicieron, aún no sabía nada de lo otro.

—No es seguro volver, Ben. No me atrevo a tener a los niños allí.

A Ben no le gusta escuchar esto. Quiere decir que se mudarán, pero no abre la boca. Piensa que no podrá estar tranquilo hasta que la Sombra y su secta de locos estén reducidos.

—Me gustaría no haberme metido en esto —susurra.

—No me lo creo —responde Santiago con calma—. ¿Qué dice Ji?

—Nada.

Santiago lo comprende y calla. Rodea a Ben con el brazo y lo estrecha. Le hace sentir mejor. A Ji también. Ella nota el contacto tanto como el humano.

Marcos lleva seis años viviendo en la casa de los Hijos de la Tormenta y nunca antes ha visto un coche entrar y dar la vuelta en el callejón sin salida en el que se encuentra. El vehículo tiene los cristales tintados. Marcos piensa en Guille y en los círculos adinerados en los que se mueve ahora, pero eso no puede ser, porque se trata de un deportivo cutre y no de un coche elegante; quizá por eso las ventanillas oscuras son tan llamativas. Lo observa con fijeza al pasar al lado: está casi seguro de que el copiloto le ha devuelto la mirada.

Cruza el muro cubierto por enredaderas y entra en la casa todo lo rápido que puede. Los mellizos están jugando fuera: se asoma desde el salón para gritarles que entren, porque parece que va a llover. Pasan de él. Marcos sale (por la ventana), ellos huyen.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Marcos—. ¿Estáis solos?

—Estoy yo —dice Gala, también desde el jardín. Seguro que estaba cuidando sus plantas, tiene algo de bruja de la naturaleza.

—¿Solo tú?

—Vaya forma de hundirme la moral. Sí, *solo* yo. Tío, cuando he llegado de trabajar, los enanos estaban solos.

Eso sí que es raro. Marcos ha estado en casa de un amigo; ¿qué pasa?, puede tener vida social, es un joven adulto, ¿no? Tiene derecho. Pero porque pensaba que estaría allí Álex, que para algo no trabaja, o Bim, que se supone que es el que se encarga de todo. Es raro que esté fuera tanto tiempo.

—¿Y Ari?

—Ha ido a música esta mañana y no ha vuelto. Igual tenía algo después.

Marcos se siente incómodo. Deberían saber si Ari tiene alguna actividad más o no, este descontrol no puede ser bueno. Se pregunta si es culpa suya por haber estado fuera. Es el mayor de los Hijos de la Tormenta residentes.

—Joder. —Intenta contactar con él por MEEND, pero Ari lo tiene apagado—. Joder, joder. ¿Y Álex y las niñas y Sergio?

—No están tampoco.

—Desde ayer —dice Lara—. No están desde ayer.

—¿Habéis pasado la noche solos? —pregunta Marcos.

—No. Ari estaba ayer y se fue esta mañana. Nosotros no fuimos a inglés de los sábados porque no podíamos ir solos —explica la niña.

—Ya, y porque no queríais —adivina Marcos.

Ella se ríe y vuelve a jugar con su hermano. Cargan el uno contra el otro como dos ciervos peleones hasta que alguno cae derribado al suelo.

Un sonido fuera. El runrún de un coche que se ha detenido frente a la casa.

—Viene alguien —susurra Marcos.

Está asustado y algo en el tono de su voz transmite a los demás el peligro que él ha intuido. Los mellizos, por primera vez en su vida, se acercan a ellos y permanecen en silencio.

—¿Quién es? —pregunta Gala.

—Vámonos dentro —dice Marcos.

—No —dice ella—. A mi búnker.

Coge a un mellizo de cada mano para guiarlos hasta la entrada secreta a la zanja. Marcos los sigue, echando vistazos nerviosos por encima del hombro. Según entran en el refugio, Gala hace gestos a los niños para que no hablen ni hagan ruido. Los sienta en el suelo, sobre una toalla que hace las veces de alfombra, y vigila desde uno de los agujeros que dan a la superficie.

—Que no te vean —murmura Marcos.

—Calla.

Él también se acerca a una de las mirillas. No se ve mucho, pero se oye: alguien abre a golpes la puerta del jardín y se cuela dentro. Luego la de la casa. La ventana está abierta, no haría falta tanto destrozo, pero a ellos les da igual. A Marcos se le ocurre que quieren dar miedo, quieren hacer ruido, quieren dejar rastro. No les importa

nada; eso le aterra más todavía.

Golpes en el interior de la casa. Gritos.

Los están llamando.

Antonio emite un quejido de pánico y Marcos se apresura a abrazarlo. Lara se arrima también, aunque tiene más entereza que su mellizo.

Los intrusos son al menos cuatro. Salen al jardín, hablan entre ellos, siguen llamando.

—¿Hola? ¿Alguien en casa?

Pasean entre la maleza, sin buscar a conciencia, solo echando un vistazo. No ven el búnker. Deben creer que, si los hubiesen pillado, se habrían escondido dentro de la casa, no fuera. Si no están es que se han escabullido. Vuelven a entrar y esta vez tardan un buen rato en salir. Deben de estar revolviéndolo todo.

—Es que me han visto —susurra Marcos.

—Podrías haber salido por otro lado —responde Gala.

Él desea con todas sus fuerzas que ellos lleguen a esa conclusión también. Deben de hacerlo, porque, poco más tarde, se van. No se oye el motor del coche hasta después de un buen rato. Sin embargo, ellos no salen del búnker, están demasiado asustados.

Horas más tarde, otro sonido procedente de la casa los sobresalta. Un grito mecánico, artificial. Nunca han oído algo así.

—Bim —dice Gala.

Salen del búnker y recorren el jardín a toda velocidad. Los mellizos son los primeros en llegar, entran en la casa, se abalanzan sobre el cuerpo robótico del ilin. Luego va Gala y, detrás, Marcos. Se detiene para contemplar el salón. Ha pasado por él un huracán.

—No había sangre —dice Bim. Marcos está seguro de que si fuese una persona le estaría temblando la voz—. Pensé que se os habían llevado.

—Nos escondimos en mi búnker —dice Gala.

—¿Dónde están los demás?

Marcos y Gala se miran incómodos.

—No están. Yo volví después de comer, estaba con un

amigo —dice Marcos—. Gala llegó esta mañana y se encontró a los mellizos solos.

Bim no dice nada. Su estupor es perceptible incluso pese a la máquina.

—Álex, Sergio y Ainara se fueron ayer —dice Lara.

—E Inés —añade Antonio.

—Eso. Nos dejaron con Ari. Él está en música.

—No está en música —rebate Bim—. El centro juvenil está cerrado ya. ¿Adónde ha ido Álex?

Lo pregunta a los mayores. Ellos se encogen de hombros.

—No lo sé, Bim.

—¿Y dónde estabas tú esta noche? —pregunta a Gala.

Ella duda. No quiere responder, pero no puede mentirle.

—Trabajando.

—¿De noche?

Así que ella se lo cuenta. En pocas palabras, deprisa, un poco avergonzada. Lo de NEW FRIEND, lo de Guille con Delia la rica, lo de Juan. Lo de que la señora a la que fue a visitar ayer se encontraba fatal y ella no quiso dejarla sola. Lo de la gente rara también.

—¿Por qué no me habíais dicho nada de esto?

—Pensamos que te iba a parecer mal —dice Gala en voz baja. Es obvio que le parece mal, de hecho. Se nota aunque su voz sea inexpresiva. Marcos lo nota.

—Me parece mal —dice Bim—. Pero no por lo que tú piensas. No hay nada de malo en trabajar para hacer compañía a otras personas. Sí hay algo malo en que una empresa contrate a gente tan joven como vosotros, no simbionte, y la envíe a casa de gente que no sabe si es o no de fiar. Creo que se han aprovechado de vosotros y que os han puesto en peligro sin garantías de nada —explica. Está eligiendo las palabras con cuidado—. No me gusta que os exploten.

—No todos los que trabajan ahí son no simbiontes —dice Gala—. Los clientes nos pedían específicamente a nosotros cuando no querían simbiontes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Los conoces? Gala, estoy seguro de que erais todos no simbiontes —afirma Bim—. Los simbiontes no hubiesen organizado algo así. Lo habrían hecho por la Red, de forma mucho más transparente. Y ni siquiera habría tenido que ser presencial.

No hay nada que decir a eso. Gala hace una mueca.

—Lo siento.

—No. No pasa nada. Hay cosas más importantes ahora.

—Sí —interviene Marcos—. Tenemos que encontrar a los demás.

—Sí —repite Bim—, pero tengo que contaros algo antes. He prometido no hacerlo público, pero vosotros tenéis que saberlo.

Llega un chaparrón de información. Los ilin de Glebe, que necesitan que los ilin que hay dispersos por el espacio los alimenten. Los planetas como productores de alimento. Los materiales que se envían a las colonias, los animales, los *colonos*, todo convertido en comida. El secreto a voces. El Gobierno chantajeando a Bim para que no lo contase, ofreciéndole protección a cambio.

Les pide que se conecten a MEEND y les envía el vídeo que les quita el color de la cara.

Marcos lo entiende. Bim no puede hacerlo público. Él *sí*. Él puede decidir si callar o no. Si prefiere la protección o la rebelión. Siempre y cuando no se lo diga a Bim.

Sabe que Gala lo ha entendido también.

Luego llegan el arrepentimiento y la culpa. Bim lo ha sabido desde siempre. Se adelanta, no les deja reprochárselo. Les explica la indecisión, el sentir que solo podía actuar a pequeña escala; les cuenta que ha hecho todo lo que creía posible por ellos, por el movimiento de ilin que se oponen al parasitismo. Admite que podría haber hecho más. Y que lo siente.

Ni Gala ni Marcos saben responder.

Lara sí.

—Vale —dice con su vocecilla—. No pasa nada. Hazlo mejor a partir de ahora y ya está.

—Sí —responde Bim con seriedad—. Gracias, Lara. —Y

se vuelve hacia los dos mayores—. Quedaos aquí por si Ari o Álex y compañía vuelven. Yo voy al centro a buscarlos. Al colegio, a la biblioteca… Podéis seguir conectados a MEEND, pero no entréis en Violet. Vigilad. Quizá sea mejor que os quedéis en el búnker.

—Si han venido y no estábamos, no volverán —dice Marcos—. Esto ha sido para meternos el miedo en el cuerpo, Bim.

—¿No prefieres que vayamos contigo? —pregunta Gala.

Marcos sabe la respuesta. Bim quiere que se queden y se conecten a MEEND porque hay información que deben transmitir a los demás. Y porque él es muy reconocible. Si hay alguien buscando hacer daño al ilin o a sus seres queridos, es mala cosa andar detrás de él como si fuera la mamá pata.

—Mejor no —dice Bim—. Tenéis trabajo que hacer.

—No te preocupes —dice Marcos—. Nosotros nos encargamos.

Dzhem llega con varias horas de antelación a la nave industrial 55. Localiza enseguida su escondite, desde el cual puede ver toda la superficie de la planta baja. Está detrás de una barandilla, cerca de la escalera de incendios que lo llevará a la azotea en apenas unos minutos. No es difícil pasar al edificio de al lado y desaparecer por la parte de atrás, donde ha dejado aparcado el coche. Llueve, pero su calzado le permitirá correr sin peligro de resbalar. Hace el recorrido un par de veces antes de bajar a la puerta principal. «Por aquí entrarán, aquí se detendrán, aquí hablarán». Si él fuera Enrique, ¿dónde se detendría?

Sube a su escondite y utiliza el telémetro láser para medir la distancia del blanco. «Si Enrique se coloca aquí, donde la luz es propicia, todo irá bien». Está casi seguro de que lo hará, porque el hombre es tan maniático como él mismo. Lo bueno de ser un obseso de los detalles es que comprende bien a los demás obsesos de los detalles. Enrique querrá estar de pie en ese preciso lugar, desde el cual gobierna el resto de la nave, a contraluz, con una salida cerca.

Abre el estuche, saca el fusil y lo deja reposar sobre la tapa mientras coloca la bolsa de arena en la que lo apoyará. Es un lujo poder calibrar su arma en el mismo lugar en el que va a dispararla. En la nave 55 no hay viento, la situación es estable; es poco probable que suceda algo que lo obligue a recalibrar. Se tiende en el suelo, se acomoda, apoya la mejilla en la culata. Echa un vistazo satisfecho a través de la mira telescópica.

Ahora toca esperar.

Su instinto de cazador se activa cuando oye abrirse la puerta. Aún es pronto: Enrique ha llegado antes de lo previsto. Dzhem sonríe observándolo desde arriba. El hombre inspecciona la nave, decide cómo va a desarrollarse la escena. Por sus paseos puede intuirse que ha pensado lo mismo que Dzhem y llegado a las mismas conclusiones.

El francotirador se posiciona. Acaricia el gatillo de su

fusil, parecido a un Dragunov, pero no uno auténtico; el cajón de mecanismos no es *exactamente* igual. Son diferencias mínimas que solo importan a Dzhem, pero a él le gusta la precisión en todos los aspectos de la palabra y por eso jamás diría que esta arma es un Dragunov. Espera a que Enrique se quede quieto, pero él está nervioso y no para hasta que recibe una señal en el móvil.

Han llegado sus invitados.

No. Invitadas.

Dzhem pensaba que iba a haber por lo menos un hombre, pero no. Son una mujer y una niña, con la parte baja de los pantalones chorreando agua de la lluvia. A Enrique le sorprende también. Dzhem es capaz de distinguir una expresión microscópica de asombro a través de la mira. No dura mucho.

—Cax. —Su voz resuena en la nave y se oye tan bien desde el escondite de Dzhem como si estuvieran a menos de un metro de distancia.

—No hables con ella —replica la mujer.

—Está bien. ¿De qué quiere que hablemos? —Enrique parece muy relajado. Camina despacio, las invita a entrar en la nave. Se acerca al punto en el que estaría al alcance de Dzhem—. Usted no es simbionte. Cuénteme, ¿por decisión propia o por incompatibilidad? —La mujer no responde. Cierra su paraguas después de sacudirlo un poco —. Su nombre es de simbionte y aparece como simbionte en los registros. —El ilin de Enrique está trabajando a toda velocidad—. ¿Qué le pasó?

—¿Tú eres la Sombra? —pregunta la mujer.

—Me ofende ese tono de decepción —responde Enrique.

Parece relajado, pero es mentira. Los músculos están tensos bajo la ropa; la mirada, alerta. Dzhem puede distinguirlo. Es como un gato decidiendo cómo atacar. Está escogiendo el mejor momento para matarlas, la mejor forma. No esperaba a dos, sino a una. Eso es lo que le pasa. Dzhem lee las miradas y los movimientos.

Va a ir a por la mujer primero, claro. Aunque eso es lo

que se espera, así que tal vez quite de en medio a la chica. Eso no lo vería venir nadie. La muchacha está cerca de él, es confiada. Ella no cree que Enrique vaya a hacerle daño. Lo piensa, sí, racionalmente, pero no lo cree en el fondo. Qué estúpida es la intuición a veces.

—Me he convertido en un peligro para mi organización —dice Enrique, y que él sea tan consciente de eso hace que a Dzhem se le erice el vello de la nuca—. Estoy abierto a forjar nuevas alianzas. Nosotros estamos los tres en contra de la invasión ilin, ¿no es cierto? Cax. —Le sonríe, es encantador—. Tú me conoces.

La mujer avanza muy deprisa y le clava la punta del paraguas en el estómago. Enrique cae. Está armado, Dzhem no tiene ninguna duda, pero no esperaba ese ataque rápido, tan mezquino, con un arma tan inusual. Se dobla de dolor, cae al suelo. Se retuerce: quiere sacar su arma. La mujer no se lo permite. Ignorando el grito de la niña, patea sin piedad al hombre en el suelo en la parte vulnerable del vientre, en la entrepierna, en la cara.

Él se aferra a su pie, tira de ella, le hace perder el equilibrio. Forcejean. La mujer intenta librarse, lo pincha con el paraguas. Si él logra quitárselo y agarrarla, está perdida. Cax se ha acercado. Agarra la cara de Enrique con una mano, apretándole bien en los ojos con los dedos, como si quisiera hurgar en la gelatina de las dos esferas blancas. Él grita y se debate. Con la otra mano, la niña descubre un puñal dentro de la chaqueta del hombre y se lo lanza a la mujer. Falla: el arma blanca cae al suelo. No pasa nada. Enrique también llevaba una pistola encima y la muchacha la ha encontrado.

Es la mujer la que la empuña y apunta con ella a Enrique. Se aleja despacio de él para recoger el puñal del suelo: también la niña retrocede.

—Vete, Cax —dice la mujer.

—No —responde la muchacha.

—Confía en mí —insiste ella—. No tienes que ver esto.

La chica tiene sangre en la mano. Se la limpia en su propia ropa mientras se aleja hacia la puerta.

—¡Cax! —grita Enrique—. ¡Cax…!

La niña no se vuelve a mirarlo. La mujer lo golpea de nuevo.

—Calla, payaso —le gruñe—. Eres la Sombra, ¿no? Tú mataste a Berta, la desmembraste y la repartiste por los basureros de la ciudad.

Enrique escupe sangre.

—Yo ni desmembré ni repartí —responde—. Sé trabajar en equipo.

—Ojalá te pudiera hacer más daño —dice la mujer—, pero no tengo tiempo.

Él se incorpora. Aunque no pueda ver nada, se sienta y mira hacia la mujer. No quiere levantarse, no quiere luchar. Tampoco quiere morir en posición fetal, tumbado en el suelo de cemento de una nave industrial.

—Supongo que me lo merezco —dice.

Entonces ella lo tumba de una última patada y le dispara. Una sola vez. A esa distancia no hay mucho margen de error.

Dzhem la sigue con el cañón del fusil hasta que ella abandona la nave 55. No dispara. No tiene órdenes de matar a una mujer anónima.

Gala, como todos los Hijos de la Tormenta, tiene la ubicación de MEEND desactivada. Eso le permite subir el vídeo de Bim sin miedo a que el MAE la persiga, pero no impide al Gobierno bajarlo inmediatamente. Después de intentarlo varias veces, encajonada en el búnker entre Marcos y los mellizos, que han empezado a jugar y a revolverse, decide que no aguanta más.

—Esto no sirve de nada.

—Sí sirve —dice Marcos—. Aunque solo esté colgado unos minutos, lo están viendo cientos de usuarios de MEEND. Y ellos también empiezan a subirlo.

Es cierto: poco a poco, el vídeo aparece cada vez en más sitios. Si esto continúa, llegará un momento en el que por cada uno que tiren surgirán otros mil. Ni siquiera el MAE puede contener un diluvio.

—Vale. Sigue así. Yo voy a ver si localizo a Álex.

No responde a los mensajes, su MEEND está desconectado. Es la primera vez que Gala se siente tan alejada de Álex desde que la conoce. La sensación no le gusta.

Sale del búnker y, a hurtadillas, como si no tuviera permiso para hacerlo, entra en la casa de los Hijos de la Tormenta. Trepa por la escalera hasta el cuarto de su amiga. También en él han estado los intrusos. Han volcado la cama y abierto el armario, pero no han tocado el cuadro feo que cuelga dentro de un marco dorado, antiguo y hortera. Álex y Gala lo han odiado desde siempre, pero lleva en la casa más tiempo que ellas. Es un óleo de un pez muerto sobre una mesa. Horrible como decoración, pero estupendo como escondite: entre él y la pared hay un hueco de al menos siete centímetros de grosor en el que encaja muy bien una caja de corcho blanco que no pesa nada. Gala la saca y la abre. Esconde algunos tesoros: un cuaderno con versos y dibujos garabateados, una pulsera y algunos folletos de un programa llamado Nóbula.

El recuerdo la asalta de pronto:

«Oye, tú de las colonias qué piensas».

Le había preguntado si ella se iría. ¿Por qué se marcharía Álex? Porque sentía que no tenía futuro. Se lo había dicho. ¿Y por qué sin decirle nada? Gala sintió el enfado creciéndole en el pecho, pero lo acompañaba una incómoda sensación de culpa en el estómago: ella misma le había soltado que el tema le parecía ridículo.

Álex había compartido esa opinión, lo habían hablado mil veces, ¿qué le había hecho cambiar? Gala no lo sabe. Quizá el trabajo de sus amigos en NEW FRIEND, también se comportó de un modo un poco raro antes de la entrevista. No. No lo sabe. Puede que sea otra cosa.

¿Y por qué se ha llevado a las pequeñas? ¿De verdad está tan convencida de que no van a poder vivir en la Tierra como para *secuestrarlas?* ¿Cómo puede haberlo hecho sin consultar a Bim?

Porque Bim le habría dicho que no. Porque Bim sabe la verdad sobre las colonias. El escalofrío sacude tanto a Gala que tiene que sentarse sobre la cama vuelta del revés.

A la gente no la mandan al espacio de un día para otro. Hay una preparación. Aunque, claro, ¿para qué prepararlos para sobrevivir en el espacio si al final van a morir igual? Vaya gasto de recursos. Los ilin no hacen esas cosas. La certeza de que es un enorme paripé y de que el entrenamiento para la lanzadera no existe la asalta. Es todo mentira. Se los llevan y los mandan al cielo de inmediato. Esa es la razón de las estúpidas normas que impiden a los futuros colonos ponerse en contacto con nadie más una vez que suben a las naves troposféricas. Si de verdad pasasen tres meses preparándose para el espacio, ¿por qué no iban a llamar por teléfono a sus familias de tanto en tanto?

Gala quiere volar escaleras abajo para hablar con Marcos, pero las piernas no le responden. Se queda allí y navega por internet gracias a MEEND. Busca información sobre los grupos de colonos que tenían previsto salir de Madrid en las últimas 48 horas.

INVASIÓN ALIENÍGENA

Los gobiernos mundiales colaboran para alimentar con seres humanos a los ilin en Glebe

Rosa Martín Cruz
Madrid, 21 MAR 2020

Hemos visto el vídeo por televisión y algunos han podido verlo en MEEND antes de que algún mando militar ordenase eliminarlo de internet. Simbiontes y no simbiontes, a casi todos los seres humanos sobre la Tierra nos ha horrorizado verlo: en él puede observarse con gran detalle cómo unos ilin de tamaño inconmensurable devoran seres humanos y animales por igual.

La noticia llegó a nuestras pantallas gracias a un joven de identidad desconocida que coló el vídeo en una de las grandes cadenas españolas. Otros medios internacionales se hicieron eco inmediatamente y pronto suficientes simbiontes lo habían visto como para que ni siquiera los ilin pudieran evitar que circulase por su Red.

Decenas de medios de comunicación hacen guardia a la puerta de los edificios oficiales, escrutando los movimientos de los dirigentes locales y nacionales, y pidiendo explicaciones. A un nivel más íntimo, cada humano simbionte debería estar cuestionando a su propio ilin.

Más desgarradora es la situación de aquellos simbiontes con hijos, familiares o amigos no simbiontes a los que han visto embarcar hacia las colonias. Sus ilin también los conocían y sabían el vínculo que los unía, pero no los salvaron. Durante dos décadas, estos extraterrestres han afirmado poseer la capacidad de crear lazos afectivos con los seres humanos con los que interactúan, incluyendo los círculos de las personas que parasitan, pero en este

momento todo apunta a que eso era una mentira más.

Cientos de personas acuden a plazas y calles para participar en la protesta a nivel mundial contra la invasión alienígena. La sociedad civil, asqueada por las imágenes del vídeo y la cruda realidad que muestra, se moviliza cargada de miedo, furia y desesperación como hacía mucho tiempo que no sucedía. Al mismo tiempo, pese a los intentos de las autoridades de acallar las noticias al respecto, toda la información que tiene que ver con la falsa simbiosis entre humanos e ilin se vuelve viral. Tanto en la Red para los simbiontes como en internet para aquellos que tienen acceso a través de MEEND y a viva voz para cualquiera, las novedades sobre la invasión de parásitos extraterrestres que permitimos pasivamente durante veinte años están al alcance de cualquiera.

[FORO EN MEEND]

21-mar-2020, 19:06 #1
brujanovata
TITULO: INVASIÓN
Habéis visto el video??? No dejan de quitarlo. Está claro que no se puede dejar colgado si a la gente en el poder no le interesa y los ilin se las han arreglado para estar en la cabeza de los políticos, el ejército, etc., cuanto mas lo quitan mas me creo que sea verdad.

en mi ciudad la gente esta saliendo a la calle a protestar. Sobre la 6 estaba en un restaurante y por la tele del sitio salían las noticias, decían que las protestas eran violentas pero yo juro que las he visto pacíficas PARA LO QUE ES, que vienen a llevarnos al matadero como si fuéramos vacas. un rato después fui otra vez al centro y toda la gente seguía allí, llegaron policías y bomberos, pero no hicieron nada…

yo creo que están de nuestra parte por mucho alien que tengan.

me parece que hay que seguir subiendo el video y salir a la calle, que los ilin se enteren de que somos libres y revolucionarios y que no vamos a dejar que pisoteen nuestros derechos

brujanovata está desconectado *Responder Con Cita*

21-mar-2020, 19:12 #2
drideas

Maja, los únicos derechos que están pisoteando son los de los no simbiontes, y eso a los simbiontes les da igual. Es lo mismo de siempre, que solo se quejan los que están sufriendo, los demás pasan. Así ha sido siempre y así será. Ni que fuera la primera vez que hay una minoría de humanos siendo tratada injustamente y muriendo. Encima los no simbiontes somos también por lo general los que tenemos menos dinero porque para cualquier cosa de pasta tienes que ser simbionte, así que apaga y vámonos. La pescadilla que se muerde la cola.

drideas está desconectado *Responder Con Cita*

21-mar-2020, 19:21 #3

nomasregueton

la pescadilla que se muerde la cola y el ilin que muerde al humano

nomasregueton está desconectado *Responder Con Cita*

21-mar-2020, 19:26 #4

larana

pensad que los ilin no tienen ojos. eso es LO PEOR en realidad. Que el video ese es en realidad un recuerdo de alguien, que hay pilotos humanos y simbiontes en esas naves que SABEN lo que pasa y no han dicho nada y han dejado que pase… eso eso lo peor

larana está desconectado *Responder Con Cita*

Lia ha tenido algunas citas muy sin más a lo largo de los últimos años. En momentos como este se dice a sí misma que la culpa, la mitad de las veces, es suya por salir con chicos menores que ella. Ni siquiera puede recriminarles que sean unos niñatos, porque es lo suyo. Es que quién le manda a ella. Los ve en la foto con esa carita adorable y por la Red parecen muy maduros, pero siempre es mentira. Se repite a sí misma que nunca volverá a salir con alguien de menos de veinte, pero se le presenta este chico de dieciocho y le dice que sí, como si fuese nueva.

El chaval es un encanto. De verdad que lo es. Está fascinado con ella y hace crecer su ego hasta niveles estratosféricos. Encima lee, es culto y divertido. Pero tiene dieciocho años y, lógicamente, esa arrogancia de las personas que aún no han pasado por la horrible crisis de los veintitantos en la que uno se da cuenta de que no sabe nada, ni quién es ni adónde va, y oficialmente deja de ser un adolescente-nome-digas-qué-tengo-que-hacer y se convierte en un joven-adulto-porfavor-que-alguien-me-diga-lo-que-tengo-que-hacer. Esa humildad ante el vasto mundo y la conciencia de la propia carencia de experiencia no se poseen a los dieciocho años. A esa edad, uno lo sabe todo, ya no es un niño, hurra, y tiene que dejarlo claro.

Así que aquí está Lia, en otra cita mediocre con un chico majo, pero que tiene cero oportunidades con ella, y piensa que por lo menos podrá contárselo a sus amigas y echarse unas risas. Tal vez esta vez sea ella la que gane el concurso de vida sentimental desastrosa que se disputan semanalmente. Reír para no llorar.

Deberíamos salir solo con tías, dice A.

Claro, responde Li con ironía. *Porque con tías nunca jamás hay dramas*.

Al menos no es tan aburrido.

Li mira al tío que tiene delante, que lleva como siete años hablándole de sus opiniones respecto al mundo y al universo, y tiene que darle la razón a su ilin.

Desvía los ojos hacia la pantalla de televisión que hay colgada en la pared del bar. Frunce el ceño sin poder evitarlo al leer el titular bajo la reportera. Se olvida del chico, Ernest o como se llame. Hace un gesto al camarero que está detrás de la barra.

—¡Perdona! ¿Puedes poner el volumen?

Ernest la contempla desolado.

—No, no. Disculpa —se apresura a decir Lia—. Mira.

Él se gira también hacia la pantalla. La reportera ha dejado paso a un vídeo que los tiene a ambos boquiabiertos y en silencio durante unos minutos.

—Es una película —dice él.

—Creo que no —murmura ella.

—Si fuera verdad, no saldría por la tele —insiste Ernest.

Tiene razón. ¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo lo han permitido? ¿Es una película?

A calla, calla, calla. Li intenta usar MIND, pero su ilin está bloqueando el acceso a la Red.

¿Qué pasa? ¿Es verdad esto? Joder. Joder.

Li, tranquila.

Joder, A.

A ti nunca te va a pasar, estoy contigo.

Déjame entrar a la Red.

Estoy averiguando cómo ha llegado el vídeo a la televisión. El realizador de los informativos, Francis Víctor Augusto, no es simbionte, pero estoy vinculada a Quel, la ilin de su asistente, para enterarme bien. Un chico no simbionte le llevó el vídeo; las dos hijas mayores de Francis fueron a las colonias.

Tanto A como Li imaginan el dolor de ese hombre al ver el vídeo. También su rabia.

¿Cómo se ha llegado a retransmitir esto? ¿Lo sabe Raquel?

Dice que Francis no les reveló su plan a ninguno de sus compañeros simbiontes. Pasó el vídeo al redactor de los informativos, pero con otro título. El redactor, que es quien envía los vídeos al sistema, pensaba que se trataba de una noticia distinta. Y también se lo envió al que lanza los VTR en el directo…

¿VTR?

Son piezas informativas con entidad propia que meten si hay alguna confusión en directo. Así que cuando se dieron cuenta del supuesto error, no pudieron enmendarlo: ese era el único vídeo que tenían. La solución estaba en manos de Francis, que podría haber pinchado la cámara de directo para que se dejase de ver. Él, evidentemente, no lo hizo. Y así ha llegado el vídeo a las pantallas de toda España.

Joder, A. ¿Y tú apoyas esto? ¿Te parece bien y normal que a los colonos…?

No. No. No lo había pensado… Me importaba que tú estuvieras bien.

Lia sabe que le cuesta decirlo, porque la sombra de la emoción de Francis, imaginada por la humana y amplificada por la ilin, sigue latente en su memoria.

—Nest dice que es una peli —asegura Ernest con una sonrisa confiada—. Relájate. Qué cara se te ha puesto.

Podemos irnos, si quieres, dice A. *No te preocupes por quedar mal.*

Tiene razón. Lia se pone de pie.

—Oye, me tengo que ir.

Él la mira con desconcierto.

—¿Qué? ¿Te vas?

Baja los ojos hasta su plato. Está pensando que ni siquiera ha acabado de merendar. Lia se niega a sentirse culpable.

—Sí. Es que me acabo de acordar de una cosa. Adiós, un placer.

Se aleja antes de que él diga nada más. No puede ir tras ella porque no han pagado la cuenta. Se tendrá que ocupar él de eso. A Lia le da igual: en este momento haber hecho un simpa es de las cosas que menos le importan.

Marina ha cancelado la excursión gracias a la lluvia y ha contactado vía MIND con Genoveva para avisar de que el colegio ha enviado a los niños a casa y que ella va a ir al centro con el resto del mundo. Hoy es uno de esos días en los que una tiene que parar su vida y dejar paso a la Historia, no hay más tutía. En el caso de Genoveva sí hay tu tía; concretamente, la tía abuela Angustias, que no puede ponerse en pie sin ayuda y necesita a alguien que le haga la cena y compañía. Por eso Marina va sola a la manifestación.

Cuéntamelo todo.

Claro.

Durante el trayecto en autobús hacia Sol, Ina busca en la Red e informa a Mar de las manifestaciones masivas que están teniendo lugar en numerosas ciudades del país.

Lo que me fascina es que estéis apoyándonos, comenta Mar. *Después de haber estado callándoos este secretito tanto tiempo, nos enteramos, protestamos y vosotros decís «Ah, vale, es verdad, está fatal»*.

Es más bien «Antes no afectaba a mi simbionte y no necesitaba posicionarme. Ahora sí».

Vaya moral de mierda si solo reaccionas cuando te afecta.

La moral es una cosa humana.

Ina lo dice de forma casi condescendiente, pero a Mar le da igual.

Sí. Ajá. Tienes razón. Muy humana.

El bus para en Colón porque es imposible entrar en el centro. Marina se apea de un salto, camina hasta Cibeles y flipa al ver la calle Alcalá llena de gente que sube hacia Sevilla. Camina junto a los demás. La marea de peatones le impide seguir por Alcalá y la obliga a desviarse por Canalejas. Es la primera vez que camina por la Carrera de San Jerónimo con cierto ritmo: normalmente las aceras estrechas están colapsadas y se va por ellas como siguiendo una marcha fúnebre, pero en este momento muchas personas van por la carretera y despejan el camino. Los

peatones han conquistado la ciudad y expulsado a los vehículos.

En Sol, la cosa es distinta. Hay más gente congregada en la plaza que en Nochevieja. Marina se deja llevar y, aprisionada entre una mujer de pelo rizado y un chaval espigado, es arrastrada hasta la estatua del Oso y el Madroño. El oso madrileño sostiene una pancarta en la que se lee: «NO».

A Marina le parece que el aire vibra, sobrecargado de energía. Siente la conexión con los demás simbiontes más fuerte que nunca; pero, además, está unida a los presentes de otra forma. A los humanos, al menos.

Llueve, pero a nadie le importa.

El reloj de la Puerta del Sol da las siete y tres furgones de la policía se abren paso a golpe de bocina y se detienen a un lado del kilómetro cero. Sale un puñado de antidisturbios. Un agente, con un altavoz, informa de que esa concentración está desautorizada.

Váyanse a su casa, recomienda el ilin del agente por la Red.

—¡El planeta entero nos está mirando! —responde una chica joven. Es simbionte, porque ha recibido el mensaje, pero elige no utilizar MIND—. ¡No nos vamos a ninguna parte!

Su declaración se recibe con una ovación vehemente y furiosa. La policía no hace nada, pero en los siguientes minutos consiguen traer más furgones y colocarlos en todas las calles por las que se accede a Sol. No sirve de nada: Alcalá, Montera y Preciados están tan llenas de gente como la plaza, y cada vez acude más; las Fuerzas de Seguridad les piden vínculos a través de la Red ilin a aquellos que quieren entrar y ellos acceden. Lo mismo da. Cuando el planeta está conquistado por alienígenas caníbales, que a uno le pongan una multa por concentración ilegal es lo de menos.

Se cierran los accesos a la estación de metro y de cercanías. Marina se sorprende a sí misma por no tener miedo al ver que no va a poder salir de la plaza si lo desea: irse no es una opción.

Todo esto no sirve de nada, dice Ina.

Sí sirve, piensa Mar, y se pregunta si es cierto eso de que el planeta entero está viéndolos hacer estruendo contra las vallas metálicas del edificio de Tío Pepe para atraer la atención sobre la mentira ilin.

Bueno, ya está bien, dice el portavoz de la Policía. Se reparten escopetas de pelotas de goma entre los antidisturbios, pero estos no mueven ni una pestaña. A través de la Red, los congregados pueden sentir sus dudas.

—Vosotros también sois humanos —repiten algunas personas.

Lo son: uno de ellos tira la escopeta al suelo. Se le vitorea. Los otros apartan las armas también.

Se está liando delante del edificio del MAE, informa Ina.

Está en Moncloa, así que Marina se conecta a MIND para verlo mejor. Es cierto: y ahí sí que están cargando los antidisturbios.

Pero ¿qué es lo que queréis?, pregunta el agente del furgón, al que han abandonado sus compañeros.

—Que se vayan —dice la joven que le respondió la primera vez.

—¿Nosotros? —El hombre habla igual que ella.

—No. Ellos.

Y todo el mundo sabe a lo que se refiere; un escalofrío de incertidumbre e incomodidad recorre a los simbiontes. Es una certeza molesta para los humanos: es verdad, se tienen que ir. Y un temor para los ilin, que se dan cuenta por fin de que el asunto es serio y es posible que pierdan el control sobre él.

Virginia no dejaría nunca que otra persona tocase sus cosas, así que es ella misma la que las mete en una bolsa grande con el mítico estampado de Louis Vuitton que estuvo de moda, ¿cuándo? ¿En 2018? Ni siquiera recuerda quién se la regaló. No necesita mucho, se lleva solo aquellas posesiones con valor sentimental. Lo demás podrá adquirirlo más adelante. Virginia no tiene mucho apego por los bienes materiales.

Oye la puerta de la entrada y se asoma para ver si es el chaval. Le ha acabado cogiendo cariño, pero ahora no tiene ganas de verlo. La idea casi le hace sonreír: no quiere saber nada de él porque está pensando en otro hombre.

No duda que quitarse a Enrique de encima fuese una necesidad. Está claro, no ha tenido margen de maniobra en ese asunto. Él se estaba descontrolando y era un peligro. Siempre lo ha sido, en realidad: Virginia puede entender a quienes ejercen la violencia por miedo o ambición, pero desconfía de la imprevisibilidad inquietante de alguien que lo hace por diversión. Sin embargo, hasta hace poco lo ha tolerado porque, al fin y al cabo, Enrique le era útil. Leal hasta la devoción, totalmente ciego, dispuesto a cruzar el infierno por ella si Virginia se lo pedía, se había ocupado de gestionar a un equipo de personas con las que ella prefiere no tener nada que ver, secuestrar y retener a una joven y mantenerla a ella, a Virgina, al margen de todo peligro.

Siempre ha sabido que, antes o después, tendría que prescindir de él. Aquello era insostenible a largo plazo. Sin embargo, con él fuera del cuadro, a ella no le apetece estar con el chiquillo. Le sabe mal, aunque no tenga sentido. El deseo no siempre es razonable.

No es el chico, por suerte. Es Ainhize. A Virginia le gusta Ainhize. Le gusta su sonrisa fácil, su pelo teñido, su elegancia. Ainhize es como Enrique, pero en mujer. Igual de lista, igual de encantadora, igual de letal, pero sin la adoración y el anhelo. A Virginia eso le parece un punto a su favor, aunque por otro lado también le impide fiarse de

ella como confiaba en Enrique.

—No has avisado de que venías —dice en tono informal, aunque hay un reproche escondido en la afirmación—. Quítate las botas si te has mojado con la lluvia.

Es tontería que le preocupe el estado del suelo de esa casa, pero una tiene sus manías y a Virgina le agrada la limpieza.

—Dejé un mensaje, pero está internet colapsado.

Virginia pestañea y revisa sus lentillas: no le ha llegado.

—He estado ocupada unas horas nada más —suspira—. ¿Hay alguna novedad?

—Sí. Ha salido el vídeo por la televisión.

—¿Cómo? —Virginia no deja lo que está haciendo, pero atiende.

—El chico que se le escapó a Enrique se metió en una de las cadenas. No sé si estaba compinchado con alguien, si lo coló o si la cadena decidió que el índice de audiencia le compensaba el riesgo. El caso es que se retransmitió.

Esto es grande. Virginia está contenta, porque justo ahora le viene bien que la noticia se sepa y todavía mejor si no tiene que darla ella. Echa un vistazo al reloj, controla la hora. Todo va sobre ruedas.

—¿Cómo ha reaccionado la gente?

—Mitad pánico, mitad cabreo.

—Bien. Los aliens no van a dejar que el chico se vaya de rositas.

—Lo he atrapado yo primero —Ainhize asume que a su jefa le preocupa que el chaval pueda tener información sobre ella—. Ese no volverá a hablar ni con la policía ni con nadie.

La cremallera de la bolsa de Louis Vuitton se cierra con un siseo.

—Dejad a los demás —indica Virginia—. No quiero más muertes humanas.

—¿Y si la chica, el detective y los otros saben quién eres?

—No va a ser un problema.

Nadie va a hacerles caso y, si sucediera, Malena y su equipo se encargarán de minimizar los daños e incluso sacar beneficio. Malena tiene nombre de tango, talento como abogada y experiencia en artes marciales por si hay que hacer callar a alguien sin una demanda de por medio. Virginia no tiene miedo a nada.

La maleta está hecha y el chico tiene que estar al llegar.

—Déjame sola —dice Virginia con voz suave y Ainhize se marcha con discreción.

Es una pena tener que deshacerse de él, porque es verdad que le ha acabado cayendo bien. Como una mascota, no como un ser humano, porque, por muy encantador que sea, sigue siendo un crío. Es su mayor defecto. Es bueno, tontorrón y joven, como un cachorro de golden retriever. Era necesario tenerlo cerca por si acaso Cax fallaba, pero no era imprescindible meterlo en su cama y aun así Virginia lo hizo. No puede evitar pensar que su método ha sido mucho más limpio que el de Enrique.

En cualquier caso, no lo necesita más. Y no va a volver a acostarse con él. Es perverso después de haber asesinado a su otro pretendiente. Esto no tiene una justificación racional, pero Virginia no tiene que darle explicaciones a nadie.

Ni siquiera al chico.

Baja las escaleras con la bolsa, no hasta la planta baja, sino hasta el garaje. La coloca en el asiento del copiloto y sube a su coche. Conduce ella porque le gusta la sensación de tener las manos sobre el volante. Abre la puerta con el mando y arranca. Sale por última vez de aquella casa.

Delia ya no existe.

Emma está hasta las narices de la peña y sus tonterías. Hace unos años estaba todo el mundo encantado con los ilin, qué guay, vida extraterrestre que no solo está dispuesta a pasarse por nuestro planeta e instalarse en él, sino que cree que somos tan interesantes y estupendos que quieren ser nuestros aliados y nos regalan su energía limpia, su tecnología y sus colonias, de las que nadie vuelve. Los ilin vinieron a decirle a la Tierra que la ambicionaban y a los humanos les faltó ronronear de gusto por la validación alienígena. Lo que faltaba. Veinte años después, se descubre el pastel y todo son lloros y lamentos. Cómo han podido hacernos esto, venir y explotar nuestro planeta para obtener lo que querían de él y un poco más. Venga ya. Si estaba claro desde el principio. A Emma solo le hizo falta leer en los periódicos lo de las Naciones Unidas dando la bienvenida a los extraterrestres para darse cuenta de que el asunto olía a chamusquina de aquí a Glebe. Tampoco había que ser un sabueso para pisparse. Así que sí, se alegra de que se haya destapado el asunto. Iba siendo hora.

Coge su bastón y sale a la calle dispuesta a defenderse con él de aquellos que no respeten su área de espacio personal. Tiene ochenta años y cero escrúpulos a la hora de atizarle a alguien un golpe bien merecido. No le gusta que la empujen ni que la agobien; a ver si se va a caer al suelo y verás qué risa. A su edad, se puede romper la cadera a poco que se descuide, no va a arriesgarse. Lo que menos le apetece es pasar una temporada en el hospital. Las cosas acaban de ponerse interesantes.

Pasa a su ritmo por la calle de Bailén en dirección a la Plaza de Oriente. Qué de coches, cómo se nota que hay calles cortadas. Esta lo estará dentro de poco, porque también hay mucha gente. Algunos viandantes pasan de todo, van por el medio de la carretera y hacen gestos obscenos a los coches que les pitan. Cómo están los ánimos, madre mía. Si por lo menos fueran chavales, Emma les consentiría la mala educación, porque es bien sabido que

los jóvenes son estúpidos, pero se trata de adultos hechos y derechos. Vergonzoso.

Casi tanto como la muchedumbre que se apelotona en la catedral de la Almudena. ¿Van a solucionar el mundo desde ahí? Emma se acerca a ver, porque tampoco tiene prisa en llegar a ningún sitio. Efectivamente, hay hombres y mujeres fuera de los muros del templo porque no caben más dentro. Algunos rezan en voz baja, otros lo hacen a viva voz y piden por los inocentes a los que el Gobierno y los ilin han asesinado. Emma suelta una carcajada despectiva y una señora de mediana edad la mira con desaprobación.

—¡Han metido niños en esas naves! —le reprocha, como si Emma tuviera algo que ver en eso—. ¡Niños!

Es de esas personas que se lamentan a voz en grito y piensan que los que se guardan sus emociones para sí mismos en la intimidad no tienen alma. A Emma le fastidian los lloricas, los histriónicos y los teatreros. Chasquea la lengua.

—Señora —dice en voz bien alta, pero sin alterarse—, si de verdad le importan esas vidas, menos rezar y más plantarse delante del Ministerio de Actividad Extraterrestre para decirles que esto no se lo dejamos pasar.

Hay un instante de pausa en el que varios presentes la miran perplejos. Como es vieja, estas personas esperaban que hubiese ido a la Almudena a recitar una y otra vez las palabras que le enseñaron de niña, santa María madre de Dios y tal, y no que los riñera por estar perdiendo el tiempo haciendo el paripé y rogándoles a Jesús y a todos los santos en vez de ir a pedir explicaciones a los responsables de aquello, los que pueden y deben tomar medidas para arreglar aquel caos. Emma no es de quedarse en la retaguardia pidiéndole a alguien que no es precisamente famoso por intervenir en conflictos que le saque las castañas del fuego. Y sí, ella es creyente, pero también tiene dos dedos de frente y sabe que el Señor espera que la gente tome la iniciativa y solucione los problemas en los que se ha metido. No baja de los cielos de pronto para decirles

«dejad, que ya me encargo yo». No.

Para sorpresa general, la mujer a la que se ha dirigido muda su expresión lastimera por otra más decidida y se pone en pie:

—¡Pues tiene usted razón!

Con las mismas, coge al hombre que está a su lado, que debe de ser su marido, y sale a la calle. Bien por ella. Hoy en día no hay tanta gente a la que le digan que está haciendo una tontería y sea capaz de valorarlo sobre la marcha y cambiar de rumbo. Hacen falta un sentido de autocrítica y una capacidad de reacción que no todo el mundo tiene. La mujer, que anda calle abajo, se ha ganado el respeto de Emma.

Ella también se replantea lo que está haciendo y decide que no es la mejor idea meterse en la catedral a decir que basta de rezos. Se aplica su propio cuento y vuelve a ponerse en marcha. Ha visto en las noticias que hay lío en la Puerta del Sol, así que se acercará a ver qué es. Al edificio del MAE no va a ir, porque le queda muy lejos y no está el día para tomar autobuses.

Ji no entiende por qué Ben no quiere saber nada de ella. Ni siquiera les ha hecho falta discutir, los dos saben lo que el otro piensa y hasta qué punto está dispuesto a ceder o a doblegarse. Está todo sobre la mesa, pero él no está siendo razonable.

Tampoco entiende que a él le importen tanto los no simbiontes anónimos que ni él ni ella conocen. Por supuesto, si estuvieran conectados a la Red sería abominable la idea de matarlos, pero no es el caso. Puede imaginar, haciendo un ejercicio de extrapolación, que los no simbiontes no *quieren* que se los coman, del mismo modo que se figura que tampoco lo quieren una vaca o un pollo. Eso no significa nada. Los ilin no simbiontes de Glebe tampoco quieren morir, tienen hambre y ellos sí que están conectados a la Red. Ji, pese a no haber comido nunca porque asimila los nutrientes que ha ingerido Ben, no tiene que esforzarse para ponerse en su lugar.

Sí es capaz de comprender, en cambio, el horror de Ben ante la idea de que a Vito, su hijo, a quien quiere y que no es simbionte, puedan hipotéticamente devorarlo los ilin de Glebe. Ji no puede establecer vínculos con Vito, pero lo conoce desde que nació. Lo quiere. Puede aceptar la idea de que un humano no simbionte desconocido se convierta en comida, pero le repugna que eso pueda pasarle a Vito; del mismo modo en el que a un humano le parece bien que se coman cerdos pero nunca se tomaría a su gato para cenar.

Piensa que también Cax es no simbionte y la chica le importa, más que a Ben, o eso dice él. Cax fue el primer ser humano que Ji vio nacer.

Hay algo que Ben no ha pensado: los ilin simbiontes nunca se reproducen. Solo los que permanecen en Glebe, en la nave cuna o en las cunas que se construyen en los planetas conquistados, ilin que no ven ni oyen salvo a través de la Red, solo ellos tienen descendencia. Cuando se cierra el compromiso entre un ilin y su simbionte, cuando se está dentro de su cabeza, se sacrifica esa posibilidad.

Carece de importancia: los ilin no tienen una relación especial con sus progenitores ni sus hermanos. Tal vez por eso, porque la idea de los hijos y la certeza de que ella nunca los tendrá llegaron a la vez al conocer a Cax, a Ji le importa esa chica. Y no le haría gracia que fuese a las colonias. Claro que no.

Piensa que Ben ha hecho bien al aceptar el trato que le garantiza la protección de los suyos a cambio de silencio. Esa es la razón por la que se opuso cuando él aceptó el mensaje de Lazlo, en el que pedía ayuda para retransmitir el vídeo por televisión, y decidió ponerlo en contacto con Francis, el amigo de Santiago, que no es simbionte y trabaja como realizador en los informativos.

Prometiste que no…

No lo estoy colgando yo.

Es lo mismo.

Me da igual. No lo puedo subir porque me estarán vigilando de cerca, pero de esto no se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde. Salvo que tú me delates.

Ji estaba consternada.

¿Mentiste? Pero cuando hablamos con Felipe Santos dijiste que no lo harías y estabas convencido… ¿cómo…? ¿Cómo…? No era capaz de procesar que Ben le hubiese mentido. Era imposible. Comparten pensamientos, no puede engañarla, a ella no.

La opinión de los humanos es así de volátil. Pensamos una cosa y al momento pensamos otra. Lo dijo con sorna.

Tú no eres así.

Tú no creías *que yo fuera así. Yo no creía que tú colaborases en mantener una matanza en secreto. Estamos llenos de sorpresas*.

Recibieron un mensaje de Ximena por MEEND. No podía ser cierto. Ji lo comentó, pero Ben no respondió. Ella percibió su satisfacción e interpretó que él sí la había creído.

Han permanecido en casa de sus suegros las siguientes horas. Juegan con los niños, ven las noticias, atienden a la conversación de los adultos. Ben canta mentalmente rimas

infantiles. A Ji le molesta, ¿por qué hace eso?

Pide disculpas y sube la escalera. Necesita estar solo un rato. Ji quiere saber qué pasa; Ben no va a ser capaz de pensar una y otra vez en letras de canciones durante demasiado tiempo. Antes de que uno de los dos gane el pulso mental, llega un mensaje a través de MIND.

Ben. Son los padres de Cax. Dicen que quieren a su hija de vuelta.

Eso acaba con su concentración.

¿Qué?

Ha vuelto a desaparecer. Creen que la tenemos nosotros. Les he dicho que no sabemos nada.

Diles que los ayudaré a buscarla.

Ben saca de la maleta de los niños la bolsa de plástico en la que han transportado los zapatos y se mete con ella en el baño.

No puedes hacer esto, dice Ji.

Podemos hacerlo de otra forma, si quieres propone él. *Sal ahora mismo*.

No funciona así. Somos simbiontes.

Ya no. Desde el momento en el que yo no quiero serlo, tú eres un parásito. Vete, Ji.

Ella quiere decirle que no sabe vivir sin él. Es verdad. Lo piensa, pero él la ignora.

Solo porque tengamos puntos de vista distintos en un tema concreto…, empieza a decir.

Tu punto de vista aprueba el asesinato, dice él. *El asesinato en masa*.

Mi punto de vista se basa en la forma de mi especie de ver el mundo, se defiende ella. Empieza a sentirse indignada. *Hay mil cosas vuestras que yo no entiendo y no por ello he dejado de respetarte…*

Y yo te respeto a ti como ser vivo. Por eso preferiría que pudiésemos hacer esto pacíficamente.

Me estás obligando a hacer algo que los ilin jamás hacemos. Es violento en cualquier caso.

No. Excusarte con que los ilin sois así es una forma fácil de quitarte la culpa de encima. Hay ilin que están colaborando

con los que protestan. Hay ilin que se han dado cuenta de la barbaridad de la que han sido cómplices.

No fui yo quien los mató. No he hecho nada.

Los engañasteis, subieron a esas naves creyendo vuestras mentiras. Tú lo sabías y te callaste.

No lo entiendo. ¿Preferirías que lo hubiesen sabido? ¿No era mejor para ellos morir sin haber pasado miedo?

Fuera. Ya.

Ji no lo hace. Es imposible. Ben no lo entiende, pero lo que le pide es *contra natura*. De modo que es él quien emprende una acción que desafía todo su instinto: se coloca la bolsa de plástico en la cabeza.

Estás loco.

De dos a cuatro minutos, dice él. *Es lo que tarda el oxígeno en agotarse. Perderemos el conocimiento y moriremos los dos*.

Estoy contactando con Alia. ¿Quieres que nuestras hijas se enteren de lo que estás haciendo?

No, pero no soy yo el que las está exponiendo a esto.

Les duele la cabeza y se les acelera el corazón. Respiran cada vez más deprisa, gastan más oxígeno. Ji analiza la sangre. No queda mucho tiempo. Ben se sienta en el suelo y apoya la espalda contra la pared.

Ji no quiere morir. No lo piensa siquiera: perfora el cráneo con su aguijón. Imagina el grito de Ben, pero no lo oye. Cierra el agujero tras su paso. Sale al exterior forzando la fosa nasal y cae contra el plástico. Un movimiento súbito, aire frío: Ben se ha desembarazado de la bolsa y la ha utilizado para atrapar a Ji.

Cree que la va a matar y le aterra no ser capaz de leer sus pensamientos. La transporta, no sabe a dónde. Intenta comunicarse con Alia:

¡Ayúdame! Tú vas a ser la siguiente, advierte.

Alia percibe su miedo y responde con serenidad:

No van a matarte. Te devolverán a la cuna y serás como todas las demás ilin no simbiontes, explica.

No se deja de ser simbionte, insiste Ji. *Esto no es algo que los humanos puedan decidir unilateralmente*.

La otra ilin está muy tranquila. No responde con palabras hasta un buen rato después:

Les impusimos la simbiosis bajo amenazas y esa no es base para una alianza, reflexiona Alia con calma. *Deberíamos evolucionar del parasitismo a la simbiosis auténtica*.

No podéis desvincularos de Glebe, dice Ji. *Somos lo que somos, no podemos convertirnos en otra cosa*.

Yo creo que sí, responde Alia. *Puede que escuchemos las voces de Glebe, pero podemos* elegir *no obedecerlas*.

Eres una ingenua. Y demasiado joven.

Nat me pide que te diga que su hermano no es una mascota. Adiós, Ji.

MIND y MEEND

Un vídeo viral en la Red ilin e internet a la vez

Adrián Navarro Guerrero
Madrid, 21 MAR 2020

La población humana de la Tierra sale a la calle. Empieza en Madrid y convoca movilizaciones en el resto de las ciudades no solo de España, sino del mundo entero. Lo logra: en las últimas horas, miles de personas se niegan a abandonar la vía pública y muestran así su rechazo a la «invasión ilin». Las imágenes colapsan ambas redes, tanto la conocida Red ilin, a la que accedemos mediante MIND, como la prohibida y limitada internet a la que algunos no simbiontes se han conectado mediante un implante que llaman MEEND.

Entre estas imágenes destaca un vídeo grabado en la catedral de la Almudena, en Madrid. En él, una anciana amonesta a las personas que se reúnen para rezar por los no simbiontes asesinados por los ilin.

«Si de verdad le importan esas vidas, menos rezar y más plantarse delante del Ministerio de Actividad Extraterrestre para decirles que esto no se lo dejamos pasar», dice la mayor de las dos en el vídeo. La otra señora le da la razón y abandona el lugar con energía. Cuando las dos se han ido, puede observarse que muchos otros siguen su ejemplo.

«Esto no se lo dejamos pasar» se ha convertido en una de las consignas más repetidas tanto en Madrid como en otras ciudades españolas y hasta se pueden encontrar a manifestantes con ese lema en las pancartas o trazado sobre la ropa.

ENTREVISTA

La lucha en el propio cuerpo

Claudia Pascual Ramos
Madrid, 24 MAR 2020

Nos encontramos en una cafetería en el centro de Madrid, porque la activista Neyva Ramos no va a alejarse del centro neurálgico de la revolución contra la simbiosis. Aunque ella la llama de otra manera: revolución contra la invasión ilin. Es joven, no llega a los treinta años, y viste con ropa cómoda, vaqueros y una camiseta con un dibujo. Me explica que pertenece a un juego de diseño. «Soy adicta —confiesa. Trae también su inseparable bastón — . No soy ciega, pero casi — explica — . El bastón me ayuda a mí y también ayuda a la gente a identificarme y tener un poco de cuidado. Caminar por Madrid es a veces como recorrer una pista de obstáculos». Sin embargo, esta mujer parece capaz de superar lo que se interponga en su camino. Incluyendo a su propia ilin.

CP: No eres simbionte, ¿verdad?

NR: No, ya no.

CP: Eres la primera persona capaz de expulsar a un ilin de su propio cuerpo.

NR: La primera documentada. Vi el vídeo en la Red. Alguien lo subió, un ilin, así que eso demuestra que algunos de ellos sí están de nuestra parte… Lo quitaron enseguida, pero mi ilin, Va, lo había visto y no pudo impedir que lo viese yo también. Que lo viese y lo sintiese, vaya, porque en la Red tienes los cinco los sentidos. Un recuerdo lleva a otro y el vídeo hizo pensar a Va en las memorias que había recibido de esos ilin monstruosos en Glebe. Pues lo que te decía: no solo lo vi, también noté el sabor y el tacto.

CP: Eso es horrible.

NR: Sí, lo es. Después de eso no puedes seguir viviendo con un ilin en la cabeza. Más que nada porque Va, la mía, se empeñó en intentar convencerme de que aquello estaba bien. Es increíble, pero sí. A ella le parecía lo más normal. Me decía que había demasiados humanos en la Tierra, vamos.

CP: ¿Cómo te deshiciste de ella?

NR: Le pedí que abandonase mi cuerpo, pero me contó esta historia de que es demasiado grande, que no puede… Eso es un mito, es mentira. Yo pienso que ellos mismos se lo creen, pero no es así. Pueden salir si les da la gana. Claro que entonces no lo sabía, así que pensé: «Bueno, pues dado que no puedo vivir con ella dentro, moriremos las dos». Y punto. Y dejé de comer y de beber… No aguantó ni veinticuatro horas, se ve que los ilin tienen muy poca tolerancia a la sed. Y además los que estaban conectados a nosotras a través de la Red lo sentían también.

CP: Huelga de hambre contra tu propia ilin.

NR: Sí, porque en el fondo pensaba que ella la palmaría primero, ¿sabes? Que yo podría quedarme muy débil, pero aguantaría. Sobreviviría yo.

CP: Y lo hiciste.

NR: No llegué a matarla de inanición. Sufría mucho y acabó saliendo tal y como entró. Por mi nariz, de lo más desagradable, la verdad, pero bueno. El caso es que volví a ser yo, yo sola. Lo había sido antes, a mí no me hicieron simbionte hasta que tuve trece o catorce años. No es algo nuevo para mí.

CP: ¿Te sientes sola, la echas en falta?

NR: No. Ha sido liberador.

CP: ¿Dónde está ahora Va?

NR: No existe; al menos, no para mí. La dejé ahí, en medio del parque en el que estábamos en ese momento, y me fui con las mismas. Se la habrá comido un pájaro o habrá acabado por morirse de hambre, ni lo sé ni me importa. *Va* no es nadie. Es solo la última

sílaba de mi nombre. Se acabó ser *Ney*. Me llamo Neyva.

CP: ¿Crees que otros podrían seguir tu ejemplo?

NR: Espero que lo hagan. La lucha está en la calle, pero también en el cuerpo de cada uno.

Javier tiene nombre de simbionte, pero no lo es, por supuesto que no. Cualquiera que haya leído algo suyo lo sabe. Tampoco es de los que se mueren por saltar al espacio. Aunque en este momento esté en la prelanzadera, no tiene el menor interés en viajar a las colonias. Está ahí para enterarse de por qué diablos llevan tantas horas paralizadas, de si es verdad que algunos ilin se han opuesto de pronto a que los humanos abandonen la Tierra. En el fondo, Javier no piensa que esto sea cierto. Cree que lo más probable es que se trate de un problema técnico, lo cual también sería inaudito para los ilin, cuya tecnología suele funcionar como un reloj suizo o mejor. Un reloj suizo de un relojero alienígena.

Eso es bueno. Saca una libreta y se lo apunta. Sí, con un bolígrafo. Javier no es simbionte ni muy digital. Suspira. Tantas horas esperando para una sola buena línea. La prelanzadera es un lugar aburrido; está atestado de familiares y amigos de las personas que siguen en las naves troposféricas ilin, preocupados por los colonos a los que se habían hecho a la idea de no volver a ver nunca. ¿Por qué no han despegado? ¿Por qué nadie da ninguna explicación? ¿Por qué los tienen encerrados en la nave durante tanto tiempo, qué comen, cómo están? Los no simbiontes están desesperados; los simbiontes, inquietos. Murmuran noticias que nadie está seguro de que sean ciertas. Javier espía sus conversaciones, pero no logra sacar nada en claro.

La megafonía de la prelanzadera avisa de que está lloviendo y les pide que se vayan a su casa. Como si hiciera falta que alguien anunciase eso, se ve perfectamente por las ventanas. «Hay un 30% de probabilidad de que esté lloviendo ahora mismo», piensa Javier, y la tontería le saca una sonrisa. Se pregunta cuántas de las personas presentes habrán visto *Chicas malas* y piensa en la actriz protagonista, Lindsay Lohan, que no es simbionte ni lo ha sido nunca. Es una de las suyas. En las revistas de cotilleos hay quienes han dicho que no le iría mal contar con el tutelaje de una

ilin responsable dentro de la cabeza. Que no habría ido a la cárcel en 2007 de haber sido simbionte.

A Javier le parece que a los simbiontes les joden los no simbiontes que no piensan irse a las colonias y punto. Sobran en su planeta y son una molestia. A él no le importa: le gusta incordiar a los simbiontes. Que les den.

Lleva oscureciendo desde algo después de las siete, la noche de marzo llega pronto. Un crujido, un grito y alguien ha encendido las pantallas de la prelanzadera, que muestran un vídeo horrible. Más gritos. La gente es incrédula, piensa que es un montaje. Se oyen voces comentando lo desagradable que es aquello, el pésimo sentido del humor de quien lo haya hecho. Pero la mayor parte de los que están ahí sabe a los pocos segundos que eso es real. No es un vídeo grabado con una cámara, sino con un ojo humano. Un ojo que pertenece a alguien que ha visto eso y que se ha callado, que no ha dicho nada, que está tan controlado por los aliens que ha traicionado a su planeta al completo.

Un trabajador simbionte de la prelanzadera apaga las pantallas y acto seguido las vuelve a encender. Javier lo mira con desconcierto, pero enseguida lo entiende: ha apagado el ilin, ha encendido el humano. Conflicto por el control del cerebro.

Un hombre grita:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Están intentando ocultarlo!

Debe de ser él quien ha puesto el vídeo. Javier intenta verlo por encima de las cabezas de la multitud, pero no alcanza a distinguir si lleva lentillas puestas o no. Tiene que tener un chip para acceder a MEEND y un modo de conectarse de forma inalámbrica a las pantallas. Quizá sea alguien que trabaje en la prelanzadera. Javier se pone de puntillas. Nada, es imposible: lo ha perdido de vista y no puede averiguar quién es.

La gente se está volviendo loca y grita y empuja. Golpean las ventanas de cristal, la puerta que los separa de la pista de despegue. Exigen que se libere a sus conocidos.

Javier piensa que si no han despegado aún es porque el

personal de la prelanzadera ha visto el vídeo y al menos algunos de sus integrantes tienen dudas. La presión de la masa de personas acaba por decidirlos y un directivo con un micrófono anuncia que van a abrir las puertas. Pide a la gente que se separe, nadie hace caso. Todo sucede en un caos histérico y peligroso. Javier se hace a un lado, evita a la gente, que se atropella.

Acaba arrinconado, pegado a la ventana, y desde allí observa a una mujer muy joven, con un niño en brazos y dos niñas de la mano a su lado, que ha bajado de la nave troposférica y desde la pista de aterrizaje contempla el edificio con horror. Espera a que el tumulto se disuelva, a que la gente se reúna con sus familiares y se aparte. Debe de ser que a ella no hay nadie esperándola, por eso no tiene prisa; prefiere mantener a los niños a salvo de los pisotones, aunque sea bajo la lluvia. Javier se pregunta si serán sus hijos.

Por fin, las personas empiezan a irse y la joven puede subir las escaleras hasta la sala de espera. Quedan algunos corrillos que conversan en voz baja, horrorizados, pero ella no les presta atención. Al otro lado de la sala, con la nariz pegada al cristal, igual que Javier hasta hace un momento, se encuentra una muchacha pelirroja con la cara desencajada. Corre sobre el suelo de losa brillante y, sin emitir un solo sonido, se abalanza sobre la joven y los niños. Las dos lloran y asustan a los pequeños: todavía no saben distinguir las lágrimas de alivio de las de tristeza.

Se abrazan y lloran, lloran y se abrazan.

—¿Lo sabes? —pregunta la pelirroja.

—Lo siento —dice la otra—. No tendría que haber hecho esto. Estaba segura hasta que me subí a la nave.

—Pero ¿sabes por qué la han parado? —insiste la primera. Está sollozando, pero su tono es de incredulidad.

—Conocí a mi madre y es… Yo no quiero ser como ella… Me pidió dinero, creo que está muy desesperada. —Su discurso no tiene sentido, pero intriga a Javier, que tiene que contenerse para no acercarse y preguntar si las puede entrevistar—. Irnos parecía tan fácil.

Ahí está su historia, delante de sus narices.

—El mundo está revolucionado —dice la pelirroja—; una invasión, caníbales, una mentira que ha durado veinte años. Vas a flipar cuando te lo cuente.

Y ahí, el titular.

Guille se deja aplastar contra la ventana del vagón por un señor con un maletín e intenta contactar vía MEEND con Juan, con Gala, con Marcos, con Álex. Incluso con Ari. No obtiene respuesta. Hace acopio de valor porque es consciente de que hace mucho tiempo que no se deja caer por la casa y teme una regañina, y envía un mensaje a Bim. Él no contesta.

Vuelve a llamar a Delia, por teléfono, y escucha de nuevo la grabación que lo informa de que ese número no existe. Delia no está en casa, no responde y ha desaparecido. Si no fuera porque quedaba ropa suya en el armario, Guille pensaría que todo ha sido un sueño.

Cuando él llegó, ella se había ido, y al cabo de unas horas vino un hombre para cerrar la casa.

—Yo vivo aquí —dijo Guille—. Con Delia.

—No sé quién es Delia —respondió él—. Lo siento, amigo, pero te tienes que marchar. Soy un *mandao*.

—Pero ¿adónde voy a ir?

El hombre le dedicó una mirada lánguida.

—¿A mí qué me cuentas?

Por eso Guille está en el metro y, dado que ninguno de los Hijos de la Tormenta responde a sus mensajes, llama a Delia una vez y otra y otra y otra. Toda la gente a la que quiere lo ha borrado de su vida el mismo día y Guille no comprende por qué. No, ni siquiera entiende a Juan y a los demás. Es verdad que él se marchó, pero ellos tendrían que estar siempre allí para él. Son su familia.

Se baja en el centro y se acerca al primer hotel que ve. Necesita darse una ducha y tener un lugar que le sirva de base para dejar de sentirse abandonado. En la recepción lo miran con escepticismo; él tiende su tarjeta de crédito con aplomo. La señorita de uniforme se la devuelve.

—La cuenta está cancelada.

—No puede ser.

—No la acepta la máquina. Lo siento, señor.

Guille sale a la calle. No tiene a nadie. No tiene adónde

ir. No tiene dinero.

Intenta volver a entrar en el metro, pero está colapsado. A medio mundo le ha dado por salir a la calle hoy, quién sabe para qué. Guille se abre paso por la acera como puede y se resigna a caminar por las calles inundadas tanto por la lluvia como por los peatones. Son casi dos horas a pie hasta la estación y, desde allí, unos veinte minutos para alcanzar la casa de los Hijos de la Tormenta.

Cuando llega, se acerca deprisa a la puerta de la entrada, que está abierta. Eso es extraño. El salón está vacío, los muebles tirados, no hay nadie en la cocina. Esto no puede estar pasándole, es una pesadilla. Guille sube los escalones de dos en dos y abre las puertas de los dormitorios a patadas.

Todo el mundo se ha marchado.

Guille ha visto muchas películas en las que el héroe da por sentado que nunca perderá a las personas a las que aprecia y las descuida hasta que ellas lo abandonan. Suena música, el protagonista se da cuenta de lo que ha hecho y hace un gran sacrificio que demuestra que ha aprendido la lección. Al final, todos lo quieren otra vez. La realidad no es así. La realidad es un chico de dieciocho años que hasta hace un momento se sentía adulto, convertido en un niño huérfano que no sabe adónde ir y se apoya en la pared junto a la puerta de su antiguo dormitorio con una mano en el pecho porque no tenía ni idea de que la culpa podía doler tanto.

Se deja resbalar hasta el suelo y respira con los ojos cerrados. Llora, pero de amargura. Nada de autocompasión. Ha sido un necio, se merece esto.

Piensa que mientras estuvo con Delia podía haberle pasado dinero a Bim. Se pregunta si a los pequeños les ha faltado algo mientras él vivía como un príncipe: le da náuseas su propio egocentrismo. Intenta serenarse, pero no puede. Su mundo se ha derrumbado mientras él ha estado demasiado ocupado paseando en descapotable como para darse cuenta. Imbécil imbécil imbécilimbécilimbécil.

¿Y por qué lo ha abandonado Delia sin dejar siquiera

un mensaje, sin tener un motivo?

—¿Hola?

Una voz desde abajo. Alguien sube la escalera con cautela. Guille se pone de pie.

—Hola —saluda.

Sabe quién es, claro. El rostro familiar de Juan se asoma por el descansillo. Suspira aliviado. Quiere decir «Ah, eres tú, Guille; pensé que eras alguien desconocido». Y Guille se siente tan bien, tan bien, porque Juan está ahí y lo reconoce. Es absurdo, pero es así. Así que baja la escalera despacio, sorbiéndose los mocos, y Juan tarda un instante en reaccionar, pero luego sube deprisa y los dos se abrazan como si hubiesen sobrevivido a una catástrofe.

—Gilipollas —dice Juan—. Has pegado un susto de muerte a Marcos y a los mellizos. Están escondidos en el jardín y pensaron que eras un… yo qué sé qué pensaron.

—Creí que os habíais ido todos —dice Guille. Odia su voz entrecortada, pero a la mierda, da igual.

—Pues mira. Casi todos. Me acaba de llegar un mensaje de Bim; al parecer MEEND está colapsado.

—Creí que me habíais dejado solo porque pasé de vosotros… que sé que es culpa mía…

—Tío —lo corta Juan—. No es nada de eso. No tiene nada que ver contigo. Venga, métete en tu cuarto y cámbiate de ropa, que estás empapado y así no sirves de nada. Coge un chubasquero.

A Guille nunca le ha dado tanta alegría sentir que hace falta, aunque aún no sepa para qué. Obedece y Juan lo sigue. Quiere estar cerca de él, pero no va a volver a abrazarlo si Guille está quitándose la ropa mojada, así que en vez de eso se queda en el umbral de la puerta, incómodo. Guille agradece que no se vaya.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—A buscar a Ari. Bim está peinando la zona de la biblio. Nosotros vamos a su instituto.

Guille coge un chubasquero heredado de otro Hijo de la Tormenta, se lo pone como puede y baja trotando la escalera junto a Juan.

—Oye —llama. No sabe cómo decirlo, así que lo suelta tal cual—: He sido un mierdas, ¿no? Lo siento.

—Sí —responde Juan. Está serio, pero un asomo de sonrisa dulcifica su expresión enseguida—, pero te queremos igual. Va, vamos a decirle a Marcos que no eres el hombre del saco para que respire tranquilo, y nos piramos.

REBELIÓN CONTRA LOS ALIENÍGENAS

Los madrileños cargan contra el Ministerio de Actividad Extraterrestre

---

Cristina Beraza
Madrid, 21 MAR 2020

20:01 Los manifestantes instan a los agentes del Cuerpo Nacional de la Policía para que se unan a la protesta. La Policía Nacional retira los furgones de la calle Alcalá y la calle Mayor, los últimos que quedaban del despliegue. Mantiene, sin embargo, la vigilancia delante de la sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid.

21:24 Madrid entero parece estar fuera de casa. No solo la Puerta del Sol está llena, sino también numerosas calles y plazas del centro de la ciudad. Lo mismo ocurre en Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla y otras ciudades españolas.

22:17 Las concentraciones de gente se movilizan hacia los edificios del Ministerio de Actividad Extraterreste en Madrid, así como las oficinas y sedes equivalentes en el resto de las ciudades, los Centros de Relaciones Exoplanetarias y los departamentos de Colonias.

22:54 La Policía declara que la falta de autorización de una manifestación no es motivo suficiente para su disolución según la legislación española. Tampoco parece serlo el hecho de que los manifestantes carguen contra los edificios oficiales del MAE y otras oficinas del mismo ámbito; salvo tres casos aislados, ningún agente intenta evitarlo. Uno de los que se niegan a cargar contra los manifestantes, que no desea que su nombre se publique, admite que a él también le gustaría que los que conocían el sangriento secreto de las colonias dimitan, incluso si eso incluyese al Gobierno actual al completo.

MANIPULACIÓN ILIN

La felicidad que sientes no es real

Helena Ortega Castillo
Madrid, 24 MAR 2020

Tu ilin intenta controlarte, pero si eres consciente de ello, puedes aprender a ignorar sus señales.

Si mientras lees este artículo notas una sensación de bienestar, casi de embriaguez, no te dejes engañar. Tu ilin está disparando procesos bioquímicos en tu cerebro y potenciando la liberación de las llamadas *hormonas de la felicidad*, entre las cuales se encuentran la endorfina, la dopamina y la serotonina.

La dopamina te hace estar alerta, concentrado y tranquilo. Después, cuando el nivel de dopamina desciende, el de serotonina aumenta. Esta hormona, entre otras cosas, disminuye el dolor y te llena de una satisfacción interior. Cuando se alcanza la combinación perfecta de dopamina, endorfinas, presión sanguínea y respiración (todo ello procesos que tu ilin puede controlar), alcanzas una felicidad inexplicable con un efecto extático.

Cuando lo sientas, ten en cuenta que no es real. Combátelo con el conocimiento de que tu ilin te está manipulando y no le permitas hacerlo. Piensan que podrán hacernos pasar por el aro tan fácilmente. Demostrémosles que se equivocan.

POLÍTICA

Cae el Gobierno de Márquez

Salma Díaz Gallego
Madrid, 25 MAR 2020

No se puede pedir a los ciudadanos que mantengan su confianza en quienes han permitido una abominación tal como los asesinatos en masa bajo la tapadera de las colonias. Se acabó el Gobierno encabezado por Carolina Márquez, que, enfrentándose a una inminente destitución debida a la presión de millones de españoles y una votación del Congreso de los Diputados (en la que solo siete votaron a favor de mantener el Gobierno de Márquez hasta las elecciones), prefirió dejar el cargo voluntariamente y ha anunciado su dimisión formal.

En su último discurso, Márquez acusó a sus partidos rivales de actuar de forma oportunista y al pueblo español de albergar «deseos de venganza».

Un Gobierno temporal sustituirá al de Márquez hasta las elecciones anticipadas, que se celebrarán «lo antes posible».

Revista *YES!* Núm. 426, ENE 2020

5 herramientas para recuperar el control

Creímos que eran amigos y confiamos en ellos, pero nos han traicionado. Aprende las mejores formas de defenderte de un enemigo que ataca desde dentro.

1. Si tú sufres, él también
¿Quieres castigar a tu ilin? Los seres humanos son mucho más resistentes que esos pequeños bichitos. Seguro que puedes aguantar unas horas e incluso unos días sin comer o beber pero, si lo haces, tu ilin lo pasará muy mal. Puedes conseguir que haga lo que quieras de esta forma, incluso salir de dentro de tu cabeza y dejarte en paz.

2. No puede hacerte daño
Al abandonar el cráneo, podrían ocasionar graves perjuicios si, por ejemplo, salieran por los ojos o se *olvidaran* de taponar el agujerito que hacen para salir. Sin embargo, ¡no temas! Tu ilin nunca te hará daño o intentará matarte, porque esto va en contra de su filosofía. Solo son capaces de herir a aquellos que no estén en la Red, es decir, a los no simbiontes. E incluso aunque tú dejes de serlo según te abandone, en su mente tú eres su simbionte y eso le impide herirte.

3. Puedes aislarlos
Hay personas que aseguran que son capaces de acallar la voz de su ilin mediante la meditación. Dejan la mente en blanco e impiden que el ilin les hable e intente comerles el tarro. Y aún más importante: no dejan que acceda a sus pensamientos y a sus recuerdos, por lo que tampoco puede compartirlos con otros ilin

por la Red.

4. Tu cuerpo lo controlas tú
Tu ilin puede tratar de usurpar tu poder sobre los movimientos conscientes en tu cuerpo, pero la realidad es que tú tienes mucha más capacidad que él para sobreponerte. Ese pulso, te diga lo que te diga, lo ganas tú. Es cierto que ellos son capaces de controlar los procesos involuntarios, como los latidos del corazón o la liberación de hormonas, ¡cuidado con eso! Por otro lado, insisto: no puede hacerte daño.

5. Son vulnerables a algunas enfermedades
Algunos no simbiontes poseen anticuerpos de enfermedades que pasaron de niños y que son inofensivas para los humanos, pero letales para los ilin. Esto significa que si contrajeses una de ellas, tu ilin moriría sin que tú salieras perjudicado en modo alguno.

¿Cómo ha reaccionado tu ilin a este giro de los acontecimientos? ¿Es de los que han tomado partido por su humano simbionte o de los que defienden que convertir a nuestros congéneres en mercancía para alimentar a su planeta de origen es lícito? ¿Vas a utilizar alguna de estas herramientas para recuperar el control sobre tu propia mente?

Una cosa está clara: la relación entre nuestras especies no va a ser tan pacífica como nos la vendieron hace veinte años.

Juan recibe el mensaje de Bim por MEEND y agarra a Guille por la camiseta para llamar su atención y leérselo: «Me ha escrito. Está en Tirso. Voy para allá. Si estáis más cerca, adelantaos. Hay mucha gente». Guille asiente y hace el gesto anacrónico de señalarse la muñeca.

—¡Cinco!—grita Juan.

El otro asiente. Él también estima que tardarán eso.

En cada estación más pasajeros intentan subirse al metro y los dos chicos tienen que luchar por mantenerse cerca de la puerta. Dos paradas. Una parada. Tirso de Molina. Empujan a la gente para bajar. Guille se agarra al brazo de Juan y no lo vuelve a soltar.

Corren por el andén, pegados al tren porque la franja amarilla de seguridad es el único sitio libre. Suben las escaleras. Juan nunca había estado atrapado por una multitud y entiende de pronto lo vulnerable que es: los simbiontes se sienten mutuamente, pueden evitarse sin siquiera pensarlo. Ellos, en cambio, no están conectados a la Red y son invisibles. Juan intenta no pensar en los titulares que le vienen a la cabeza: conciertos y fiestas en los que ha habido un accidente y las personas congregadas han escapado como han podido, colapsando las salidas y arrollando a quienes caen al suelo. Las víctimas mortales nunca han sido simbiontes, que él recuerde.

Logran salir al exterior, pese a la marea humana que baja las escaleras e intenta arrastrarlos. Guille se encarama al murete que rodea la boca de metro y tira de Juan para auparlo también. Abrazados ahí arriba para ganar estabilidad, contemplan abrumados la cantidad de gente que se mueve en lentas corrientes por la plaza. Esta jamás ha estado tan llena, tan sucia ni tan apestosa.

—Joder, ¿qué es lo que pasa? —pregunta Guille.

No es el momento, pero Juan no puede contenerse. Le pasa el vídeo que le envió Marcos.

—Están protestando contra la invasión alienígena, tío —dice—. Toda esta gente está ahora en contra de los ilin.

—Pero si son simbiontes —exclama Guille. Después calla. Está viendo el vídeo en sus lentillas.

—No potes —avisa Juan.

Pasea la mirada por los centenares de cabezas intentando distinguir a Ari. A la vez, piensa en lo que ha dicho Guille, que no es ninguna tontería: esta peña es simbionte. Juan nunca había pensado que los simbiontes fueran a salir en contra de los ilin que llevan en la cabeza para protestar en favor de los no simbiontes. Está tan acostumbrado a ser el último mono en la sociedad que le emociona ver a esas personas defendiendo el derecho de gente como él a no morir devorado por extraterrestres. Sí. Así de bajo está el baremo para valorar la solidaridad de los simbiontes con los que no lo son, según la experiencia de Juan.

Tiene una revelación. No lo veía venir y está claro que los ilin tampoco: los seres humanos siempre se rebelan contra la crueldad.

Los seres humanos siempre se rebelan contra la crueldad.

Sí, Juan ha estudiado Historia y sabe que ha habido otros ejemplos. También sabe que en ellos solo una parte de la población ha salido a las calles para clamar que no está bien matar, explotar, humillar o torturar al prójimo. A veces, una minoría. En ocasiones, las masas no se han movido porque no les afectaba. Pero ya que está de revelaciones, tiene otra: no ha sido por egoísmo, sino por falta de empatía. La mayor parte de las personas, exceptuando a los psicópatas y los despiadados crónicos, sí se posicionan contra la crueldad *cuando la reconocen*. Cuando *entienden* el sufrimiento ajeno.

Antes hacía falta que les ocurriese a ellos mismos o a alguien con quien se identificasen. Ahora, gracias a la Red ilin, no. Irónicamente, son los propios aliens los que han impuesto la empatía general e incuestionable y en 2020, en Madrid, delante de los ojos de Juan, se la están comiendo con patatas porque el dolor de cada individuo que ha perdido a alguien en el engaño de las colonias *lo siente toda*

la humanidad simbionte.

Juan no sabe si reír, ¡toma esa! ¿Querías humanos? Llévate siete mil quinientos millones de ellos, en tus calles y plazas, protestando, parando países y ciudades, exigiendo explicaciones, venganza y que te pires de nuestro planeta. Lo hace, se ríe; es raro, porque también está llorando.

Guille está en MEEND y flipando, y dice:

—Esto no está pasando solo aquí. Está en todo el mundo, Juan.

—Chico —llama un hombre que está apoyado en el muro con una pancarta—. ¿Estás conectado a internet? En la Red ilin no tenemos acceso a las noticias. ¿Qué es lo que pasa en el resto del mundo?

—Esto. —Guille señala la plaza—. Gente manifestándose y mandando a los ilin a la mierda.

El señor asiente.

—Mi ilin está conmigo —dice—. Y lo va a comunicar mediante la Red.

—¿Su ilin…? —Juan no es capaz de entender eso.

—No todos están contra nosotros —dice el hombre—. Yo pondría la mano en el fuego por el mío. Está colaborando.

La Red es muy efectiva: la gente empieza a vitorear y a gritar que se trata de una revolución mundial en distintos puntos de la plaza. Guille los mira fascinado. Es cierto que hay ilin colaborando, entonces: sin ellos, los humanos no podrían utilizar MIND.

Juan no hace caso. Ha visto a Ari subido a uno de los árboles, con expresión de pánico. Tira de Guille y lo señala. Los dos bajan del murete y atraviesan la multitud chillando para hacerse ver. No sirve de mucho; los gritos y los cánticos de los manifestantes se comen sus voces.

Logran llegar hasta el árbol, Ari los oye llamarlo y tiende los brazos hacia ellos. Juan lo recoge y el niño, aunque es grande ya, se abraza a él como un koala.

—¿Cómo has llegado aquí, loco? —pregunta Juan.

—Salvé un pájaro —explica Ari, aunque cuesta oírlo—. Me alejé buscando el nido; cuando quise volver a casa,

había un montón de gente. Me fueron trayendo…

—Estamos como a mil años luz de casa —dice Guille.

Juan deja a Ari en el suelo. Está derrotado de tanto andar y da mucha pena, pero pesa demasiado como para llevarlo en brazos. Lo coge de la mano y hace una seña a Guille para que haga lo mismo con la otra.

—No podemos separarnos, ¿vale?

Caminan por la plaza, pero la gente tira de ellos sin verlos. Juan coloca la otra mano en la espalda de Guille y Ari queda entre los dos. Es imposible bajar al metro, hay una cola larguísima y confusa.

—Vamos a tirar hacia el Mercado de la Cebada —dice Guille—. Igual no hay tanta peña.

—Tendremos que hacer ochenta mil transbordos —grita Juan.

—Desde aquí también —rebate Guille.

Tiene razón. Juan deja que sea él el que los guíe despacio hacia La Latina, pero antes de que logren llegar a la esquina ven un autobús abriéndose paso entre la gente a base de tocar la bocina para que se aparten de su camino. Guille cambia el rumbo hacia la parada. Que los lleve a donde sea, pero lejos. Lo malo es que muchos otros han pensado lo mismo y pelean por llegar primero.

A Juan se lo traga la masa. Tira de la mano de Ari hasta que siente que le hace daño y lo suelta. El niño grita. Guille se vuelve atrás: está casi en la puerta del autobús.

—¡Vete! ¡Vete! —vocifera Juan—. ¡Subid al autobús! —Guille duda—. ¡Guille, joder, llévate a Ari de aquí!

Eso termina de decidirlo. El chico se da la vuelta y sube al vehículo con el niño todavía bien sujeto. El autobús se está llenando y muchos de los que quieren subir se quedarán en tierra, por lo que la gente empuja con más violencia. Juan pierde el equilibrio. Grita, pero no se le oye.

Está entre un montón de piernas y es muy difícil ponerse en pie. Lo empujan, lo golpean y lo pisan. Se revuelve, pero un rodillazo en la cara le desconcierta. Su mano cruje bajo una suela. Aúlla de dolor, pero también ese sonido es mudo para los simbiontes que lo rodean.

Todo el mundo corre. No es por el autobús. Es otra cosa. Juan no sabe cuál es el peligro del que huyen, no le importa. Un peligro más inmediato lo amenaza a él y no puede escapar.

Intenta encender MEEND, pero no lo consigue: hay sangre en sus lentillas y el mundo se vuelve borroso a su alrededor hasta desaparecer.

Bim llega a tiempo para ver a Guille poner a salvo a Ari y a la multitud imparable arrollar a Juan. El ilin no grita, porque la máquina obedece órdenes conscientes, pero la angustia está ahí, hace eco en su mente y en la de los ilin que lo rodean. Los simbiontes se apartan. Lo dejan pasar y lo miran extrañados. Un ilin *de esos*, con su robot, acercándose a un chaval que está en el suelo. Bim es ajeno a los lamentos, a las miradas horrorizadas al ver el cuerpo ensangrentado del chico.

Su cráneo sigue entero, pero está desmayado y no responde. Bim lo llama y por una vez se alegra de que su voz sea inexpresiva. Le permite guardarse la congoja y el miedo para sí mismo. Le examina la columna con preocupación. Tiene que sacarlo de ahí, tiene que sacarlo de ahí. Contacta con el servicio de emergencias por la Red y pide una ambulancia. Otros ilin anuncian que hay una en camino: el dolor de Bim ha dado la voz de alarma.

La ambulancia no puede llegar hasta Tirso, hay demasiada gente taponando las carreteras. Ha conseguido abrirse paso hasta la Plaza de Jacinto Benavente, pero no puede bajar. Los ilin de la manifestación, ilin que han decidido tomar partido por los humanos, por contradictorio que eso sea, simpatizan con él, pero no pueden ayudarlo; es imposible que creen vínculos con Juan, que no es simbionte, y deben velar por sus propios humanos. De todos modos, no pueden mover al chico. No deben.

Bim lo llama, lo llama, pero Juan no está con él, Juan apenas respira, Juan se muere.

Una ambulancia es inútil para un muerto.

Su mejilla está aplastada contra la acera y le deforma la cara. No hay rastro de su expresión curiosa y plácida, de su mirada amable, de sus gestos suaves. Juan es joven, bueno, entregado. Ninguna de las personas de Tirso, de Madrid, del mundo es consciente de lo que está a punto de perderse. Solo Bim lo sabe y no puede permitir que suceda.

Hace algo que se prometió a sí mismo no hacer: activa

su cuerpo mecánico para que le permita salir. Deja de controlarlo, se convierte en un ser pequeño, indefenso, sin ojos. Se desliza por el metal, siente su temperatura y su superficie lisa. Los adoquines rugosos, calientes, sucios. La camiseta de Juan, su piel, su rostro.

Bim nunca ha hecho esto, pero su instinto lo guía. Le horroriza darse cuenta de que hay algo en él que celebra este momento: por fin, por fin, por fin está cumpliendo con el objetivo que han grabado en él años de evolución y la Historia de su especie entera.

Lo odia.

Encuentra la nariz y entra por uno de los orificios. Le cuesta, es demasiado mayor para esto, demasiado grande. Aún puede, sin embargo. Le hace daño a Juan, pero él no lo puede notar. Localiza la lámina cribosa, la parte fina del cráneo que comunica con la cavidad craneal. Destapa involuntariamente el aguijón. Tiene que usarlo. Agujerea el hueso y lo bloquea con su propio cuerpo. Lo atraviesa. A su espalda, secreta una sustancia densa y viscosa que se solidifica de inmediato: un tapón para que no se salga el líquido que protege el cerebro.

Está dentro.

Tarda unos segundos en conectar con Juan. Lo atrapa como una tela de araña. Siente los impulsos eléctricos, la poca cantidad de sangre en el cerebro que ha provocado el desmayo, sus alucinaciones. Todo de golpe. Es Bim y es Juan. No está preparado para esto, pero tiene que asumirlo porque la vida del chico depende de ello.

Obliga al cuerpo a levantarse. Juan no puede gobernarlo, pero él sí. El dolor es inmenso. Bim se siente morir; se niega a hacerlo, no lo hace. Un paso, otro paso, otro paso. Los simbiontes lo perciben y se apartan de su camino; algunos intentan ayudarlo a caminar, le proporcionan apoyos. El equipo de la ambulancia es simbionte también: establecen un vínculo con Bim, le comunican que están bajando la calle hacia ellos con una camilla y aprovechan para hacer un reconocimiento de los síntomas y dolores de Juan a través de él.

¿Va a vivir? Es lo único que Bim quiere saber.

Sí.

Alcanzan la camilla, tienden el cuerpo de Juan, lo empujan calle arriba. Hablan, pero Bim no escucha. Comparte sangre con Juan, comparte impulsos, comparte oxígeno. Ve a través de sus ojos, pero eso no es nuevo. Lo nuevo es el olor a sangre, el olor a la ciudad de Madrid, el olor a sudor, el olor a orina, el olor. Palomitas de maíz, mantequilla, el cine; churros, café, han llegado a la ambulancia, Bim quiere llorar y llora, y es la primera vez que lo hace en toda su vida. Es un reflejo humano, no ilin. Ser simbionte es dejar de ser un poco él para dejarse convertir en el otro. Juan se despierta despacio.

Su conciencia irrumpe en la de Bim: sus pensamientos confusos, dónde estoy, qué ha pasado, me duele me duele me duele me duele y Guille y sus recuerdos, Guille ha vuelto, Guille, Guille, Ari está bien, Marcos, el vídeo, la casa de los Hijos de la Tormenta, dónde están Gala y Álex y los pequeños, pero Guille ha vuelto y eso es bueno, amor amor, la responsabilidad de ser el mayor de tantos hermanos y el miedo a no ser suficiente. Una avalancha de ideas. Bim solo puede responder que eres suficiente, siempre lo has sido, y sus emociones avalan sus palabras.

Bim, qué es esto, qué haces aquí, quién eres tú y quién soy yo, pero para Bim es igual de raro y eso les hace gracia, a Bim le parece que nunca se habían reído juntos, no de esta manera, te he salvado la vida, eso es lo que pasa, gracias, gracias, no, por supuesto, te quiero, *te quiero*, estoy tan orgulloso de ti.

No había contado con que también Juan puede desplegar ahora sus recuerdos y ver su trabajo para los ilin que se oponen a la simbiosis, sus campañas contra sus propias autoridades, su oposición al abuso de otras especies, la frustración por no haber podido ayudar a Lazlo. Gala y Álex están bien, me han escrito. ¿Todavía nos podemos conectar a MEEND?

Juan no es simbionte porque hay humanos que no pueden serlo. Bim se está ahogando, ¿cómo va a ahogarse si

Juan está respirando por él? Pero se ahoga y Juan piensa, sálvate, sal… Bim no puede, no tiene fuerzas y se acuerda de ella y de que le pidió que fuese simbionte con ella y él se negó, y por un momento desea haber dicho que sí y haber muerto con ella, aunque eso no es lo que ella pretendía. Nunca entendieron cómo funcionaba esto y de pronto lo hace. Si el ilin muere, el humano sigue viviendo, aunque al revés no pase lo mismo.

No: Bim va a morir y no pasa nada, porque era lo que había que hacer. Piensa en los Hijos de la Tormenta, en sus niños, en lo más importante que ha hecho en su vida.

Eres el mayor, Juan.

Es la primera vez que hablan de esta forma, no intercambiando pensamientos inconexos, sino un mensaje con palabras, pensado. Es como hablar sin hablar.

Lo haré.

Bim está dejando de existir, pero logra contagiar una sensación de felicidad serena y calmada. No tiene que esforzarse, es lo que siente.

Siempre se te ha dado bien cuidar a los demás.

Juan está llorando, aunque su cuerpo no se mueva y sus ojos estén secos.

A ti también.

Bim no tiene tiempo de decir mucho más. Escoge con cuidado su última palabra:

Gracias.

Cax se lava las manos con agua porque el dispensador de jabón está vacío. Nunca se había imaginado que podría meterle los dedos en los ojos a alguien o sostener una pistola, pero lo ha hecho. Ojalá no lo hubiese hecho. Ojalá Enrique no hubiese tenido cara, ojalá no hubiese reptado poco a poco hacia ella durante los meses que la tuvo secuestrada para ganarse su confianza. Cax lo teme y lo odia, pero a la vez piensa que él nunca le hizo daño. Que estaba segura de que podría haberlo hecho más a menudo.

No, lo odia, pero no lo teme. Ya no. Enrique no existe. Murió gritando su nombre, llamándola, pidiéndole ayuda. Cax intenta hacer las paces con esa idea, aunque le cuesta. Le da miedo la violencia, incluso cuando se ejerce contra alguien como Enrique, y como consecuencia desconfía de Ximena. Viéndolo en retrospectiva, Cax habría preferido que la policía se hubiera encargado de aquello. Por otro lado, no sabe si habría podido vivir tranquila con Enrique encerrado en algún sitio y sabiendo que antes o después lo volverían a dejar libre. Pero ella está en contra de la pena de muerte y cree en la reinserción. Tiene ideales y principios. Solo que Enrique era un asesino y la gente le daba igual y volvería a matar siempre que le conviniese. Eso lo sabe también.

Cax es consciente de que los seres humanos son complejos y de que es posible tener convicciones contradictorias, pero nunca lo había experimentado hasta ahora.

Se seca las manos en los vaqueros y regresa a la mesa de la cafetería en la que Ximena está tomándose un café. Ella ha pedido un té porque no tienen leche de soja. Su excursión al baño debe de haberle dado suficiente tiempo para hacerse, así que coge la pequeña tetera blanca que le han puesto y se sirve un poco en la taza.

Las dos beben en silencio, pero eso no va a durar mucho.

—Lo mataste —dice Cax.

—Sí —responde ella, aunque no era una pregunta.

—¿Es la primera vez?

La pregunta es: ¿Eres una asesina?

—No. —Ximena se despereza y aprovecha para mirar alrededor, pero están solas y la televisión está alta—. He matado una vez antes. Solo una. —Cax la mira con fijeza y ella transige—. A mi ilin. Yo tenía quince años y mis padres son unos fanáticos. Me lo pusieron aunque yo no quería. Ellos podían decidir sobre mí. —Se encoge de hombros—. Lo de que cada uno pueda elegir lo que quiera para su hijo está muy bien hasta que te tocan unos padres extremistas que no te escuchan.

—¿Se llamaba Ena?

—Sí, claro. Y se suponía que yo tenía que pasar a llamarme Xim. Pues no. Yo soy Ximena, con todas sus letras. Viví con ella dentro un tiempo y, en cuanto fui mayor de edad, dejé de comer. Y ella se salió.

—¿Se salió? ¿No se supone que después de un tiempo crecen demasiado y no pueden hacerlo?

—Puede que sea verdad. Pero, en ese caso, es mentira que sea rápido. Te digo que la mía salió. Y entonces la aplasté.

—¿Cómo era?

—Parecida a un moscardón, pero sin alas.

—¿Peluda?

—Sí. Algo así.

—¿Y los demás ilin no supieron que la habías matado? ¿Por la Red?

—Creo que ella podía desconectarse de la Red —comenta Ximena—. Nos dicen que no pueden, pero creo que algunos sí. Me parece que no tenía permitido salir de mí o algo así, y entonces rompió la conexión para hacerlo. No se imaginaba que yo la aplastaría.

—No tiene sentido que algunos puedan y otros no.

—¿Puedes tú calcular en qué día de la semana cayó cualquier fecha de cualquier año? ¿Puedes saber qué nota musical es cualquiera que escuches? ¿Puedes levantar tu propio peso?

—Vale. Vale. Pues pueden.

—Seguro que el de ese hombre lo hacía también. Era simbionte, ¿no?

—Sí. Pero su ilin… —Cax no sabe cómo decirlo. Su ilin no era como los demás ilin. Entonces se le ocurre—: Su ilin ha muerto también, ¿no?

—Sí. Calla un momento.

Ximena señala la televisión. Están retransmitiendo noticias sobre la revolución en las calles, el Gobierno ausente, política. Sale una mujer, cabello castaño en ondas perfectas, poco o ningún maquillaje, segura de sí misma. «DR. VIRGINIA D. CABALLERO —dice la leyenda bajo su imagen—. Microbióloga».

—… Una vacuna —está diciendo la mujer al micrófono —. Llevo trabajando varios meses en ella. Es una enfermedad leve para los humanos, tanto que ni siquiera nos damos cuenta de que la hemos pasado. Dura menos de veinticuatro horas y los síntomas son unas décimas de fiebre, dolor de cabeza y algo de malestar general. Sin embargo, resulta mortal para los ilin. Fulminante.

—¿Y cómo funciona la vacuna? —pregunta la reportera.

—Como cualquier otra, solo que en este caso lo que nos interesa no es conseguir los anticuerpos para evitar la enfermedad, sino expulsar al ilin. Y prevenir futuros intentos de parasitación.

La reportera continúa alabando la calidad científica del logro de la doctora Caballero y su espléndida carrera como investigadora. Explica que el desarrollo de vacunas es complejo, dado que es necesario garantizar la correcta producción de suficiente cantidad de microorganismos debilitados.

—Ni siquiera es una vacuna en realidad —protesta Cax —. ¿No?

—Da igual —responde Ximena—. El caso es que ha encontrado cómo librarnos de los parásitos. Bien por ella.

—Lo ha hecho utilizándome a mí. Ella es la que le pagaba a él, ¿sabes? Ella es la que decidía matar a gente.

Ximena lanza una mirada aburrida a la pantalla y juega con su sobrecito de azúcar.

—No creo. Me parece que la Sombra estaba como una cabra y que esta señora lo usaba como quería. Ir matando uno a uno a los no simbiontes no es un buen plan. Es el capricho de un loco.

—Pero ella lo dejaba. Y lo financiaba. Y lo… validaba.

—Sí. Y también ha desarrollado una vacuna que ahora nos va a venir muy bien. Yo qué sé.

—Es una injusticia que ella salga de rositas solo porque es rica y no se manchaba las manos. Es igual de culpable que él.

Ximena se ríe. Eso desconcierta a Cax.

—Sí, vale, es una injusticia. Tienes razón. Pero ¿sabes qué? La gente megarrica está colgada. Hay un punto de psicopatía en los multimillonarios, eso lo sabe todo el mundo. No se puede ser rico y ser buena persona. —Cax está boquiabierta y a Ximena le hace gracia su estupor—. Tú no lo entiendes porque cuando naciste ya no había hambre en el mundo ni teníamos la crisis de recursos viniéndosenos encima. Nos arreglaron la vida los ilin, algo bueno tenían que tener. Mira, cualquiera que pudiera solucionar problemas graves en el mundo sin tener que bajar su calidad de vida ni un poquito y decidiese no hacerlo es obvio que muy buena persona no es.

—Pero…

—No, ya, es dinero que se ha ganado con su esfuerzo, blablablá, lo que tú quieras. Pero dime, ¿a ti te supondría un sacrificio desprenderte de diez euros?

—No —responde Cax.

—Te los gastas cualquier día para ir al cine, ¿no? Pues para esas personas donar unos millones es lo mismo, proporcionalmente. Lo pueden hacer casi sin notarlo. Hay gente que tiene tanto dinero que es *imposible* que lo gaste durante su vida. ¿Para qué lo quiere? No, los dragones que se sientan sobre sus montañas de oro no pueden estar bien de la cabeza… Es gente a la que otras personas les dan igual. No valen nada para ellos. Por eso esa señora —señala

a la pantalla— puede matar a unos cuantos, conseguir la vacuna y ser la salvadora del mundo. Para ella, haber apoyado a un asesino para tenerlo contento y que le hiciera el trabajo sucio no ensombrece su gloria.

Cax frunce el ceño. No le gusta lo que oye. No le gusta que ganen los malos. No le gusta que Virginia sea una heroína.

—Deberíamos decirlo. Deberíamos denunciarla…

—Tiene mil abogados y un arma contra los ilin en la mano. Nadie va a hacerte caso. No vamos a ganar esta batalla, chica.

En algún sitio, en la nave 55, alguien descubrirá a Enrique en el suelo. Cax no lo ha visto morir y no sabe si dormirá más tranquila esa noche o si la reconcomerá el remordimiento.

—No me siento como si hubiéramos ganado ninguna.

—No —coincide Ximena.

El té está templado y es reconfortante beberlo. Cax se agarra a esa sensación y no la deja escapar.

Ben echa de menos a Ji. Han sido un equipo durante muchos años y se encuentra una y otra vez buscándola. Necesita que ella secunde sus decisiones, que busque cosas en la Red para él y que le haga compañía en las esperas, pero donde antes había una voz amiga solo quedan ausencia y desengaño.

No es la primera vez en su vida que descubre que personas en las que confiaba defienden ideas que atentan contra los derechos básicos de otros seres humanos. En su experiencia, uno nunca se acostumbra a esto: siempre es igual de horrible y surrealista que alguien que hasta ese momento parecía normal te diga que está a favor de la desigualdad sistemática, la tortura o el asesinato.

En algunos casos, merece la pena intentar llegar a acuerdos, educar, explicar. Las personas pueden cambiar de opinión. Y en la mayoría de los asuntos Ben cuenta con que él mismo puede estar equivocado y está dispuesto a dejarse convencer. En otros, muy concretos, no. Cuando se posiciona en contra del odio y de la crueldad, Ben está seguro de que tiene la razón. Y hace mucho tiempo que se prometió a sí mismo que, por su propia salud, no conservaría en sus círculos cercanos a gente que no estuviera decididamente en contra de esas cosas.

Ben piensa que no ha puesto el baremo *demasiado* alto.

Aun así, Ji era su compañera. Mientras conduce en dirección a la cafetería en la que se encuentra Ximena, se siente incompleto.

No tiene paciencia para buscar aparcamiento, así que deja el coche en un *parking* a dos manzanas de distancia. Ve a Ximena y a Cax desde la calle a través de las ventanas y siente una ola de alivio. Lo malo de MEEND es que uno debe fiarse de lo que escribe la otra persona, no tiene posibilidad de percibir sus emociones. Ben ha releído cien veces el mensaje de Ximena en respuesta al suyo en el que lo informa de que ya no es simbionte, de que ha ayudado a Lazlo a colgar el vídeo en internet y de que Cax vuelve a

estar desaparecida: «Bien hecho. Está conmigo. Te paso la dirección», pero no ha logrado entender por qué están las dos juntas ni termina de creérselo hasta que las ve.

Ambas han terminado las bebidas cuando él aparta la tercera silla de la mesa y toma asiento. Cax esboza una sonrisa culpable.

—No te llegué a dar las gracias —dice.

—No hacía falta —responde Ben—. Vengo a llevarte a casa otra vez.

Ella mira a Ximena y suspira.

—Supongo que ahora mis padres tendrán que creerme —comenta. Se vuelve hacia Ben para ofrecerle una explicación indolente—: Sus ilin negaban lo de la invasión. ¿Sabías que pueden mentir?

Ben no lo sabía.

—Me figuro que dependerá del grado de compatibilidad entre los simbiontes —dice, aunque no está seguro—. La verdad es que no tengo mucha idea. Me he creído siempre lo que nos han contado.

—Pues si tú no tienes idea, imagínate nosotras —dice Cax.

—Llámalos. —Ben le ofrece su móvil, pero Ximena coloca el de Cax sobre la mesa y la joven lo recupera—. Diles que vamos para allá.

Ella asiente. Ha puesto los ojos en blanco un momento, cree que Ben no lo ha visto. Se aleja hacia la barra para hablar sin que la oigan.

—¿Es verdad lo de la Sombra? —pregunta Ben en voz baja.

—Será lo próximo que salga en el telediario —responde Ximena—. Aunque no creo que eclipse la noticia de la vacuna. A ver si se la pone la gente y nos deshacemos de los aliens de una vez.

Ben piensa en Ji y se enfada consigo mismo por entristecerse.

—Hay humanos que lo sabían y colaboraron —recuerda en voz alta—. E ilin que están de nuestra parte. Muchos.

—A buenas horas.

—No a todo el mundo le es fácil entender lo que les resulta ajeno —dice Ben—. Está bien que estén dispuestos a reconsiderar las cosas y a cambiar. Lo de la Sombra… —duda.

—Oye, si llego a saber que venías para juzgarme, te habría mandado a otro sitio. A la mierda, por ejemplo. Hice lo que tenía que hacer. Tú no lo habrías hecho. Bien por ti.

Ben no va a discutir con ella. No tiene la menor simpatía por la Sombra, pero le disgustan la venganza y que Ximena se haya tomado la justicia por su mano. Intenta no pensar en ello. Lo hecho, hecho está. Él no puede cambiarlo.

—¿Y su organización…?

—La cabecilla va a hacerse de oro con la vacuna. Si es medio lista, y cualquiera diría que lo es, no se arriesgará a fastidiar su propio plan. Sinceramente, creo que la parte más de secta loca de la organización era cosa de ese tío. En lo demás, lo de la invasión y la vacuna, no andaban muy equivocados.

—Me alegro —responde él concisamente—. A mi familia le gustará volver a casa.

Cax vuelve con el móvil en la mano. Ximena se pone de pie, como si fuera a despedirse, pero no hace amago de darle un beso ni un abrazo. Solo un gesto con la cabeza y una media sonrisa:

—¿Estarás bien? —pregunta.

—Sí —responde Cax—. Gracias. —Y mira a Ben—. No hace falta que me lleves, puedo coger el tren.

—No —asegura él—. Voy a llevarte.

Le tiende la mano a Ximena y ella se la estrecha. No hay nada que les impida volver a verse en el futuro, pero tampoco tienen ninguna razón para hacerlo.

—Gracias —dice él.

—A ti —responde ella.

Sostiene la puerta abierta para que salga Cax antes de seguirla hasta la calle. Señala la dirección en la que está el *parking* y ella entiende y echa a andar hacia allá. Como si le

hubiese hablado por la Red, pero eso nunca ha sido posible entre ellos.

—El centro está colapsado —dice Ben—. Así que saldremos y daremos la vuelta.

—Vale. —Cax no sabe conducir, las rutas le dan igual —. Conoces a mis padres de la investigación, ¿no? Porque que eres detective. Eso mola.

—No tanto como parece —sonríe Ben.

Llegan hasta el coche. Ben paga en la máquina mientras Cax pierde la mirada en la distancia. Se sube al asiento del copiloto; es la segunda vez que lo hace.

—¿Sabes dónde es?

—Sí. —Ben conduce en silencio hasta que sale a la carretera—: ¿Los ilin de tus padres…?

—Van a dejar de ser simbiontes —responde ella—. No sé si porque sus ilin se irán o con la vacuna, pero dejarán de ser simbiontes. Me lo han dicho. Me han pedido perdón por no creerme.

—Vaya. Me alegro. Tiene que estar bien tener unos padres que son capaces de reconocer que se han equivocado —dice Ben.

—¿Tú tienes hijos?

—Sí. Dos.

—¿Y no les pides perdón si te equivocas o qué? —Cax sonríe y le contagia la sonrisa a Ben.

—Intento hacerlo. No, estaba pensando en mis padres.

—¿Están vivos?

—No.

—Lo siento.

—Gracias. Eran buena gente, pese a todo. Tus padres también lo parecen.

—Son los mejores —contesta ella con seguridad.

Ben asiente y no despega los ojos de la vía. No tardan mucho llegar. Para el coche delante de la casa, pero no se quita el cinturón.

—¿No bajas?

—No, tengo prisa. Me quedo hasta que entres.

—No me van a secuestrar —bromea ella.

—Eso no tiene nada de gracia —señala Ben en tono sereno. Cax pone cara de culpa—. Oye, Cax. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Me has salvado la vida, puedes preguntarme lo que quieras. Aunque si es una pregunta de detective, igual solo respondo en presencia de mi abogado…

Los dedos de Ben tamborilean sobre el volante.

—¿Eres feliz?

Aquello sorprende a la chica, que arquea las cejas y hace una pequeña pausa. Se da cuenta de que él va en serio.

—Sí.

No hay nada más que decir. Se despiden, ella baja del coche y camina hasta la puerta. Sus padres abren, la abrazan. Parece que van a regañarla: es justo. Hacen un gesto en dirección al coche de Ben, él responde. No quiere que se acerquen a darle las gracias. Arranca para dejar atrás aquella familia, aquella casa, aquel barrio; va a buscar a Santiago y a los niños. Es casi hora de cenar.

DEBATE ILIN

Las medidas del Gobierno temporal de Lorena Bravo

Salma Díaz Gallego
Madrid, 10 ABR 2020

Alba Carrillo, que hasta hace poco era líder de la oposición al Gobierno de la ahora expresidenta Márquez, ha afirmado que la situación que atraviesa el país con un Gobierno en funciones es «peligrosa» y ha declarado que «España se arriesga a quedarse atrás en la toma de decisiones en el plano internacional». Esta preocupación se ve subrayada por el hecho de que fuera en Madrid donde se destapó la verdadera finalidad de las colonias. «No podemos ser nosotros los últimos en tomar medidas», protesta Carrillo.

Durante una comparecencia de prensa celebrada en la sede del Ministerio de Actividad Extraterrestre, Carrillo ha manifestado su incomodidad con el hecho de que la actual presidenta en funciones, Lorena Bravo, esté «dando largas» a las voces que piden un plan de actuación inmediato y estricto. «El Gobierno de Márquez estaba al tanto de lo que sucedía, los implicados son responsables y como tales deben ser tratados ante la Justicia», insiste Carrillo, a la que no le tiembla la voz al acusar a Márquez y a su gente de delito de traición.

Los diferentes puntos de vista que integran el partido de Lorena Bravo, que actualmente gobierna en funciones, no dudan sobre el siguiente paso a dar. Pese a quienes la critican por no apresurarse en sus decisiones o por «gastar presupuesto sin control público», Bravo navega estable por este complicado momento de política nacional e internacional. Cuando se enfrenta a los micrófonos hace

preguntas que desea que los integrantes del pueblo español, simbiontes o no, se planteen: ¿Debemos permitir que los ilin que han apoyado la revolución humana se queden con nosotros?

Es evidente que los humanos que no quieran seguir siendo simbiontes tienen el derecho de dejar de serlo, pero Bravo es firme en su convencimiento de que la *vacuna* no debe utilizarse para esto. «Matar a un ilin es asesinato también — explica, con gesto serio — . Se les debe dar primero la oportunidad de liberar al humano pacíficamente. Si no lo hacen, existen modos de obligarlos, de forma controlada, en un hospital». La presidenta desaconseja que se recurra a estos métodos de forma privada: «Puede suponer un peligro grave para la salud del humano». Solo en casos extremos en los que no haya otra manera se procederá a acabar con la vida del ilin mediante la conocida *vacuna*.

A los ilin que abandonen el cuerpo de su humano se les tratará con respeto y, valga la ironía, *humanidad,* independientemente de si lo hicieron de forma voluntaria o no, y se les devolverá a las naves cuna. Estas tendrán permiso para despegar de nuestro planeta hasta que acabe el mes; después de eso, todas las lanzaderas se destruirán. La *vacuna* no será inútil, sin embargo. Lorena Bravo asegura que, de acuerdo con las resoluciones de emergencia tomadas en las últimas reuniones de líderes internacionales, así como las recomendaciones de la ONU, los seres humanos no simbiontes, incluyendo a los que han sido recientemente *liberados*, podrán ser *vacunados*. De esa forma, nunca podrán ser parasitados por un ilin.

Por otro lado, la presidenta no niega que los humanos que participaron activa o pasivamente en el asesinato en masa de miles de no simbiontes que se inscribieron para viajar a las colonias hayan, en efecto, cometido un delito en contra de la seguridad del Estado. La Justicia española tendrá que gestionar este caso bajo la atenta mirada de la comunidad internacional. El mismo proceso tendrá lugar inevitablemente en el resto de los países del mundo.

POLÍTICA

Bravo pide calma y serenidad

Cristina Beraza
Madrid, 16 ABR 2020

Lo que los manifestantes pedían se les va a dar: medidas, justicia y el fin de la relación de falsa simbiosis entre humanos e ilin. La mayor parte de estos últimos abandonarán nuestro planeta con el mensaje claro de que no volverán a ser bienvenidos.

Unos pocos se quedarán: viven con humanos que desean seguir siendo simbiontes y permanecerán aquí hasta el final de sus vidas. No pueden reproducirse; esta será la última generación de simbiontes.

Queda prohibida terminantemente la unión de niños e ilin, lo cual ha provocado quejas entre humanos de las comunidades radicales prosimbiosis. Estos reivindican su derecho como padres a decidir lo mejor para sus hijos; se ha hecho caso omiso de sus protestas.

La vacuna que vuelve los cuerpos humanos inadecuados para ser parasitados por los ilin será obligatoria y solo se hará una excepción con los antes mencionados simbiontes autorizados.

Queda mencionar a otro grupo de extraterrestres, una minoría perteneciente a un movimiento ilin en contra del parasitismo, que utiliza máquinas para vivir. Estos también tendrán permitido quedarse en la Tierra si así lo desean e incluso reproducirse. De hecho, como los portavoces de este movimiento han acordado con organismos internacionales humanos, esos ilin continuarán ejerciendo como consultores en temas de gestión de recursos y tecnología.

Los humanos seguiremos beneficiándonos de los avances ilin, de la energía avai y de la capacidad de

nuestros aliados de espiar la Red. Esta resolución se ha acogido con una aclamación a la que la presidenta del Gobierno temporal, Lorena Bravo, ha respondido concisamente: «Los necesitaremos si en el futuro deciden volver».

SOCIEDAD

Humanos que apuestan por la simbiosis

Claudia Pascual Ramos
Madrid, 23 JUN 2020

No todos los humanos que escogen conservar su condición de simbiontes son extremistas proilin (aunque también hay de estos y algunos incluso defienden que los asesinatos de colonos estuvieron *justificados*, artículo en la página 32). Muchos tienen muy buena relación con su ilin y son capaces de encontrar otras ventajas a esta relación. Hoy os presento a Irene y a Noah, dos personas con motivos distintos para continuar siendo simbiontes.

Ir tiene treinta y cinco años. Convive con su ilin, Ene, desde hace diecisiete. «Casi la mitad de mi vida», admite. No puede ni pensar en prescindir de Ene, porque gracias a la conexión a la Red de la ilin, Ir puede recibir imágenes de lo que la rodea. «Mis ojos no funcionan, de modo que ni yo ni Ene podemos ver — explica — , pero ella puede acceder a lo que otros simbiontes ven. Así he podido contemplar a mi hija, a mi pareja, mi casa. Incluso los cuadros más famosos o películas. Cualquier cosa que otros hayan visto la puedo disfrutar también yo».

Ahora que hay cada vez menos simbiontes, una pensaría que el catálogo de imágenes que puede consultar Ene ha disminuido, pero no es así. «Claro, no hay tantos simbiontes en mi entorno — admite Ir — . Eso no me afecta tanto como podría parecer». La memoria colectiva de los ilin es inmensa y Ene puede seguir consultando los recuerdos de sus congéneres, incluso aunque estos ya no estén en la Tierra. «Y, por otro lado, mi novio sigue siendo simbionte. Así que puedo ver lo que él ve».

El caso de Noah es distinto. Su relación con su ilin es

casi profesional: se dedican a la escultura y los ilin, que no poseen los sentidos de la vista y del oído, sí que son muy sensibles al tacto. «Ah tiene una sensibilidad especial para las texturas y las formas — describe No; su pasión es contagiosa — : entiende las líneas de un modo diferente a como lo hacemos nosotros, porque la vista nos impide ver», se ríe por la ironía y confiesa que a su ilin le ha parecido una broma pésima.

Los ilin, según nos informa Noah, basan su arte en largas hileras de líneas microscópicas que forman dibujos táctiles en la roca de su planeta natal. «Es parecido a la escritura, porque lo utilizan para contar historias, pero no hay palabras involucradas, sino sensaciones. Se trata de una experiencia sensorial».

Tanto Irene como Noah se enfrentan a diario con seres humanos no simbiontes que no comprenden cómo pueden continuar su vida con los ilin. Muchos de ellos han perdido a familiares en las colonias o bien son incapaces de olvidar el horror del recuerdo del canibalismo que se compartió en la Red.

«Sigue ahí — dice Noah — . Los simbiontes en teoría podríamos revivirlo».

A la pregunta de si lo han vuelto a hacer, responden que no.

INVASIÓN ILIN

Aquí paz y después gloria

Javier Puig
Madrid, 21 MAR 2025

Tal vez sea un poco pronto para decirlo, porque en el ámbito de los viajes interestelares cinco años no son nada. Aun así, han sido un lapso de tiempo muy tranquilo en comparación con lo que algunos se esperaban después de la crisis ilin de 2020. En contra de lo que los más incrédulos auguraban, los ilin se metieron en sus naves, se largaron y nos dejaron en paz.

Es cierto que hubo un periodo en el que se aferraban a nosotros y a la Tierra como a un par de clavos ardiendo. Normal: tenían aquí a unos millones de insensatos medio tontos que habían accedido a ser parasitados, ¡como para dejarnos ir!

La invasión a la Tierra fue fácil, ¿eh? Hay algunas personas que siguen reprochándoselo a los líderes del año 2000, como si no estuviera lo bastante claro que no es que ellos aceptasen alegremente que nos metieran a alienígenas en la nariz, sino que pendía sobre ellos una amenaza importante. No me creo el rollito amable que los ilin nos intentaron vender; en esa reunión en Nueva York seguro que dijeron: «Queridos humanos, tenemos la capacidad de destruiros. Vamos a quedarnos con la Tierra sí o sí, os toca decidir si queréis seguir vivos en ella, en simbiosis con nosotros, o morir ahora».

Y está claro-clarito-clarividente que los humanos presentes en esa reunión fueron parasitados sobre la marcha. Vamos, me juego la mano derecha.

Eso no quita que nos plegáramos a sus órdenes sin rechistar y que la Tierra sea una mina que aun podían

explotar un poco más, así que les debe de haber dado mucha rabia que los expulsásemos. Por eso lucharon un poco; no tenemos que olvidar los millones de ilin que se negaron a soltar a sus humanos (muy pocos de ellos rompieron el parasitismo de forma voluntaria y pacífica) y los que intentaron manipular a sus simbiontes controlando sus pensamientos, sus hormonas y los procesos de sus respectivos cuerpos. Me dan escalofríos solo de pensarlo.

No. No se fueron sin dar guerra y no hay que olvidarlo; pero se fueron. Han pasado cinco años y los ilin no han vuelto o no han conseguido volver. Quizá sea pronto para decirlo y cinco años no sean nada para el universo, pero, aun así, qué bien sienta pensar que hemos ganado.

Andrea cierra las puertas de Chocolate Blanco, Chocolate Negro, quita el disco de jazz suave que pone por las tardes y sube un poco el volumen para David Bowie. Las últimas horas han sido muy tranquilas, ha podido aprovechar para adelantar trabajo. La barra está limpia y también la máquina de café; queda recoger las mesas y hacer caja. No tarda nada. Cuando termina, se sienta en el sillón de la entrada y respira un momento. Es su ratito para leer el periódico antes de irse a casa y sucumbir al maremágnum de tareas domésticas.

Otro artículo de Javier Puig, comenta. No le gusta mucho este periodista, pero precisamente por eso lee con avidez todo lo que escribe.

Oh, no, se lamenta Rea. *Vamos a por él.*

Es increíble cómo los no simbiontes son totalmente ajenos a algunas partes de la realidad, de verdad. Andrea sonríe cuando lee que los ilin no han vuelto nunca a la Tierra, que no han intentado hacerse con ella de nuevo. Cuánta ingenuidad.

Nunca lo sabrá, dice Rea divertida.

No, porque no hay necesidad de provocar el pánico y los simbiontes e ilin de la Tierra, que siguen conectados a través de la Red, se han comprometido a callar. En el MAE sigue habiendo simbiontes, así que no hace falta que les den chivatazos.

Los exoilin, los que no tienen permiso para residir en la Tierra, han intentado reconquistar nuestro planeta cuatro veces: tres antes de que acabase 2020 y una al año siguiente. En todas ellas, los ilin terrícolas dieron el aviso y se ahogó la invasión en su inicio. En una ocasión, un centenar de ilin lograron parasitar diferentes tipos de mamíferos no inteligentes en la reserva natural Uruq Bani Ma'arid en Arabia Saudita. Hubo que aislarlos y obligarlos a liberar a sus víctimas; por suerte, los humanos de las ciudades más cercanas estaban vacunados. A esos ilin no se les permitió regresar al espacio.

Después de aquello, no hubo más intentos.

Y, si los hay, nosotras lo sabremos, dice Rea.

Andrea sonríe.

¿No te fastidia la mala prensa?, pregunta. Se refiere al odio hacia los ilin que se ha puesto de moda. A ella personalmente sí que le molesta, porque al final el odio nunca lleva a nada bueno, está convencida. Entiende de dónde viene, porque el engaño para devorar humanos es horrible, pero no le parece bien que se haya convertido en una excusa para ponerse en plan «nosotros contra ellos». A And le gustaría que se hubiesen centrado más en la colaboración de los ilin de la Tierra, en que los humanos alcanzaron tal armonía con una especie alienígena que consiguieron replantearse juntos su forma de ver a los demás. Tanto que algunos ilin se separaron de los suyos para proteger a los humanos. Eso es algo precioso a lo que no le da valor suficiente gente, en opinión de And. Y, por otro lado, también está la cantidad de cosas que los humanos han aprendido de los ilin: solidaridad, ecologismo, pacifismo. Sí, era un pastel envenenado porque los exoilin demostraron estar explotándolos y ser monstruosos parásitos, pero eso no quita que en los noventa la Tierra estuviese en peligro por culpa de los humanos y que se haya salvado gracias a lo aprendido de los ilin.

Todo el asunto es complicado, eso es verdad, pero merece la pena pensar en ello y no limitarse a pensar que los ilin son demonios.

No sé, responde Rea, que ha atendido al razonamiento sin intervenir. *Sigue siendo verdad que lo hicimos. Y lo sabíamos, sabíamos que pasaba*.

No estaba en tu mano hacer nada, ¿no? Es como si me culpases a mí por la contaminación del mar. Sé que existe, sé que la causa mi especie, pero ¿qué voy a hacer yo?

Siempre hay cosas que se pueden hacer, contesta ella. *Yo las estoy haciendo ahora*.

And se da por satisfecha con esa respuesta y no insiste. Pasa las páginas hasta la sección de cultura y revisa la cartelera. Llevan un mes esperando el estreno de una obra

de teatro que está anunciada por todas partes. Se lleva una alegría, porque por fin está en cartel.

¿Nos pasamos de camino a casa para ver para cuándo hay entradas?

Si hubiese para hoy, podríamos quedarnos y cenar fuera.

Si no fuera simbionte, And no sabe si tendría la presencia de espíritu necesaria para improvisar un plan como ese ella sola. Por suerte, nunca tendrá que planteárselo. Tiene a una amiga que está siempre disponible, a cualquier hora, cualquier día.

Lo haces sonar un poco demasiado intenso, dice Rea.

Sí, parece que seamos una de esas parejas empalagosas.

Se ríen. Andrea cierra el periódico, lo dobla y sale de la cafetería. Baja la reja y hasta mañana. De camino al teatro tira el periódico en el contenedor de reciclaje. Cae el sol y las farolas empiezan a encenderse. Hace un delicioso tiempo de primavera en Madrid.

Cax lleva dos minutos haciendo la bolita de papel perfecta, con la cantidad justa de saliva para que pese suficiente. Lo tiene calculadísimo. Frota el papel reciclado con los dedos, echa una ojeada para comprobar que el profesor esté distraído y hace el amago de lanzarla para estimar el arco que el proyectil deberá trazar en el aire. Suena el timbre; maldita sea su suerte. Los estudiantes arman un revuelo de cuadernos cerrándose y su víctima se gira para recoger su mochila. Tiene que darse prisa: lanza la bola, que está a punto de estrellarse contra su objetivo, la nuca de Miguel, pero falla. Él la ve, se gira hacia Cax y sacude la cabeza con aire decepcionado. Ella se ríe, coge sus cosas y baja los escalones hasta la fila de su amigo. Los dos salen del aula juntos.

—Vaya, la próxima presidenta del Gobierno disparando a la población, ¿qué van a pensar tus votantes? —se burla Miguel.

—Van a pensar que te lo merecías por llegar tarde y encima no sentarte conmigo.

—No te vi cuando entré.

Salen de la facultad de Derecho y recorren el jardín de césped en dirección a Filosofía y Letras. Entran al edificio y lo atraviesan, cruzándose con los estudiantes de otros grados con turno de tarde. Clara está en una de las mesas del pasillo, con su perrito Hosco entre las piernas. Los perros no tienen la entrada permitida, pero a esa hora todo el mundo está cansado y a nadie le importa el asunto lo suficiente como para armar bronca. Además, Clara es de esas personas que *siempre* se salen con la suya. Por eso le cae bien a Cax.

Los tres humanos y el perro se dirigen a la cafetería grande, que está enfrente del módulo de Geografía y tiene terracita. La razón de su visita son las palmeras de chocolate, que Miguel y Cax adoran; son las mejores de Madrid y seguramente de España. Hay un grupo en Violet dedicado a ellas. Lo saben porque lo encontró Clara: Cax,

que aún está aprendiendo a manejarse con internet y ha dejado las redes sociales para el final, no se apaña en Violet. Y Miguel ni siquiera tiene internet en el móvil. Él es así, sigue un poco anclado en el 2020.

Hablan de sus trabajos de fin de grado. Clara y Miguel los presentan este curso, así que tienen los temas apalabrados. A Cax todavía le queda mucho tiempo, porque está con el doble grado, pero cree que lo hará sobre la Red ilin. Ellos sueltan dramáticos suspiros de exasperación cuando lo dice.

—No, no, tíos, no el típico trabajo sobre la Red en sí —se defiende Cax, pero Miguel no la deja hablar.

—¿Qué estás estudiando ahora, Comunicación? —bromea.

—Que te calles. —Cax le saca la lengua—. Que no va a ser sobre la Red en sí, sino sobre cómo el no estar conectados por ella puede tener repercusiones negativas en nosotros.

—¿En qué plan? —se interesa Clara, que sí que estudia Comunicación.

—Pues que trajo un montón de cosas buenas, ¿no? —propone Cax—. Y sin ella pues vuelve a haber problemas de comunicación entre nosotros, la política no es tan transparente y empatizamos menos. Así que resulta en menos solidaridad y…

—Bueno, tan transparente no era la política tampoco, eh —señala Clara—. Que algunos secretitos sí que había.

Le da a Hosco un trozo del bocata que se ha pedido. Él, que es el perro más amigable del mundo, lo recibe con alegría y luego va a subirse al regazo de Miguel.

—Vale, pero sí que éramos más sensibles a las necesidades de los demás —argumenta Cax—. Y en las negociaciones o en la política internacional sí que había más honestidad, porque por lo menos no podíamos mentirnos unos a otros, a eso me refiero. Y había más preocupación por temas medioambientales y menos desigualdad…

—¿Crees que ahora hay más? —pregunta Miguel.

—No lo creo, lo sé…

—Bueno, pero en cuestión de protección del medioambiente, sigue habiendo simbiontes en la ONU y hay ilin que son asesores.

—Sí, y hay un montón de gente en contra o que dice que no tiene por qué dejar que un ilin le diga lo que tiene que hacer —dice Cax— y que los siguen viendo como invasores.

—Técnicamente… —dice Miguel en broma.

—No, tío. Ni todos los ilin son malos ni todos los humanos son buenos.

—Gracias por explicarme que el mundo no es una película para niños, Cax.

—Lo que digo es que hay un discurso de, no os riais, deshumanización…

Se ríen, claro, porque a un ilin no se le puede deshumanizar. Se le podrá desilinizar. Cax pone los ojos en blanco, pero ellos solo están haciendo el tonto. Clara asiente:

—Que sí, si tienes razón. Polarización política entre *bien* y *mal* absolutos. No mola.

Cax no está segura de qué significa eso, pero no le gusta admitir delante de Clara que a veces no entiende lo que dice. Así que se dice a sí misma que más tarde buscará lo que significa polarización política.

—Bueno, mi trabajo no va sobre los ilin, va sobre si, sin la Red, corremos el peligro de volver a convertirnos en nuestro propio enemigo. Descuidar la salud del planeta, la gestión de recursos, la igualdad de oportunidades…

—La paz mundial…

—Pues sí, sí, lo dices en broma, pero se supone que los ilin ayudaron con eso también.

—Pero no ayudaron por ser buenos samaritanos, ayudaron por su propio interés, que era otro…

Es la hora de volver a clase, pero no han terminado los cafés, hace muy buen tiempo y Hosco está persiguiendo una mariposa. Da saltos imposibles sin conseguir alcanzarla nunca. Cax se arrellana en la silla de metal de la cafetería,

lo contempla y piensa en el lejano trabajo de fin de grado. El planeta va bien, pero está claro que antes o después habrá otra crisis. Solo espera que no sea climática, porque no sabe cómo se las arreglará la humanidad para salir de esa. Sea lo que sea, ella está mentalizada para salvar el mundo. Se preocupará por ello cuando llegue el momento.

Ahora mismo no tiene prisa.

Erika está informada sobre quiénes son los integrantes de la familia de acogida. Mejor, porque no es para nada lo que ella se había imaginado. Lo que tenía en mente era lo típico: dos adultos que seguramente tendrían hijos y mascotas o a lo mejor dos adultos sin hijos; algo así. Tenía un poco de miedo porque eso era muy normal y Erika no es lo que se dice convencional; le mola música que no le gusta a nadie, se viste «como una estrella de rock» o eso le dijo una de las educadoras un día, y ha estado ingresada una vez por intento de suicidio, que es algo que, cuando pasó, pensó que la marcaría durante toda la vida, pero ahora en retrospectiva se da cuenta de que no tiene por qué.

Fue cuando tenía nueve años y a consecuencia de eso le quitaron la custodia a su familia, porque en las sesiones con el psiquiatra y el psicólogo se enteraron de toda la mierda que había en su historial familiar, los abusos y las noches sola en la calle sin saber dónde se habían metido sus padres. Así que Erika fue al centro de tutelados, donde la verdad es que está mejor, aunque no es tonta y ve películas y lee y tiene amigos y amigas en el instituto, así que se da cuenta de que esa no es la situación ideal.

Pese a todo, la idea de irse con una familia normal y corriente que pudiera mirarla como si se hubiese escapado de un circo o algo la intimidaba un poco. Se alegró cuando le dijeron que su familia de acogida es especial. Para empezar, no es la típica porque nadie es el padre de nadie: los mayores son dos chicos que son amigos, prácticamente hermanos, porque se criaron juntos. Uno de ellos es profesor y el otro psicólogo. Se llaman Guillermo y Juan. Viven con otros seis niños: Ari, que tiene dieciséis años; Inés y Ainara, que tienen catorce; Lara y Antonio, que tienen doce; y Sergio, que tiene diez. Erika es hija única y no se imagina cómo debe ser vivir en un entorno familiar, más o menos, con hermanos mayores y menores, y dos chicas de su misma edad. En el centro hay otros quince chicos y chicas, pero no es lo mismo, porque no viven en

una casa.

Se pregunta si les caerá bien a Inés y a Ainara. Ha visto sus fotos y parecen majas, aunque cualquiera sabe. Inés no sale muy bien y va despeinada, Ainara parece modosita. Ari es guapo, tiene el cabello largo y aire de príncipe de cuento, aunque también tiene pinta de ser tímido. Lara y Antonio son más pequeños, y Sergio es un bebé; sin más, un bebé. Erika no tiene opiniones sobre los críos de diez años.

Viven en una casa que han reformado recientemente, en las fotos parece muy chula. Erika tendrá una habitación para ella sola. Irá al mismo instituto de siempre, podrá mantener el contacto con sus amigos del centro; el educador con quien tiene más confianza, Ricardo, se lo ha explicado todo.

El primer día, solo conocerá a los acogedores. El segundo, irán al centro también los chicos y chicas que viven con ellos. El tercero, Erika irá a pasarlo a su casa.

Está nerviosa, pero finge que no. Saluda a los dos hombres que entran en la habitación del centro y que Ricardo le presenta. Juan, moreno, serio, pero con ojos amables. Guillermo, más alto, desgarbado, de esos adultos que parece que se han quedado un poco atascados en una fase de la adolescencia. Sonríe mucho. Son Mickey y Goofy, piensa Erika, y se alegra de no tener ilin, porque Ka no controlaba muy bien lo de guardarse sus pensamientos para sí y lo que Eri decía se iba disparado a la Red. No, Eri no. Erika. Ella es su nombre entero.

A veces todavía se le va. La echa de menos; fueron sus padres los que decidieron que los ilin se tenían que ir y la llevaron al hospital para quitársela. Ka accedió a abandonarla.

No quiero que te hagan daño y lo harán para obligarme a salir, explicó, y eso fue lo último que pensó en la cabeza de Eri alguien que no fuese ella. No, Eri no. Erika.

Guillermo le pide que choque los cinco para saludarlo y Juan sonríe y apoya la mano un instante sobre el hombro de Erika, lo justo para ser amable sin ser invasivo. Se sientan y charlan con ella. Le hablan de su casa, que llaman

la de los Hijos de la Tormenta. Es un nombre guay. Ella les pregunta por sus historias y ellos son claros. No les importa hablar sobre sus respectivas familias biológicas, su propio paso por el centro.

Le preguntan por sus intereses. Ella habla de su música, sus películas. No les parece raro. Guillermo conoce algunos de los artistas a los que menciona Erika. Genial.

—Nos vemos la semana que viene —se despide Juan—. ¿Te apetece conocer a los demás?

—Sí —responde Erika, porque es lo que se supone que tiene que decir—. A ver cómo nos llevamos. Si Inés y Ainara son muy amigas… —empieza, pero no termina la frase.

Juan lo pilla al vuelo.

—Lo son, pero te esperan como agua de mayo —asegura—. Ainara se ha echado novio en su clase, así que está deseando hablarle de él a alguien que no esté todavía harto de escucharlo. E Inés se muere por comentar contigo lo pesada que se pone la gente que se echa novio.

Erika se ríe. Ahora las dos chicas parecen un poco más cercanas y ella tiene un poco más de ganas de conocerlas.

—Hasta la semana que viene —dice Guillermo—. Y recuerda que la primera regla es que ni se te ocurra llamarnos *papá*.

—No tenía la menor intención —asegura Erika—, pero lo haré todo el tiempo, papá.

Cuando ellos se van, Erika tiene una conversación con Ricardo sobre la familia de acogida y sus sentimientos al respecto. Después toca cenar, terminar los deberes y dar una vuelta por el patio con su mejor amiga. Le va a dar pena despedirse de ella, pero por primera vez en mucho tiempo, Erika está ilusionada.

Ximena aparca la moto de alquiler a un lado del camino y avanza hasta sentarse a la orilla del lago Toba, en medio de la selva tropical indonesia. El agua está tranquila, los insectos que zumban por el aire no la molestan y las aves empiezan a ser ruidosas porque se acerca la puesta de sol. Kiko va metido dentro de la chaqueta de Ximena, pero se sale para perseguir los bichos voladores. Su pelaje oscuro se funde con las sombras de las plantas.

Las pocas nubes se arremolinan junto a las lejanas montañas. Ximena contempla cómo el cielo cambia de color y tiñe la superficie del lago. Está sola, completamente sola; podría creer que es la única persona en el universo. Cuando vuelva a Tuk Tuk y vea a los mochileros que descansan en Samosir se desvanecerá el espejismo, pero puede disfrutar de él durante un rato. Pocas veces en la vida ha estado tan satisfecha y ha aprendido a regocijarse cuando toca, porque siempre llegarán otras etapas menos agradables. Alegrarse por las pequeñas cosas y las buenas rachas es de supervivientes.

Está sola en uno de los rincones más bellos del mundo. Es libre para ir a donde quiera, cuando quiera. El cielo es suyo en este instante.

Las puestas de sol son breves en Indonesia. El sol se demora muy poco y cae al otro lado del horizonte. La luz zodiacal, reflejo de polvo meteórico, ilumina su paso. Después llega la oscuridad.

La estación de lluvia ha terminado hace unos meses. Es una noche clara y sin luna, perfecta para ver las estrellas. Ximena solo conocía la docena de puntitos de luz tímidos que decoran el cielo nocturno en Madrid; ha tenido que ponerse las pilas y estudiar para reconocer la constelación de Escorpio, la franja de la Vía Láctea, la Osa Mayor, la Cruz del Sur, Centaurus.

Escucha su propia respiración y los sonidos de la naturaleza a su alrededor. Mira hacia arriba durante largos minutos. Admira el espectáculo de las estrellas: están muy

bien allí, imponentes, brillantes, lejos.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis editoras Vicky Hidalgo y Natàlia Sánchez, por su entusiasmo, su inmensa amabilidad y su simpatía. Que mi manuscrito dejase de ser mío para convertirse en *nuestra* novela ha sido maravilloso. Gracias por las sugerencias, las correcciones y las relecturas.

Gracias a las correctoras, Mercedes Tabuyo y Maite Martín, por su paciencia y los muy oportunos cambios que sugirieron.

Gracias a los miembros del jurado del Premio Minotauro, especialmente a Sofía Rhei, Blanca Rodríguez y Pablo Tébar, que después del anuncio se tomaron la molestia de darme algunas de sus impresiones sobre la novela.

Gracias a Amelia Fernández, profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, que me dio la primerísima idea cuando, en una conferencia, explicó lo que era una ucronía.

También a César, que me acompañó a esa conferencia. No sé si me habría animado a ir solo.

Gracias a mi madre, que me ayudó a dar forma a la estrategia de Virginia y a idear la herramienta que protegería a los humanos de los ilin.

Gracias a mi padre, que durante años me ha provisto de libros y libros de ciencia ficción sobre invasiones extraterrestres. Digo yo que esto cuenta como documentación.

Gracias a Coral, que enseñó a los ilin la vía óptima para colarse en el cráneo de un ser humano y, además, me confirmó la efectividad del truco que usa Cax para escapar.

Gracias a Laura, que me explicó cómo funcionan las emisiones de televisión.

Gracias a mi hermano Fer, que llegó a casa después de

meses sin vernos cuando faltaban solo tres días para que acabase el plazo del Premio, y soportó que yo, que aún estaba añadiendo cambios a la novela, me pasase las horas pegado al manuscrito.

Gracias a mi lectora cero, Gala, por ventilarse la novela en tan poco tiempo y querer tanto a todos los personajes. Obviamente, la Gala de la novela se llama así por ti (pero eso ya lo sabes).

Gracias a mis lectores de sensibilidad y a todas aquellas personas que me han resuelto dudas sobre realidades que yo no he vivido e incluso compartido generosamente conmigo su experiencia personal. Gracias, siempre, siempre.

Gracias a Mayx, que me permitió hablarle durante meses y años de los personajes. Algunos de ellos, como Enrique, me rodaban la cabeza mucho tiempo antes de escribir esta historia. Gracias también por releerse mil veces la novela, por sus acertadísimos comentarios, por su olfato para cazar incoherencias y por estar conmigo desde el primer capítulo hasta la última revisión y por compartir un (glorioso) helado de celebración cuando recibimos la noticia de que era finalista. Y por esperar con tanta paciencia a que te dedicase un libro. Este es tuyo.

Y finalmente gracias a todos los que, desde Twitter, me prestasteis vuestro nombre para la mitad de los casi 100 personajes de *Simbiosis*. Todos los que me sugeristeis están en esta novela (aunque alguno lo tuve que cambiar un poco por estar repetido o por pertenecer a un simbionte, creo que todos son reconocibles).

@maggeena
@LauraGWMesser
@laurammate
@alaska_394
@ultimacronista
@VicenteSevilla
@Dovachev
@iHeyt

@DaniJCoello
@BrujaDelTeatro
@AidaAisaya
@neperku_rah
@AlbaYorunotsuki
@CicloDeLleuad
@javinavarrx
@AriLemarko
@CeciliaKleimanx
@risquezconzeta
@galiminix
@Adhmharaighe
@Rincondebiblio
@Laura_B_Holmes
@cora_escribe
@Fuznetika
@enaalc
@MS_Macia
@lidiacastro79
@LaMoiraMorada
@Lygaea
@Keemanton
@SobreNegro
@Lectura_Araceli
@dee_maeso
@_genderfucked
@Maemories
@CaterinaMedicea
@marinavicart
@Azuria_
@EmmocoReads
@SaraBernardo_t
@granbibliodavid
@Mirimeh
@Lostinafantasy2
@Celivir78

Simbiosis
Bruno Puelles

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

© Bruno Puelles, 2022

Diseño de la portada, Cover Kitchen

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-450-1305-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!